HISTORIAS

LIBROS V-VII

Paulo Orosio

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 54

OROSIO

HISTORIAS

LIBROS V - VII

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por CARMEN CODOÑER MERINO.



Depósito Legal: M. 25087 - 1982.

ISBN 84-249-0336-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982.—5419.

DISCREPANCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN BÁSICA EN EL PRESENTE TOMO

Ed. ZANGEMEISTER	LECTURA ADOPTADA
V 12, 1 Q. Titio	Titio Quinto (cf. n. 61).
V 19, 18 siderata	desiderata (codex *Laurentianus*).
VI 3, 5 quem	eum (cf. n. 200).
VII 42, 15 felicitate meruit	felicitate occidi meruit (cf. n. 503).

LIBRO V

Desde la destrucción de Corinto hasta la rebelión de Espártaco.

Reflexiones en torno a las victorias romanas a costa de las derrotas de otros pueblos y a la situación del mundo en aquella época en que todas las naciones eran enemigas, frente a la época de Orosio en que el Imperio romano y el cristianismo han hermanado a todos los hombres (1-2).

Destrucción de Corinto (3); luchas con los lusitanos bajo el mando de Viriato; derrota romana frente a los galos salasos; aparición de una peste en Roma; nuevos enfrentamientos con los lusitanos y numantinos; poderío de Mitrídates; el cónsul Mancino firma la paz con los numantinos: reflexiones sobre este hecho y sobre el castigo que mereció Mancino por ello; continuación de las campañas de los generales romanos en España (4-5).

Nuevos prodigios y desastres: un niño con cuatro manos, cuatro pies y cuatro ojos; reactivación del Etna; sublevación de esclavos en Sicilia (6). Destrucción de Numancia (7). Sublevación de Tiberio Graco y nuevos levantamientos de esclavos en Sicilia y otros lugares (8-9). Se acumulan ahora las guerras y desastres: derrota y victoria en la guerra contra Aristónico, hermano de Atalo; incesto y parricidio de Tolomeo, rey de Alejandría; guerra entre Antíoco, rey de Babilonia, y Fraates del Ponto; nueva reactivación del Etna; peste en Africa; intento de restauración de Cartago (10-12, 1).

Levantamiento de Gayo Graco (12). Se acumulan de nuevo los éxitos y los desastres: conquista de las Baleares por Metelo; victoria de Q. Marcio sobre los arvernos y otros galos (13-14).

Guerra de Jugurta y nuevos prodigios y calamidades: una doncella es fulminada por un rayo durante una tormenta; adulterios de vírgenes vestales; derrota del cónsul L. Casio a manos de los tigurinos; robo del botín tomado a la ciudad de Tolosa (15).

Cimbrios y teutones: la victoria de Mario frente a ellos (16). Alianza de Mario con Saturnino y Glaucia: sus crímenes (17). La guerra social contra los ítalos (18). La guerra contra Mitrídates: crímenes de Mario mientras Sila se encuentra en Asia (19). Vuelta de Sila y represión (20-22). Guerra de Sertorio en España (23, 1-16).

Campañas de Claudio y Escribonio en Macedonia y Dardania, de Publio Servilio en Cilicia y Panfilia, y de Cosconio en Iliria (23, 17-29).

Rebelión y derrota de Espártaco. Comparación entre aquella época de tantas guerras y la época cristiana (24).

Yo sé que a partir de ahora algunos posiblemente 1
se admiren porque las victorias romanas se intensifican a costa de grandes pérdidas de muchos pueblos y ciudades. Aunque, si observan atentamente la situación, encontrarán que fue mayor el daño que los beneficios; y es que no deben ser olvidadas otras muchas guerras de esclavos, sociales[1], civiles y de desertores, que no acarrearon ningún beneficio y sí muchas desgracias.
Pero dejemos que a ellos les parezca que fue tal como 2
ellos quieren; dirán, creo yo, entonces: «¿Qué más feliz que aquella época en que los triunfos fueron continuos, las victorias numerosas, los botines abundantes, los séquitos ilustres, y en que, ante el carro del vencedor y en larga fila, eran conducidos grandes reyes y pueblos
vencidos?» A éstos se les puede responder brevemente 3
que mientras ellos mismos suelen quejarse ahora de los tiempos, nosotros, en favor de esos mismos tiempos, hemos entablado una discusión; tiempos que evidentemente no afectan a una sola ciudad, sino que son compartidos por todo el mundo. Consiguientemente la misma felicidad que sintió Roma venciendo, fue infortunio
para los que, fuera de Roma, fueron vencidos. ¿En cuán- 4

[1] Guerra con aliados *(socii)*. Hay una guerra concreta que es conocida con el nombre de Guerra «Social»: es la que protagonizaron, a principios del s. I a. C., los romanos contra los otros pueblos de Italia.

to, pues, ha de ser estimada esta gota de trabajada felicidad, a la que se atribuye la dicha de una sola ciudad, mientras una gran cantidad de infortunios producen la ruina de todo el mundo? Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y
5 bien desarrollados pueblos? O ¿acaso los consideraba de otra forma Cartago, cuando después de ciento veinte años —en los cuales, a pesar de temblar unas veces ante los desastres bélicos y otras ante las condiciones que se le exigían para la paz, podía cambiar, sin embargo, ya recurriendo a la rebeldía, ya a las súplicas, la paz por la guerra y la guerra por la paz—, terminó por fin toda la ciudad convertida en una pira, al arrojarse al fuego uno por uno todos sus ciudadanos arrastrados por una extrema desesperación? Para ella todavía ahora, cuando ya es pequeña en territorio y sin murallas, es
6 algo triste escuchar lo que fue en otro tiempo. Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos [2]. ¿Qué opinión tendría en aquella
7 ocasión de sus tiempos? Que lo diga por fin la propia Italia [3]: ¿por qué obstaculizó, se opuso y rechazó du-

---

[2] Es lo que sucedió, por ejemplo, en Numancia.

[3] No se incluye en esta Italia a Roma ni a los ciudadanos romanos con plenos derechos.

rante cuatrocientos años a los romanos (que eran también itálicos), si la fortuna de éstos no era un infortunio para ellos, y si el hecho de que los romanos se convirtieran en dueños de la situación no era un obstáculo para el bien común? Y no pregunto a los innumerables 8
pueblos de las distintas razas, pueblos antes largo tiempo libres, pero sometidos entonces en la guerra, separados de su patria, vendidos por dinero y dispersos por la esclavitud; no les pregunto qué hubieran preferido en aquella ocasión, qué opinaban de los romanos, qué pensaban de sus tiempos. Paso por alto a los reyes de gran- 9
des recursos, de grandes ejércitos, de gran gloria, reyes largo tiempo poderosos, pero hechos un día prisioneros, humildemente encadenados, pasados bajo el yugo, llevados ante el carro del vencedor, destrozados en prisión. Preguntarles a ellos su opinión es tan necio como duro el no dolerse de su desgracia.

Pensemos en nosotros, sí, en nosotros, digo, y en la 10
forma de vida que hemos elegido y en la cual descansamos. Nuestros antepasados hicieron guerras, y, al pedir la paz cuando se cansaban de las guerras, tenían que pagar tributos. El tributo es el precio de la paz. Nos- 11
otros pagamos tributos para no tener que sufrir guerras; y, por ello, nosotros nos hemos parado y nos quedamos en el puerto al que ellos sólo huían para escapar de las tempestades de las desgracias. Así pues, yo podría ahora considerar nuestros tiempos para ver si son felices. La verdad es que yo los considero más afortunados que aquellos otros, porque, lo que ellos eligieron como último recurso, nosotros lo tenemos sin interrupción. La 12
inquietud de las guerras, por la que ellos fueron atormentados, nos es en efecto desconocida a nosotros. Por otra parte, nosotros nacemos y envejecemos en la tranquilidad que ellos débilmente gustaron tras el gobierno de Augusto y el nacimiento de Cristo; lo que para ellos

era el pago que se abonaba para salir de la servidumbre, para nosotros es una libre aportación para nuestra de-
13 fensa. Es tanta la diferencia entre los tiempos pasados y los actuales que lo que entonces Roma arrancaba de nuestras manos con las armas para su propio lujo, ahora ella misma lo reúne juntamente con nosotros para utilidad de un estado que es común. Y si alguno dice que nuestros antepasados soportaron mejor a los enemigos romanos que nosotros a los godos, que se entere y que comprenda qué distinto es lo que a él le parece y lo que realmente sucede a su alrededor.

14 En otro tiempo, cuando las guerras hervían por todas partes, cada provincia tenía sus reyes, sus leyes y sus costumbres; y no había comunidad de sentimientos donde había diversidad de poderes. En definitiva, ¿qué podría unir en último extremo a pueblos alejados entre sí y bárbaros, a los cuales, educados en distintos ritos sa-
15 grados, los separaba incluso la religión? Si alguien en aquella época, cansado de la crueldad de sus desgracias, tuvo que abandonar su patria en manos del enemigo, ¿a qué desconocido lugar se pudo acercar, él, desconocido? ¿A qué pueblo, generalmente enemigo, se pudo acercar suplicante él, enemigo? ¿En quién pudo confiar en su primera etapa del viaje, él que no había sido invitado por la identidad de nombre, que no había sido atraído por la comunidad de derecho, y que no se
16 podía sentir seguro por la identidad de religión? ¿Acaso es poco el ejemplo que dieron Busiris[4], que impíamente inmolaba en Egipto a los infelices extranjeros que llegaban, y los litorales de Diana Táurica, crueles con los que

---

[4] Según la leyenda, ocurrió que se había abatido sobre Egipto una serie de malas cosechas, y Frasio, adivino llegado de Chipre, aconsejó a Busiris que todos los años sacrificase a Zeus un extranjero para aplacar a los dioses y volver a la prosperidad. Así lo hizo Busiris, empezando por inmolar al propio Frasio.

llegaban a ellos y crueles sobre todo por sus ritos sagrados[5], y la Tracia, con su rey Poliméstor, criminal incluso con sus huéspedes más allegados?[6]. Y, para no dar la impresión de que me detengo en hechos antiguos, Roma misma es testigo del asesinato de Pompeyo y Egipto del asesino Tolomeo[7].

Yo, sin embargo, que aprovecho para huir la primera **2**
perturbación de una situación turbulenta, sea ésta del tipo que sea, y la aprovecho porque estoy totalmente seguro de encontrar un lugar de refugio, tengo en cualquier sitio mi patria, mi ley y mi religión[8]. Ahora con- 2
cretamente África me ha recibido tan amablemente como confiadamente yo me he acercado a ella[9]; ahora, repito, esta África me ha recibido en su sencilla tranquilidad, en su propio seno, en su justicia que es de todos; África, de la cual se dijo en otro tiempo y se dijo con razón esto:

...nos vemos privados de la hospitalidad de su playa,

---

[5] Se refiere aquí a los tauros, pueblo salvaje de Crimea.

[6] Según la leyenda del ciclo troyano, Poliméstor, rey de Tracia, asesinó a Polidoro, hijo de Príamo y Hécuba; Príamo confió a su hijo, niño aún, a su yerno Poliméstor; al mismo tiempo le entregó ricos tesoros para su custodia, destinados, si llegaba el caso, a permitir a Polidoro sostener su rango en el caso de que la guerra terminase mal para los troyanos. Pero Poliméstor mató a Polidoro.

[7] Cuando Pompeyo intentó refugiarse en Egipto tras ser derrotado por César, fue asesinado por orden del propio rey Tolomeo.

[8] Aparte de las connotaciones autobiográficas (huida de España y llegada a África), en este capítulo nos encontramos con un Orosio que consigue la superación más clara y más convincente de todo particularismo y con la afirmación de una unidad geoetnográfica más radical que todos los cosmopolitismos de distinta naturaleza conocidos en la antigüedad. Gracias al dominio universal de Dios, el hombre es por primera vez un ciudadano del mundo. Orosio lo expresa con una convicción que no tiene antecedentes y, por decirlo con palabras de B. Croce (*Teoria e storia della storiografia*, Bari, 1917, pág. 186), «con acentos tales, cuales ningún filósofo greco-romano había podido pronunciar antes».

[9] Cf. Introducción, pág. 14 del vol. I.

la guerra empuja e impide que nos asentemos en la primera tierra que encontramos [10].

Ahora voluntariamente ha abierto su anchamente generoso regazo para recibir a sus aliados en la religión y la paz [11], y voluntariamente invita a los cansados para darles alivio.

3 El ancho Oriente, el abundante Norte, el vasto Sur y los amplios y seguros lugares de las grandes islas me pertenecen en virtud del derecho y del nombre [12], porque me acerco, como romano y cristiano, a ellos que son
4 cristianos y romanos. No tengo miedo a los dioses de mi anfitrión, no tengo miedo de que su religión sea mi muerte, no hay un lugar al que deba temer, donde a su dueño le esté permitido perpetrar lo que quiera y al peregrino no le esté permitido alegar lo que le convenga, un lugar donde exista un derecho de hospitalidad del
5 que yo no pueda participar. El Dios único, que estableció esta unidad de gobierno en la época en que él mismo quiso darse a conocer, es amado y temido por todos. Por todas partes campean las mismas leyes, que están sometidas al Dios único: sea el que sea el lugar al que yo llegue como desconocido, no temo un repen-
6 tino ataque como si fuese un desamparado. Entre los romanos, como dije, soy romano, entre los cristianos soy cristiano, entre los hombres soy hombre; por la ley puedo recurrir al estado, por la religión a la conciencia humana, por la idéntica comunidad de naturaleza, a la naturaleza. Para mí ahora, por un tiempo, toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la
7 tierra. Nada pierdo donde no tengo nada que aprecie, y lo tengo todo porque está conmigo aquel a quien amo, so-

[10] VIRG., *En.* I 540-541.

[11] La religión cristiana y la paz romana.

[12] El derecho romano y el nombre cristiano.

bre todo porque él mismo está entre todos; él que es el que me ha hecho a mí no sólo conocido de todos sino también cercano a todos; él no abandona al necesitado porque de él mismo son la tierra y su plenitud, de la cual mandó que todas las cosas fuesen comunes para todos.

Éstos son los bienes de nuestra época, bienes que de 8
ninguna forma tuvieron nuestros antepasados, ni en lo que se refiere a tranquilidad por el presente, ni a esperanza en el futuro, ni a protección común; y por ello estuvieron en continuas guerras, porque, al no ser libre la participación en los cambios de sedes, fueron lamentablemente asesinados o vergonzosamente esclavizados por tener que quedarse en las que poseían.

Esto quedará mucho más claro y evidente cuando expliquemos por orden los propios hechos de los antepasados.

De la acción llevada a cabo por el cónsul Mumio en Corinto, en orden a la destrucción de esta floreciente ciudad el mismo año de la destrucción de Cartago, y de la derrota de aqueos y beocios a manos del pretor Metelo

En el año 606 de la fundación 3
de la ciudad, es decir, el mismo año en que fue destruida Cartago, durante el consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio [13], a la caída de Cartago siguió la destrucción de Corinto; en el pequeño intervalo, pues, de un solo año, esparció su resplandor en partes distintas del mundo el incendio de dos poderosísimas ciudades.

Efectivamente, cuando el pretor Metelo derrotó a la 2
alianza de aqueos y beocios en dos batallas, a saber, la primera de ellas en las Termópilas y la segunda en Fócide —en la primera batalla cayeron, según el testimonio 3
del historiador Claudio [14], veinte mil enemigos y en la

[13] 146 a. C.

[14] Sin duda se trata del analista Claudio Cuadrigario. No en-

segunda siete mil; Valerio Antias[15] afirma que la batalla fue en Acaya y que murieron veinte mil aqueos con su general Dieo; Polibio, que era aqueo[16] y que, a pesar de estar entonces en África con Escipión, habla, sin embargo, también de ello porque no podía ignorar un desastre de su país, asegura que sólo se luchó una vez en Acaya bajo el mando de Critolao y transmite que Dieo, por su parte, que había traído soldados de Arcadia, fue destruido juntamente con su ejército por el propio Me-
4 telo. Pero de estas distintas divergencias entre los historiadores ya dijimos algunas cosas, de las cuales baste ahora esta manifiesta y mal conocida marca de los embusteros: «Que con toda evidencia manifiestan que son poco dignos de crédito en las demás cosas quienes no coinciden ni siquiera en aquellas que vieron con sus
5 propios ojos»—; pues bien, tras la extinción de los contingentes de toda Acaya, cuando el pretor Metelo estaba tramando la destrucción de las ciudades desamparadas, llegó de repente con unos pocos al campamento el cónsul Mumio; éste, tras destituir inmediatamente a Metelo, se lanza sin demora al asalto de Corinto, la ciudad con mucho más rica de todas en todo el mundo de entonces; y es que ella había sido desde hacía muchos siglos la fábrica de todos los artistas y de todas las pro-
6 fesiones y el emporio común de Asia y Europa. Tras permitírseles cruelmente hacer botín incluso a los prisioneros que iban en el ejército, todo cayó bajo la sangre y el fuego, de forma que del círculo de los muros salía un incendio que, al estrecharse, formaba una sola punta de llama como si saliese de un horno. En consecuencia,

tendemos por qué Roy J. Deferrari, autor de la traducción inglesa, identifica a este Claudio con Cornelio Tácito.

[15] Analista de la época de Sila, que escribió una historia de Roma en 75 libros, desde los orígenes hasta su época.

[16] Era de Megápolis (Arcadia); según se desprende de sus propios escritos, estuvo presente en la destrucción de Corinto.

fue aniquilada a hierro y fuego gran parte de la población y los demás fueron vendidos como prisioneros de guerra. Una vez incendiada la ciudad, los muros fueron derruidos desde sus cimientos. Las piedras del muro fueron reducidas a polvo y se arrancó un ingente botín.
Por cierto que en el incendio de la ciudad, al derretirse 7
en una sola mezcla todos los metales, el oro, la plata y el bronce debido a la gran cantidad y variedad de estatuas e imágenes que había, se consiguió un nuevo tipo de metal que, a partir de entonces y hasta hoy, recibe el nombre, según la tradición, de bronce y vasos corintios [17], ya porque se trata del mismo metal ya porque es una imitación de aquél.

De un tal Viriato, bandido hispano de estirpe lusitana; del número e importancia de los enfrentamientos con que, temerariamente, aterrorizó con frecuencia a los romanos, y de la victoria de trescientos lusitanos, que derrotaron a un ejército romano más numeroso sirviéndose más de emboscadas que de lucha abierta

Durante el consulado de los 4
mismos personajes, Viriato, de origen lusitano, pastor y bandolero, aterrorizó en Hispania a todos los romanos, asaltando primero los caminos, asolando después las provincias, y venciendo, poniendo en fuga y derrotando, por fin, a los ejércitos de los pretores y cónsules. Efectivamente, 2
mientras recorría y vagaba por los territorios del Ebro y del Tajo, ríos caudalosos y de ubicación distante entre sí, se le enfrentó el pretor Gayo Vetilio; éste, tras perder hasta la aniquilación total casi todo su ejército, apenas pudo él mismo librarse, amparándose en la fuga,

---

[17] Múltiples leyendas corren acerca de esta célebre aleación corintia. Plinio (XXXIV 6), Floro (*Epítome*, I 32) y otros ofrecen la misma versión que Orosio. Otros autores indican que fue el incendio de una sola casa, donde había oro, plata y cobre, la causa fortuita de la aleación, la cual fue descubierta casualmente por un artesano.

3 con unos pocos [18]. Posteriormente el mismo Viriato puso en fuga, tras derrotarle en muchos enfrentamientos, al pretor Gayo Plautio. Luego, el propio Claudio Unimano, que había sido enviado con un gran aparato bélico contra Viriato para que borrara la mancha de la derrota anterior, aumentó aún más vergonzosamente la infamia;
4 en efecto, en un enfrentamiento con Viriato perdió todas las tropas que había llevado consigo y las fuerzas más importantes del ejército romano. Viriato, como trofeo, clavó en los montes de su dominio los signos externos consulares, las fasces y demás insignias romanas.
5 En esta misma época, trescientos lusitanos se enfrentaron a mil romanos en un desfiladero; en la batalla, según el testimonio de Claudio, murieron setenta lusitanos frente a los trescientos veinte romanos caídos;
6 y, mientras los lusitanos se retiraban en grupos y tranquilos como vencedores, uno de aquéllos, que se había alejado de los otros, al ser rodeado, él que iba a pie, por unos soldados romanos de a caballo, hirió con su lanza al caballo de uno de éstos y cortó de un solo tajo la cabeza del mismo jinete, aterrorizando de tal forma a todos los demás que, mientras todos miraban, él escapó desdeñosa y tranquilamente.

De la batalla que Apio Claudio protagonizó contra los galos salasos, y de la peste que cruelmente afectó en esta misma época a Roma

7 En cl año del consulado de Apio Claudio y Quinto Cecilio Metelo [19], Apio Claudio, en un enfrentamiento y derrota frente a los galos salasos, perdió cinco mil soldados. En la reanudación de la lucha, aniquiló a cinco mil enemigos. Y, como, de acuerdo con una ley que establecía

---

[18] Vetilio perdió la vida. La batalla tuvo lugar en Tribola, al S. del Tajo, en Lusitania.

[19] Apio Claudio Pulcro y Quinto Cecilio Metelo Macedónico (143 a. C.).

que tenía derecho a celebrar el triunfo todo aquel que hubiese dado muerte a cinco mil soldados, pidiera él también la celebración del triunfo, pero no lo consiguiera a causa de los desastres anteriores, haciendo uso de una desvergüenza y ambición infames, sufragó los gastos de la celebración triunfal con dinero privado[20].

Durante el consulado de Lucio Cecilio Metelo y Quin- 8
to Fabio Máximo Serviliano[21], entre otros fenómenos, se vio en Roma un hermafrodita; por mandato de los harúspices fue arrojado al mar; pero la realización de esta infame expiación no sirvió de nada, ya que se originó de pronto una peste tan grande que en un primer momento no bastaban y después incluso faltaban los encargados de realizar las exequias. Como consecuencia, quedaron sin vivos y llenas de muertos incluso casas ilustres; dentro, enormes herencias, pero ni un solo
heredero en absoluto. Por último, ya no sólo no se podía 9
vivir en la ciudad, sino ni siquiera acercarse a ella: tan violentos eran los hedores de los cadáveres, en descomposición en las casas y en los lechos, que corrían por
toda la ciudad. Aquella expiación cruel y que enseñaba 10
a buscar el remedio a las muertes humanas en la muerte de un hombre, apareció por fin ante los romanos, avergonzados ante tantas desgracias, como algo lamentable e inútil. Efectivamente, este remedio se había aceptado poco antes por el deseo de prevenir una desgracia; y lo que se consiguió fue una peste, la cual, sin embargo, amainó sin necesidad de recurrir a ninguna expiación por medio de sacrificios, sino sólo cuando terminó la epidemia de acuerdo con la medida de secretas leyes.

Si por casualidad aquellos harúspices, artífices de 11
engaños, hubiesen estado celebrando la expiación —cosa

---

[20] Entre otros gastos, el erario público sufragaba también los del triunfo (Liv., XXXIII).

[21] 142 a. C.

que suelen hacer— en el momento en que la enfermedad ya empezaba a remitir, sin duda que hubieran reivindicado para ellos, para sus dioses y para sus ritos la gloria de la salud recuperada. De esta forma era engañada con mentiras, de las cuales no se podía librar, aquella ciudad desgraciada y propensa por sus erróneas supersticiones a los sacrilegios.

De la guerra del cónsul Fabio con los lusitanos y Viriato, y de la infamia que el mismo cónsul, en contra de la palabra dada, cometió, cortándoles las manos, en la persona de los aliados del Estado, que se habían entregado espontáneamente con muchas de sus ciudades

12 Volviendo a los hechos, el cónsul Fabio, en su enfrentamiento con los lusitanos y Viriato, liberó, rechazando a los enemigos, la ciudad fortificada de Bucia [22], que estaba siendo asediada por Viriato, y la recibió bajo su dominio juntamente con otras fortalezas. Llevó a cabo también una acción execrable contra los últimos bárbaros de Escitia, por no decir contra la palabra dada por Roma y contra la moderación. Efectivamente, a quinientos de sus nobles, a quienes de acuerdo con el derecho de la rendición había recibido tras ofrecerles una alianza, les cortó las manos.

Del enfrentamiento, no sin grandes pérdidas de su gente, del cónsul Pompeyo con los numantinos, y del tipo de muerte que conoció Viriato

13 Pompeyo [23], el cónsul del año siguiente, tras atacar el territorio numantino, se retiró habiendo sufrido un gran desastre: y es que no sólo fue destruido casi todo su ejército, sino que perecieron también muchos nobles que estaban bajo su mando.

14 Viriato, por su parte, tras haber destrozado durante

[22] Algunos manuscritos transmiten Bacia.

[23] Quinto Pompeyo, un *homo nouus*, amigo de Escipión Emiliano; fue cónsul con Gneo Servilio Cepión en 141 a. C.

catorce años a los generales y ejércitos romanos, fue asesinado traidoramente por los suyos; mientras que los romanos, en relación con Viriato, sólo actuaron con valentía en esto: en que no consideraron dignos de premio a los asesinos.

Yo, por mi parte, tanto ahora como en otras muchas 15
ocasiones, podía haber entremezclado en mi narración las inextricables guerras de Oriente, que casi siempre empiezan o terminan con crímenes. Pero los hechos romanos, en los cuales se centra nuestro tema, son tan grandes que con razón quedan a un lado los demás.

Del rey parto Mitrídates, que entró como vencedor en Babilonia, sometió también a otros muchos pueblos y extendió su imperio hasta la India, y de la derrota o captura, en enfrentamiento contra aquél, de Demetrio, cuyo reino pasó totalmente a manos de un tal Diódoto

De todas formas, en esta época, 16
Mitrídates, rey de los partos, el sexto tras Arsaces, invadió vencedor la ciudad de Babilonia y todo su territorio, tras haber vencido al prefecto Demetrio[24]. Sometió además a todos los pueblos que habitan entre los ríos Hidaspes e Indo[25]. Extendió su sangriento imperio incluso hasta la India;
y al propio Demetrio, que se le 17
enfrentó en una segunda guerra, le derrotó e hizo prisionero; capturado éste, un tal Diódoto juntamente con su hijo Alejandro usurpó el reino y el título
de rey; el propio Diódoto mató después a su hijo Alejan- 18
dro, al que había tenido como compañero de peligro en la usurpación del reino, para no tenerlo como copartícipe en su administración.

---

[24] Se trata de Demetrio Nicátor de Siria (161-162 a. C.).

[25] Ríos de la India.

19 *De la paz que, sin consultar al Senado, se firmó con los numantinos tras la batalla que, infelizmente, protagonizaron con ellos los romanos bajo el mando del cónsul Mancino, y del castigo dado al propio Mancino, quien, rota la paz que él había firmado, fue condenado a muerte y entregado a los numantinos*

Durante el consulado de Marco Emilio Lépido y Gayo Hostilio Mancino[26], aparecieron distintos prodigios, y todas las desgracias que consigo trajeron fueron remediadas según la costumbre. Pero a los harúspices, cazadores de circunstancias e inventores de mentiras, no siempre les favorecen oportunamente las ocasiones.
20 En efecto, ahora, el cónsul Mancino, después de recibir el ejército de manos de Popilio junto a Numancia, llevó a cabo todos los combates de forma tan desastrosa y llegó a una situación tan desesperada que se vio obligado a firmar un
21 vergonzoso tratado con los numantinos. A pesar de que también Pompeyo había realizado un poco antes otro tratado igualmente infame con los mismos numantinos, el senado ordenó anular el pacto y entregar a Mancino a los numantinos; éste, con el cuerpo desnudo y las manos atadas a las espaldas, fue expuesto ante las puertas de Numancia, y, permaneciendo allí hasta la noche, abandonado por los suyos y no aceptado por los enemigos, proporcionó un lamentable espectáculo a unos y otros.
5 El dolor exige que en este momento gritemos. ¿Por qué, romanos, reivindicáis sin razón para vosotros esos grandes títulos de justos, fieles, fuertes y misericordiosos? Aprended, más bien, esas virtudes de los numantinos. ¿Tuvieron ellos necesidad de ser valientes? Vencie-
2 ron en la lucha. ¿Tuvieron necesidad de ser fieles? Leales a otros como a sí mismos, dejaron libres, porque así lo
3 habían pactado, a los que habían podido matar. ¿Había que dar pruebas de justos? Pudo comprobarlo incluso el

[26] 137 a. C.

atónito senado, cuando los propios numantinos por medio de sus legados reclamaban o sólo la paz, pero sin recortes, o a todos aquellos a los que habían dejado ir vivos como prenda de la paz. ¿Hubo necesidad en algún 4
momento de dar pruebas de misericordia? Bastantes pruebas dieron dejando marchar al ejército enemigo con vida o no aceptando para el castigo a Mancino.

Y ahora me pregunto yo: ¿fue absolutamente nece- 5
sario entregar a Mancino, el cual esquivó la matanza que pendía sobre el ejército poniendo delante el escudo de un tratado, y que reservó las ya débiles fuerzas de la patria para tiempos mejores? O, si no agradó el tratado 6
que firmó, ¿por qué los soldados que a cambio fueron liberados fueron recibidos, cuando volvieron, o no fueron devueltos, cuando eran de nuevo reclamados por los numantinos? O, si aceptaron las decisiones tomadas, cualesquiera que fueran, para salvar a los soldados, ¿por qué fue entregado solo Mancino, que era el que había tomado esas decisiones?

Poco tiempo antes Varrón[27] obligó a iniciar un com- 7
bate apresurado a su colega Paulo que se resistía, precipitó al ejército que temblaba de miedo, y dispuso, no para la lucha, sino para enfrentarlas a la muerte, en aquellos campos de Cannas, infames por el desastre romano, a las pobres tropas romanas. Sólo su impaciencia, por culpa de la cual Aníbal ya era vencedor de antemano, perdió allí más de cuarenta mil soldados romanos. Muer- 8
to incluso su colega Pauló —¡qué gran hombre era!—, se atrevió por fin a volver desvergonzadamente casi solo a Roma y mereció un premio a su desvergüenza. Y es que el senado le dio públicamente las gracias por no

[27] Cf. IV 16: se refiere a los dos cónsules de la batalla de Cannas.

haber perdido la confianza en el estado; él, que lo había puesto en una situación desesperada[28].

10 Ahora, sin embargo, Mancino, por haberse esforzado en no perder un ejército que, por ley de guerra, estaba ya derrotado, ha sido condenado por ese mismo senado
11 a ser entregado al enemigo. Yo sé, romanos, que desagradó la acción de Varrón, pero se transigió por las circunstancias, y que se aceptó esta de Mancino, pero se tomó según el momento. Y a causa de ello conseguisteis desde el primer momento que, por ingratos, ningún ciudadano tome ya decisiones convenientes para vosotros, y que, por desleales, ningún enemigo os crea confiadamente.

De las guerras que los generales romanos llevaron a cabo contra los hispanos con resultado vario y con dificultades, y de los prodigios que se vieron en Roma y en Sicilia

12 Entretanto Bruto[29] derrotó en Hispania Ulterior a sesenta mil galaicos, que habían ido en ayuda de los lusitanos; y lo hizo en una dura y difícil batalla, a pesar de que los rodeó cuando estaban desprevenidos. De ellos cayeron en este combate cincuenta mil; se dice que fueron hechos prisione-
13 ros seis mil, y lograron escapar muy pocos. En Hispania Citerior, el procónsul Lépido, en contra incluso de las órdenes del senado[30], trató de someter obstinadamente a los vacceos, pueblo inofensivo y suplicante; pero pos-

---

[28] Efectivamente, cuando Terencio Varrón volvió a Roma, tras Cannas, los senadores, seguidos por una numerosa muchedumbre, fueron a su encuentro a las puertas de la ciudad y le expresaron su agradecimiento por no haberse dejado desanimar y haber reunido los restos del ejército.

[29] Décimo Junio Bruto, a quien le correspondió tras su consulado la Hispania Ulterior. La batalla en que venció a los *Gallaeci* tuvo lugar en el 136 a. C.

[30] Los legados Cinna y Cecilio le llevaron un senado-consulto, en el que se le prohibía atacar a los vacceos.

teriormente pagó el castigo de su violenta obstinación sufriendo un gravísimo desastre[31]; en efecto, en este enfrentamiento no razonable, murieron con toda razón seis mil romanos; los demás, sin campamento, e incluso sin armas, lograron escapar.

Este desastre ocurrido bajo el mando de Lépido no 14
fue menos vergonzoso que el que protagonizó Mancino. A ver si ahora estos tiempos son incluidos entre los momentos felices, no diría yo que por los hispanos, abatidos y agotados por tantas guerras, pero al menos sí por los propios romanos, afectados por tan continuas des-
gracias y tantas veces derrotados. Para no recordar en 15
plan de censura el número de pretores, legados, cónsules, legiones y de ejércitos que desaparecieron, recuerdo sólo esto: los soldados romanos se debilitaron hasta tal punto por su loco temor, que ya no podían sujetar sus pies[32], ni fortalecer su ánimo, ni siquiera ante un ensayo de lucha; es más, a partir de ahora, en cuanto veían a un hispano, sobre todo si era enemigo, se ponían en fuga, pensando casi que ya habían sido vencidos antes de ser vistos.

Con estas pruebas queda en evidencia que tanto para 16
unos como para otros aquellos tiempos hay que considerarlos como nefastos, por cuanto los hispanos, aunque habían conseguido vencer, tuvieron, sin embargo, que abandonar, en contra de su voluntad, su dulce descanso y soportar guerras con extranjeros; y los romanos fueron derrotados tanto más vergonzosamente cuanto más desvergonzadamente se metieron con la tranquilidad ajena.

Durante el consulado de Servio Fulvio Flaco y Quinto 6

[31] Falto de provisiones tuvo que iniciar la retirada, en la que los romanos sufrieron grandes pérdidas.

[32] Para no salir huyendo.

Calpurnio Pisón[33] nació en Roma de una esclava un niño con cuatro manos, cuatro pies, cuatro ojos, cuatro orejas
2 y dos penes. En Sicilia, el monte Etna vomitó y despidió grandes cantidades de fuego, que, lanzándose a modo de torrentes por las pendientes, abrasó con sus llamas arrebatadoras todos los lugares próximos, mientras que los más lejanos se tostaron con las cenizas calientes que volaban a lo ancho de todo el territorio con mortal vapor: este tipo de fenómeno, propio siempre de Sicilia, no suele presagiar males, sino traerlos.

En el territorio de Bononia[34] nacieron granos de cereales en los árboles.

De las guerras de esclavos en Sicilia superadas, no sin gran esfuerzo, por el ejército romano

3 Por otra parte, en Sicilia hubo un levantamiento de esclavos[35], levantamiento que fue tan grave y espantoso, por el gran número de esclavos, por la preparación de sus tropas y la magnitud de sus ejércitos, que aterrorizó, no diré a los pretores romanos[36], a los cuales aniquiló completamente, sino incluso a los cónsules.

4 Efectivamente, se dice que en el ejército de los sublevados se encontraron setenta mil siervos, exceptuando la ciudad de Mesina que, por tratar con liberalidad a sus siervos, impidió que se sublevaran.

5 La verdad es que Sicilia, aparte de eso, tuvo mala suerte también en cuanto que, al no tener nunca un estado propio fundado en un derecho apropiado, estuvo siempre sometida, ya a tiranos, ya a esclavos; unas veces imponían aquéllos la servidumbre con su malvada tira-

[33] 135 a. C.

[34] En la Galia Cisalpina.

[35] Es la primera sublevación de esclavos. La cronología de esta primera sublevación no se puede establecer con exactitud; el período más probable es del 136-32. El líder de este levantamiento recibe el nombre de Antíoco.

[36] Lucio Ipseo fue el primer derrotado y, tras él, otros pretores.

nía, y otras veces éstos, con perverso atrevimiento, cambiaban los *status* de libertad[37]; todo ello agravado porque, al cerrar el mar por todas partes, los males internos no podían fácilmente ser echados fuera. Y es que Sicilia 6
hizo crecer, para su perdición, este viperino fruto de su vientre, fruto que engordó para comodidad suya, y fruto que iba a vivir con la muerte de aquélla. Por otra parte, las revoluciones de los levantamientos de esclavos, cuanto más raros son que los otros levantamientos, tanto más crueles son en esto: en que el esfuerzo de la gente libre tiende a levantar a su patria, mientras que el de los esclavos tiende a perderla[38].

De la opresión y destrucción final de la belicosísima ciudad de Numancia, de la Hispania Citerior, a manos del ya cónsul Escipión Africano, operación que llevó a cabo, sin embargo, con gran esfuerzo y perjuicio para el Estado

En el año 620 de la fundación 7
de la ciudad, cuando, a raíz del tratado firmado en Numancia, una infamia casi mayor que la sufrida en otro tiempo en las horcas Caudinas aumentó la vergüenza en el rostro de los romanos; fue nombrado cónsul Escipión Africano[39] con el acuerdo de todas las tribus; y fue enviado con el ejército para tomar Numancia al asalto.
Numancia, por su parte, ciudad de la Hispania Cite- 2
rior, situada no lejos de los vacceos y cántabros en la frontera con Galicia, fue la última ciudad de los celtíberos. Ella, con cuatro mil soldados, no sólo contuvo 3
durante catorce años a cuarenta mil romanos, sino que incluso los venció y obligó a vergonzosas alianzas.
Pues bien, Escipión Africano, entrando en Hispania, 4

[37] Es decir, de siervos en dueños.

[38] Estas palabras de Orosio son buena prueba de su carácter tradicional: en lugar de describir la sublevación, se dedica a atacar a los esclavos.

[39] Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano II (134 a. C.). Roma tuvo que recurrir al vencedor y destructor de Cartago.

no se lanzó inmediatamente contra el enemigo para co-
gerlo, por así decir, desprevenido, por cuanto sabía que
este tipo de gente no se entregaba ni corporal ni aními-
camente al ocio hasta que no superaban con su forma
física habitual el momento óptimo de los demás; Esci-
pión lo que hizo fue ejercitar a sus soldados en los
5 campamentos como si de escuelas se tratase. Y a pesar
de que pasó parte del verano y todo el invierno sin ni
siquiera intentar la lucha, aun con esta táctica, muy poco
6 consiguió. Efectivamente, cuando llegó el momento de la
batalla, el ejército romano, oprimido por el empuje de
los numantinos, se dio a la fuga; sin embargo, ante las
voces y amenazas del cónsul que se puso en medio y los
sujetaba con las manos, el ejército volvió por fin, aunque
de mala gana, contra el enemigo, y obligó a huir a quien
les había puesto a ellos en fuga. Es difícil creer lo que se
cuenta: los romanos pusieron en fuga a los numantinos
y los vieron huir.

7 A raíz de ello Escipión, aunque se alegró y se glorió
porque los resultados fueron más allá de lo que se espe-
raba, confesó, sin embargo, que nunca más se debería
8 intentar hacer la guerra a éstos. Por ello, consideró que
se debía buscar el éxito en sucesos inesperados, asedió
la propia ciudad y la rodeó incluso con una fosa: la an-
chura de la fosa fue de diez pies y su profundidad de
9 veinte. Fortificó después con torres, cercanas unas a
otras, la empalizada que construyó con estacas para, de
esta forma, si el enemigo intentaba un ataque contra él
saliendo de la ciudad, luchar no como un sitiador con un
sitiado, sino cambiando los papeles, como un sitiado
con un sitiador [40].

10 En lo que se refiere a Numancia, situada en un mon-
tículo no lejos del río Duero, estaba ceñida por un muro
que la rodeaba en una extensión de tres mil pasos, aun-

[40] Es decir, defendiéndose desde las torres.

que algunos afirman que ocupaba un pequeño trozo de terreno y sin muros. Por ello, lo más razonable es pensar 11 que habían cercado el espacio de terreno citado con el fin de alimentar y cuidar su ganado y para comodidad en el cultivo del campo cuando fuesen atacados militarmente, mientras que ellos mismos ocuparían sólo una pequeña fortaleza naturalmente fortificada. Por otro lado, parece lógico pensar que tan pequeño número de hombres debería dejar más bien abierto, y no fortificar, tan gran espacio urbano. Lo cierto es que los numanti- 12 nos, largo tiempo cercados y deshechos por el hambre, ofrecieron su rendición con tal de que se les ordenasen cosas que se pudiesen aguantar, pidiendo también con insistencia que se les concediera la oportunidad de luchar en igualdad de condiciones para poder así morir como hombres. Finalmente, salieron todos de pronto por 13 dos puertas tras haber bebido antes gran cantidad no de vino, por cuanto aquel lugar no lo produce, sino de un jugo de trigo de confección artesana, al que llaman «celia» porque se produce por calentamiento; en efecto, 14 con fuego engordan el tamaño del grano de trigo húmedo, después lo secan y luego, convertido en harina, lo mezclan con un jugo dulce; la fermentación consigue un producto de sabor áspero y que produce el calor de la embriaguez. Pues bien, reanimados tras el largo tiempo de hambre por esta bebida, se entregaron a la lucha. El enfrentamiento fue atroz durante largo tiempo e in- 15 cluso peligroso para los romanos, y de nuevo éstos hubieran probado que su forma de lucha con los numantinos era la huida, si no hubiesen estado bajo el mando de Escipión. Los numantinos, tras morir los más valientes de los suyos, se retiran de la lucha, aunque vuelven a la ciudad con sus filas en orden y no como si huyeran; y no quisieron aceptar los cadáveres de los muertos que les fueron ofrecidos para sepultarlos. Abocados ya todos 16

a la muerte, con la última esperanza de los desesperados, prenden fuego ellos mismos por dentro a la ciudad cerrada y todos juntos perecieron bajo las armas, el ve-
17 neno y el fuego. Los romanos no consiguieron con la derrota de los numantinos absolutamente nada, salvo su propia seguridad; en efecto, una vez destruida Numancia, ni siquiera consideraron que fueron ellos los vencedores, sino más bien que fueron los numantinos los que
18 se escaparon. La cadena del vencedor no ató a un solo numantino; Roma no vio razón para conceder el triunfo; oro y plata, que podría haber escapado al fuego, no había en este pueblo que era pobre; las armas y los vestidos los consumió el fuego.

8

De la sedición provocada en Roma por el tribuno de la plebe Graco, y sofocada con el asesinato de éste y de otros muchos; y de las muchas guerras de esclavos que surgieron y fueron reprimidas en esta misma época en Sicilia y en otros lugares

Pues bien, en esta misma época, mientras sucedía esto en Numancia, en Roma surgían las revoluciones de los Gracos [41].

Escipión, por su parte, cuando tras destruir Numancia apaciguaba a los otros pueblos de Hispania, consultó a un tal Tireso, príncipe celta, por qué razón el estado numantino aguantó antes sin ser vencido y por qué otra fue después arrasado. Tireso respondió: «Se mantuvo invicto gracias a la concordia; la discordia
2 fue su ruina.» Los romanos tomaron esto como si se lo hubiera dicho a ellos y lo hubiera dicho acerca de ellos a modo de ejemplo, por cuanto ya les habían llegado noticias de las sediciones que dividían a toda la ciudad.

Con la destrucción de Cartago y Numancia desaparece entre los romanos la útil rivalidad por estar prevenidos y nace la infame tensión que arranca del ansia
3 de dominio. El tribuno de la plebe Graco, enfrentado

[41] Tiberio Sempronio Graco y Gayo Sempronio Graco.

con ira a la nobleza, porque había sido acusado entre
los firmantes del pacto numantino [42], decidió distribuir
entre el pueblo el campo que hasta ahora había sido
propiedad de particulares. Apartó de su cargo al tribuno
de la plebe Octavio por oponerse a él y nombró a Minu-
cio como su sucesor. Por todo ello el senado se irritó y
el pueblo se envalentonó. Casualmente, al morir en 4
aquella época Atalo, hijo de Eumenes, ordenó en el
testamento que el pueblo romano fuera su sucesor en el
gobierno de Asia. Graco, tratando de atraerse con dinero
al pueblo, presentó una propuesta de ley según la cual
el dinero que había sido de Atalo se distribuiría entre el
pueblo. Nasica se opuso [43], e incluso Pompeyo prometió
solemnemente que llevaría a los tribunales a Graco en
cuanto éste cesase en su cargo [44].

Al intentar Graco permanecer como tribuno de la 9
plebe al año siguiente y al provocar alborotos populares
el día de los comicios, la nobleza, empujada por la inter-
vención de Nasica, puso en fuga con trozos de sillas a la
plebe. Graco, al huir con el manto quitado por las esca- 2
leras que hay sobre el arco de Calpurnio, cayó golpeado
por un trozo de escaño y, levantándose de nuevo, volvió
a caer ya muerto por otro golpe de un garrote que im-
pactó sobre su cabeza. En esta sedición perdieron ade- 3
más la vida doscientos hombres, cuyos cuerpos fueron
arrojados al Tíber; incluso el cadáver del propio Graco,
sin enterrar, se consumió pudriéndose.

Por otra parte, un levantamiento de esclavos que se 4

[42] Plutarco, Apiano, Livio y Veleyo aducen esta misma razón como móvil de la rebelión graquiana. De ahí que Cicerón, en el *De Arusp. resp.*, 43, diga que Tiberio se irritó e inició la sublevación por envidia. Lo que sí es cierto es que Tiberio fue testigo de la destrucción de Numancia; había estado, pues, en Hispania los años inmediatamente anteriores.

[43] Publio Escipión Nasica.

[44] Los tribunos eran inviolables mientras estaban en el cargo.

originó en Sicilia se extendió contagiosamente a lo largo de muchas provincias. En Minturno[45], en efecto, tuvieron que ser crucificados cuatrocientos cincuenta esclavos y en Sinuesa[46] fueron aniquilados alrededor de cua-
5 tro mil por Quinto Metelo y Gneo Servilio Cepión; en las minas de Atenas también la misma sublevación de esclavos fue aplastada por el pretor Heráclito; en Delos fueron igualmente derrotados por los ciudadanos, que se les adelantaron, los esclavos que se habían sublevado en otro levantamiento; todo ello sin contar la primera yesca del mal que arrancó en Sicilia, de donde saliendo, por así decir, estas chispas sembraron los distintos incen-
6 dios. En Sicilia, en efecto, tras la intervención del cónsul Fulvio, fue el cónsul Pisón[47] el que tomó la fortaleza de Mamertio, en cuya toma mató a ocho mil desertores; y
7 a los que pudo coger vivos, los colgó en el patíbulo. Al sucederle el cónsul Rutilio[48], éste tomó también con las armas Tauromenio[49] y Henas[50]; seguros refugios de los fugitivos: se dice que en aquella ocasión fueron aniquilados más de veinte mil esclavos.

8 En verdad que el origen de esta lucha es lamentable e inexplicable. Ciertamente los dueños hubieran muerto si no se hubiesen enfrentado con las armas a los siervos sublevados; pero también es verdad que en las lamentables pérdidas producidas por la lucha y las más lamentables aún ganancias de la victoria, los vencedores perdieron tanto cuanto elevado fue el número de muertos[51].

---

[45] Ciudad del Lacio, en la frontera con Campania.

[46] Colonia latina en Campania.

[47] Lucio Cornelio Pisón Frugi (133 a. C.).

[48] Publio Rutilio (132 a. C.).

[49] En la costa este de Sicilia.

[50] Ciudad de gran antigüedad en el centro de Sicilia.

[51] No se lamenta Orosio de las muertes de los esclavos, sino de que, con la muerte de los esclavos, los que perdieron fueron los dueños.

De la guerra que los romanos protagonizaron, primero, con Licinio Craso, sin suerte, después, con el cónsul Perpenna, con suerte, por cuanto derrotó al enemigo, Aristónico, hermano de Atalo, que había invadido el reino que Atalo había legado al pueblo romano, y del parricidio que el rey de Alejandría Tolomeo cometió en las personas de su hermana e hijastra

En el año 622 de la fundación **10**
de la ciudad, el cónsul y pontífice máximo Publio Licinio Craso[52], a pesar de ser enviado con un ejército muy bien preparado contra el hermano de Atalo, Aristónico, quien había invadido el Asia que los romanos habían heredado, y a pesar, además, de con- 2
tar con la ayuda de grandes reyes, a saber, Nicomedes de Bitinia, Mitrídates del Ponto y de Armenia, Ariarates de Capadocia, Pilemenes de Paflagonia, y de todas las tropas de éstos, a pesar de todo ello, fue derrotado en la batalla que se entabló[53]. Y cuando, 3
en la huida ya del ejército tras sufrir muchas bajas, estaba él mismo rodeado por enemigos y faltaba muy poco para que fuera herido, arrojó al ojo de un tracio la vara que usaba para el caballo, el bárbaro, irritado y dolorido, atravesó el costado de Craso con su espada. De esta forma, con este tipo de muerte buscada premeditadamente, evitó la deshonra y la esclavitud. El cónsul 4
Perpenna[54], sucesor de Craso, enterado de la muerte de éste y del desastre del ejército romano, salió precipitadamente volando hacia Asia; atacó inesperadamente a Aristónico, que estaba celebrando la reciente victoria y le obligó a huir despojado de todas sus tropas; y sitiando 5
la ciudad de Estratonice, en la cual se había refugiado aquél, le obligó a entregarse rendido por el hambre.

---

[52] Publio Licinio Craso Maciano (131 a. C.).

[53] En una ciudad de Jonia cerca de Focea (131 a. C.).

[54] Marco Perpenna y Gayo Claudio Pulcro Léntulo son los cónsules del 130 a. C.

El cónsul Perpenna, afectado por una enfermedad, murió en Pérgamo; Aristónico fue ahorcado en la cárcel, en Roma, por mandato del senado.

6 En este mismo año, la vergonzosa vida del rey de Alejandría Tolomeo tuvo un final todavía más vergonzoso. En efecto, éste, tras haber cometido estupro con su hermana y haberse casado después con ella, por último la abandonó en una acción más indigna que la que
7 cometió casándose con ella. Y a su extraña descendencia, esto es, a la hija de su hermana y esposa, la convirtió en su esposa; y a su hijo, que había tenido de su hermana, y al hijo también de su hermano, los mandó matar. Por todo ello, despreciado a causa de tantos incestos y parricidios, fue expulsado del reino por los alejandrinos.

De las luchas protagonizadas por Antíoco de Babilonia y Fraates, rey de los partos, y de la muerte de Publio Escipión Africano

8 En la misma época, Antíoco[55], no contento con Babilonia y Ecbatana, además de todo el imperio medo, se enfrentó a Fraates[56], rey de los partos, siendo derrotado. Aquél, si bien tenía, según se decía, un ejército de cien mil soldados armados, arrastraba con él, sin embargo, doscientas mil personas más entre mozos de carga y cantineros junto con prostitutas e histriones. De esta forma cayó fácilmente derrotado juntamente con todo su ejército por las fuerzas partas[57].

9 Durante el consulado de Gayo Sempronio Tuditano y Marco Acilio[58], Publio Escipión Africano, al día siguiente de haber anunciado ante la asamblea del pueblo

[55] Antioco VII (Sidetes) (159-129 a. C.), segundo hijo de Demetrio I de Siria.

[56] Fraates II, conocido también como Arsaces VII.

[57] 128 a. C.

[58] 129 a. C.

el peligro que corría su vida, por cuanto se había enterado de que se le acusaba por parte de hombres malvados e ingratos, a él que trabajaba en pro de la patria, fue encontrado muerto por la mañana en su alcoba. No sería yo temerario si incluyo esta acción entre las peores desgracias de los romanos, sobre todo porque la autoridad y moderación de Africano significaba tanto en la ciudad que difícilmente se podría creer que, estando él vivo, pudiese haber una guerra social o civil. Algunos 10
dicen que fue asesinado por la dolosa intervención de su mujer Sempronia, hermana por otra parte de los Gracos, para que así esta criminal, según creo, familia, nacida para la perdición de su propia patria, fuese todavía más horrible, aparte de por las sediciones de sus hombres, también por los crímenes de sus mujeres.

Del temblor y erupción del monte Etna, el cual, vomitando llamas más ardientes que de costumbre quemó con su fuego la isla de Lipara y el mar de alrededor

Durante el consulado de Marco 11
Emilio y Lucio Orestes [59], el Etna, al entrar en erupción con gran temblor de tierras, se desbordó en bolas de fuego, y al segundo día la isla de Lípara y todo el mar que la rodea entraron en ebullición tal, que disolvieron incluso las rocas ya tostadas, abrasaron las tablas de las naves derritiendo la cera que las pegaba, cocieron a los peces ya muertos y que nadaban a flor de agua, y asfixiaron incluso a las personas, cuyos órganos vitales interiores se quemaron al respirar y expirar bocanadas de aire caliente; sólo se salvaron los que pudieron huir lejos.

---

[59] Marco Emilio Lépido y Lucio Aurelio Orestes (126 a. C.).

11 *De la peste que afectó a África a raíz de una infección de las aguas y que, con un desastre no conocido antes, se llevó a innumerables pueblos con sus animales, aves y bestias*

Durante el consulado de Marco Plautio Hipseo y de Marco Fulvio Flaco [60], un horrible y desconocido desastre alcanzó a África, cuando apenas había todavía descansado de las destrucciones de las gue-
2 rras. Efectivamente, tras haberse extendido a lo largo de toda África inmensas cantidades de langostas y haber no sólo raído todos los brotes de los frutos y comido todas las yerbas con parte de sus raíces y las hojas de los árboles con las ramas más tiernas, sino tras haberse también roído las amargas cortezas y los leños secos, fueron arrastradas por un repentino huracán, apelotonadas en grupos compactos, llevadas largo tiempo
3 por el aire, y arrojadas al mar de África. Cuando las olas, arrancando sus movimientos desde lejos, arrastraron por inmensas extensiones del litoral grandes montones de langostas, la corrupta y putrefacta masa despidió un olor enormemente repugnante y más fatal de lo que nadie pueda imaginar; a raíz de ello se produjo, afectando por igual a todos los seres vivos, una peste tan enorme que, podridos por todas partes, los cadáveres de aves, de animales domésticos y salvajes afectados por la infección del aire aumentaban aún más la fuerza de la
4 corrupción. Por otra parte, y en lo que se refiere a la magnitud de la peste en las personas humanas, yo mismo siento escalofríos en todo mi cuerpo al contarlo: y es que en Numidia, cuyo rey era entonces Micipsa, se dice que murieron ochocientos mil hombres, y en la costa marítima, sobre todo la que está cerca del litoral cartaginés y uticense, más de doscientos mil; y en la propia ciudad de Útica, los treinta mil soldados que estaban como guarnición para defensa de toda África, fueron

[60] 125 a. C.

destruidos y aniquilados. Esta desgracia se presentó 5
con tanta rapidez y violencia que se dice que en aquella ocasión, en un solo día y por una sola puerta, fueron sacados los cadáveres de mil quinientos jóvenes en la ciudad de Útica.

Como contraposición a todo eso, yo podría ahora ha- 6
blar de la paz y favores del Dios Todopoderoso, por cuya misericordia y en cuya confianza digo esto: aunque también en nuestra época han aparecido langostas en distintas ocasiones y en distintos lugares y muchas veces han hecho incluso daño, aunque un daño tolerable, nunca sin embargo en época cristiana la fuerza incurable del mal se presentó tan grande como para que el azote de las langostas hiciese más daño después de la desaparición de aquéllas; y eso después de haber sido inaguantable su azote mientras estuvieron presentes; ni tampoco tan grande como para que, una vez desaparecido el azote, cuya persistencia amenazara con destruirlo todo, se deseara ardientemente que no hubiera desaparecido, porque, por haber desaparecido, la muerte amenazaba a todos.

De la restauración de Cartago, restauración que fue precedida de de un gran prodigio

En el año 627 de la fundación 12
de la ciudad, durante el consulado de Lucio Cecilio Metelo y Quinto Titio Flaminio [61], en África fue restituida y repoblada, en el vigésimo segundo año de su destrucción, con familias de ciudadanos romanos llevados a allí como colonos, la ciudad de Cartago, en virtud de una orden por la que se mandó que fuera restituida [62]. Su restauración fue pre-

---

[61] Lucio Cecilio Metelo y Tito Quintio (no Quinto Titio) Flaminino (123 a. C.).

[62] Un decreto del senado ordenó que fuera restituida; parece que fue un tribuno de la plebe, Gayo Graco o, mejor, su colega Rubrio *(lex Rubria)*, el que presentó un proyecto de ley por el

2 cedida de un gran prodigio: y es que cuando los agrimensores enviados para fijar los límites del territorio cartaginés encontraron que las estacas fijadas como señales de los límites habían sido arrancadas y roídas a dentelladas durante la noche por los lobos, se llegó en un momento a dudar si convendría a la paz romana que se reconstruyera Cartago.

De la sedición del segundo Graco, que, a causa de su carácter revolucionario, derramó en una especie de guerra civil gran cantidad de sangre, y de la adhesión, por obra de Metelo, de las islas Baleares en esta misma época al Estado romano, y represión de los ataques piratas

3 En este mismo año, el tumultuoso[63] nombramiento como tribuno de la plebe de Gayo Graco, hermano de aquel Graco que ya había sido eliminado en otro levantamiento, supuso para el es-
4 tado un gran perjuicio. En efecto, tras haber excitado con frecuencia a crueles sediciones al pueblo romano con excesivas dádivas y promesas[64], fue, finalmente, echado del tribunado, debido sobre todo a la ley agraria, por la cual había sido asesinado su hermano Graco; su sucesor fue Mi-
5 nucio. Como el nuevo tribuno de la plebe Minucio inten-

---

que se debería hacer una colonia romana en Cartago. El hecho entra dentro de la *Lex Sempronia de coloniis deducendis* de Gayo Graco.

[63] Según Plutarco, en las elecciones se reunió una cantidad tan grande de gente de todas partes de Italia, que muchos no pudieron encontrar alojamiento en la ciudad y el Foro no bastaba para acoger a la multitud de electores.

[64] Mediante varios proyectos de ley que presentó a la asamblea del pueblo y que fueron aprobados: *Lex agraria,* que repetía, en gran medida, las pretensiones de la de su hermano; *Lex frumentaria,* que garantizaba el abastecimiento a la población más pobre frente a las oscilaciones del precio del pan; *Lex iudiciaria,* con la que se intentaba poner fin a los abusos de los magistrados en provincias; *Lex militaris,* por la que el equipo del soldado debía estar a cargo del Estado; *Lex de viis muniendis,* etc.

tase hacer desaparecer en gran parte las disposiciones de su antecesor Graco y abolir sus leyes, Gayo Graco y Fulvio Flaco, rodeados de un enorme grupo de hombres, suben al Capitolio, donde se estaba celebrando la asamblea; allí, tras levantarse un gran tumulto, el asesinato por parte de los graquianos de un heraldo[65] fue algo así como el toque para iniciar el combate. Flaco, 6
acompañado por dos hijos suyos armados y con la compañía también de Graco que vestía toga y que ocultaba una pequeña daga en la mano izquierda, tomó el Dianio[66] a modo de ciudadela, a pesar de que no le sirvió de nada el haber enviado delante a un heraldo suyo para que llamase a los esclavos a la libertad. Por su parte, 7
Décimo Bruto, personaje de rango consular, subiendo por la cuesta de Publicio[67], irrumpió contra ellos con enorme fuerza. Flaco luchó allí tenazmente durante largo tiempo; Graco, después de haberse retirado al templo de Minerva, fue sujetado por la intervención de Letorio en su intento de arrojarse sobre la espada. En conclusión, tras mantenerse la lucha largo tiempo dudosa, finalmente los arqueros enviados por Opimio disolvieron a la multitud aglomerada. Dos Flacos, el padre y el hijo, 8
una vez que escaparon al domicilio particular a través del templo de Luna y cerraron las puertas, fueron allí sepultados al romper los otros el armazón de la pared. Graco, una vez que sus amigos habían ya luchado y muerto por él, llegó con dificultad al puente sublicio[68], y allí, para evitar ser cogido vivo, ofreció su cabeza a un siervo suyo. La cabeza de Graco ya cortada fue llevada 9

---

[65] Atilio, heraldo del cónsul Opimio.

[66] Otros manuscritos escriben Janio. Se trataba del Aventino, donde había un templo de Diana.

[67] El *cliuus Publicius* era una avenida, rodeada de lujosas mansiones, que conducía al templo de Diana en el Aventino.

[68] Puente de madera construido por Anco Marcio; por él intentó Gayo Graco abandonar el Aventino.

al cónsul y su cuerpo entregado a su madre Cornelia en la fortaleza de Miseno[69]; esta Cornelia, hija de Africano el Mayor, se había retirado a Miseno, como dije[70], tras la muerte del hijo mayor. Los bienes de Graco fueron confiscados; el joven Flaco fue ejecutado en el calabozo. Del partido de Graco se dice que cayeron en el Aventino doscientos cincuenta. El cónsul Opimio[71], a la hora de investigar los hechos, convirtió en crueldad toda la fortaleza de que hizo gala en la lucha; sometió, en efecto, al suplicio a más de tres mil hombres, muchos de los cuales, inocentes, fueron ejecutados sin ni siquiera haberse realizado juicio.

13 En esta misma época, Metelo[72] sometió en una expedición militar a las islas Baleares y eliminó, ejecutando a gran cantidad de sus habitantes, los ataques de piratas que entonces tenían su campo de operaciones en aquellas islas.

De la guerra que, con los alóbroges, protagonizó y terminó felizmente el procónsul Domicio, y de la coetánea erupción del monte Etna, que produjo entre los catinienses más muertes de lo acostumbrado

2 También el procónsul Gneo Domicio derrotó en cruel enfrentamiento junto a la fortaleza de Vindalio[73] a los galos alóbroges; se vio favorecido sobre todo porque los caballos de los enemigos y los propios enemigos se pusieron en fuga aterrorizados por el nuevo tipo de lucha que suponían los elefantes; se dice que cayeron allí veinte mil alóbroges y que fueron hechos prisioneros tres mil.

---

[69] Promontorio y ciudad de Campania, hoy *Punta di Miseno,* situada en un extremo de la bahía de Nápoles.

[70] La verdad es que no lo ha dicho. Por eso, alguna edición, como la de *Patr. Lat.* 70, prescinde del inciso *ut dixi.*

[71] Lucio Opimio (121 a. C.), enemigo mortal de los Gracos.

[72] Quinto Cecilio Metelo, cónsul en el 123 a. C.

[73] En la Galia Narbonense.

Por el mismo tiempo el monte Etna vomitó mayor 3
cantidad de fuego que de costumbre y, al extenderse y correr por una gran extensión de terreno, el fuego abrasador dañó tanto a la ciudad de Catina y a su territorio que los techos de las casas, tostados y cargados con las cenizas calientes, se vinieron abajo; para aliviar este desastre el senado liberó a los catinienses de pagar tributo en diez años.

Del desastre de los arvernos con su rey Bituito, y de la derrota y eliminación a manos del cónsul Quinto Marcio de otros galos que habían puesto su ejército en la base de los Alpes

En el año 628 de la fundación 14
de la ciudad, el cónsul Fabio[74] se enfrentó a Bituito, rey de la ciudad gala de los arvernos, quien estaba preparando la guerra con gran aparato; y se le enfrentó con un ejército tan pequeño que Bituito dijo jactanciosamente que aquel pequeño número de romanos apenas podría bastar como aperitivo para los perros
que él tenía en el ejército. Éste, como entendía que el 2
único puente que había sobre el río Ródano era insuficiente para pasar sus tropas, preparó otro construido con barcas unidas por cadenas, poniendo y clavando tablas sobre ellas. Entablado el combate y mantenido du- 3
rante largo tiempo[75], los galos, derrotados y en fuga, al mirar temerosos cada uno por sí mismo, rompieron las ligaduras del puente artificial, ya que se amontonaron embarulladamente los grupos y querían todos pasar los primeros; posteriormente se hundieron todos con las
propias barcas. Cuentan que el ejército de Bituito tenía 4
ciento ochenta mil soldados armados, de los cuales cayeron en el combate o se ahogaron ciento cincuenta mil.

[74] Quinto Fabio Máximo (121 a. C.).

[75] El combate tuvo lugar en el 121 a. C. en la desembocadura del Isara en el Ródano.

5 El cónsul Quinto Marcio[76] atacó militarmente al pueblo de los galos que estaba situado en la base de los Alpes. Éstos, al darse cuenta de que estaban rodeados por las tropas romanas y comprender que en la lucha iban a ser inferiores, se arrojaron a las llamas tras haber
6 matado a sus esposas e hijos. Y aquellos que, por adelantarse los romanos, no tuvieron ocasión de darse muerte y fueron hechos prisioneros, se suicidaron unos con la espada, otros ahorcándose y otros negándose a comer; y no quedó ni siquiera un niño pequeño, que, por apego a la vida, prefiriese aguantar la condición de esclavo.

15

De la guerra que se llevó a cabo, durante largo tiempo y no sin daño para el Estado, contra el rey númida Jugurta, quien se había levantado en armas tras romper el pacto que había hecho

En el año 635 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Publio Escipión Nasica y Lucio Calpurnio Bestia[77], el senado, por acuerdo del pueblo romano, declaró la guerra a Jugurta, rey de los númidas.

2 Pero, en lo que se refiere a Jugurta, yo voy a resumir, sólo por razón del orden cronológico y por hacer alguna mención, algunas cosas con brevedad, por cuanto de su voluble e inaguantable forma de ser así como de sus dolosas y hábiles acciones todo el mundo tiene noticias suficientes gracias a la rica elegancia de estilo de los escritores.

3 Pues bien, Jugurta, convertido, juntamente con los hijos legítimos, en hijo adoptivo y heredero del rey númida Micipsa, lo primero que hizo fue eliminar a sus coherederos; esto es, a Hiémpsal le asesinó y a Adérbal,
4 derrotándole en la guerra, lo echó de África. Posteriormente compró con dinero y arrastró a una paz de vergonzosas condiciones al cónsul Calpurnio, que había sido

[76] Quinto Marcio Rex (118 a. C.).
[77] 111 a. C.

enviado contra él[78]. Además, cuando vino a Roma, co- 5
rrompiendo y tentando a todos con dinero, levantó sedi-
ciones y disensiones. Al abandonar Roma, la marcó sufi-
cientemente con una infame sentencia cuando dijo:
«¡Oh ciudad que se vendería a sí misma y que perecerá
muy pronto, si llega a encontrar un comprador!»[79].

Al año siguiente derrotó en un combate a Aulo Pos- 6
tumio, hermano del cónsul Postumio[80], quien le había
puesto al frente de un ejército de cuarenta mil soldados;
le derrotó mientras éste buscaba codiciosamente los te-
soros reales guardados en la ciudad de Calama[81]; y, una
vez derrotado, le impuso un ignominioso pacto. Jugurta
anexionó a su reino a casi toda África, que se separó de
Roma. Posteriormente, fue sin embargo frenado por la 7
integridad y disciplina del cónsul Metelo[82] y vencido in-
cluso en dos combates, contemplando con sus propios
ojos que su Numidia era devastada y que no podía
defenderla; obligado a la rendición por Metelo, entregó
trescientos rehenes, prometió que pagaría en grano y
otros víveres, y devolvió más de tres mil desertores.
Pasado un tiempo, y dado que al no estar seguro con la 8
paz no cesaba en sus dañinas correrías, fue derrotado
por las fuerzas romanas y por la astucia del cónsul Gayo
Mario[83] —de la cual éste estaba dotado en cantidad no
menor que el propio Jugurta—; ello tuvo lugar sobre
todo después de que Mario rodeó y tomó con engaños la

---

[78] En el año 111. Tras ello, fue obligado a ir a Roma en el invierno del 111-110.

[79] Cf. SALL., *Guerra de Jugurta* 35, 10.

[80] Espurio Postumio Albino (110 a. C.).

[81] La derrota tuvo lugar cerca de Sutule, donde el ejército romano fue obligado a capitular y a pasar bajo el yugo.

[82] Quinto Cecilio Metelo (109 a. C.).

[83] Gayo Mario, cónsul en el 107 juntamente con Lucio Casio Longino.

ciudad de Capsa, que, según cuentan, había sido fundada por Hércules de Fenicia, y que entonces estaba repleta
9 de tesoros reales. Desconfiando a partir de ahora de su propia situación y fuerzas, Jugurta hizo una alianza con Boco, rey de Mauritania; enormemente reforzado con la caballería de éste, agotó al ejército de Mario con fre-
10 cuentes correrías. Finalmente, junto a Cirta, ciudad antigua y residencia real de Masinisa, se enfrentó, equipado con sesenta mil soldados de caballería, a los romanos
11 que estaban preparando el asalto a la ciudad. Nunca los soldados romanos conocieron una lucha más tumultuosa y terrible; hasta el punto de que el polvo levantado por las carreras y agitación de los jinetes que giraban y acosaban, tapó el cielo, terminó con el día y adelantó la noche; y hasta el punto de que cayó tan gran cantidad de dardos que ninguna parte del cuerpo estaba a cubierto de los golpes, por cuanto, a causa de la niebla, les faltaba visión para mirar, y, a causa de lo apretado de la multitud, libertad de movimientos para esquivar los
12 golpes. Y los jinetes mauritanos y númidas no tenían que esforzarse mucho para alcanzar con certeros lanzamientos de dardos al enemigo que tenían a tiro, sino que más bien tiraban las flechas sin saber a dónde, porque, lo que sí era seguro, es que herirían a alguien. Hasta ese punto se amontonaba en una piña la infantería romana[84]. La llegada de la noche supuso una tregua a tan
13 peligrosa situación; al día siguiente, de nuevo las mismas perspectivas en la guerra y en el peligro: los soldados no podían lanzarse contra el enemigo, aunque tenían empuñadas las espadas, por cuanto eran rechazados desde lejos por los dardos; no podían huir porque la caballería,
14 más veloz en la persecución, les cerraba el paso. Ya era el tercer día de lucha y de ninguna parte venía apoyo, y

[84] La edición de *Patr. Lat.* habla de infantería y caballería.

por todos lados se presentaba el rostro cruel de la muer-
te; finalmente, el cónsul Mario abrió el camino a la espe-
ranza en una desesperada y valiente acción: con todas
las tropas salió de las posiciones de defensa e inmediata-
mente se lanzó al campo abierto y a la lucha. Y cuando 15
los enemigos, rodeándoles de nuevo, destruían no sólo
los flancos de la formación romana, sino que batían tam-
bién el centro de la misma lanzando dardos desde lejos,
y cuando además el calor del sol, la sed inaguantable y
la muerte ya segura terminaron por agotar a los ya tur-
bados romanos, hasta ponerlos en las puertas de la de-
sesperación, de pronto una ayuda enviada del cielo, con-
sistente en tempestades y lluvias, fenómeno que ya cono-
cían los romanos en su lucha con los africanos [85], fue su
inesperada salvación. La repentina lluvia proporcionó en 16
efecto refrigerio y bebida a los sedientos y secos roma-
nos, y, por el otro lado, a los númidas se les volvieron
resbaladizos y consiguientemente inútiles los hastiles
de las lanzas, que suelen lanzar con las manos sin ayuda
de correas [86]; incluso los escudos que llevaban, flexibles 17
y seguros, hechos de piel de elefante tensa y endurecida
—su naturaleza era tal que absorbían como una esponja
la lluvia que caía sobre ellos y por ello se convertían en
inútiles a causa del repentino peso que recibían—, no
pudieron mantenerlos, por cuanto no podían ponérselos
alrededor del cuerpo. De esta forma, al ser turbados y
alejados inesperadamente los mauritanos y númidas,
Boco y Jugurta se dieron a la fuga.

Tras ello, estos reyes se presentaron en una nueva 18
batalla con noventa mil soldados. También éstos, según

[85] Ya en otras ocasiones ha señalado Orosio este mismo fenómeno (cf. IV 17, 5 ss.).

[86] Se adaptaban a las lanzas o dardos para lanzarlos con más fuerza.

se cuenta, cayeron hasta la eliminación total a costa de una victoria romana.

A partir de este momento, Boco, desechando ya toda esperanza en la guerra, solicitó la paz, y, como pago por la misma, entregó a Mario, a través de su lugarteniente Sila, a Jugurta, cogido traidoramente y atado con ca-
19 denas. Éste fue llevado en triunfo, juntamente con dos hijos suyos, ante el carro del vencedor y posteriormente estrangulado en la cárcel.

De la prodigiosa caída de un rayo sobre la hija doncella del caballero romano Lucio Helvio, y del estupro cometido en Roma en la persona de las vestales por Veturio, caballero romano, en compañía de otros corruptores

20 En la misma época se pudo contemplar un prodigioso fenómeno, obsceno y lamentable. El caballero romano Helvio, sorprendido por una tormenta a su vuelta de Roma a Apulia juntamente con su esposa e hija, al ver asustada a su hija, abandonó los carros y cogió sólo los caballos, para llegar más pronto a las casas cercanas; a su hija, doncella, la colocó en medio del grupo, mon-
21 tándola en un caballo. La joven fue de inmediato fulminada por un rayo, pero con la particularidad de que perdió todos sus vestidos sin un solo desgarro, de que se le saltaron las ataduras del pecho y de los pies, y de que se le cayeron incluso los collares y anillos, mientras que su cuerpo quedó ileso, salvo que quedó tendido de una forma siniestra, desnuda y con la lengua un poco sacada. El propio caballo que montaba cayó muerto a bastante distancia, mientras que la silla, las bridas y los cinchos quedaron sueltos y dispersos por un lado y otro.

22 Pasado un pequeño intervalo de tiempo tras este hecho, el caballero romano Lucio Veturio cometió furtivamente adulterio en la persona de la virgen vestal Emilia. Para colmo, la propia Emilia presentó y entregó a unos compañeros de su corruptor a otras dos vírgenes

vestales, atrayéndolas para hacerlas partícipes del incesto. Descubiertos por un siervo, se les condenó a todos a muerte.

De la muerte del cónsul Lucio Casio y de parte del ejército romano en una emboscada de los galos tigurinos, a los que ya antes había puesto en fuga; del vergonzoso paso bajo el yugo del ejército que quedó; y de la toma de la ciudad gala de Tolosa, juntamente con gran cantidad de oro y plata, por el procónsul Cepión

También en estos mismos tiempos de la guerra de Jugurta, halló la muerte en la Galia el cónsul Lucio Casio [87] tras perseguir a los tigurinos hasta el océano y ser rodeado a su vez por éstos en una emboscada. Perdió también la vida Lucio Pisón, personaje de rango consular, lugarteniente del cónsul Casio. El otro lugarteniente, Gayo Publio, con el fin de que el resto del ejército que se había refugiado en el campamento no fuera aniquilado, entregó a los tigurinos en vergonzoso pacto rehenes y la mitad de todo el bagaje. A su vuelta a Roma fue desterrado, tras hacerle comparecer a juicio el tribuno de la plebe Celio por haber entregado rehenes a los tigurinos. 23 24

El procónsul Cepión [88], con la toma de la ciudad gala llamada Tolosa, sacó del templo de Apolo cien mil libras de oro y ciento diez mil de plata: este botín, cuando fue enviado con escolta a Marsella, ciudad amiga del pueblo romano, se dice que fue todo criminalmente robado por él tras haber asesinado a escondidas —según atestiguan algunos— a aquellos a los que había encomendado la custodia y el transporte del mismo. A raíz de ello se abrió después en Roma una exhaustiva investigación. 25

[87] Lucio Casio Longino, colega de Mario en el 107 a. C. El encuentro tuvo, probablemente, lugar en el SE. de Burdeos.

[88] Quinto Servilio Cepión, cónsul en el 106 a. C.

16 *De los cimbrios y teutones, que, arrancando de sus sedes con la compañía de los restantes pueblos galos, se levantaron contra el Imperio romano y derrotaron, en un primer momento, al ejército que les salió al encuentro; pero, posteriormente, proporcionaron a Mario, el cónsul siguiente, un gran triunfo en nombre del Estado, al ser derrotados con gran desastre suyo y de todos los suyos*

En el año 642 de la fundación de la ciudad, el cónsul Gayo Manlio[89] y el procónsul Quinto Cepión, enviados contra los cimbrios, teutones, tigurinos y ambrones, pueblos de los galos germanos, que entonces se habían unido para terminar con el imperio romano, se repartieron el teatro de operaciones, poniendo en
2 medio el río Ródano. Mientras discuten entre sí en este reparto con envidia y tensión gravísimas, son vencidos con vergonzosa ignominia y peligro para el nombre romano. En el choque[90] fue efectivamente capturado y muerto el personaje de rango consular Mar-
3 co Emilio, y cayeron dos hijos del cónsul; en esta ocasión perdieron la vida ochenta mil romanos y aliados, y encontraron la muerte cuarenta mil hombres de las tro-
4 pas de servicio, según el testimonio de Antias[91]. En consecuencia se dice que sólo quedaron de todo el ejército diez hombres, los cuales tenían que llevar la triste noti-
5 cia para aumentar todavía más su desgracia. Los enemigos, apoderándose de los dos campamentos y de un enorme botín, destruyeron todo lo que habían cogido en
6 una nueva e insólita execrable acción: la ropa fue desgarrada y tirada, el oro y la plata arrojados al río, las corazas de los hombres hechas pedazos; los adornos de los caballos destruidos; los propios caballos arrojados a

[89] Gneo Manlio Máximo (105 a. C.).

[90] Al N. de Arlés, cerca de Arausio *(Orange)* (105 a. C.).

[91] Valerio Antias (cf. n. 15).

precipicios; las personas colgadas de los árboles con lazos en el cuello; todo ello hasta el punto de que el vencedor no pudo conocer ningún botín y el vencido ninguna misericordia. En esta ocasión fue enorme en Roma no 7
sólo el llanto, sino también el miedo de que los cimbrios pasasen inmediatamente los Alpes y devastasen Italia.

Por esta misma época Quinto Fabio Máximo asesinó, 8
teniendo como ayudantes en el parricidio a dos siervos, a un hijo suyo todavía adolescente, que se había retirado al campo[92]; e inmediatamente manumitió a los esclavos como pago por su criminal acción. Llamado a juicio fue condenado bajo la acusación de Gneo Pompeyo.

Volviendo a lo anterior, una vez que Mario, cónsul 9
por cuarta vez[93], colocó su campamento entre los ríos Isara y Ródano, en el lugar donde ambos confluyen, los teutones, cimbrios, tigurinos y ambrones, tras hacer escaramuzas durante tres días seguidos en las cercanías del campamento romano, con la intención de sacar de esta forma a los romanos fuera de la empalizada y llevarlos a campo abierto, decidieron marchar a Italia en tres grupos distintos. Mario, una vez que los enemigos 10
se alejaron, levantó el campamento y ocupó una colina, desde donde se veía el campo y el río por donde se habían esparcido los enemigos; y cuando a su ejército le faltaba agua para beber y todos se acercaban a él con quejas, les respondió que allí tenían el agua a la vista, pero que había que conseguirla con las armas. De esta forma, siguiendo a los aguadores que se lanzaron a la lucha con gran clamor, descendió todo el ejército; inmediatamente se entabló un combate normal con las filas

[92] Según Valerio Máximo (VI 1, 5), se trata de Fabio Serviliano, que castigó la dudosa castidad de su hijo, el cual se había retirado para evitar la presencia de sus compatriotas.

[93] 102 a. C.

11 ya ordenadas, y vencieron los romanos[94]. Tres días después salieron de nuevo al campo de batalla ambos ejércitos y lucharon hasta el mediodía casi con igual suerte; en ese momento, cuando al calentar el sol los sensibles cuerpos de los galos se derritieron como la nieve, lo que se prolongó hasta la noche fue más una matanza que un
12 combate. Murieron en esta batalla doscientos mil soldados, fueron hechos prisioneros ochenta mil, y se dice que apenas escaparon tres mil; perdió también la vida su jefe Teutobodo.

13 Las mujeres de los enemigos, con mayor seguridad que si hubiesen vencido, discutieron con el cónsul la posibilidad de conservar su vida, si era para servir a las vírgenes sagradas[95] y a los dioses sin que su pureza fuese violada. Como no consiguieron lo solicitado, se suicidaron todas con las armas o con la horca tras haber estrellado a sus propios pequeños contra las rocas. Estos hechos se refieren a tigurinos y ambrones.

14 Los teutones y cimbrios[96], por su parte, tras recorrer las nieves de los Alpes sin que sus tropas sufrieran pérdidas, habían penetrado hasta los llanos de Italia; y allí, cuando su dura naturaleza estaba ya debilitada por el lujo del oro, de la bebida, del alimento, y del aseo, fueron enviados contra ellos Mario, cónsul por quinta vez, y Cátulo; éstos, una vez fijado el día y el lugar del combate, siguiendo una táctica de Aníbal, comenzaron a preparar la lucha durante la noche y la llevaron a cabo ya
15 de día[97]. Y en efecto, los galos en un primer momento

---

[94] Cerca de *Aquae Sextiae,* hoy Aix.

[95] Como ayudantes de las vestales.

[96] Habían ido por caminos distintos, concretamente: por los pasos orientales.

[97] La batalla tuvo lugar en la llanura cerca de Vercelas, al N. del Po.

se vieron turbados, porque se dieron cuenta de que el ejército romano, más que presentarse, lo que hacía ya era atacar en orden de batalla. Y cuando sus jinetes, heridos en los comienzos mismos de la refriega, volvían atrás hacia los suyos y estorbaban a todo el ejército que se acercaba todavía en desorden, y sumándose a ello además el hecho de que el sol, que salía entonces acompañado de viento, les aparecía de frente, sucedió que el polvo cegó sus ojos y el brillo de aquél los deslumbró.
El resultado fue que tan gran y terrible muchedumbre, 16
con muy pocas pérdidas por parte romana, pero con una destrucción total por su parte, fue totalmente aniquilada. Se dice que cayeron entonces en el campo de batalla ciento cuarenta mil enemigos y que fueron capturados sesenta mil.

Las mujeres provocaron un combate casi más duro, 17
por cuanto colocando los carros en círculo a modo de campamento y luchando ellas mismas subidas en ellos, mantuvieron largo tiempo a raya a los romanos. Pero cuando los romanos lograron asustarlas con un tipo de ejecución —tirándolas en efecto de los cabellos les arrancaban la piel de la cabeza, con lo que, con una herida horrible, quedaban enormemente deformes—, volvieron contra ellas mismas y contra los suyos las armas que habían tomado contra el enemigo. En efecto, unas se degollaron recíprocamente, otras se estrangularon agarrándose mutuamente las gargantas, otras fueron arrastradas y muertas atando cuerdas a las patas de los caballos y aguijoneándolos inmediatamente, tras haber atado a sus cuellos las mismas cuerdas con que habían atado las patas de los caballos, otras se colgaron con un lazo de los timones de los carros puestos en alto. Se en- 19
contró incluso a una que había echado un lazo a los cuellos de sus hijos, los había atado a sus pies y, cuando

ella misma se colgó para morir, los había arrastrado
20 también a ellos a la muerte. Entre estos múltiples y lamentables tipos de muertes, se cuenta que dos reyezuelos se lanzaron a un choque mutuo empuñando las espadas. Los jefes Lugio y Boyórix cayeron en el campo de batalla; Claodico y Cesórix fueron capturados.

21 De esta forma, en estos dos combates murieron trescientos cuarenta mil galos y fueron hechos prisioneros ciento cuarenta mil sin contar la innumerable multitud de mujeres que se suicidaron y mataron a sus pequeños con locura femenina, pero con energía varonil.

Del matricidio y subsiguiente castigo de Publicio Maléolo

22 Pero, pasando a otra cosa, este triunfo de Mario y esta victoria romana fueron empañados por un hecho increíble y nunca antes conocido por los romanos; este hecho se perpetró inmediatamente después en Roma sumiendo a toda la ciudad
23 en el horror y el abatimiento. Y es que Publicio Maléolo asesinó a su propia madre con la ayuda de sus esclavos; fue acusado de parricidio, metido en un saco cosido y
24 arrojado al mar [98]. Los romanos castigaban e imponían esta pena a una acción de este tipo, sobre la cual Solón no se había atrevido a tomar ninguna decisión, porque pensaba que tal crimen no podía nunca llevarse a cabo; pero los romanos, porque sabían que ellos venían de Rómulo [99], entendiendo por ello que este crimen sí podía hacerse, lo castigaron con singular suplicio.

---

[98] Este tipo de castigo a los parricidas lo recuerda Cicerón en su *Defensa de Roscio Amerino;* estaba establecido en la Ley Pompeya sobre los parricidios.

[99] Rómulo cometió parricidio en la persona de su hermano Remo.

De la guerra civil que, por culpa del propio Mario, produjo en Roma gran cantidad de muertes de senadores y ciudadanos, y el destierro de algunos ciudadanos por mandato del Senado

En el año 645 de la fundación 17
de la ciudad, tras la guerra con cimbrios y teutones, y tras el quinto consulado de Mario, gracias al cual se piensa con razón que se mantuvo intacto el estado del imperio romano, éste se deterioró hasta tal punto que durante el sexto consulado del mismo Gayo Mario[100] faltó muy poco para que llegara a sus últimos días por culpa de calamidades internas.

Desarrollar y recorrer las sinuosidades de las luchas 2
internas y las inextricables causas de las sediciones me parece al mismo tiempo difícil y largo de contar. Baste 3
en verdad resumir con brevedad diciendo que el primer instigador de los desórdenes surgidos fue Lucio Apuleyo Saturnino[101], enemigo acérrimo de Quinto Metelo Numídico[102], hombre este último de auténtica primera categoría; aquél sitió con una multitud de gente armada, haciéndole salir de su casa y obligándole a refugiarse en el Capitolio, a Metelo, que había sido nombrado censor; de allí fue echado Saturnino por los indignados caballeros romanos, no sin tener lugar una impresionante batalla ante el Capitolio. Posteriormente, a Aulo Nunio[103], competidor suyo, lo asesinaron el propio Sa-

---

[100] 100 a. C.

[101] Era un hombre de la nobleza, pero se había pasado al partido popular por razones puramente personales: estaba resentido con el Senado porque éste le había alejado, mientras era cuestor en Ostia, de la dirección del abastecimiento de cereales. Formó juntamente con Mario y con Glaucia un bloque político en el 101 a. C. con estas condiciones: Mario debería ser elegido cónsul para el año 100, Saturnino tribuno de la plebe y Glaucia, pretor.

[102] Metelo se negó a jurar en el Senado el acatamiento a la Ley agraria propuesta por Saturnino.

[103] Aulo Nunio, candidato al tribunado de la plebe en el 100 antes de Cristo.

turnino y Glaucia con la traidora ayuda del cónsul Gayo
4 Mario. Al año siguiente, Mario, cónsul por sexta vez, Glaucia, pretor, y Saturnino, tribuno de la plebe, se unieron en conspiración para exiliar de la forma que fuese a Metelo Numídico. Llamado a juicio[104], el inocente Metelo fue injustamente condenado por unos jueces suplentes del mismo partido de aquéllos, teniéndose que marchar al exilio con gran dolor de toda la ciudad.
5 Ese mismo Saturnino, por temor a que Memio[105], hombre enérgico e íntegro, fuera nombrado cónsul, le hizo asesinar por medio de su satélite Publio Metio, quien, en un tumulto que se originó, lo abatió con un tosco palo mientras huía.

6 Al bramar ante tantas desgracias del estado, el senado y el pueblo romanos, el cónsul Mario, acomodando su forma de actuación a las circunstancias, se refugió en la aprobación de la nobleza[106] y apaciguó a la soliviantada plebe en un discurso moderado. Saturnino, con vil atrevimiento, reunió una asamblea en su propia casa y allí fue aclamado como rey por algunos y como
7 general por otros. Mario, agrupando a la plebe en manípulos, colocó al otro cónsul con guardias en la colina[107], mientras que él se apostó en las entradas del foro. La batalla tuvo lugar en el foro; Saturnino, expulsado de allí por los soldados de Mario, huyó hacia el Capitolio;

---

[104] Fue llevado a juicio por Saturnino por no querer jurar la Ley agraria propuesta por él.

[105] Gayo Memio, prominente demócrata, que, como tribuno (111 a. C.) había dirigido el levantamiento contra los líderes optimates; había sido pretor en el período de la coalición entre *equites* y *populares* (104 a. C.) y, como candidato al consulado del 99, era rival del extremista Glaucia.

[106] El Senado le encargó como cónsul el restablecimiento del orden; tras unas dudas, se apartó de sus antiguos aliados, Saturnino y Glaucia.

[107] Lucio Valerio Flaco.

Mario cortó los conductos que llevaban el agua a aquel
lugar. Se desarrolló después un choque considerable- 8
mente terrible en el acceso al Capitolio, cayendo muchos
de los que estaban junto a Saufeyo [108] y Saturnino. Saturnino, dando voces a todo el mundo, confesó que el
culpable de todas las acciones que había tramado era
Mario; pero una vez que el propio Saturnino, Saufeyo 9
y Labieno se refugiaron, gracias a las presiones de Mario,
en la Curia, fueron allí ejecutados por los caballeros
romanos que rompieron las puertas. Gayo Glaucia, sacado de la casa de Claudio, fue cruelmente despedazado.
El tribuno de la plebe Furio decretó que todos sus bie- 10
nes fueran hechos públicos. Gneo Dolabela, hermano de
Saturnino, en su huida a través de la plaza de venta de
legumbres, fue asesinado juntamente con Lucio Giganio.

De esta forma, eliminados los causantes de tan gran
revolución, volvió la tranquilidad al pueblo. En este 11
momento, Catón y Pompeyo presentaron, con gran alegría de toda la ciudad, una propuesta sobre el regreso
de Metelo Numídico; pero, por parte de los partidarios
del cónsul Mario y del tribuno de la plebe Furio, se impidió que tal propuesta fuera aprobada [109].

Rutilio, hombre igualmente muy íntegro, al ser lla- 12
mado a juicio por sus acusadores [110], hizo gala de tal
confianza en su buena fe e inocencia que no se dejó
crecer, a la espera del día del conocimiento de la causa,
el cabello y la barba, ni consiguió defensores de su
causa con vestidos sucios y aspecto externo demacrado,
ni buscó el favor de sus enemigos, ni trató de ganarse
a los jueces, y, al serle concedida por el pretor la defen-

[108] Gayo Saufeyo, cuestor en el 100 a. C.

[109] Según otras fuentes, Metelo volvió triunfalmente del exilio.

[110] Sus acusadores fueron los publicanos, a los que no había permitido actuar a sus anchas en Asia, donde había sido lugarteniente del gobernador Quinto Mucio Escévola (95 a. C.). La acusación era absurda, pero Rutilio fue condenado al destierro.

sa, pronunció un discurso tan aguerrido como su propia
13 forma de ser. A pesar de que evidentemente era acusado de calumnias, y cuando en la opinión de todas las personas justas se pensaba que iba a ser absuelto, fue condenado por la mala fe de los jueces. Él, emigrando a Esmirna, envejeció dedicado a los estudios literarios.

De las guerras sociales de Italia y de los muchos y terribles prodigios que aterrorizaron a Roma; unos, porque fue testigo de ellos, y otros, porque los oyó contar

18 En el año 659 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Sexto Julio César y Lucio Marcio Filipo[111], una guerra entre aliados, por motivos internos, con-
2 mocionó a toda Italia. Efectivamente, Livio Druso, tribuno de la plebe[112], al no poder satisfacer en sus pretensiones a todos los latinos, a los cuales se había atraído con la esperanza de
3 libertad, se levantó en armas. A esto se sumó el hecho de que crueles prodigios aterrorizaron a la ya triste Roma; y es que, a la salida del sol, brilló por la zona del septentrión una bola de fuego acompañada de un
4 ruido en el cielo. En Aretio[113], al ser partidos los panes en unos banquetes, corrió sangre del interior de los
5 mismos como si saliese de heridas corporales. Por otra parte, durante siete días seguidos, una granizada de piedras, con mezcla incluso de trozos de tejas, azotó una gran extensión de tierra. En territorio samnita, salió una llama por una gran abertura de la tierra y se la vio
6 subir hasta el cielo. Y también muchos romanos, que iban de viaje, vieron que una bola de color de oro bajaba del cielo a la tierra y que, agrandándose, volvió a ascender desde la tierra a lo alto en dirección a la salida

---

[111] 91 a. C.

[112] Marco Livio Druso, tribuno de la plebe e hijo de un adversario de Gayo Graco. Pertenecía, pues, a la nobleza.

[113] Gran ciudad de Etruria, hoy Arezzo.

del sol y que, con su gran tamaño, tapó incluso al propio sol. Druso, mientras se mantenía angustiado ante tan 7
grandes prodigios nefastos, fue asesinado en su propia casa por una persona desconocida.

Del levantamiento de picentinos, samnitas, lucanos y otros pueblos aliados; de los enfrentamientos que durante largo tiempo, protagonizaron los generales y cónsules romanos con grandes pérdidas y desastres por una y otra parte, y de cómo en esta misma época el rey Sotimo, con un gran ejército de tracios invadió Grecia y asoló todo el territorio de Macedonia

Pues bien, los picentinos, los 8
vestinos, los marsos, los pelignos, los marrucinos, los samnitas y los lucanos, que seguían todavía tramando ocultamente la sublevación, asesinaron en Asculo[114] al pretor Servio, que les había sido enviado como legado y, cerrando inmediatamente las puertas de la ciudad, condenaron a muerte y degollaron a todos los ciudadanos romanos. Inmediatamente des- 9
pués, horribles prodigios superaron la atrocidad de este crimen. Efectivamente, los animales de todas las especies que estaban acostumbrados a aguantar dulcemente el trato humano y a vivir entre los hombres, abandonando los establos y los lugares de pastoreo, huyeron a las selvas y montes en medio de patéticos balidos, relinchos y mugidos. También los perros, de los cuales es de naturaleza el no poder vivir sin los hombres, anduvieron errantes con tristes aullidos a modo de lobos. Pues bien, volviendo a 10
los hechos, el pretor Gneo Pompeyo se enfrentó, por mandato del senado, con los picentinos y fue derrotado, una vez que los samnitas habían elegido ya como general suyo a Papio Mutilo, mientras que los marsos prefirieron al jefe pirata Agamenón[115]. Julio César, derrotado en un 11

[114] Ciudad del interior de Apulia.

[115] Las comunidades sublevadas se reunieron, en efecto, en dos grupos: el septentrional (de los marsos) y el meridional (de los

combate con los samnitas, huyó con el ejército deshecho. El cónsul Rutilio[116] eligió como lugarteniente a su pariente Mario; a éste, que apuntaba continuamente que sería útil la dilación de la guerra y la conveniencia de que los soldados bisoños fuesen poco a poco adies-
12 trados en los cuarteles, no le hizo caso porque pensaba que hacía esto con segundas intenciones; y, sin tomar precauciones para su ejército, se arrojó a sí mismo y a toda su tropa a la trampa tendida por los marsos; allí perdió la vida el propio cónsul, fueron aniquilados muchos nobles y cayeron ocho mil soldados romanos[117].
13 Las armas y los cuerpos de los muertos fueron arrastrados, ante los ojos del lugarteniente Mario, y llevados a flor de agua, para testimonio del desastre, por el río Toleno. Mario, recogiendo inmediatamente las tropas, atacó inesperadamente a los vencedores y eliminó, jus-
14 tamente él, a ocho mil marsos. Cepión, sin embargo, arrastrado por los vestinos y marsos a una emboscada, fue aniquilado con su ejército. Lucio Julio César, por su parte, después de haber huido tras su derrota a Esernia[118], reunió tropas de todas partes y eliminó a muchos miles de enemigos en un enfrentamiento con samnitas
15 y lucanos. Y tras haber sido aclamado general por su ejército y haber enviado noticias de la victoria a Roma, los senadores, al sonreír esta nueva esperanza, se despojaron del sayo, es decir del vestido de luto que se habían puesto a comienzos de la guerra de los aliados, y

samnitas). También el ejército romano operaba en dos frentes: en el N., bajo el mando del cónsul Publio Rutilio Lupo, entre cuyos lugartenientes estaba Gneo Pompeyo Estrabón, padre de Gneo Pompeyo, y Mario; en el S., bajo el mando de Julio César.

[116] Publio Rutilio Lupo (90 a. C.), el comandante de las fuerzas del N.

[117] En el paso del río Toleno, en el ex territorio de los ecuos.

[118] Ciudad del Samnio, hoy Isernia; era una colonia-fortaleza que fue tomada por los rebeldes al comienzo de las operaciones.

se volvieron a poner la antigua honrosa toga. Posteriormente, Mario eliminó a seis mil marsos y despojó de sus armas a siete mil. Sila[119], enviado con veinticuatro co- 16
hortes a Esernia, donde los ciudadanos y soldados romanos estaban retenidos en angustioso asedio, salvó, en un gran combate y con grandes pérdidas por parte de los enemigos, a la ciudad y a los aliados. Gneo Pompeyo 17
derrotó en duro combate a los picentinos; por esta victoria los senadores vistieron la banda de púrpura y demás insignias de su dignidad, mientras que, cuando empezaron a respirar por primera vez con la victoria de César, sólo tomaron la toga. El pretor Porcio Catón venció a los etruscos, y su lugarteniente Plotio a los umbros, no sin perder gran cantidad de soldados y con no pequeño esfuerzo.

Durante el consulado de Gneo Pompeyo y Lucio 18
Porcio Catón[120], Pompeyo sitió durante largo tiempo la ciudad de Ásculo[121]; y, a pesar de ello, no la hubiera podido tomar al asalto, si no hubiesen salido sus habitantes a campo abierto, donde los derrotó con durísima violencia. Dieciocho mil marsos cayeron en este combate con su general Frauco, y fueron capturados tres mil. Por otro lado, cuatro mil itálicos que habían escapado 19
a esta matanza, habían alcanzado casualmente, tras reunirse todos en un solo grupo, la cima de un monte, donde, acosados y agobiados, tuvieron una miserable muerte producida por el frío de las nieves. Efectivamen- 20
te, se les veía con la cara atónita, tal como ésta había quedado con el terror a los enemigos reflejado en ella, unos recostados sobre los troncos de los árboles, o

---

[119] Lucio Cornelio Sila, lugarteniente del ejército del S., bajo el mando de Lucio Julio César.

[120] Gneo Pompeyo Estrabón y Lucio Porcio Catón (89 a. C.).

[121] Capital del Piceno, hoy Ascoli Piceno; hay que distinguir la del *Asculum* de Apulia, hoy Ascoli Satriano.

sobre las rocas, otros apoyados en sus armas, pero todos con los ojos abiertos y los dientes descubiertos como si estuviesen vivos; y, para los que los contemplaban de lejos, no había ningún indicio de muerte, salvo la larga inmovilidad, la cual evidentemente no puede aguantar
21 largo tiempo la natural viveza de la vida humana. En ese mismo día combatieron y fueron derrotados los picentinos [122], cuyo jefe, Vidacilio, tras convocar a los más importantes de los suyos, se suicidó con veneno después de un magnífico banquete y largas copas, animando a todos a que siguieran su ejemplo; todos alabaron su acción, pero ninguno le imitó.

22 En el año 661 de la fundación de la ciudad, cuando el ejército romano marchó al asedio de Pompeya, Postumio Albino, personaje de rango consular, y lugarteniente entonces de Sila [123], fue lapidado por sus soldados, al provocar en contra de él el odio de todos por su
23 intolerable insolencia. El cónsul Sila declaró que la sangre de un ciudadano no podía ser expiada sino con sangre de enemigos; el ejército, acuciado por el remordimiento de esta acción, afrontó el combate de forma tal como si cada uno viera que iba a morir si no vencía. Dieciocho mil samnitas murieron en aquella batalla; incluso Juventio, jefe itálico, y gran parte de su ejército perdieron la vida en la persecución de que fueron objeto por parte
24 del ejército romano. El cónsul Porcio Catón, tras llevar a cabo valientemente unas cuantas acciones con las tropas de Mario, se jactó diciendo que Gayo Mario no hizo cosas mayores; y por ello, mientras guerreaba contra los marsos junto al lago Fucino, fue asesinado por el hijo de Gayo Mario en el tumulto de la lucha, dando la impresión por ello de que se trató de un asesino descono-

[122] Se encontraban en Ascoli, adonde habían ido como ayuda.
[123] Sila era ahora el comandante de las tropas en la Campania meridional.

cido. Su lugarteniente Gayo Gabinio murió en el asalto 25
al campamento enemigo. El territorio de marrucinos y
vestinos fue devastado en una incursión de Sulpicio,
lugarteniente de Pompeyo. Los jefes itálicos Popedio y
Obsidio fueron derrotados y aniquilados en horrible
combate por el mismo Sulpicio junto al río Teano.
Pompeyo, entrando en Ásculo, apaleó y decapitó a los 26
prefectos, centuriones y principales de sus habitantes,
vendió en subasta pública a los siervos y todo el botín,
y dejó marchar a los demás, aunque desnudos y sin
nada; y, a pesar de que el senado esperaba que el tesoro
público recibiría alguna ayuda de este botín, Pompeyo,
sin embargo, no entregó nada al necesitado erario. Por 27
estar, en efecto, totalmente exhausto en esta época el
tesoro público y faltar dinero para el pago del trigo,
fueron vendidos, por imperativos de la necesidad, los
lugares públicos que, alrededor del Capitolio, habían
sido entregados en propiedad a los pontífices, augures,
decénviros y flámines; y se consiguió suficiente canti-
dad de dinero para socorrer temporalmente la escasez.
Y es que en aquella época, mientras se amontonaban 28
por todas partes en el interior de la ciudad las riquezas
arrancadas de todas las ciudades destruidas y de todos
los terrenos despojados, la propia Roma, al apremiar la
vergüenza de la escasez, subastaba sus principales pro-
piedades. Por lo cual, que Roma recuerde ahora aquellos 29
sus tiempos en que, como si fuese un vientre insaciable
que lo traga todo y que está siempre hambriento, ella
misma, más pobre que todas las ciudades a las que em-
pobrecía, nada tenía, a pesar de que no dejaba a aquéllas
nada, y se veía empujada por los estímulos del hambre
a continuar las turbulentas guerras.

En esta época el rey Sotimo, entrando en Grecia con 30
gran cantidad de tropas auxiliares tracias, devastó todo

el territorio macedonio y, derrotado finalmente por el pretor Gayo Sentio, fue obligado a regresar a su reino.

De la larga y dura guerra contra Mitrídates que tuvo lugar poco tiempo después

19 En el año 662 de la fundación de la ciudad, cuando todavía no había terminado la guerra con los aliados, comenzó en Roma la primera guerra civil; y en ese mismo año empezó la guerra contra Mitrídates, si bien
2 menos vergonzosa, sin embargo, no menos dura. En verdad que, en lo que se refiere a la extensión temporal de la guerra mitridática, las versiones son distintas sobre si empezó ahora por primera vez o fue entonces cuando se hizo sobremanera violenta; sobre todo si tenemos en cuenta que unos dicen que duró treinta años y otros que cuarenta. Pero, aunque ambas estallaron, siendo coetáneas, unidas por males entrelazados entre sí, yo, sin embargo, voy a relatarlas particularmente una por una, aunque con brevedad.

De las enormemente perjudiciales para el Estado guerras civiles, que, protagonizadas por Mario y Sila, Cinna y Sertorio, se alargaron en continuas rivalidades y con proscripciones de senadores

3 Mario, siendo cónsul Sila[124] y disponiéndose éste a marchar con el ejército a Asia contra Mitrídates, mientras que él por el contrario permanecía en Campania a causa de los últimos restos de la guerra con los aliados, pretendió el séptimo consulado y la direc-
4 ción de la guerra mitridática[125]. Enterado de ello Sila, joven en verdad fogoso y arrastrado por una desmesurada ira, se asentó primero con cuatro legiones delante de la ciudad, donde mató a Gra-

[124] 88 a. C.

[125] El tribuno de la plebe Publio Sulpicio Rufo presentó en la asamblea del pueblo cuatro proposiciones de ley, una de las cuales pretendía quitar el mando de la guerra contra Mitrídates a Sila para dárselo a Mario.

tidio, lugarteniente de Mario, quien se convirtió por
así decir en la primera víctima de la guerra civil; pos-
teriormente irrumpió con el ejército en la ciudad y pidió
teas para quemarla. Escondidos todos a causa del miedo,
llegó hasta el foro en rápida carrera a través de la Via
Sacra. Mario, tras haber intentado inútilmente poner en 5
movimiento en contra de Sila a la nobleza, encender a
la plebe y llevar por fin a las armas a los caballeros,
arrastrando en último extremo a la lucha con la espe-
ranza de libertad y botín a los esclavos, se retiró final-
mente al Capitolio, por cuanto fue vano su intento de
oponer resistencia. Pero cuando las cohortes de Sila
irrumpieron en aquel lugar, tuvo que huir no sin perder
gran cantidad de los que le acompañaban. Allí cayó 6
entonces Sulpicio [126], el colega de Mario, traicionado por
un siervo suyo; a este siervo, por su parte, los cónsules
ordenaron manumitirle, por haber delatado al enemigo,
y arrojarle, por otro lado, desde la roca Tarpeya, por
haber traicionado a su señor. Mario, al verse cercado en 7
su huida por el acoso de sus perseguidores, se escondió
en las lagunas de Minturno; sacado de allí con un as-
pecto vergonzoso y horriblemente manchado de lodo,
fue llevado en lamentable espectáculo a Minturno y
encerrado en la cárcel, donde aterrorizó con sólo su
aspecto al verdugo que fue enviado. Escapando poste- 8
riormente de la cárcel, huyó a África, y, tras llamar,
desde Útica, a su hijo mientras estaba retenido bajo cus-
todia, regresó a Roma y se unió al cónsul Cinna [127] en
una alianza de crímenes. Efectivamente, para arruinar a 9
todo el estado, se repartieron el ejército dividiéndolo en
cuatro partes: a saber, tres legiones fueron entregadas

[126] El tribuno que había hecho la propuesta anterior y que fue capturado y muerto mientras intentaba huir.

[127] Lucio Cornelio Cinna (87 a. C.), que forma una alianza con Mario en contra de Sila y los silanos.

a Mario; al frente de una parte de las tropas fue puesto Gneo Carbón[128]; otra parte la recibió Sertorio[129], aquel Sertorio, ya en este momento instigador y partícipe de guerras civiles, que posteriormente, una vez terminada la presente, provocará otra en Hispania, guerra que arrastró durante muchos años con grandes desastres para Roma; el resto del ejército se puso bajo el mando
10 de Cinna. Y a continuación Gneo Pompeyo, que, juntamente con su ejército, había sido llamado por el senado para que mirase por el estado, y que se mantuvo largo tiempo indeciso a la espera de cambios, se unió al fin al otro cónsul, Octavio, y se enfrentó en seguida a Ser-
11 torio, al ser despreciado por Mario y Cinna. La llegada de la noche cortó el desastre del combate; seiscientos
12 soldados murieron de uno y otro lado. Al día siguiente, cuando se estaban separando desordenadamente los cadáveres para sepultarlos, un soldado pompeyano reconoció el cadáver de su propio hermano, al que él mismo había dado muerte; y es que en el enfrentamiento, el casco había impedido a cada uno de ellos el reconocimiento del rostro del otro, y la locura había nublado la reflexión; aunque poco se puede culpar al hecho de que no lo supieran, a pesar de que parezca que no sabía que era su hermano, porque de lo que no cabe duda es de que sabía que se trataba de un ciudadano romano.
13 La consecuencia fue que el vencedor, más desgraciado que el vencido, cuando conoció el cuerpo de su hermano y tuvo conciencia de su parricidio, lanzando imprecaciones contra las guerras civiles se arrojó sobre el cadáver de su hermano atravesando su pecho con la

---

[128] Gneo Papirio Carbón, tribuno de la plebe y partidario de Cinna y Mario.

[129] Se había pasado al lado de Mario por enemistad personal con Sila.

espada y derramando al mismo tiempo lágrimas y sangre.

Y ¿de qué sirvió desde el punto de vista de un posible abandono de la guerra civil ya iniciada el hecho de que en los propios inicios de la misma se extendiera el vergonzoso rumor de que se habían enfrentado dos que, ciertamente no sabían que eran hermanos, pero sí que eran conciudadanos; el hecho de que el hermano que resultó vencedor a costa de un crimen encontrara los despojos de su hermano muerto; y el hecho de que posteriormente, culpable de tan gran ferocidad, con la misma espada y la misma mano vengara con un suicidio el parricidio que había cometido? ¿Acaso tan triste ejemplo cambió las iras de las partes enfrentadas? ¿Acaso en alguna de ellas el miedo a un error alejó el peligro de crimen? ¿Acaso existió esa bondad y respeto naturales que el hombre comparte incluso con las bestias? [130]. ¿[Acaso alguien] [131] temió que pudiera ocurrirle a él la desgracia que una sola persona, matando y matándose, protagonizó, y, desarmado por esta convicción, se alejó de un proyecto de este tipo? Ni mucho menos; durante casi los cuarenta años siguientes continuaron hasta tal punto las guerras civiles que daba la impresión de que la magnitud de la gloria se iba a medir con el rasero del número de crímenes cometidos. Y es que, después de aquel antecedente, todos hubieran huido en aquella guerra de la peligrosa posibilidad de cometer

14 15 16

[130] No hace falta, creemos, suponer puntos suspensivos al final de esta frase como hace ZANGEMEISTER en el aparato crítico; quizá, como máximo, un *fuit*, aunque no es necesario. No entendemos el texto de *Patr. Lat.*, que no separa esta frase de la siguiente.

[131] Hay una laguna en el texto. En general, es un texto difícil y discutido; la mejor solución parece ser ésta que ofrece Zangemeister.

parricidios, si no hubiesen buscado los propios parricidios.

17 Pues bien, Mario, atacando violentamente la colonia de Ostia[132], cometió allí todo tipo de arbitrariedades,
18 egoísmos y crueldades. Pompeyo murió arrebatado por un rayo; y su ejército, alcanzado por la peste, fue casi totalmente aniquilado; murieron en efecto once mil soldados del ejército de Pompeyo y desaparecieron[133] seis
19 mil del lado del cónsul Octavio. Mario irrumpió violentamente en las ciudades de Antio[134] y Aricia[135] y ejecutó a todos sus habitantes a excepción de los traidores, y permitió a sus soldados el saqueo de sus bienes. Posteriormente, el cónsul Cinna, con las legiones, y Mario, con sus desertores, entraron en Roma y ejecutaron a los más nobles del senado y a muchos hombres de rango consular.

20 Pero ¿qué es esta porción de desgracia mostrada hasta ahora? ¿[Basta acaso] el haber señalado en una sola frase la pérdida de hombres nobles, cuando ésta
21 fue enormemente numerosa, larga, cruel y diversa? Pero es mejor haber quitado algo de interés al tema que engordar la noticia con tan gran cantidad de horrores, y ello vayan destinadas estas noticias ya a versados, ya
22 a no versados. Y es que estas cosas que digo se refieren a la patria, a los ciudadanos y a nuestros antepasados, los cuales, agobiados por estos males, cometieron acciones tan abominables; pero son cosas ante las cuales se pueden horrorizar, incluso al oírlas, sus descendientes, los cuales no gustan evidentemente de que las mismas

---

[132] Con ello, cortó el abastecimiento de víveres a Roma y el Senado se vio obligado a capitular (junio del 87 a. C.).

[133] Preferimos *desiderata* en lugar del *siderata* de Zangemeister. El texto de Zangemeister daría: «murieron de insolación».

[134] Antigua ciudad del Lacio, no lejos de la costa, hoy Porto d'Anzio, a 32 millas de Roma.

[135] Ciudad también del Lacio, hoy La Riccia.

sean exageradas, ya porque, si las conocen, prefieren la moderación de una noticia justa, ya porquc, si las desconocen, desean que se tenga la consideración de un respeto misericordioso.

Pues bien, Mario, tras amontonar para espectáculo 23
y adorno las cabezas de los ciudadanos asesinados, ya llevándolas a los banquetes, ya tirándolas al Capitolio, ya reuniéndolas en el lugar de la asamblea [136], y tras conseguir el séptimo consulado juntamente con Cinna, que lo era ya por tercera vez, murió por fin, en una muerte tardía, a comienzos de su mandato consular. Cinna aña- 24
dió, a los anteriores asesinatos de nobles, nuevas matanzas de gente malvada [137]. Efectivamente, dado que el insaciable grupo de desertores introducido por Mario no se saciaba en su búsqueda de botín y no suministraba ninguna parte a los cónsules, promotores del mismo, fueron llamados al foro con el pretexto de pagarles y, rodeados, estando ellos sin armas, por los soldados, fueron totalmente aniquilados. Cayeron aquel día en el foro de Roma ocho mil desertores.

Y el propio Cinna, en su cuarto consulado, fue ejecutado por su propio ejército [138].

Entretanto, los restantes senadores que, mediante la **20**
huida, habían escapado de la tiranía de Cinna, de la crueldad de Mario, de la locura de Fimbria [139], y de la osadía de Sertorio, pasados a Grecia, obligaron con rue-

---

[136] Notar el juego de palabras en latín: *«capita» inlata «conuiuiis», oblata «Capitoliis», conlata «rostris».*

[137] Sertorio, por orden de Cinna, incitó a los más desenfrenados partidarios de Mario, que se habían transformado en bandoleros.

[138] Ante las noticias de la llegada de Sila, Cinna preparó una expedición; sus soldados, disconformes por ser destinados a una expedición invernal, se sublevaron y a comienzos del 89 mataron a Cinna.

[139] Gayo Flavio Fimbria, violento partidario de Mario.

gos a Sila a que fuese en ayuda de la patria en peligro,
2 o, mejor, ya casi totalmente perdida. Sila, pues, luego que llegó al litoral de Campania, derrotó en un combate al cónsul Norbano[140]: en aquella ocasión hombres romanos mataron a siete mil romanos; fueron hechos prisioneros seis mil romanos por los mismos romanos; del ejército de Sila cayeron ciento veinticuatro.

3 Por otra parte, Fabio Hadriano, quien tenía mando en tropas como propretor, al pretender con un ejército de esclavos el reino de África, fue quemado vivo juntamente con su familia por los dueños de aquéllos en una
4 pira de sarmientos levantada en Útica. El pretor Damasipo, por instigación del cónsul Mario, asesinó cruelmente a Quinto Escévola, Gayo Carbón, Lucio Domicio y Publio Antistio, a los cuales había atraído a la curia con el pretexto de consultarlos. Los cadáveres de los asesinados fueron arrastrados con garfios por los verdugos, y arrojados al Tíber.

5 En esta misma época, los generales de Sila conocieron una desafortunadísima buena fortuna en su continua lucha contra el partido de Mario; efectivamente, Quinto Metelo destruyó las tropas e invadió el campamento de Carrinas y Gneo Pompeyo destrozó con dureza
6 la caballería de Carbón. También Sila y el joven Mario protagonizaron junto a Sacriporto[141] un singular combate en el que, según el testimonio de Claudio[142], cayeron veinticinco mil soldados del ejército de Mario.
7 Pompeyo despojó también de su campamento a Carbón y, persiguiéndole en su huida, le privó de una gran parte de su ejército, ya mediante la matanza de soldados, ya mediante la rendición. Metelo derrotó al ejército de Nor-

[140] Gayo Norbano Bulbo (83 a. C.).

[141] Lugar del Lacio cerca de Preneste (82 a. C.).

[142] Claudio Cuadrigario, que escribió, precisamente, en la época de Sila.

bano; en esta ocasión perdieron la vida nueve mil partidarios de Mario. Luculo, mientras estaba siendo ase- 8
diado por Quintio, se lanzó fuera con violencia y en un repentino ataque destruyó el ejército del sitiador. Se dice en efecto que cayeron entonces en aquel lugar más de diez mil soldados. Posteriormente Sila llegó con su 9
ejército hacia la hora nona del día[143] hasta la propia ciudad, concretamente hasta la puerta Colina y en el durísimo combate que entabló con el jefe samnita Camponio y los restos de las tropas de Carrinas resultó finalmente vencedor. Se dice que fueron derrotados allí ochenta mil hombres: de ellos, doce mil se entregaron, y el resto, dándose a la fuga, fue aniquilado por la insaciable ira de sus conciudadanos vencedores.

Sila, luego que entró en la ciudad como vencedor, 21
en contra de todo derecho y de la palabra dada, ejecutó, inermes y confiados, a tres mil hombres que se habían entregado por intermedio de legados. En esta ocasión fueron asesinados muchos incluso que, aunque no diré que inocentes, sí eran sin embargo del propio partido de Sila; de éstos cuentan que hubo más de nueve mil. De esta forma se extendían libremente por la ciudad los asesinatos, ya que los verdugos andaban por todas partes según a cada uno le atraía el odio o el botín. Por ello, 2
cuando ya todos temblaban abiertamente ante lo que cada uno individualmente temía, Quinto Cátulo dijo públicamente a Sila: «¿Con quiénes vamos a vencer al final, si matamos durante la guerra a los que tienen armas y durante la paz a los que no las tienen?»

Fue en esta ocasión cuando por primera vez Sila, 3
teniendo como promotor al centurión primipilo[144] Lucio

---

143 La batalla en la puerta Colina comenzó, efectivamente, por la tarde y se prolongó durante toda la noche y mañana siguientes.

144 Centurión de la primera fila del ejército: era el que man-

Fursidio, introdujo aquella infame lista de proscritos.
La primera lista fue de ochenta hombres, entre los cua-
les se encontraban cuatro excónsules: Carbón, Mario,
Norbano y Escipión; y, entre ellos, Sertorio, hombre en-
4 tonces enormemente temible. Se propuso igualmente
otra lista con quinientos nombres; al leerla Lolio, hom-
bre ciertamente libre de peligro y que no tenía nada que
temer, cuando encontró de pronto su nombre, salió
tembloroso del foro con la cabeza tapada y en aquel
5 momento fue asesinado. Pero ni siquiera en las propias
listas se encontraba la confianza y el fin de los males,
ya que asesinaban a los que estaban en la lista, pero a
otros los ponían en la misma después de asesinarlos.
6 Y la propia muerte como tal no era el único y simple
camino que se buscaba, en el sentido de que en el ase-
sinato de los ciudadanos no se observaba ni siquiera el
derecho que reclama un enemigo, el cual lo único que
7 exige es la muerte del vencido. En efecto, a Marco Mario,
sacándole de una choza de cabras, Sila mandó encade-
narle y, llevándole más allá del Tíber, junto al sepulcro
de los Lutacios, despedazarle sacándole los ojos y des-
gajándole por trozos e, incluso, fracturándole sus miem-
8 bros. Tras él fueron ejecutados también el senador Pu-
blio Letorio y el triunviro Venuleyo. La cabeza de Marco
Mario fue enviada a Preneste, donde Gayo Mario estaba
siendo asediado por Lucrecio: al verla Gayo Mario, su-
mido totalmente en la desesperación, decidió, junta-
mente con Telesino [145], darse mutua muerte, para no
9 caer en manos de los enemigos. Y al lanzar Mario sus
manos con gran violencia contra su contrincante, impi-
dió que la mano de éste apretara con fuerza en su propia

daba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte. Era el más importante de los centuriones.

[145] Hermano del jefe samnita.

herida. De esta forma, al morir el otro, él mismo, que
quedó levemente herido, ofreció su cabeza a un siervo
suyo. El pretor Carrinas fue degollado por Sila. Poste- 10
riormente, marchando a Preneste, mandó ejecutar a
todos los jefes principales del ejército de Mario, es decir
a los lugartenientes, cuestores, prefectos y tribunos.
Pompeyo asesinó a Carbón, que intentaba huir de la 11
isla de Cosira [146] a Egipto, tras haberle hecho volver a su
lado desde Sicilia, y, juntamente con él, a muchos de
sus compañeros. Sila fue nombrado dictador, para ar- 12
mar y ocultar el deseo de dominio y de crueldad con la
venerabilidad de un título honesto e importante. Pompe- 13
yo, pasando a África, aniquiló a dieciocho mil hombres
en una correría que hizo a los alrededores de Útica. En
este choque perdió la vida, luchando en primera fila,
el líder mariano Domicio. Y el propio Pompeyo, persi- 14
guiendo a Hiertas, rey de Numidia y que huía de Bogu-
des, hijo del rey de los mauritanos Boco, le despojó de
todas sus tropas; y cuando volvió inmediatamente des-
pués a Bula, le mató tras habérsele entregado la ciudad.

Pues bien, tras el nombramiento de Publio Servilio **22**
y Apio Claudio [147] como cónsules, pudo verse por fin a
Sila como ciudadano privado. Con este final acabaron 2
dos funestas guerras: la entre aliados itálicos y la civil
de Sila. Arrastradas durante diez años terminaron con
más de ciento cincuenta mil romanos; Roma perdió en 3
esta guerra civil una gran cantidad de hombres selectos
y de soldados nacionales, tan grande como la que se
pudo lograr en la propia Roma con el reclutamiento de
personas de distintas edades que se hizo en época an-
terior, cuando se vio enfrentada a Alejandro Magno;
perdió además veinticuatro personajes de rango consu- 4

---

[146] Hoy Pantelaria, entre Sicilia y la costa Africana.

[147] Publio Servilio Vatia y Apio Claudio Pulcro (79 a. C.).

lar, seis de rango pretorio, sesenta de categoría de edil, casi doscientos senadores, sin contar los innumerables pueblos de toda Italia, que uno por uno fueron destruidos sin consideración, a los cuales nadie que esté bien de la cabeza negará que Roma los derrotó con el mismo daño para sí con que Italia los perdió.

5 ¡Qué vergüenza! ¿Hace falta ahora, también en este
punto, hacer una comparación polémica entre los tiem-
pos? Y con mucha mayor razón, dicen: pues, ¿qué más
idóneo que comparar guerras civiles con guerras civi-
les? O ¿es que no ha habido, se dirá, también guerras
6 civiles en nuestra época? Yo les responderé que con más
razón convendría llamarlas «sociales», pero que a mí me
conviene que se llamen civiles, porque aunque se de-
muestre que todas estas guerras son semejantes en sus
orígenes, en su nombre y en sus intereses, sin embargo
el respeto a la religión cristiana sale ganando tanto más
cuanto menos haya ganado la poderosa cólera del ven-
7 cedor. En efecto, si bien en nuestra época ímprobos
usurpadores, nombrados y animados por los pueblos
britanos y galos [148], han roto el cuerpo del imperio apo-
derándose temerariamente de la dirección política y
arrogándose la condición de reyes, y posteriormente, o
bien han provocado por ellos mismos guerras injustas
o bien han provocado contra ellos mismos guerras jus-
8 tas; estas guerras, tan parecidas a las guerras del exte-
rior como distintas de las civiles, ¿qué otra cosa pueden
ser llamadas sino guerras «sociales», por cuanto los pro-
pios romanos nunca llamaron guerras civiles ni siquiera
9 a las de Sertorio, Perpenna, Criso o Espártaco? Es decir,

---

[148] Se refiere a Carausio, Alecto, Constantino y otros. Carausio, jefe de la flota que defendía la costa gala en época de Diocleciano, se rebeló contra Maximiano, el César puesto por Diocleciano en Occidente. Más o menos lo mismo sucede con los demás.

si ahora hubiese una deserción o traición de aliados
como aquéllas, aunque casualmente se produjese una
dura lucha o una sangrienta victoria, los estragos produ-
cidos por el odio serían sin duda menores. Pero la ver- 10
dad es que, dado que en esta nuestra época todo, las
causas, las propias guerras y las victorias bélicas son
más fatalmente necesarias y menos vergonzosas[149], por
cuanto se producen ya en la extinción de insolentes usur-
padores, ya en la represión de aliados desertores, ya en
la impresión de un castigo ejemplar, ¿quién puede dudar 11
con cuánta más tranquilidad y clemencia se llevan a
cabo las, como ellos dicen, guerras civiles que ahora
surgen? Es más, ¿quién puede dudar de que ahora se 12
reprimen más que se provocan? Efectivamente, ¿quién
ha oído que en esta nuestra época haya durado una
guerra civil diez años? ¿Quién recuerda que en una sola
batalla hayan caído cincuenta mil hombres, enemigos a
manos de enemigos, por no decir ciudadanos a manos
de conciudadanos? ¿Quién se ha enterado de que en 13
tiempos de paz se haya asesinado a una multitud de
hombres nobles e ilustres como aquella de entonces,
cuya relación es larguísima? Finalmente, ¿quién ha te-
mido, ha leído o ha oído hablar de aquellas infames listas
de condenados a muerte? Y ¿no sabe más bien todo el 14
mundo que todos nosotros, armonizados en una sola paz
y sin peligro gracias a la misma salvación, gozamos
juntos, vencidos y vencedores, en común alegría, y, más
aún, que entre tantas provincias, pueblos y ciudades de
todo el imperio romano apenas hubo en algún momento
unos pocos a los que se haya tenido que condenar en
justo castigo, y eso en contra incluso de la voluntad del

[149] Las guerras de ahora son fatalmente necesarias, pero menos infames.

15 vencedor? Y para no cargar las palabras con más palabras, no sería yo temerario si dijese que ahora, en la guerra, han muerto como máximo sólo igual número de soldados rasos como fue el número de nobles que entonces cayó en época de paz.

De cómo, tras la muerte de los culpables de la guerra civil, Mario y Sila, sus respectivos seguidores, Lépido y Cátulo, aplicaron en sus conciudadanos y hermanos los restos que parecían quedar de las matanzas anteriores

16 Volviendo a los hechos, Lépido, defensor del partido de Mario, se levantó, tras la muerte de Sila, contra el general de éste, Cátulo [150], haciendo resurgir las viejas cenizas de las guerras civiles. Dos combates tuvieron lugar entonces [151]; muchos romanos murieron luchando, con la escasez ya propia de los pobres, pero todavía con la locura propia de los insensatos.
17 La ciudad de los albanos, asediada y acuciada hasta el extremo por el hambre, se salvó a cambio de entregar los míseros restos que le quedaban; allí fue entonces capturado y muerto Escipión, el hijo de Lépido. Bruto [152], que huyó a la Galia Cisalpina perseguido por Pompeyo,
18 fue asesinado en Regio. De esta forma, esta guerra civil se pasó, como el fuego por la paja, con la misma rapidez con que prendió, y no tanto por la clemencia de Cátulo cuanto por el asco al recuerdo cruel de Sila.

---

[150] Quinto Lutacio Cátulo, colega de Lépido en el consulado (78 a. C.).

[151] Uno, bajo los muros de la propia ciudad, en el Campo de Marte, donde Lépido fue derrotado; Lépido tuvo que retroceder y retirarse a Etruria, donde fue derrotado por segunda vez.

[152] Marco Junio Bruto, ayudante de Lépido y partidario de Mario; es el padre de Marco Junio Bruto, el asesino de César.

De las guerras y desastres protagonizados en Hispania por Sertorio, senador romano, quien se rebeló contra el Estado y que había huido de Roma para escapar de la tiranía de Sila, guerras conducidas durante largo tiempo por generales y soldados romanos, y de la victoria final de Pompeyo, que sometió al dominio y amistad romana a toda Hispania tras la muerte de Sertorio

En el año 673 de la fundación 23
de la ciudad, cuando sonaban por
todas partes los fragores de las
guerras, de las cuales una tenía
lugar en Hispania, otra en Panfi-
lia, una tercera en Macedonia, y
una cuarta en Dalmacia, el estado
romano, todavía agotado y ex-
hausto por males internos como
si fueran fiebres, se vio obligado a
rechazar con las armas a ferocí-
simos pueblos de Occidente y del
Norte. Y es que Sertorio, hombre 2
falaz y osado, tras escapar de Sila
como partidario de Mario que ha-
bía sido, levantó en armas a pue-
blos belicosísimos, pasando de
África a las Hispanias. En contra 3
de él, por decirlo brevemente, fueron enviados dos gene-
rales: Metelo y Domicio; de ellos, Domicio fue derrotado
con su ejército por Hirtuleyo, general de Sertorio.
Manlio, procónsul de la Galia, pasó a Hispania con tres 4
legiones y mil quinientos jinetes, y entabló con Hirtuleyo
un desigual combate: despojado por éste de su campa-
mento y de sus tropas, huyó casi solo a la fortaleza de
Lérida. Metelo, agotado por los muchos combates, se 5
dedicó a agotar al enemigo contemporizando por medio
de correrías fuera de los caminos, hasta que se unió al
ejército de Pompeyo. Pompeyo, tras su vano intento, 6
una vez que reunió un ejército en Palantia, de defender
la ciudad de Lauro [153], que entonces asediaba Sertorio,
se dio a la fuga al ser derrotado. Sertorio, una vez derro- 7

[153] Ciudad de Hispania Tarraconense, hoy, probablemente, Liria (Valencia).

tado y puesto en fuga Pompeyo, tomó y arrasó cruelmente la ciudad de Lauro. Al resto de la población de Lauro que sobrevivió a la matanza lo llevó a Lusitania
8 en triste situación de esclavitud. Tuvo, pues, la honra de haber derrotado a Pompeyo, aquel famoso general romano, al cual, enormemente confiado, Roma había enviado a esta guerra, no en lugar de un cónsul, sino en
9 lugar de dos. Galba[154] escribe que Pompeyo contó en aquel momento con treinta mil soldados de a pie y mil de a caballo, mientras que recuerda que Sertorio tuvo sesenta mil de a pie y ocho mil de a caballo.

10 Posteriormente, sin embargo, Hirtuleyo, en un enfrentamiento con Metelo junto a la ciudad bética de Itálica, perdió veinte mil soldados y, derrotado, huyó
11 con unos pocos a Lusitania. Pompeyo tomó la noble ciudad celtibérica de Belgida. Posteriormente Sertorio, en un combate con Pompeyo, aniquiló a diez mil soldados de éste; en la otra ala, donde vencía Pompeyo, éste
12 causó la muerte a casi otros tantos. Hubo además otros muchos combates entre estos dos generales. Memio, cuestor de Pompeyo y marido igualmente de su hermana, perdió la vida. Murieron los hermanos de Hirtuleyo. Perpenna, que se había unido a Sertorio, fue derrotado.
13 Finalmente, el asesinato, en una traición de los suyos, del propio Sertorio a manos de los mismos que asesinaron a Viriato, puso fin a la guerra en el décimo año de haber empezado y permitió a los romanos conseguir una victoria sin gloria; y ello, a pesar de que parte del ejército de aquél siguió después a Perpenna, el cual, derrotado por Pompeyo, pereció con todo su ejército.

---

[154] Servio Sulpicio Galba, abuelo del emperador Galba; de él dice Suetonio (*Galba* 3, 3), que fue más ilustre por su erudición que por su carrera política y que publicó una historia de muchos volúmenes y elaborada con mucho cuidado.

En cuanto a las ciudades se rindieron todas espontáneamente y sin tardanza, a excepción de dos: a saber, Uxama[155] y Calahorra; de ellas, Pompeyo destruyó Uxama y Afranio, sometiendo a Calahorra a un largo asedio y obligándola, a causa de una lamentable escasez, a comidas infames, la arrasó finalmente con la muerte y el fuego. Los asesinos de Sertorio consideraron que ni siquiera deberían solicitar recompensa a los romanos, por cuanto recordaban que había sido anteriormente denegada a los asesinos de Viriato. 14 15

Y, aunque en aquella ocasión los hispanos consiguieron sin recompensa alguna la seguridad de Roma, sin embargo, Hispania, siempre enormemente fiel y poderosa, nunca, desde sus orígenes hasta hoy, a pesar de haber dado al estado romano extraordinarios e invictos generales, ha enviado, nacido de ella, ningún usurpador, ni tampoco, si llegó a ella alguno de fuera, le ha dejado salir vivo y con fuerzas. 16

De las venturosas guerras que los romanos protagonizaron, en Macedonia o Dardania bajo el mando de Claudio y Escribonio, en Cilicia y Panfilia contra enemigos del Estado, y en el Ilírico bajo el mando del procónsul Cosconio

Entretanto Claudio[156], a quien se le encargó por sorteo la guerra macedónica, intentó echar con las armas del territorio macedónico, afrontando gran cantidad de peligros, a distintos pueblos que vivían rodeados por los montes Rodopeos y que entonces asaltaban cruelmente a Macedonia —en efecto, entre otras acciones horribles de decir y de escuchar, que cometían en la persona de los prisioneros, usaban, cuando tenían que beber, con avidez y sin asco, como si fuesen auténticos recipientes, los huesos arrancados de las ca- 17 18

[155] De la Hispania Tarraconense, al N. de Numancia.

[156] Apio Claudio Pulcro, el cónsul del 79.

bezas humanas, todavía con sangre y con pelos y sin haber limpiado totalmente de sus cavernas interiores los sesos que no habían sido bien sacados; de estos pueblos, los más crueles e inhumanos son los escordiscos—.
19 A raíz de los peligros que afrontó, Claudio, además de que ya estaba desanimado y preocupado, cayó enfermo
20 y perdió la vida. Su sucesor Escribonio [157], esquivando el choque con estos pueblos que habían sido atacados en la guerra anterior, dirigió su ejército a Dardania [158] y la sometió.

21 Por su parte el ex cónsul Publio Servilio, atacando con crueldad el territorio de Cilicia y Panfilia, casi las arrasó totalmente cuando lo que pretendía era someter-
22 las. Tomó Cilicia y sus ciudades mediante el asedio y el asalto; incluso, recorriendo el monte Olimpo, arrasó Fasis [159], destruyó Corico [160], y, en un reconocimiento de la ladera del monte Tauro que mira hacia Cilicia, obligó a rendirse a los isauros, tras haberlos deshecho con las armas. Fue el primer romano que llevó el ejército a través del monte Tauro y abrió por él la senda de un camino. Al tercer año de esta guerra recibió el nombre de Isáurico.

23 El procónsul Cosconio, a quien le correspondió en suerte el Ilírico, tras arrasar y someter Dalmacia, asaltó y tomó a los dos años finalmente la rica ciudad de Salonas [161].

---

[157] Gayo Escribonio Curión, amigo de Cicerón.
[158] En Mesia.
[159] Ciudad de Licia en el golfo de Panfilia.
[160] En la costa de Licia.
[161] Ciudad marítima en Dalmacia.

De la rebelión de los gladiadores que escaparon de Capua, los cuales, dirigidos por Criso y Espártaco y ayudados por desertores, se enfrentaron al ejército romano, y de cómo fueron finalmente reprimidos no sin gran esfuerzo por los cónsules, aunque fue Craso el que con mayor esfuerzo y mejor suerte derrotó, sobre todo, a Espártaco, aniquilando al ejército de los seguidores de éste

24 En el año 679 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Luculo y Casio[162], setenta y cuatro gladiadores huyeron en Capua de la escuela de gladiadores de Gneo Léntulo; bajo el liderazgo de Criso y Enomao y del tracio Espártaco, ocuparon inmediatamente el monte Vesubio; lanzándose desde allí, tomaron al asalto el campamento del pretor Clodio, que los había asediado, y, poniéndole en fuga, lo convirtieron todo en botín. Dando después la vuelta 2 por Consentia[163] y Metaponto[164], reunieron en breve tiempo enormes bandas. Se dice, en efecto, que bajo el mando de Criso había una multitud de diez mil hombres y bajo el de Espártaco el triple número de ellos; y es que Enomao había ya perdido la vida en la batalla anterior. Pues bien, tras 3 haberlo arrasado todo con matanzas, incendios, robos y violaciones, con ocasión de las exequias de una matrona prisionera que se había suicidado ante el dolor de la pérdida de su pudor, organizaron, como entrenadores de gladiadores que eran más que jefes militares, un espectáculo de gladiadores con cuatrocientos prisioneros, disponiéndose a ser espectadores los que antes habían sido el objeto del espectáculo.

Posteriormente fueron enviados contra ellos los cón- 4

---

[162] Marco Terencio Varrón Luculo y Gayo Casio Varrón (73 antes de Cristo).

[163] Capital de los Brutios, hoy Cosenza.

[164] Ciudad de Lucania, hoy Torre a Mare.

sules Gelio y Léntulo[165] con el ejército; de ellos, Gelio
derrotó en un combate a Criso, que resistió con gran
dureza; Léntulo, derrotado por Espártaco, tuvo que es-
capar. Unidas después, aunque en vano, todas las tropas,
ambos cónsules tuvieron que huir tras sufrir una gran
derrota. A continuación el mismo Espártaco quitó la
vida al procónsul Gayo Casio tras derrotarle en el campo
5 de batalla. Aterrorizada, pues, la ciudad con un miedo
casi igual que el que conoció temblorosa cuando Aníbal
bramaba a las propias puertas de Roma, el senado envió
a Craso con los ejércitos consulares más un nuevo suple-
6 mento de tropas. Éste, luego que entró en combate con
los desertores, aniquiló a seis mil de éstos y capturó a
novecientos. Luego, antes de atacar con sus tropas a
Espártaco, que se disponía a colocar su campamento
junto al nacimiento del río Silaro[166], derrotó a los galos,
que habían ayudado a éste, y a los germanos, de los
cuales perdieron la vida treinta mil hombres con sus
propios jefes.

7 Por último abatió a Espártaco enfrentándose a él en
combate abierto y, juntamente con él, a la mayor parte
de las tropas de los desertores. Se dice en efecto que
murieron sesenta mil gladiadores y fueron hechos pri-
sioneros seis mil. Fueron rescatados tres mil ciudadanos
8 romanos. Los restantes gladiadores, que, escapados de
esta guerra andaban errantes, fueron eliminados en per-
sistentes persecuciones llevadas a cabo por distintos
generales.

---

[165] Lucio Gelio y Gneo Cornelio Léntulo (72 a. C.).

[166] Río que sirve de frontera entre Lucania y Campania, hoy Sala.

De las miserias y desastres romanos, que incesablemente hasta este momento, a través de fatales guerras y con continuos estragos, o bien provocaron por luchas intestinas, es decir, espontáneamente, o bien soportaron cruelmente por ataques en el exterior

Y yo, por mi parte, de nuevo 9
repito y repetiré mil veces: ¿también ahora necesitan alguna comparación las distintas épocas? ¿Quién, me pregunto yo, no se horrorizará al oír hablar, no digo ya de tales guerras, sino incluso de tan gran variedad de tipos de guerras: exteriores, de esclavos, de aliados, civiles, de desertores?
Y estas guerras ni siquiera se si- 10
guieron unas a otras como las olas del mar enfurecido con toda la altura que se quiera, sino que originadas y amontonadas por diversas causas, y con distintos nombres, tipos y desgracias, se acumulan
por todas partes. Por recordar las más próximas y pa- 11
sando por alto aquella vergonzosa guerra de esclavos, todavía no había estallado totalmente desde el sur la guerra de Jugurta, cuando por el noroeste aparecían los
rayos de la guerra címbrica; todavía corrían los tristes 12
y anchos torrentes de la sangre derramada desde la nube de la guerra címbrica, cuando ya la pobre Italia exhalaba las nieblas de la guerra con los aliados, nieblas que se iban a unir en una enorme y continua tormenta de des-
gracias; y todavía, tras la larga e intensa tempestad 13
de la guerra itálica, no se podía de ninguna forma andar tranquilo por Italia (hasta tal punto vacilaban con una paz débil e insegura todas sus ciudades, sin contar las
peligrosísimas revoluciones de las enemigas), cuando ya 14
Roma daba a luz los estragos de Mario y Cinna, y el oriente y el norte amenazaban por distintas partes con otro desastre, el de Mitrídates, el cual, iniciado en verdad en época anterior, se extiende largamente hasta
época bastante posterior. La pira de los crímenes de 15
Sila recibió el fuego de la tea de los de Mario; y de este

funesto fuego de las guerras de Sila y civil se espar-
cieron por muchas partes de las tierras chuzos ardiendo;
y de esa sola yesca se extendieron muchos incendios.
16 Efectivamente, Lépido y Escipión en Italia, Bruto en
Galia, Domicio, el yerno de Cinna, en África, Carbón en
Cosira y Sicilia, Perpenna en Liguria y después, en com-
pañía de Sertorio, en Hispania, y Sertorio, el más cruel
de todos, en la misma Hispania, provocaron entonces
todas estas guerras civiles, o como quieran llamarlas,
haciendo, de una, muchas, y, de una grande, otras gran-
17 des; y ello, sin contar aquellas tres desoladoras guerras,
que entonces llamaban externas, es decir, la panfílica, la
macedónica y la dalmática, y pasando por alto también
la de Mitrídates, que fue con mucho la más larga, enco-
18 nada y terrible de todas; posteriormente, cuando todavía
no había terminado la guerra en Hispania con Sertorio,
es más, cuando todavía estaba vivo Sertorio, estalló con
horror la sublevación de los desertores, o, por hablar
con propiedad, de los gladiadores, sublevación que fue,
no como las que solían hacer como espectáculo para
19 unos pocos, sino terrible para todo el mundo. Y que
nadie, por el nombre que se le da, es decir porque se
llame guerra de fugitivos, piense que fue insignificante;
muchas veces fueron derrotados en ella los cónsules, uno
por uno e incluso algunas veces juntos tras haber reuni-
do en vano sus tropas, y desaparecieron muchos perso-
najes importantes. Y los propios fugitivos que murieron
fueron más de cien mil.

20 Por todo ello aconsejamos a la propia Italia que, con el recuerdo de sus propios enemigos del pasado, que nacieron de ella y contra ella y que la destrozaron a ella misma con una crueldad incomparable, se consuele del desastre de los enemigos externos de ahora.

Por lo cual voy a poner ya fin al libro quinto, para que las guerras civiles que se mezclaron por todas partes

con las externas, tanto las que se han narrado ya como las que van a seguir, ya que ellas mismas se enzarzaron unas con otras por su continuidad en el tiempo y porque las desgracias iban unas detrás de otras, estén al menos separadas por la frontera de un libro.

LIBRO VI

Desde la guerra de Mitrídates hasta la paz de Augusto.

Reflexiones en torno a la providencia divina que lo preparó todo de forma que durante el reinado de César Augusto viniera al mundo Cristo (1).

Continuación de la guerra con Mitrídates bajo el mando de Luculo (1, 28-30 y 2, 1-9). Otras acciones contemporáneas: el mariano Cimbria arrasa Troya, Verres esquilma a los habitantes de Sicilia, Pompeyo termina con los piratas y Metelo somete Creta (2, 10-4, 2).

Pompeyo toma el mando en la guerra mitridática; sus campañas en Asia (4-6).

La guerra de las Galias (7-11). Reflexión en torno a las desgracias que tuvieron que sufrir las Galias en aquella época (12).

Desastre de Craso en Carras (13). Comentario sobre la acumulación y continua sucesión de guerras en esta época (14).

La guerra civil entre César y Pompeyo; la guerra alejandrina y continuación de las operaciones en África y España; muerte de César, y comentario en torno a estos hechos (15-17).

Comienzos del Imperio de Augusto; éste protagoniza cinco guerras civiles: mutinense, filipense, perusina, siciliana y actíaca. Tras todas ellas, todo el Imperio queda en sus manos (18-20, 4). Augusto entró tres veces en triunfo en Roma: la primera vez un círculo brillante rodeó la esfera solar; la segunda, manó en una casa una fecunda fuente de aceite; la tercera, fue cerrado el templo de Jano; todo ello en manifestación de la encarnación de Cristo (20, 5-9). Victorias de Augusto frente a cántabros y ástures; las campañas en Panonia, Tracia, África, Germania y Galia; derrota de Quintilio Varo ante los germanos y victoria de Agripa en el Bósforo (21).

La paz de Augusto y el nacimiento de Cristo (22).

Todos los hombres, sean de la escuela filosófica que sean, tengan el tipo de vida o la patria que tengan, se ven inclinados por una recta disposición natural hacia el respeto a la sabiduría, de forma que, aunque de hecho no antepongan el elemento racional de su inteligencia a los goces del cuerpo, sin embargo, para sus adentros, saben que se debe anteponer. Esa inteligencia, ilustrada por la guía de la lógica, y puesta en medio de las virtudes, gracias a las cuales, en virtud de una cierta disposición natural, se remonta hacia arriba; aunque vuelva a recaer por culpa de los vicios, mira hacia el conocimiento de Dios cual si de una elevada meta se tratase. 1
Y es que todos los hombres pueden despreciar tempo- 2
ralmente a Dios, pero no pueden olvidarlo totalmente. A raíz de esa tendencia natural, algunos, porque creen ver a Dios en muchos sitios, fingieron, con indiscriminado temor, muchos dioses. Pero ya hace tiempo que se alejaron de esa creencia gracias a la intervención testimonial de la verdad revelada y gracias también a la
lucidez de la propia razón natural. Y sobre todo porque 3
los propios filósofos profanos, por no hablar de nuestros santos, al investigar y estudiarlo todo con el sudoroso esfuerzo de su inteligencia [167], descubrieron que había un solo Dios, autor de todas las cosas, de forma que hacia él sólo todas las cosas tienen que volver. De ahí

[167] La razón sólo llega, tras ímprobos esfuerzos, adonde llega fácilmente la verdad revelada.

que todavía ahora los paganos, que se ven ya derrotados
por la verdad revelada, no en su ignorancia, sino en su
contumacia, al verse desmoronados por nuestros argu-
mentos, confiesen, no que ellos adoren a muchos dioses,
sino que veneran, bajo un solo Dios, a muchos ayudan-
4 tes de éste. Todavía quedan, pues, confusas discrepan-
cias en torno al conocimiento del Dios verdadero debido
a las múltiples conjeturas de la inteligencia, porque, en
cuanto a la existencia de un solo Dios, la opinión es ya
casi unánime. Hasta aquí ha llegado la inteligencia
humana, aunque con esfuerzo. Pero cuando falla la ra-
5 zón, viene en su ayuda la fe. Y es que, si no tuviéramos
fe, no lo entenderíamos completamente; es el propio
Dios de quien puedes oír y al propio Dios al que puedes
creer, lo que de verdad quieras saber de él.

De la providencia y designios divinos, gracias a los cuales todo el mundo ha sido sometido al Imperio romano, para que de esta forma, bajo el reinado de un solo emperador, todo el universo, abandonando el culto a sus ídolos y aceptando el conocimiento del Dios verdadero, profesara una sola fe gracias a la encarnación de Cristo y a la predicación de éste y de sus discípulos

Pues bien, ese único y verdade-
ro Dios, cuya existencia aceptan,
aunque con distintas interpreta-
ciones, todas las escuelas, como
ya dijimos, ese Dios que gobierna
los cambios de imperios y de épo-
cas, que castiga también los pe-
cados, ha elegido lo que es débil
en el mundo para confundir a lo
que es fuerte, y ha fundado el Im-
perio romano, sirviéndose para
ello de un pastor de paupérrima
6 condición[168]. Ese Imperio, que se
mantuvo largo tiempo en manos
de reyes y cónsules, tras apode-
rarse de Asia, África y Europa,
cayó en toda su administración en
manos de un solo emperador, poderosísimo él y clemen-

[168] Rómulo, el fundador de Roma, fue educado, según la leyenda, por un pastor, Fáustulo.

tísimo[169]. Durante el reinado de este emperador, al que 7
casi todos los pueblos honrarían justamente con cariño y temor al mismo tiempo, el Dios verdadero, que ya era adorado, en su inquieta superstición, por los que le desconocían, abrió el abundante manantial de su inteligencia y, con el fin de enseñar más fácilmente bajo la apariencia humana a los hombres, envió a su propio hijo, el cual realizaría milagros que sobrepasarían la condición humana, y demostraría la falsedad de los espíritus a los que algunos habían considerado como dioses; e hizo esto para que los mismos que no habían creído en él como hombre, creyeran en sus obras como
obras de Dios; y lo hizo también para que, en medio de 8
aquella gran tranquilidad y de aquella paz que se extendía ampliamente[170], corriese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la buena nueva y la rápida fama de la anunciada salvación; e incluso también para que, al ir sus discípulos por todas partes y repartir además los bienes de la salvación entre todos, tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos.

Yo pensé que debía recordar esto porque precisa- 9
mente este libro sexto se extiende hasta César Augusto,
al cual se refiere lo que he dicho. Y por si algunos con- 10
sideran irrisorio este clarísimo argumento y atribuyen más bien a sus propios dioses, a los que primero eligieron guiados por la luz de la razón natural y posteriormente mantuvieron contentos con importantes cultos, el hecho de que han sido ellos los que han creado este
amplio y glorioso imperio para su beneficio —andan en 11

---

169 Augusto. A lo largo de todo este libro, Orosio intentará demostrar que el imperio de Augusto no fue sino una preparación divina para la venida de Cristo.

170 La paz de Augusto.

efecto diciendo que ellos mismos, con los mejores tipos
de sacrificios, merecieron ese gran favor de los dioses y
que si hubiesen suprimido y pasado por alto tales sacri-
ficios se hubiesen alejado todos *los dioses, gracias a los
cuales se mantenía este Imperio, abandonando los tem-*
12 *plos y altares* [171]—, por si sucede eso, y aunque tu reveren-
da santidad [172] ya ha expuesto contundentemente y con
toda evidencia muchos argumentos, sin embargo, las
13 circunstancias me obligan a añadir algo. Si es verdad
que los romanos, adorando a sus dioses, merecieron el
favor de los mismos, y lo perdieron cuando dejaron de
adorarlos, ¿quién consiguió con sus oraciones que el
propio Rómulo, padre de Roma, se salvase en medio de
tantos males como le amenazaron desde su nacimiento?
¿Acaso su abuelo Amulio [173] que lo entregó a la muerte?
14 ¿Acaso su padre, cuya identidad se desconoce? [174]. ¿Acaso
su madre Rea, reo de impudor? ¿Acaso los antepasados
albanos que persiguieron desde el comienzo los brotes
mismos del nombre de Roma? [175] ¿Acaso Italia en gene-
ral, que durante cuatrocientos años, mientras pudo co-
meter osadías, anheló la ruina de Roma?

15 —No, dicen, sino que fueron los dioses, que sabían que con el tiempo iban a ser adorados, los que salvaron a sus futuros fieles.

---

[171] VIRG., *Eneida* II 351-352.

[172] San Agustín, que ya ha tratado el asunto.

[173] Era tío abuelo, hermano de Numitor, que era el abuelo de Rómulo. Amulio expulsó, en efecto, del trono a su hermano Numitor y ordenó matar a los hijos de Rea Silvia, hija de Numitor.

[174] Según una versión de la leyenda, Rea Silvia quedó embarazada de Marte. Orosio, claro está, no lo acepta y habla de padre desconocido.

[175] De todas las leyendas sobre los orígenes de Roma, la de los Horacios y Curiacios parece tener un fondo histórico: la lucha y rivalidad entre sabinos y latinos.

—Así pues, lo sabían de antemano. Y si lo sabían de 16
antemano, ¿por qué, de entre tantos momentos como pudieron escoger, condujeron a la más alta cima de su poderío a este imperio precisamente en el momento en que Aquél quiso nacer entre los hombres y darse a conocer como hombre, tras cuya manifestación fueron totalmente despreciados los dioses de los romanos y desaparecieron, con todo su mundo, aquellos a los que esos mismos dioses habían ensalzado?

—Pero se manifestó, dicen, humildemente y entró en 17
este mundo ocultamente.

—¿De dónde tan extraordinaria fama, tan indudable crédito y tan evidente poderío de un oculto y humilde?

—Con determinados signos y milagros se apoderó y poseyó las mentes de los hombres ya preocupadas por inquietudes religiosas.

—Pero si él, como hombre, pudo conseguir esto, con
mayor razón debieron poder los dioses. ¿Acaso no se 18
llegó por fin, cuando Él dijo que su poder lo había tomado del Padre, a la comprensión de aquel Dios, conocido y desconocido, comprensión a la que, como dije, nadie puede llegar sino gracias a la ayuda de ese mismo Dios? Y nadie puede llegar a ella salvo que, tras analizar y olvidar toda su propia naturaleza, volviéndose a la sabiduría de Dios, ponga de acuerdo todo su esfuerzo in-
vestigador con la verdad revelada. A pesar de ello, lo voy 19
a tratar de demostrar brevemente a la luz de la razón natural[176]: estos dioses, a los que ellos consideran tan grandes, a pesar de que parece que ayudaron propicios al estado romano y que, cuando ellos se apartaron, ese mismo estado se hundió, eran adorados con gran devo-

[176] Dado que la obra está dirigida a paganos que no aceptan la verdad revelada, Orosio trata de demostrar sus tesis con la luz de la razón. Ello es una constante a lo largo de la obra.

ción e intensidad precisamente en el mismo momento —lo cual es claramente evidente— en que Cristo quiso
20 nacer y empezó a mostrarse a los pueblos. ¿Quiere ello decir que esos dioses, que debían mirar por sí mismos y por sus fieles, no pudieron reprimir o rechazar el culto supersticioso de Cristo, a causa del cual veían que ellos mismos iban a ser despreciados y sus fieles burlados? Aunque, si es que no pudieron impedirlo, hay que excusarles y no debieron ser abandonados; pero si es que sucedió con su consentimiento, hay que aceptar que lo sabían de antemano y no debieron antes ser adorados.

21 —Pero, dicen, aquella represión y rechazo de Cristo se hizo; efectivamente, movimos a los pueblos, encendimos a los reyes, instituimos leyes, nombramos jueces, dispusimos castigos en suplicios y cruces, escudriñamos todo el universo, para si de alguna forma podía arrancarse el nombre y el culto de Cristo de todo el mundo.

22 —Sí, eso se hizo, pero sólo en la época en que muchas personas crueles, mientras ocuparon el poder, que era lo único que les permitía prohibir, pudieron obtener algunos resultados entre tormentos y gracias a los tormen-
23 tos. Pero, ¿qué pasó después?

—Los emperadores cristianos, dicen, ordenaron que cesaran los ritos sagrados, que se cerraran los templos, y que, por ello *los dioses todos, gracias a los cuales se mantenía este Imperio, se alejaron abandonando los templos y altares* [177].

24 ¡Oh! ¡Cuán grande y cuán despejada es la luz de la verdad, si no se cerraran ante ella, que se ofrece generosamente, los desgraciadamente débiles ojos de los hombres! Si la fe cristiana no pudo de ninguna forma ser reprimida durante los largos siglos pasados en que conspiraron cruelmente contra ella pueblos, reyes, leyes,

---

[177] VIRG., *loc. cit.*

ejecuciones, cruces y muertes por todas partes, es más,
si, como dije, creció entre estas desgracias y gracias a
ellas, y si, por otra parte, el culto a los ídolos, que ya en
cierto sentido fallaba en su esencia, y tenía incluso ver-
güenza de sí mismo, dejó de existir, sin ningún castigo
terrorífico, ante una levísima orden[178], ¿quién puede 25
dudar, ante la aparición de esta evidencia, que esto, por
fin, dio a conocer a la creatura lo que acerca de su
creador ella, por medio de distintos razonamientos men-
tales, aunque laboriosos, había buscado a pesar de estar
obscurecida por otros problemas, y que por medio de
esto llegó sin rodeos al amor del creador, al cual, incluso
ignorándolo, ya había amado? No es, por otra parte, 26
extraño que haya en una gran familia[179] algunos siervos
que, si se acostumbran al tipo de vida y a la lascivia de
los independientes, abusen de la paciencia de su señor
despreciando incluso a este mismo. De ahí que con razón
Dios reprendiera con distintas correcciones a los des-
agradecidos, a los incrédulos e incluso a los contumaces;
lo cual ciertamente hay que reconocerlo siempre, pero 27
sobre todo en aquella época porque entonces todavía no
había en todo el mundo ninguna comunidad cristiana
que, por medio de las preces de sus fieles, moderase los
castigos que merecía el mundo y el justo juicio de Dios,
consiguiendo con oraciones la clemencia de éste. Y de
ahí también que lo que a los hombres les parecen des-
gracias, cualesquiera que sean, fueron sin duda todas
ellas más graves de lo que creen, como probaré contán-
dolas en el orden en que sucedieron.

[178] Edicto de Constantino.
[179] La familia romana comprendía también a los esclavos.

De los largos y singulares combates que, a lo largo de Asia, protagonizó Mitrídates, rey del Ponto y de Armenia, con importantes generales romanos, especialmente con Luculo y Pompeyo, y de la violencia con que, finalmente, fue derrotado

28 La guerra de Mitrídates o, por hablar con más propiedad, los estragos de la guerra de Mitrídates, que afectaron al mismo tiempo a muchas provincias, se arrastraron y alargaron durante cuarenta años. En efecto, como ya
29 señalé[180], ese desastre, que se inició en el año 662 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Cicerón y Antonio, año en que había empezado también la primera guerra civil, *a duras penas terminó gracias al veneno bárbaro*[181], por usar palabras de un gran poeta.
30 Pero, en esta época, sabemos que fueron treinta los años que duró esta guerra. Y no es fácil aclarar por qué muchos dicen que fueron cuarenta.

2 Pues bien, Mitrídates, rey del Ponto y de Armenia[182], después de haber tramado expulsar de su reino a Nicomedes, rey de Bitinia y amigo del pueblo romano, y de haber sido advertido por el senado romano de que, si intentaba hacerlo, el pueblo romano le declararía la guerra, inmediatamente invadió airado Capadocia y, tras expulsar de ella a su rey Ariobarzanes, asoló toda la pro-
2 vincia a hierro y fuego. Se apoderó después de Bitinia produciendo idénticos desastres. Atacó con el mismo resultado Paflagonia, expulsando de ella a los reyes Pilemenes y Nicomedes. Posteriormente, tras haber llegado hasta Éfeso, ordenó en un cruel edicto[183] que fueran

---

[180] V 19, 1.

[181] Lucano, I 337, quien dice estas palabras refiriéndose, precisamente, al final de Mitrídates.

[182] Hay que suponer Armenia Menor; el rey de Armenia Mayor era Tigranes, a quien Mitrídates implicó en la guerra con Roma.

[183] De este edicto hablan Livio (LXXVIII), Floro (III 5) y otros.

ejecutados en un solo día todos los ciudadanos romanos que se encontrasen a lo largo de toda Asia. Y se hizo; 3
y, con palabras, no se puede explicar ni comprender de ningún modo la cantidad de ciudadanos romanos que fueron asesinados, el abatimiento que se extendió por muchas provincias, y los gemidos que dieron tanto las víctimas como los verdugos, por cuanto todos, uno por uno, o bien se veían obligados a traicionar a huéspedes y amigos inocentes o bien a correr ellos mismos peligro de sufrir el castigo de sus huéspedes.

Para colmo, Arquelao, general de Mitrídates, que ha- 4
bía sido enviado a Acaya con ciento veinte mil soldados de a pie y de a caballo, sometió, en parte con la violencia y en parte con la rendición voluntaria, a Atenas y a toda Grecia. Sila, en quien había caído, tras su con- 5
sulado, el mando de la guerra contra Mitrídates, sitió largo tiempo a Arquelao en el Pireo, puerto ateniense fortificado con siete muros. Tomó en un asalto la propia ciudad de Atenas[184]. Posteriormente se enfrentó a Arquelao en un combate a campo abierto: se dice que murieron ciento diez mil soldados del ejército de Arquelao y que apenas sobrevivieron diez mil[185]. Mitrídates, al 6
enterarse del desastre, desde Asia envió a Arquelao un refuerzo de setenta mil soldados selectos. En un segundo combate[186] murieron cincuenta mil enemigos, perdiendo allí mismo la vida Diógenes, hijo de Arquelao[187]. En una 7
tercera batalla fueron aniquiladas todas las tropas que tenía Arquelao: en efecto, veinte mil soldados de éste, empujados a lugares pantanosos[188], cuando venían a im-

[184] Ello lo hizo tras un largo asedio que duró todo el invierno del 87-86.

[185] La batalla tuvo lugar cerca de Queronea, en Beocia (86 a.C.).

[186] En Orcómenos (otoño del 86 a. C.).

[187] Orosio sigue aquí a EUTROPIO V 6, y, lo mismo que Eutropio, se confunde, ya que no era hijo, sino «hijastro».

[188] Lago Copais, en la llanura oeste de Beocia.

plorar socorro a Sila, fueron destruidos con ira insaciable por el vencedor y otros tantos fueron acorralados y aniquilados junto a un río[189]; los infelices que quedaron fueron matados uno a uno.

8 Por otra parte, Mitrídates concibió el plan de asesinar en Asia a los personajes importantes de sus nobles ciudades y confiscar sus bienes. Y cuando ya había ejecutado así a mil seiscientos, los efesios, temerosos ante estos antecedentes, echaron fuera a la guarnición de Mitrídates y cerraron sus puertas; lo mismo hicieron los de Esmirna, los sardos, los de Colofón y los tralianos.
9 Mitrídates, trastornado, firmó la paz con Sila por medio de su general Arquelao.

De cómo en el interin Fimbria, satélite de Mario, arrasó Ilio, que sería luego restaurada por Sila; de los descalabros cometidos en esta misma época por el pretor Verres en Sicilia; de la dura represión por tierra y mar de los desmanes de los piratas protagonizada por Pompeyo, y de la conversión de Creta en provincia tras una larga guerra llevada por Metelo

10 Entretanto Fimbria[190], cómplice de los crímenes de Mario, hombre el más osado de todos, asesinó en Nicomedia al cónsul Flaco, al que había acompañado como lugarteniente; y posteriormente, cogiendo las riendas del ejército, echa de Asia hacia Miletópolis al hijo de Mitrídates, ataca las posiciones del rey y le expulsa de Pérgamo; y, persiguiéndole en su huida, le asedia en Pitana; y sin duda le hubiese hecho prisionero, si Lucio Luculo hubiera antepuesto el interés estatal a las rencillas particulares y hubiese querido cerrar a Mitrídates la salida al mar

---

[189] El Cefiso, que desemboca en el lago Copais.

[190] Gayo Flavio Fimbria. Había ido a Asia como lugarteniente de Lucio Valerio Flaco, cónsul del 86; en este año en Roma, ante la ausencia de Sila, había habido una nueva agitación de los secuaces de Mario, como consecuencia de la cual Sila había sido destituido y se nombró comandante del ejército oriental a Flaco.

con sólo poner delante su armada. Posteriormente, Fimbria, irritado con los ilienses porque claramente había sido rechazado por ellos, al cerrarle las puertas por sus simpatías con el partido de Sila, destruyó totalmente con matanzas y fuego la propia ciudad de Ilio, aquella antigua madre de Roma. Pero Sila la reconstruyó inmediatamente. El propio Fimbria, asediado en Tiatira por el ejército de Sila, al verse desesperado se suicidó en el templo de Esculapio. Fannio y Magio, prófugos del ejér- 12
cito de Fimbria, se unieron a Mitrídates; por consejo de ellos, Mitrídates firmó un pacto con Sertorio por medio de legados enviados a Hispania. Sertorio envió hacia Mitrídates, para firmar este pacto, a Marco Mario; el rey, tras tenerlo a su lado, le nombró en seguida su general en sustitución de Arquelao, que se había refugiado junto a Sila en unión de su mujer y sus hijos.

Mario y Eumaco, a los que Mitrídates envió al frente 13
del ejército contra Luculo[191], tras reunir en breve tiempo un gran ejército, se enfrentaron a Publio Rutilio[192] en Calcedonia y destruyeron a éste con gran parte de su ejército. Luculo, mientras Mitrídates asediaba Cícico[193], 14
le rodeó con una fosa y le obligó a soportar lo que él mismo estaba haciendo; y envió incluso a los propios cicicenos, como mensajero, a uno de sus soldados, perfecto nadador, para que tuviesen esperanza. El nadador, flotando con la ayuda de dos odres unidos por una vara que él mismo agarraba por el medio y sirviéndose de sus pies para remar debajo del agua, hizo una travesía de siete millas. Mitrídates, en difícil situación por la 15

[191] Lucio Licinio Luculo y Marco Aurelio Cota son los cónsules del 74; ellos son los enviados contra Mitrídates, cuando éste volvió a reanudar las operaciones militares contra Bitinia rompiendo así la paz firmada con Sila.

[192] Lugarteniente del cónsul Marco Aurelio Cota, al que Mitrídates había derrotado ya en Calcedonia.

[193] En la Propóntide.

escasez, equipó con armas a parte de sus tropas y les ordenó que se marcharan a la patria; Luculo las alcanzó destruyéndolas totalmente, ya que se nos transmite que murieron entonces más de quince mil hombres.

16 También entonces, Fannio, que se había unido a Mitrídates, y Metrófanes, comandante real, fueron vencidos por Mamerco, teniendo que huir con dos mil jinetes a Mesia, y, torciendo desde allí hacia Meonia, cayeron
17 sobre las colinas y campos inarimos [194]. En aquel lugar, no sólo se pueden ver los montes abrasados e incluso las rocas ennegrecidas por una especie de hollín, sino que se encuentran también los campos escuálidos, al estar el suelo quemado en una extensión de cincuenta millas sin que haya ninguna señal de fuego o de cráter, y podridos por la ceniza cuyo espesor es bastante profundo; en tres sitios se pueden ver además tres tórridos abis-
18 mos, que los griegos llaman «fisas». Pues bien, tras errar durante muchos días por estos lugares, se vieron por fin libres de los inesperados peligros y volvieron furtivamente al campamento real.

Deyotaro, rey de Galogrecia [195], aniquiló en una batalla a los prefectos reales.

19 Entretanto Mitrídates, asediado él mismo junto a Cícico con las mismas pocas prisas con que él asediaba, llevó a su ejército a una situación de enorme penuria y de peste; se dice, en efecto, que perdió en este asedio, debido al hambre y a las enfermedades, a más de tres-

---

[194] Algunos manuscritos, sin duda por las dificultades que plantea la palabra, transmiten *in campos et in eremos*. En Homero, en el «Catálogo de las naves», aparece *Einarímois*, vocablo que los griegos leyeron como *eín Arímois*, colocando este *Árima* unos en Cilicia, otros en Siria, otros en Lidia. PLINIO, sin embargo, en su libro III 6, habla de la isla que Homero llama Inarime. Virgilio, Horacio, Lucano, hablan también de Inarime, que estaría en la región de Mesia.

[195] Galatia.

cientos mil hombres; él mismo, cogiendo una nave, huyó
ocultamente del campamento con unos pocos. Luculo, 20
espectador del desastre ajeno, sin perder él un solo
soldado, consiguió un tipo de victoria hasta ahora des-
conocido. Posteriormente, en un enfrentamiento con
Mario, le derrotó y puso en fuga; en este choque se nos
transmite que perdieron la vida más de once mil sol-
dados de Mario [196]. A continuación, enfrentándose en un 21
combate naval con el propio Mario, hizo desaparecer
treinta y dos naves de la armada real y otras muchas de
carga, entre hundidas y capturadas [197]. Allí perdieron la
vida muchos de aquellos a los que Sila había proscrito.
Al día siguiente, Mario, sacado de una cueva en la que 22
se escondía, pagó el castigo que merecía su natural
hostil. Con la misma violencia Luculo arrasó Apamia y 23
destruyó, tras tomarla al asalto, la fortificadísima ciudad
de Prusa [198] que se encontraba a los pies del monte
Olimpo. Mitrídates, que tras equipar su armada se diri- 24
gió por mar contra Bizancio, perdió ochenta naves de
guerra al ser sorprendido por una tempestad; él mismo,
cuando ya se hundía con su nave totalmente abatida,
saltó al bergantín del pirata Seleuco con la ayuda del
propio pirata. De allí marchó con grandes dificultades,
primero a Sínope y después a Amiso.

En este mismo año, en Roma, Catilina fue acusado 3
de incesto, que, según la acusación, había cometido en
la persona de la virgen vestal Fabia, librándose gracias
al apoyo de Cátulo.

Luculo había asediado Sínope con la intención de 2
tomarla al asalto; el jefe pirata Seleuco y el eunuco Cleo-
cares, que se encontraban como guarnición al frente de
esta ciudad, la abandonaron tras saquearla e incendiarla.

---

196 Junto a los ríos Esopo y Gránico.

197 No lejos de Lemnos.

198 Según PLINIO (V 32), fue fundada por Aníbal en Bitinia.

3 Luculo, compadecido del desastre interno de estos pobres enemigos, apagó en rápida intervención el incendio que se había provocado dentro de la ciudad. De esta forma, esta desgraciada ciudad, al cambiarse los papeles de enemigos y aliados, se vio perdida por aquellos por los cuales tenía que haber sido defendida y se salvó gracias a aquellos por los cuales tenía que haber sido
4 destruida. Por su parte, Marco Luculo[199], que había sucedido a Curión en el gobierno de Macedonia, hizo capitular a todo el pueblo de los besos atacándoles con el ejército.

5 En esta misma época, Metelo, pretor de Sicilia, al encontrar toda la isla esquilmada tras la vergonzosa pretura de Gayo Verres, y más aún ahora en que era asolada con abominables saqueos y matanzas por el jefe pirata Pirganión, el cual, tras expulsar a la armada romana se había apoderado del puerto de Siracusa, obligó a éste[200] a marcharse a Sicilia tras derrotarle en un combate naval y terrestre.

6 Por otra parte, Luculo, pasando el Eufrates y el Tigris, entabló combate junto a la ciudad de Tigranocerta[201] con Mitrídates y Tigranes, y, con un pequeño grupo de soldados, destruyó un gran número de enemigos; se dice, en efecto, que perdieron la vida en esta batalla
7 treinta mil hombres. Tigranes, acompañado apenas por ciento cuarenta jinetes, escapó tras arrojar la diadema y

---

[199] Marco Licinio Luculo, hermano mayor del que está operando contra Mitrídates y gobernador de Macedonia durante la rebelión de Espártaco.

[200] Zangemeister pone *quem;* en el aparato crítico señala que muchos manuscritos lo omiten y que otros lo sustituyen por *eum;* evidentemente, o pensamos en un anacoluto improbable, o aceptamos *eum,* que es lo que hacemos en la traducción.

[201] Capital de Armenia, situada sobre el afluente del Tigris, posteriormente conocida como Martirópolis; la batalla tuvo lugar en el 69 a. C.

la tiara para no ser reconocido. Vinieron entonces a Luculo legados suplicantes de casi todo Oriente; cuando ya llegaba el invierno, en su regreso a Mesopotamia a través de Armenia, asaltó y tomó la ciudad de Nísibe, famosa entonces en aquella zona.

Por esta misma época, los piratas, esparcidos por 4
todos los mares, y que ya en este momento no sólo asaltaban las caravanas de naves de transporte, sino que asolaban también islas y provincias, habían aumentado en mucho su número al haberse asociado a ellos una multitud de gente atraída por la impunidad de sus crímenes y el deseo de botín. Gneo Pompeyo, aunque después de los enormes estragos que ya habían hecho durante largo tiempo por tierra y por mar, los derrotó con extraordinaria rapidez[202].

En esta misma época Metelo volteó durante dos años 2
la isla de Creta y, tras someterla en una larga guerra, la redujo al dominio romano, y cambió las leyes de Minos por leyes romanas.

De la guerra del mismo Pompeyo con muchos y poderosos pueblos; de sus muchas y gloriosas victorias, y de la muerte de Mitrídates en el Bósforo mientras era asediado por su hijo Farnaces

Posteriormente Pompeyo, suce- 3
sor de Luculo[203], encerró en un asedio el campamento de Mitrídates junto al monte Dastraco en Armenia Menor. El rey, haciendo una violenta salida durante la noche con todas sus tropas, resolvió enfrentarse en un combate a Pompeyo, que aún entonces le seguía
persiguiendo. Y es que Pompeyo decidió perseguirles en 4

[202] En el 67. Lo hizo en cuarenta días.

[203] En Roma se habían puesto mal las cosas para Luculo, a quien se consideraba sucesor de Sila; pero su sucesor inmediato no fue Pompeyo, sino el cónsul del 67, Manio Acilio Glabrión. Pompeyo fue investido de todos los poderes en Oriente en el año 66.

su huida. La batalla se entabló, pues, de noche[204]. Salía
entonces la luna a espaldas de los romanos. Los solda-
dos de Mitrídates, pensando que los enemigos estaban
ya cerca por la longitud de las sombras, lanzaron inútil-
mente todos sus dardos. Los romanos, atacándoles pos-
teriormente, poco menos que sin armas, vencieron sin
5 ningún esfuerzo. Murieron, en efecto, o fueron hechos
prisioneros un total de cuarenta mil soldados del ejér-
cito real; de los romanos, sólo mil fueron heridos, mien-
6 tras que apenas murieron unos cuarenta. El rey, esca-
pando en medio del tumulto del combate, y ayudado
incluso por la oportuna claridad de la noche, logró huir;
y abandonado por todos sus amigos, filósofos, cronistas
o poetas y médicos, él solo, sujetando con sus manos las
bridas del caballo a través de descampados, y asustán-
dose ante todos los ruidos nocturnos, se alojó en un
7 castillo y de allí dirigió sus pasos a Armenia. Pompeyo,
dejando para después la persecución del rey, fundó la
ciudad de Nicópolis entre los dos ríos que nacen en
una misma montaña aunque de pozos distintos, es decir
entre el Eufrates y el Arajes, para colocar en ella a los
8 ancianos, ayudantes y enfermos que quisieran. A Tigra-
nes, que solicitó su perdón, se lo concedió. Al ejército
de Horodes[205], rey de los albanos, y a sus prefectos, los
derrotó en tres combates[206]. Posteriormente aceptó de
buen grado cartas y regalos de Horodes en favor de la
instauración de la paz con los albanos. Al rey de Hibe-
ria[207], Artaces, le derrotó en una batalla y sometió toda
9 Hiberia. De allí, tras ordenar los asuntos de Armenia,
Colcos, Capadocia y Siria, dirigiéndose desde el Ponto

---

[204] Conocida como batalla de Nicópolis (66 a. C.).

[205] Llamado Oroeses por los escritores griegos.

[206] El ejército de Pompeyo estaba agrupado en campos distintos.

[207] En el Cáucaso, entre el Mar Negro y el Mar Caspio.

a Partia, llegó a la ciudad de Ecbatana, capital del reino
de los partos, tras un viaje de cincuenta días.
Mientras Mitrídates celebraba en el Bósforo[208] fiestas 5
en honor de Ceres, se produjo de repente un terremoto
tan grande que se cuenta que siguió a continuación un
gran desastre en todas las ciudades y campos. En esta 2
misma época Castor, prefecto de Mitrídates, que estaba
al frente de la ciudad de Fanagorio[209], ocupó la ciuda-
dela tras asesinar a los amigos del rey y entregó cuatro
hijos de Mitrídates a la guarnición romana. Mitrídates, 3
enardecido por la ira, se dedicó, inflamado, a cometer
crímenes. Asesinó, en efecto, a muchos que entonces
eran sus amigos y a su propio hijo Exipodra, cuando ya
antes había matado en otro parricidio a Macares[210];
Farnaces, el otro hijo suyo, aterrorizado por lo que 4
había pasado a sus hermanos, se atrajo las simpatías
del ejército que había sido enviado en su persecución
y lo dirigió después contra su propio padre. Mitrídates, 5
tras suplicar largo tiempo en vano desde una altísima
muralla a su hijo, cuando se convenció ya de que era
implacable, se cuenta que, a punto ya de morir, ex-
clamó: «Puesto que Farnaces, dijo, quiere que yo muera,
a vosotros, si es que existís, dioses de mi patria, os ruego
que cuando pase el tiempo también él mismo oiga la
misma respuesta de parte de sus hijos.» Y bajando in-
mediatamente junto a sus esposas, concubinas e hijas,
les dio a todas veneno. Y tras beber, él el último, el 6
veneno, y no poder sin embargo ser abatido por el mis-
mo a causa de los antídotos con los que frecuentemente
había protegido sus órganos vitales contra los jugos
mortales, y tras pasear en vano para ver si el veneno

[208] Allí se había refugiado, tras la derrota de Nicópolis.

[209] En la península de Crimea, a las orillas del Bósforo.

[210] Éste le había traicionado apoderándose del ex-reino del Bósforo y haciendo alianza con los romanos.

ingerido corría de alguna forma empujado a través de las venas con el movimiento del cuerpo, invitó a un soldado galo que, rotos ya los muros, entraba en la ciudad, a que le diera muerte mientras le ofrecía su
7 cuello. Esta fue la muerte que tuvo Mitrídates y él, que, según cuentan, era el hombre más supersticioso de todos, a los setenta y dos años de edad, tras haber tenido siempre consigo a filósofos y hombres conocedores de todas las artes, nos dejó el durísimo contenido de una frase suya:

8 «Si existís», dijo, «dioses de mi patria.» Y es que él, a pesar de haberlos adorado mucho tiempo y haber tratado durante mucho tiempo de encontrarlos, se había dado cuenta de que estos dioses, que se pensaba que existían, no eran dioses verdaderos. Este rey, a pesar de su mucha experiencia y de la madurez de su edad, no conocía al Dios verdadero, a cuyo conocimiento no se llega sino prestando oídos a la fe. Sin embargo, sí había visto, con la luz de la razón, que aquéllos eran falsos, basándose ya en la experiencia, ya en la propia inteli-
9 gencia. «Si existís», dijo, «dioses»; eso es lo mismo que decir: «yo, que intuyo que por encima del hombre existe un poder más fuerte que el propio hombre, movido por la necesidad de rogar a alguien, ofrezco mi buena voluntad y pido perdón por mi ignorancia; invoco al Dios que
10 existe, ya que sé el que no existe.» Por lo cual, con temor y con dolor, hay que hacer las siguientes consideraciones: ¿de qué castigo y de qué juicio serán dignos estos que, en contra de lo que prohíbe la fe revelada, conocida ya y hecha pública, siguen y adoran a esos dioses, de los cuales podían ya dudar incluso aquellos que todavía no podían conocer otros dioses que los que tenían?

11 Pero dejemos eso para hacer una breve reflexión: ¿qué impresión tendrían entonces en todo Oriente de una época en que, durante cuarenta años, aquellos po-

bres países eran machacados con alternos estragos de generales tan poderosos; en que todas las ciudades que quedaban en medio de estos enfrentamientos inevitablemente corrían peligro, ya que tenían que favorecer a un bando al mismo tiempo que hacían equilibrios con el otro, y ello, para que después se cambiara en castigo la postura que antes les había servido momentáneamente de alivio; en que las atemorizadas delegaciones 12
de las distintas provincias, en medio, por una parte, de los distintos generales romanos que se sucedían, y, por otra, de Mitrídates, cada vez más truculento por las noticias que se producían, se balanceaban alternativa e inseguramente a uno y otro lado, según la suerte de la guerra favorecía a cada uno de ellos, aumentando de esta forma los peligros que de momento evitaban?

Voy a contar, pues, en pocas palabras qué es lo que 13
Pompeyo, ese Pompeyo que fue ciertamente el más moderado de los romanos, hizo en la mayoría de las zonas de Oriente una vez acabada la guerra con Mitrídates.

De las guerras que protagonizó después Pompeyo en Siria, Fenicia o Arabia; de los estragos que realizó entre los judíos una vez destruida y tomada la ciudad de Jerusalén, y de la conjuración de Catilina felizmente apagada por el cónsul Cicerón

En el año 689 de la fundación 6
de la ciudad, durante el consulado de Marco Tulio Cicerón y Gayo Antonio[211], Pompeyo, al recibir la noticia de la muerte de Mitrídates, atacando Siria, Cele y Fenicia, sometió primero a los itureos y árabes y tomó la ciudad de éstos llamada Petra. Posteriormente en- 2
vió al frente del ejército a Gabinio contra los judíos, cuyo rey, tras la expulsión de su hermano Hircano, era Aristóbulo[212], el primer rey no sacerdote, y contra su ciudad

[211] 62 a. C.

[212] Los dos hermanos luchaban por el poder: Hircano se apoyaba en el partido de los fariseos, representante de los intereses

de Jerusalén. Gabinio emprendió inmediatamente la expedición y fue bien acogido en la ciudad por los ancianos; pero, rechazado por la plebe desde el muro del
3 templo, se dispuso a asaltarlo. Al estar el templo protegido no sólo por la naturaleza del lugar sino también por un enorme muro y una profunda fosa, a duras penas lo pudo tomar en tres meses [213], viéndose obligado a sustituir sin descanso unas legiones tras otras durante días y noches. Se dice que murieron en aquel asalto trece mil
4 judíos; el resto del pueblo fue sometido a Roma. Pompeyo ordenó destruir y arrasar los muros de la ciudad y, tras haber degollado a unos cuantos príncipes de los judíos, restituyó a Hircano en el sacerdocio y a Aristóbulo lo llevó como prisionero a Roma. El propio Pompeyo declaró en la asamblea que se había enfrentado a veintidós reyes durante esta guerra en Oriente.

5 Entretanto, por esta misma época, tuvo lugar y fue descubierta la conjuración de Catilina dirigida contra la patria, siendo finalmente sofocada en un auténtico enfrentamiento civil en Etruria. Los conjurados fueron
6 ejecutados en Roma. Desde nuestro punto de vista es suficiente el haber tocado brevemente esta historia por cuanto ya es conocida con suficiencia por todos gracias a los discursos de Cicerón y a la narración de Salustio.

7 También ahora se produjo un levantamiento entre los pelignos, protagonizado por los Marcelos, padre e hijo, y descubierto por Lucio Vetio, que fue rápidamente cortado, como si se le hubiese arrancado de raíz, al descubrirse la conjuración de Catilina; de uno y otro

---

del clero y que tenía como finalidad la creación de una comunidad eclesiástica independiente de la laica; Aristóbulo era sostenido por los saduceos, partido de los representantes del capital comercial, de los intelectuales helenizados, de los círculos militares, tendentes al fortalecimiento del estado laico. Roma apoya a los fariseos.

[213] 63 a. C.

se dio buena cuenta: con la intervención de Bíbulo entre los pelignos y con la de Cicerón entre los brutios.

De los grandes combates de Julio César y de los triunfos que, como singular sometedor de los enemigos, mereció tras haber derrotado a los valientes pueblos y reyes de la Galia y haber vencido con idéntica suerte a los britanos y germanos

En el año 693 de la fundación 7
de la ciudad, durante el consulado de Gayo César y Lucio Bíbulo [214], se le concedieron durante cinco años a César, en virtud de la ley Vatinia [215], tres provincias, la Galia Transalpina, la Cisalpina y el Ilírico, juntamente con siete legiones. El Senado añadió después la Galia comata [216].

Estos hechos los narró profu- 2
samente Suetonio Tranquilo, del que nosotros hemos sacado apropiado resumen.

Los ánimos de los helvecios, el pueblo más poderoso 3
de todos los galos, debido sobre todo a que tenían continuos altercados bélicos con los germanos, de los cuales los separaba solamente el río Rin, habían sido enardecidos por el primero de sus nobles, un tal Orgétorix, para emprender la guerra con la esperanza de apode-
rarse de todas las Galias [217]. Los restantes optimates, a 4
pesar de haberle prendido y ejecutado, no pudieron sujetar, sin embargo, a las turbas populares, una vez que ya habían sido incitadas al botín. Todos ellos, tras jurar juntos y fijar el día, emprendieron la marcha quemando sus aldeas y casas para que a nadie le entrase la

---

[214] 59 a. C.

[215] Promovida por el tribuno de la plebe Publio Vatinio, partidario de César.

[216] La Galia *comata* o *bracata* (Galia melenuda o en pantalones) era llamada así porque los galos llevaban cabellos largos y pantalones. Era la Galia bárbara. Las intenciones del Senado serían las de alejar a César lo más posible de Roma.

[217] Ésta es la versión de César: que, empujados por su ambición y la de su jefe, se lanzaron desde su territorio.

tentación de retroceder con la esperanza de volver a
5 hallarlas. Al encontrárselos César junto al río Ró-
dano, los derrotó dos veces en extraordinario y duro
combate[218], y, tras vencerlos, les obligó a rendirse. La
muchedumbre entera de éstos, helvecios, tulingos, lato-
bogios, rauracos y boyos, era, cuando salieron de su
patria por primera vez, de alrededor de ciento cincuenta
y siete mil personas de uno y otro sexo[219]. De ellos
cayeron en el campo de batalla cuarenta y siete mil.
Los demás fueron de nuevo enviados a sus tierras.
6 Posteriormente César, enfrentándose al rey Ariovisto,
que había levantado y reunido a su lado increíbles can-
tidades de germanos, con los cuales decía jactanciosa-
mente que acababa de someter a todos los pueblos de
la Galia, le venció en territorio sécuano[220], después que
el ejército de César había rehusado largo tiempo el com-
bate por temor al número y valentía de los germanos.
7 Ariovisto escapó inmediatamente a Germania, atrave-
sando el Rin con una pequeña nave que pudo coger;
sus dos esposas y otras tantas hijas fueron hechas pri-
sioneras. En el ejército de Ariovisto, a su vez, había
arudes, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, edu-
8 ses[221] y suevos. Lo más duro del combate estuvo sobre
todo del lado de la formación de los germanos, forma-
ción que ellos, para estar protegidos por todas partes
en su ataque contra el ejército romano, habían dispuesto
de manera que presentaban un grupo compacto y unían
9 los escudos por encima de sus cabezas. Pero, una vez
que unos cuantos soldados romanos, sobresalientes por

---

[218] En Bibracte (58 a. C.).

[219] Según E. MEYER, «Die Zahl der Helvetier bei Caesar», *Zeitsch. Schweiz. Gesch.* 39 (1949), 65-70, las cifras de César no pueden ser aceptadas; sí, en cambio, ésta de Orosio. César habla de cerca de trescientas mil personas.

[220] En Alsacia, no lejos del Rin (otoño del 58).

[221] Llamados también sedusios.

su agilidad y audacia, saltaron sobre el caparazón que se
les acercaba y, arrancando uno por uno los escudos
como si se tratase de escamas, taladraron desde arriba
los desnudos hombros de los que cogían y destapaban,
los enemigos, aterrorizados ante el nuevo peligro de
muerte, disolvieron su terrible y compacta formación.
Luego, en su huida, fueron matados incesantemente a lo 10
largo de cincuenta millas [222], y no se puede saber ni el
número de germanos que hubo en la batalla ni el número de muertos.

Tras ello, los belgas, que eran la parte tercera de la 11
Galia [223], se levantaron contra César. Su ejército, dis- 12
tribuido en grupos, era éste: los belóvaguos [224], que parece que sobrepasaban a los demás en número y en
arrojo, tenían sesenta mil soldados escogidos; los suesones tenían cincuenta mil, provenientes de doce ciudades;
los nervios, de cuya indomable fiereza se hablaba hasta 13
el punto de que nunca hasta este momento habían permitido que los mercaderes importaran a su territorio
vino y demás mercancías, que producen una alegría que
acarrea el embotamiento del valor, tenían igualmente
cincuenta mil; los atrébates y ambianos, diez mil; los 14
morinos, veinticinco mil; los menapios, nueve mil; los
caletos, diez mil; los velocases y veromandos, también
diez mil; los aduáticos, dieciocho mil; los condurses,

---

[222] La distancia entre el lugar de la batalla y el Rin es, para César, de 15 millas. Para Orosio son cuarenta. Según A. Pain, «À propos de *De bello Gallico* I 53, 1», *Rev. Ét. Lat.* (1937), 269-272, el error de Orosio se explica paleográficamente si se admite que la fuente común de Orosio y Plutarco presentaba una L (XL) en lugar de una V (XV), que sería lo original.

[223] Esto tiene sentido en la obra de César que, al comienzo, dijo que la Galia tenía tres partes, de las cuales la tercera era Bélgica. Orosio no ha hablado antes de las otras dos.

[224] Los nombres de estos pueblos belgas, normandos y bretones presentan distintas variantes en los manuscritos y en la tradición; nos limitamos a transmitir los nombres que ofrece Zangemeister.

eborones, cerosos, cemanos, que se agrupan bajo la de-
nominación común de germanos, tenían cuarenta mil.
15 De esta forma, se dice que juntaron doscientos setenta
y dos mil soldados selectos.

16 Cuando todos ellos salieron repentinamente de sus
bosques, el ejército de César se asustó y se dio a la fuga,
perdiendo a muchos soldados; posteriormente se resta-
bleció con los ánimos que le dio su general y atacando
a los vencedores, los destruyó casi hasta la aniquilación
total[225].

8 Pues bien, César, cuando decidió volver a Italia tras
haber realizado grandes hazañas en Galia, envió hacia
los veragros y sedunos a Galba[226] con la legión duodé-
2 cima. Éste, tras haberse asentado para invernar en una
aldea de los veragros llamada Octoduro[227], y haber de-
jado a sus habitantes la mitad de la ciudad que estaba
separada por un torrente, vio que cierto día se alejaban
por la noche y se colocaban en una colina próxima[228].
3 Y es que ellos, despreciando el escaso número de una
casi media legión, pensaban que la presa extranjera iba
a caer en sus manos sin ningún esfuerzo y habían lla-
mado a sus vecinos para hacerlos partícipes de la ma-
4 tanza y del botín. Y mientras Galba estaba rodeado y
tembloroso por peligros tan inminentes y no sabía qué
decisión tomar entre las distintas propuestas que se le
hacían, los galos, bajando de repente del monte en for-
mación desplegada, rodean el campamento que estaba
mal hecho y hacen caer una lluvia de piedras y dardos
sobre los pocos defensores que había en la empalizada.

---

[225] 57 a. C. En un primer momento, sobre todo en el enfrentamiento con los nervios, la suerte del ejército romano y la vida de César pasaron por momentos realmente difíciles.

[226] Primeros meses del 56. El legado es Servio Galba. Estos hechos los narra César al comienzo del libro III.

[227] Hoy Martigny, a poca distancia del Ródano.

[228] Octoduro estaba rodeada de montañas.

Y cuando ya entraban en el campamento, todos los ro- 5
manos, por consejo del centurión primipilo Pacuvio[229]
y del tribuno Voluseno, se lanzan a las puertas y, ata-
cando de pronto a los desesperados enemigos, en un
primer momento los asustan y posteriormente, ponién-
dolos en fuga, los destrozan en lamentable matanza.
Se dice, en efecto, que en aquella ocasión murieron más
de treinta mil bárbaros.

Pues bien, César, cuando pensaba ya que había apa- 6
ciguado a todos los pueblos de las Galias, se vio arras-
trado a una nueva e ingente guerra. En efecto, mientras 7
Publio Craso el Joven[230] pasa el invierno con la legión
séptima junto al océano en territorio de los andícavos[231],
los vénetos y demás pueblos vecinos se unen en un pacto
bélico, hacen prisioneros a los legados romanos y anun-
cian a los romanos que los devolverán si se les devuelven
a su vez a ellos sus rehenes. Reúnen a su lado como alia- 8
dos para esta guerra a los osismos, lexovios, namnetes,
ambivaritos, morinos, diablintes y menapios; hacen
venir también tropas auxiliares de Britania. César, ente- 9
rado a través de Craso de la rebelión de estos pueblos
que ya estaban sometidos, a pesar de que comprendía
las dificultades que suponía el reiniciar la lucha, sin
embargo, pensando que no se podía dejar pasar un
hecho de tanta importancia, no fuera a ser que, ante el
ejemplo de esta osadía, se extendiera también a los
demás la rebelión, y tras intentar en vano agredir por 10
tierra a los enemigos —y es que éstos estaban protegi-
dos en seguras bahías de sus tierras gracias a los brazos
de mar que se extendían desde el océano y a los inacce-
sibles escondrijos—, manda construir naves de guerra

---

[229] Para César (III 5) se trata de Publio Sextio Báculo.

[230] Con el añadido «el Joven» se le diferencia de su padre Marco, el triunviro, y de su hermano mayor, que era cuestor.

[231] Cerca de Angers.

11 en el río Líger[232]. En cuanto los enemigos vieron que
esas naves eran sacadas al océano por este río, inme-
diatamente, avanzando desde su puerto, colocaron de
frente doscientas naves suyas perfectamente dispuestas
12 y equipadas de todo tipo de armas. Bruto[233], preocupado
al ver que el combate naval iba a ser enormemente des-
igual —por cuanto las naves de los bárbaros, recubier-
tas con madera de gran solidez y fortalecidas con pode-
rosas calas, rechazaban, como si de piedras se tratase,
los golpes lanzados por los espolones de las naves ro-
13 manas—, se salvó en principio gracias a que había pre-
parado agudísimos arpones fijados débilmente en esta-
cas, pero atados con cuerdas, con los cuales, cuando
era necesario, alcazando desde lejos las jarcias de los
barcos enemigos, las podían romper tirando con la cuer-
da del arpón una vez retiradas las estacas en las que
14 iba sujeto. Cuando hubo preparado estos ardides con
toda rapidez, ordenó romper los aparejos de las antenas
de los navíos enemigos: de esta forma, al caer las ante-
nas, inmovilizó inmediatamente muchas naves con el
15 mismo resultado que si las hubiese apresado. Los demás,
aterrorizados ante este peligro, intentaron primero huir
con las velas desplegadas a donde el viento los llevase;
pero después, desamparados al cesar el viento, fueron
16 un juguete para los romanos. Y así, una vez incendiadas
todas las naves y ejecutados aquellos galos que habían
17 batallado, el resto se entregó totalmente. Pero César,
a causa sobre todo de la injuria que habían recibido sus
legados y para grabar en el ánimo de esta gente, tan
sensible a todo tipo de recomendaciones, el recuerdo de
un terrible escarmiento, ejecutó cruelmente a todos los

232 Hoy Loira.

233 Décimo Bruto Albino, lugarteniente de César, a quien se le encargó el mando de esta flota.

cabecillas y a los demás los vendió como prisioneros de guerra.

En esta misma época Titurio Sabino, en una incur- 18
sión que llevó a cabo, aniquiló con increíbles matanzas a los aulercos, eburovices y lixovios, los cuales habían a su vez ejecutado a sus jefes por no querer éstos convertirse en promotores de una nueva guerra.

Por su parte, Publio Craso[234], al llegar a Aquitania, 19
fue recibido belicosamente. Efectivamente, los sontiates, con grandes y poderosos contingentes de caballería e infantería, atacaron a los romanos y los mantuvieron gravemente desequilibrados durante mucho tiempo. Poste- 20
riormente, derrotados y reducidos y asediados en la fortaleza de Sontiato[235], al verse asaltados, capitularon entregando sus armas. Los aquitanos, asustados por el desastre, reúnen soldados de todas partes; hacen venir 21
tropas auxiliares incluso de Hispania Citerior; conceden el mando de las operaciones sobre todo a los generales que habían luchado al lado de Sertorio. Mientras todos 22
éstos hacen preparativos para asediar a Craso, son derrotados en su propio campamento en un ataque del mismo Craso[236]. Se dice, en efecto, que entre aquitanos y cántabros, de los cuales habían venido cincuenta mil en calidad de tropas auxiliares, cayeron treinta y ocho mil.

César, en una incursión bélica contra los germanos[237], 23
los cuales habían pasado el Rin con gran cantidad de tropas y se disponían al mismo tiempo a someter a su dominio a todas las Galias, los derrotó hasta la aniqui-

---

[234] Había sido enviado allí por César, lo mismo que Titurio Sabino a la Lugdunense, para que evitaran que estos galos se unieran a los vénetos.

[235] Hoy, la ciudad de Sos.

[236] 56 a. C.

[237] Los usipetes y tencteros. El lugar de la batalla es desconocido.

lación. Dicen que el número de éstos era de alrededor de cuatrocientos cuarenta mil.

9 En este momento César, mediante la construcción de un puente, pasa a Germania, y levanta el asedio a los sugambros y ubios; aterroriza con su llegada a los suevos, pueblo numerosísimo y belicosísimo, de los cuales muchos autores transmiten que tenían cien aldeas y pueblos, y aterroriza en general a toda Germania. Tras
2 ello, vuelve a la Galia destruyendo el puente. Marcha después hacia territorio de los morinos, desde donde el paso a Britania es corto y breve. Tras preparar alrededor de ochenta naves de carga y ligeras, pasa a Britania[238]. Allí, agotado en un primer momento por un duro combate y sorprendido después por una adversa tempestad, perdió la mayor parte de la armada y un no pequeño número de soldados, aunque la caballería la
3 perdió casi toda. A su vuelta a la Galia, dejó las legiones en los campamentos de invierno y ordenó la construc-
4 ción de seiscientas naves de uno y otro tipo. Pasando con ellas de nuevo a comienzos de primavera a Britania, mientras él mismo se dirige con el ejército contra el enemigo, las naves, que estaban ancladas, fueron destrozadas y deshechas al ser alcanzadas por un temporal y chocar ya entre sí, ya con los bancos de arena: desaparecieron cuarenta, mientras que las restantes fueron
5 reparadas con gran esfuerzo. En un primer choque, la caballería de César fue derrotada por los britanos; en el mismo perdió la vida el tribuno Labieno[239]. En un segundo combate puso en fuga a los britanos, tras de-
6 rrotarlos no sin gran peligro por su parte. A continuación se dirige al río Támesis, del que dicen que sólo es vadeable por un lugar. Al otro lado de la orilla de este

---

[238] 25 de agosto del 55 a. C.; en el puerto de Itio, hoy *Wissant* o *Witsand*.

[239] No Labieno, sino Quinto Laberio.

vado se había asentado una gran cantidad de enemigos
bajo el mando de Casovelauno y había fortificado la
orilla del río y casi todo el vado con agudísimas estacas
bajo las aguas. Cuando los romanos descubrieron y 7
superaron este obstáculo, los bárbaros, al no poder sos-
tener el ataque de las legiones, se ocultaron en los bos-
ques, desde donde con frecuentes salidas hostigaban
dura y continuamente a los romanos. Entretanto la 8
poderosísima ciudad de los trinobantes se entregó a
César juntamente con su jefe Mandubragio, dando cua-
renta rehenes. Otras muchas ciudades, que siguieron su 9
ejemplo, hicieron una alianza con los romanos y, gracias
a sus indicaciones, César tomó por fin en duro combate
la fortaleza de Casovelauno, situada entre dos lagunas,
protegida además por una cortina de selvas y equipadí-
sima de todo tipo de recursos.

Posteriormente, César, a su vuelta de Britania a la **10**
Galia, tras enviar las legiones a los campamentos de
invierno, se vio rodeado y hostigado por repentinas
rebeliones bélicas que surgían por todas partes. Efecti-
vamente, Ambiórix, conspirando con los eburones y
aduáticos, y animado por la decisión de los tréveros,
aniquiló en el territorio de los eburones a Cota y Sabino,
lugartenientes de César, juntamente con toda una legión
completa, al cogerlos en una emboscada[240]. Ambiórix, 2
envalentonado con esta victoria, pone precipitadamente
en armas a los aduáticos, nervios y otros muchos pue-
blos y se dirige contra el lugarteniente Cicerón[241], que
se encontraba también entonces en los campamentos de
invierno al frente de la legión. El número de enemigos 3
se puede deducir del hecho de que, al decirles los pri-
sioneros romanos que para el asedio del campamento
tenían que hacer una empalizada, a pesar de no tener

[240] En el 54 a. C. en Aduatuca, hoy Tongres.
[241] Quinto Cicerón, hermano de Marco Tulio.

aperos propios de las labores del campo, hicieron, en
apenas tres horas, en un círculo de quince millas, una
empalizada de diez pies de ancho y una fosa de quince
pies, cavando la tierra con sus espadas y sacándola con
sus capotes. Construyeron además ciento veinte torres
4 de extraordinaria altura. Y cuando ya las cuñas[242] ene-
migas, a punto de agotarse, llevaban luchando durante
siete días y siete noches, al levantarse de pronto un
fuerte viento, arrojaron vasijas con fuego en el fondo
y lanzaron al interior del campamento dardos encendidos
5 que resplandecían después al quemarse. Al hacer esto,
el viento que soplaba con fuerza extendió rápidamente
a través de los techos de paja el fuego que se provocó.
Pero ni aun así los romanos, a pesar de que estaban
rodeados por todas partes, cedieron ante las heridas,
6 los esfuerzos, las vigilias, los ayunos e incendios. Final-
mente le llegan a César las noticias de que una legión
había sido ya totalmente destruida y de que otra estaba
7 ya casi agotada. Al llegar César con dos legiones, los
enemigos abandonaron el asedio y, reuniendo sus tro-
pas, se lanzan todos contra él. César se escondió deli-
beradamente en un pequeño campamento y, enviando
delante a la caballería, le ordenó que fingiera huir, para
que los enemigos, que menospreciarían estas tropas,
fueran provocados a pasar un valle, que estaba en medio
8 y que a él le parecía peligroso. Al llegar los enemigos,
mandó además cerrar las puertas del campamento.
Los galos, ante ello, como si ya hubiesen vencido, se
dedicaron a levantar por fuera una empalizada. César
sacó de repente por todas las puertas el ejército que ya
tenía dispuesto y provocó una enorme matanza entre
9 los galos que se dieron a la fuga. Se dice, en efecto, que
éstos eran entonces sesenta mil, de los cuales muy pocos
pudieron huir a través de intransitables lugares panta-

[242] Formación en cuña.

nosos. Indutiómaro, rey de los tréveros, que tenía un 10
gran ejército, cuando se cercioró de que tenía el apoyo
de toda la Galia, decidió destruir —acción que él consi-
deraba muy fácil— el campamento de Labieno y la
legión a cuyo frente se encontraba éste, y, unido des-
pués a los eburones y nervios, intentar la aniquilación
de César. Labieno simula, con las artimañas que puede, 11
tener miedo, y, mientras Indutiómaro erraba por ello
descuidadamente delante del campamento con sus tropas
en plan de fiesta, le derrotó en una repentina salida. Esta 12
victoria de Labieno reprimió los demás intentos de los
galos y César pasó el resto del invierno un poco más
tranquilo[243]. Pero, comprendiendo que le quedaban to- 13
davía mayores empresas bélicas y sobre todo porque,
al haber perdido ya gran parte de su ejército y encon-
trarse los demás gravemente debilitados, le parecía que
su ejército no era el apropiado ni siquiera para aguan-
tar, no diré ya para aplastar el ímpetu de los galos,
solicitó del procónsul Gneo Pompeyo que se reclutaran
legiones y que le fueran enviadas a él como refuerzos:
de esta forma, antes de terminar el invierno, se le unie-
ron en los cuarteles tres legiones.

Pues bien, César, antes de que las tropas enemigas 14
se unieran en un solo bloque, se dispone, al llegar la
primavera, a atacar a los galos indecisos y a derrotar a
los aislados en su propio territorio. Arrasa, pues, en
primer lugar el territorio de los nervios y permite a su
vez a sus soldados la búsqueda de un botín que era
abundantísimo. Posteriormente, ataca con tres columnas 15
a los menapios que parecían muy protegidos por inmen-
sas lagunas e inaccesibles selvas, y, tras hacer enorme
carnicería entre el pueblo, hace capitular a los demás,
que vinieron a él suplicantes. En un combate posterior, 16
Labieno destroza todo el ejército de los tréveros, que

[243] Invierno del 54-53.

había sido hábilmente atraído a la lucha, antes de que
se unieran a los germanos que ya llegaban; e inmediata-
17 mente toma la propia ciudad. César, que deseaba vengar
la muerte de sus lugartenientes Sabino y Cota, al ente-
rarse de que Ambiórix y los eburones, autores del desas-
tre de la legión, se habían refugiado en la selva de Ar-
18 duena —esta selva es la más grande de toda la Galia,
se extiende desde las orillas del Rin y el territorio de
los tréveros hasta el de los nervios y tiene más de cin-
19 cuenta millas de largo—, y ante la sopesada evidencia
de que sería un gran peligro para los suyos si se espar-
cían, desconocedores como eran, por aquellas tupidas
y enormes selvas y buscaban a un enemigo profunda-
mente conocedor de aquellos lugares, invita por medio
de mensajeros a todos los galos a que cada uno, con los
procedimientos que mejor les pareciese, buscase y caza-
20 se la presa que se escondía en la selva Arduena. De esta
forma, matándose los galos unos a otros, vengó las ma-
yores injurias que se habían hecho a los romanos sin
21 ningún peligro por parte de ningún romano. Así, con
este segurísimo procedimiento para conseguir la vic-
toria, vuelve tranquilo a Italia.

11 Pues bien, una vez que César regresó a Italia, de
nuevo la Galia se levanta en armas y se reúnen muchos
pueblos. Al mando de todos estaba Vercingetórix, por
cuyo consejo todos los galos incendiaron espontánea-
mente en un momento sus propias ciudades: la pri-
mera ciudad incendiada por sus habitantes fue Biturigo.
2 A continuación se lanzan al ataque contra César, quien a
marchas forzadas, a través de la provincia Narbonense,
3 había vuelto ocultamente junto a su ejército. César es-
taba sitiando entonces la fortaleza llamada Cenapo[244];
ésta, tras haber sido asediada largo tiempo, finalmente,
con muchas pérdidas romanas, fue tomada y destruida

[244] Hoy Orleáns.

mediante la aproximación de torres móviles a sus muros en un día de lluvia, en que las cuerdas y correas de las armas arrojadizas enemigas se encontraban inservibles. Se cuenta que había en ella cuarenta mil perso- 4
nas: de ellas, apenas ochenta, que pudieron escapar huyendo, llegaron a los fortines más próximos de los galos.
Además de ello, los arvernos y demás pueblos vecinos, 5
atrayendo también a su lado a los eduos, hostigaron en continuos ataques a César. Y cuando ya fatigados de 6
tanto luchar se recogieron en una fortaleza[245], los soldados de César, ansiosos de botín, sólo pensaban en el asalto a la misma, a pesar de que César trató en vano de disuadirles alegando las dificultades del terreno. La consecuencia fue que César, atacado violentamente por los enemigos que venían de lugares más elevados, huyó derrotado tras perder gran parte de su ejército.
Mientras sucede todo esto en Alesia[246], Vercingetórix, 7
al que todos habían elegido como rey con general asentimiento, aconseja que estén dispuestos para esta lucha todos los hombres de toda la Galia que pudieran manejar armas; decía, en efecto, que ésta era la única batalla en que se podía conseguir o bien la libertad para siempre o bien la eterna esclavitud o bien la aniquilación de todos. Así pues, y sin contar el número que en 8
cantidad ilimitada había reunido ya antes, se juntaron alrededor de ocho mil soldados de caballería y doscientos cincuenta mil de infantería. A continuación ro- 9
manos y galos ocupan dos colinas, una frente a otra. Luchando desde estas posiciones con frecuentes salidas

---

[245] En Gergovia, capital de los arvernos, de donde César tuvo que retirarse derrotado.

[246] Ciudad fortificada de los mandubios en la Galia Celta, hoy Alise Ste. Reine. Quizá haya que pensar aquí en una confusión de Orosio: lo que ha contado inmediatamente antes no se refiere a Alesia, sino a Gergovia, donde César fue derrotado; y lo que va a contar ahora es lo que se refiere a Alesia.

y con resultados diversos, finalmente los romanos ven-
cieron gracias sobre todo al valor de los jinetes germa-
nos, a los que, amigos suyos desde hacía ya tiempo,
10 habían hecho venir ahora como refuerzo. Vercingetórix,
reuniendo al día siguiente a todos los que habían huido,
les dice que él, con toda honradez, había sido el promo-
tor de la defensa de la libertad y del forzamiento del
tratado y que ahora se encontraba preparado en su
ánimo tanto si se ofrecían todos ellos hasta la muerte
a los romanos como si le entregaban a él solo para
11 salvar a todos los demás. El resultado fue que los galos,
reafirmando, aparentemente por el consejo de su jefe,
un deseo que ya algunas veces habían ocultado sólo por
vergüenza, entregaron inmediatamente sólo a él, como
si fuera el autor de un enorme crimen, solicitando al
mismo tiempo perdón para ellos.

12 Los belóvaguos eran considerados los más poderosos
de todos los pueblos galos en opinión de ellos mismos;
éstos, bajo el mando de Correo, reanudan las hostilida-
des y unen a ellos, como aliados en esta renovada guerra,
a los ambianos, los aulercos, los caletos, los velocases y
los atrébates; y ocupan un lugar rodeado y protegido
por todas partes por zonas pantanosas; y, entablado el
combate, destrozan un gran grupo de remos, que había
13 venido en ayuda de los romanos. Posteriormente, una
vez que ellos mismos habían ocupado un lugar opor-
tunamente preparado para emboscadas y que los roma-
nos, enterados de ello, se acercaron dispuestos y colo-
cados ya en orden de batalla al lugar donde aquéllos
estaban emboscados, se inició el combate y los romanos
cerraron la huida de los galos con las propias murallas
naturales en que ellos se habían encerrado antes. Mata-
14 ron a todos hasta la aniquilación. En aquella ocasión,
Correo, que rechazaba tanto la fuga como la rendición,

obligó, matando a romanos que se afanaban por cogerle
vivo, a que éstos le tuviesen que matar.
Pues bien, cuando César consideró que ya toda la 15
Galia estaba apaciguada y que no se iba a atrever a ali-
mentar nuevos levantamientos, dejó las legiones en el
campamento de invierno, mientras que él arrasó con
terribles matanzas humanas el territorio de Ambiórix,
que había sido el promotor de tantas guerras. Pero la 16
verdad es que su lugarteniente Gayo Caninio [247] de nuevo
chocó con la guerra en territorio de los pictones: en
efecto, una gran multitud de enemigos rodeó en aquel
territorio a su legión cortándole el camino, y ponién-
dole en una situación extremadamente crítica. El lugar- 17
teniente Fabio, por su parte, al recibir cartas de Caninio,
marcha inmediatamente hacia el territorio de los pic-
tones y una vez allí, gracias a que conocía por los pri-
sioneros cuáles eran los mejores sitios para luchar,
derrotó a los desprevenidos enemigos y, tras producir
entre ellos grandes pérdidas, consiguió un gran botín.
Posteriormente, una vez que Caninio recibió la señal 18
de la llegada de Fabio, saltó desde todas sus posiciones
de repente y se lanzó contra el enemigo. De esta forma,
empujando Fabio por una parte y Caninio por otra,
fueron aniquiladas gran cantidad de tropas galas en un
duro y largo combate. A continuación Fabio se dirige a 19
territorio de los carnutes; sabía, en efecto, que el viejo
promotor de toda la sublevación, el jefe llamado Dom-
naco, escapado de la batalla, provocaría de nuevo gran-
des levantamientos en toda la Galia si lograba unirse a
los pueblos aremóricos. Y logró derrotar con admirable
valor y rapidez a estos pueblos cuando todavía no ha-
bían reaccionado ante lo inesperado y nuevo del ataque.
Entretanto Draptes y Licterio, al darse cuenta de que 20
Caninio y sus legiones estaban ya en su territorio,

[247] Gayo Caninio Rebilo.

ocupan la fortaleza de Uxeloduno[248] reuniendo tropas de
21 todas partes; esta fortaleza colgaba en la protegidísima cima de un monte, estaba rodeada en dos flancos por las escarpadas orillas de un no pequeño río, y, al verse segura por la abundancia de agua que manaba de una fuente y considerarse respaldada por la enorme cantidad de trigo que tenían dentro, se burlaba de las correrías inútiles enemigas, que se tenían que hacer de lejos.
22 Caninio hizo lo único que pudo hacer dados los medios romanos: hizo salir a campo abierto a ambos jefes y los derrotó con gran parte de sus tropas en extraordinario combate. Muerto, en efecto, uno de los dos líderes, el otro se dio a la fuga con unos pocos soldados; y ninguno regresó a la fortaleza. A pesar de ello, para asaltarla
23 hubo necesidad de recurrir a César. Enterado, en efecto, por medio de mensajeros, César se presentó allí y, tras examinar todas las circunstancias, comprueba que, en caso de intentar el asalto por la fuerza, su ejército sería destruido para burla y espectáculo de los enemigos; que la única salida era privar del agua, de alguna forma,
24 a los enemigos. Pero ni siquiera esto lo hubiera podido hacer nadie salvo César; y es que la fuente, de la cual bebían, manaba en mitad de la falda de un monte en pendiente. César manda llevar manteletes y construir una torre cerca de la fuente. Inmediatamente una gran muchedumbre sale de la fortaleza. Como éstos hostigaban desde posiciones no peligrosas, los romanos, a pesar de que hacían pertinaz resistencia y de que se reemplazaban frecuentemente, tienen sin embargo muchas pér-
25 didas. Por fin se construye un parapeto y una torre de sesenta pies, cuya altura máxima pudiera quedar a la altura de la fuente para de esta forma poder, o bien intercambiar dardos en igualdad de condiciones, o bien no tener que temer ante los bloques rocosos lanzados

[248] Ciudad de Aquitania, hoy Capdenac.

desde arriba. Los habitantes de la fortaleza, por su 26
parte, cuando ven que mueren de sed no sólo sus ganados sino también las personas de edades más débiles, lanzan por la pendiente toneles que habían llenado de pez, grasa y pequeñas astillas de madera y a los que habían prendido fuego; y ellos mismos se lanzan detrás de estos toneles saliendo de la ciudad. Dado que César 27
presentía que, al arder sus aparatos, la lucha iba a ser dura y peligrosa para los suyos, ordena que las cohortes rodeen rápidamente la fortaleza por un lugar oculto y que lancen de pronto enormes gritos por todas partes. Asustados por este griterío, los habitantes de la fortaleza abandonan el asalto a la torre y la demolición del parapeto, ya que deciden retroceder para proteger la ciudad. Por otra parte, los soldados romanos que, prote- 28
gidos por la cubierta del parapeto, excavaban galerías para poder cortar las tuberías de la fuente, consiguieron, haciendo muchas sangrías, que los canales de aguas, que habían encontrado en un lugar secreto, disminuyesen en su caudal y terminaran por consumirse. Los habitantes de la fortaleza, totalmente desesperados al secarse la fuente, se entregaron. Y César, a todos aquellos 29
que habían tomado las armas, les corta las manos y les deja la vida para que el castigo a su maldad quedase como testigo también para sus descendientes. Tiene gran 30
eficacia, en efecto, a la hora de corregir una osadía, el tipo de castigo que se da, por cuanto una forma de vida que conserve siempre presente la desgracia del castigo, mueve al recuerdo a los que conocen los antecedentes y obliga a informarse a los que los desconocen.

Agotados y sometidos los galos, César regresa con **12**
sus legiones tranquilo a Italia, sin temor ya a posteriores levantamientos galos, por cuanto sabía a ciencia cierta que no quedaba en absoluto ninguno que se atreviera a

levantarse o que, en caso de levantarse, fuese digno de ser tenido en cuenta.

Del excesivamente próspero éxito de los partos frente a Craso y los romanos, y, por otra parte, de la siguiente victoria que consiguió Casio sobre los partos

2 Yo quisiera ahora que pasáramos ante nuestros ojos la sangría y la ruina de la Galia: cómo se encuentra tras aquellas altísimas fiebres y aquellos fuegos internos que quemaron lo mejor de sus órganos vitales; cuán grande escualidez y cuán grande palidez muestra; cuán agotada y debilitada queda; y de qué forma teme incluso los propios movimientos que son necesarios para vivir por temor a volver a atraer la mis-
3 ma avalancha de desgracias. Entró en ella, en efecto, en repentino ataque el ejército romano, cual en un cuerpo sanísimo una grave enfermedad, la cual tanto más duramente se aviva cuanto menos pacientemente se la tolera.
4 Estaba sedienta la pobre, cuando, por la presión de las armas y tras haber incluso entregado a la fuerza rehenes, se veía obligada a firmar el compromiso de eterna esclavitud; estaba sedienta, como digo, de esa conocida y universalmente grata dulzura, como si de agua fresca se tratase, de la libertad; y cuanto más veía que le era arrancada ésta, tanto más ansiosamente la deseaba.
5 De ahí esas tan osadamente frecuentes acciones contra lo prohibido: por defender la libertad se buscaba una libertad peligrosa, y lo que parecía ser la búsqueda del remedio contra aquella enfermedad tristemente concebida, aumentaba el temerario libertinaje de insaciable
6 sed de dominio [249]. De ahí también que el ejército ro-

[249] Todos los manuscritos presentan *praerepta licentia* en nominativo. Zangemeister corrige *praereptam licentiam*. Seguimos esto último porque, de lo contrario, no hay forma de entenderlo; de hecho HAVERCAMP (*Patr. Lat.* XXXI, pág. 1027, n. 10 confiesa que el texto es oscuro y no tiene sentido. Posiblemente, lo que

mano fuese, antes de la guerra, ingenioso instigador; durante la guerra, enemigo enconado; y, después de la guerra, cruel vencedor. De ahí que todo avanzase hacia la violencia para dominar la intolerancia; de ahí que no se creyese en ningún tipo de terapéutica.

Así pues, si yo pudiese preguntar ahora a ese pueblo 7
del cual estamos hablando, qué piensa de aquellos tiempos en que sufría estas desgracias, respondería, pienso, con estas palabras: «Aquella fiebre de entonces me dejó tan desfallecida[250] y me hizo tan insensible, que esta que ahora ha agotado a casi todo el mundo[251] no ha podido caldearme ni agitarme; y los romanos me abatieron de tal forma que ni siquiera me puedo levantar ante los godos.»

Pero ni siquiera Roma pudo evitar que sucedieran 8
en ella misma los estragos que provocó en otros. El poderío de sus generales y las fuerzas de sus legiones se ejercitaron y aumentaron durante largo tiempo por los cuatro puntos cardinales del mundo, de forma que, al volverse después ese poderío y fuerzas contra sí mismos, proporcionaron a Roma el mismo perjuicio que peligro si hubiesen sido antes vencidos. En efecto, la vuelta victoriosa de César de la Galia fue acompañada por guerras civiles y precedida por otros gravísimos percances: el de las muertes de los Crasos entre los partos y la aniquilación de los ejércitos.

En el año 697 de la fundación de la ciudad, Craso, **13**
colega de Pompeyo en el consulado[252], tras obtener en suerte el mando contra los partos, se desvió, como hom-

---

Orosio quiere decir es que el deseo de conseguir la libertad ante los romanos fomentaba, entre los galos, las tendencias tiránicas de algunos jefes y pueblos.

[250] Habla la Galia.

[251] La invasión de los godos.

[252] 55 a. C.

bre de insaciable ambición que era, hacia Palestina, al
enterarse de las riquezas del templo de Jerusalén, rique-
zas que Pompeyo había dejado intactas; entró en Jeru-
2 salén, arrasó el templo y arrebató sus riquezas. Dirigién-
dose desde allí, a través de Mesopotamia, a territorio
parto, por dondequiera que pasó exigió tropas auxiliares
a las ciudades aliadas, reclamó dinero y, en cuanto pasó
el Eufrates, encontró a Vageses, legado que el rey de los
partos Horodes le enviaba, el cual le increpó duramente
por haber pasado, llevado por su codicia, el río Eufrates
en contra de los pactos firmados por Luculo y Pompeyo.
Y que por ello no faltaba mucho para que viera sobre
sus hombros, en lugar de oro pártico, las armas de los
3 séricos. Cuando llegó, pues, cerca de Carras[253], los par-
tos, lanzándose de repente contra ellos bajo el mando de
Surena y Silaces, aplastaron a los romanos con el lan-
zamiento de dardos. Cayeron allí muchos senadores y
también algunos hombres de rango consular y pretorio;
también Craso, el propio hijo de Craso, joven muy dis-
tinguido, perdió la vida en el campo de batalla. Además
de ello, cuatro cohortes fueron sorprendidas y elimina-
das en campo abierto juntamente con el lugarteniente
4 Vargunteyo. Surena, cogiendo la caballería, emprende la
persecución de Craso y, tras rodearle y rechazar su in-
tento de coloquio, le quita la vida, a pesar de que hu-
biera preferido cogerle vivo. Unos pocos, protegidos por
5 la ayuda de la noche, lograron huir a Carras. Enteradas
del desastre romano, muchas provincias de Oriente hu-
bieran abandonado la alianza y palabra dadas al pueblo
romano, si Casio, reuniendo los pocos soldados que
huían, no hubiese cortado, con extraordinaria fuerza
de ánimo y moderación, el levantamiento de Siria. Casio,

[253] Ciudad de Mesopotamia, la *Charain* o *Haran* de las Escrituras.

en efecto, derrotó y destruyó a Antíoco y a un gran ejército de éste en una batalla; y a los partos, que habían sido enviados por Horodes a Siria y que entraban ya en Antioquía, también los rechazó en un combate y quitó la vida a su general Osages.

Así pues, la situación romana se ve continuamente 14
perturbada por cambios alternos y es como el nivel del océano que, cambiando continuamente, unas veces aumenta durante siete días en efímeras subidas y otras recede durante los siete siguientes con natural disminución y absorción interior.

Por empezar con los hechos más recientes, con la 2
derrota ante cimbrios y tigurinos, en la que el ejército romano pereció junto al río Ródano, Roma vivió unos momentos angustiosísimos. Se rechaza inmediatamente el peligro címbrico, y Roma, animada por sus grandes éxitos, se olvida de los desastres anteriores. La vanidad 3
de esta última boyante situación es castigada inmediatamente con la guerra itálica y los crímenes de Sila. De nuevo, tras este desastre familiar e interior, por el cual fue despedazada y devorada hasta casi sus entrañas, Roma se vio no sólo recompensada, sino también ensanchada, más o menos en el mismo período de tiempo, cuando Luculo sometió Asia, Pompeyo Hispania y César Galia, y el imperio romano se propagó casi hasta los últimos extremos de las tierras. A esa enorme expan- 4
sión de ahora sigue un enorme desastre. En territorio parto, en efecto, muere el cónsul romano y es aniquilado el ejército; se entabla aquella atroz guerra civil entre Pompeyo y César, y, en medio de ello, la propia Roma, arrebatada por un inesperado incendio, es reducida a cenizas.

De la gravísima guerra civil que, protagonizada por Julio César y Pompeyo, se llevó a cabo y terminó con grandes pérdidas de nobles y de gente del pueblo

5 Y es que en el año 700 de la fundación de la ciudad, un incendio, sin que se sepa dónde empezó a propagarse, arrasó la mayor parte de la ciudad; dicen incluso que nunca antes la ciudad fue arrebatada y arrasada por tamaño incendio. Se nos transmite en efecto que fueron reducidos a cenizas catorce barrios, entre los que se encontraba el barrio Jugario[254].

Enlazando con ello se inicia ya la guerra civil, la cual venía ya preparándose desde hacía tiempo por graves disensiones y maquinaciones.

15 Y es que César, a su vuelta victoriosa de la Galia, solicita que se le conceda un nuevo consulado en su ausencia. Se opone el cónsul Marcelo con el apoyo de Pompeyo; a continuación el senado promulga un decreto de acuerdo con el cual César no podría venir a Roma sino tras haber licenciado a su ejército, y, bajo la responsabilidad del cónsul Marcelo, Pompeyo es enviado con poderes hacia las legiones que estaban en Luceria.
2 César se retiró a Rávena. Los tribunos de la plebe Marco Antonio y Publio Casio[255], tras interceder por César e impedírseles el paso a la curia y al foro por una prohibición del cónsul Léntulo, marchan a presencia de Cé-
3 sar, acompañados también de Curión y Celio. César, en cuanto pasó el Rubicón y llegó a Rímini, arengó a las cinco cohortes —que era lo único que entonces tenía, y con las cuales, en palabras de Livio, arremetió contra el orbe de las tierras— sobre qué era lo que se debía hacer. A pesar de que se lamentó de las injurias que le habían

---

[254] Del nombre de una calle de Roma que desembocaba en el Foro; cf. Livio, XXVII 37, 13: «Desde la puerta, por la calle de los Yugos, llegaron al foro».

[255] Quinto Casio; sólo Orosio transmite el *praenomen* de Publio.

hecho, manifestó que el motivo de esta guerra civil era
la restauración del tribunado en el estado. Posterior- 4
mente, por medio de Antonio recibe de Lucrecio siete
cohortes, que permanecían en Sulmona; y engrosó su
ejército con las tres legiones que estaban de guarnición
en Corfinio bajo el mando de Domicio.

Pompeyo y todos los senadores, asustados por el
incremento de las fuerzas de César, pero dando la im-
presión de que eran expulsados de Italia, pasan a Grecia,
eligiendo Durazzo como campo de operaciones. César 5
llegó a Roma y, al negársele dinero del tesoro público,
rompiendo las puertas entró donde estaba guardado y
se apropió de cuatro mil ciento treinta y cinco libras de
oro y casi novecientas mil de plata. Marchando después 6
junto a las legiones a Rímini y pasando los Alpes, se
dirige a Marsella y, dejando allí para llevar a cabo el
asalto, ya que no se le abrieron las puertas, a Trebonio
con tres legiones, él marcha a las Hispanias que estaban
bajo el mando de los generales pompeyanos Lucio Afra-
nio, Marco Petreyo y Marco Varrón. Y tras derrotar en
múltiples combates a Petreyo y Afranio, se retira no sin
firmar un pacto con ellos. En Hispania Ulterior, por su 7
parte, se apropia de dos legiones de Marco Varrón. De la
misma forma actúan también sus generales: Curión
expulsa a Catón de Sicilia; Valerio, a Cota, de Cerdeña;
Varo, a Tuberón, de Africa. César, a su vuelta a Marsella,
que ya había sido tomada, barrió con todos sus recursos,
perdonándoles sólo la vida y la libertad.

Por otro lado, Dolabela, del partido de César, derro- 8
tado en Ilírico por Octavio y Libón y privado de sus
tropas, se refugia junto a Antonio. Basilo y Salustio,
con las legiones que cada uno de ellos comandaba, al
mismo tiempo que Antonio y también Hortensio, que
vino con la armada desde el mar interior [256], marcharon

---

[256] Es el mar Tirreno. Antonio había recibido órdenes de cons-

todos al mismo tiempo contra Octavio y Libón y fueron
9 derrotados. Y si bien Antonio se entregó a Octavio con quince cohortes, fueron todos entregados a Pompeyo por Libón. Curión pasó de Sicilia a África con el ejército: capturado inmediatamente por el rey Juba, fue destruido juntamente con todas sus tropas. Octavio, en su intento de asaltar Salonas, perdió casi todas las tro-
10 pas que estaban bajo su mando. Celio se apartó de César y se unió al prófugo Milón; y cuando ambos intentaban asaltar Capua con un grupo de esclavos, fueron eliminados. Bíbulo, vergonzosamente derrotado en Corcira, ya que el enemigo burló su defensa, defensa que él cifraba en el mar y en la fortaleza, se agotó por la falta
11 de alimentos y por las continuas vigilias. Apio Claudio Censorino, quien por mandato de Pompeyo defendía la entrada a Grecia, quiso conocer la ya olvidada credibilidad del oráculo de Apolo; en efecto, se dice que la sacerdotisa, obligada por él a descender a la cueva, respondió así a su consulta sobre la guerra: «Romano, esta guerra a ti nada te incumbe; tú obtendrás Cela de Eubea.» Pero «Cela de Eubea» llaman también al golfo de Eubea [257]. De esta forma Apio se marchó perplejo sin conocer su suerte.

12 La consulta llevada a cabo por éste nos aconseja hacer algunas preguntas a nuestros detractores. Se quejan, en verdad, de que por culpa de la fe de los cristianos, les han sido prohibidos sus ritos sagrados y eliminadas sus ceremonias; y se quejan sobre todo porque, al desaparecer el análisis de las entrañas de

truir y adiestrar una flota en este mar, mientras que Dolabela lo hacía en el Adriático.

[257] En los *Commenta Bernensia* (edic. Usener, pág. 156) se habla de esta respuesta que Orosio recoge al pie de la letra. Cela es el nombre del golfo de Eubea (Livio, XXXI 47, 1), pero también el nombre de una región de Eubea entre Ramnunta y Caristo, al S. de la isla.

animales y los vaticinios, no se pueden evitar los desastres futuros por cuanto no se conocen. ¿Por qué enton- 13
ces fue olvidada, como atestiguan sus propios autores, la confianza en el oráculo de Delfos mucho antes del imperio de César y del nacimiento de Cristo? Y sin duda fue olvidada porque era también desdeñada. Y es más, ¿por qué iba a ser desdeñada sino porque era o falsa o vacía o de dudoso sentido? De ahí que el poeta ya advirtiera con prudencia:

Se marchan sin respuesta y airados contra el lugar de la Sibila[258].

Y para que hagan caso a esto, que estaban ya desde- 14
ñosamente olvidados y anticuados tanto la divinidad como el lugar, hay que decir: Apolo era aquel Pitio, de quien dicen que, tras matar a la enorme serpiente Pitón, que era la creadora y fundadora de todo tipo de vaticinios, se convirtió en el heredero del lugar, de su función adivinadora y de su divinidad; y dicen que había elegido dar las respuestas allí donde el propio arte de adivinar parecía haber nacido con su fundador; y que en otras 15
partes del mundo le invocan toda una turba de locos en trance con bocas echando espuma y con rabiosas carreras; que es él hacia el que muchos reyes de las tierras corrieron como si se tratase de la voz viva de una divinidad prudente; que es él al que los propios romanos han enviado con frecuencia ricos dones. Pero si este 16
Apolo Pitio, al ir la experiencia aclarando poco a poco la situación, ha sido desdeñado, abandonado y olvidado, ¿qué vida puede esperarse de una res muerta[259] y qué verdad de una mujerzuela loca? ¿Qué no va a fingir por último un hambriento que tenga delante las vísceras de un animal gordo *mientras el tirreno obeso, a par del ara,*

---

[258] VIRG., *Eneida* II 452.
[259] Cuyas entrañas eran analizadas para vaticinar.

sopla en su flauta de marfil[260], si, como ellos mismos
dicen, el propio Apolo, a pesar de decir enigmas y men-
17 tiras les seducía? Por todo lo cual, que soporten con
entereza, si es que no quieren imitarnos, el hecho de que
nosotros, apoyados en la fuerza de la auténtica verdad,
prohibamos esto que sus antepasados, apoyados sólo
en la experiencia, estuvieron en condiciones de desdeñar.
18 Entretanto, en Durazzo, se unieron a Pompeyo con
tropas auxiliares muchos reyes de Oriente. Al llegar
César allí, su intento de asedio a Pompeyo fue inútil, a
pesar de que levantó tierra para hacer una fosa de
quince millas; y es que la salida al mar estaba abierta
19 para aquél. Pompeyo arrasó una fortaleza cercana al
mar que defendía Marcelino, y asesinó a la guarnición
cesariana que estaba dentro. César rodea a Torcuato y
20 a una legión con la intención de reducirlos; Pompeyo,
enterado de la situación crítica de sus aliados, reúne
todas las tropas en el lugar del ataque; César deja in-
mediatamente el asedio y se vuelve contra Pompeyo.
Torcuato por su parte, saliendo inmediatamente de la
21 fortaleza, le sigue de cerca por la espalda. De esta forma,
los soldados de César, asustados por el doble peligro,
se dan a la fuga a pesar de la inútil resistencia de César.
Pompeyo por su parte, al que el propio César reconoce
como vencedor, hace volver al ejército perseguidor.
Murieron en este combate cuatro mil soldados de César,
veintidós centuriones y muchos caballeros romanos.
22 Tras ello César, poniendo en movimiento a sus tropas,
se dirige por Epiro a Tesalia; Pompeyo le sigue con un
23 gran ejército y se entabla el combate. Así se colocan uno
y otro ejército: Pompeyo dispuso ochenta y ocho cohor-
tes en tres filas; había cuarenta mil soldados de a pie;
en el ala izquierda, seiscientos soldados de caballería;

[260] VIRG., *Geórgicas* II 193: es decir, durante un banquete con música.

en la derecha quinientos; había además muchos reyes,
y muchísimos senadores y caballeros romanos sin con-
tar el gran número de tropas ligeras. César colocó igual- 24
mente sus ochenta cohortes en tres filas, aunque tenía
menos de treinta mil soldados de infantería y mil jine-
tes. Ver aquello y llorar era todo uno; que se enfren- 25
taran, concentradas en campos de Farsalia, para matarse
mutuamente, unas tropas romanas, tropas a las que, si
se hubieran dejado regir por la concordia, no hubieran
podido resistir ningún pueblo ni ningún rey. En el pri- 26
mer choque, la derrota de la caballería pompeyana dejó
indefensa el ala izquierda. Posteriormente, al ser aba-
tidos durante largo tiempo soldados de ambos lados
sin que fuese seguro el resultado final y mientras por un
lado Pompeyo decía entre exhortaciones «respetad a los
ciudadanos», y sin embargo no lo cumplía, y, por el otro,
César cumplía lo que exigía con estas palabras «solda-
dos, golpead en la cabeza», por fin todo el ejército de
Pompeyo se puso en fuga y su campamento fue sa-
queado. Cayeron en esta batalla quince mil soldados 27
pompeyanos y treinta y tres centuriones. Este resultado
de la batalla tuvo lugar en Paleofársalo [261]. Pompeyo con-
siguió en su huida una nave de carga en la desembo-
cadura del río Peneo y pasó a Asia. De allí se dirige a 28
Egipto pasando por Chipre y, en Egipto, en cuanto
desembarcó, fue asesinado por mandato del joven To-
lomeo [262] para congraciarse con el vencedor César. La
mujer e hijos de Pompeyo huyeron [263]; el resto de la
armada pompeyana fue destruida, siendo cruelmente
ejecutados todos los que pertenecían a ella; entre ellos

[261] El 9 de agosto, según el calendario romano de la época, en el 48 a. C., al S. de Tesalia.

[262] Tolomeo XII Dionisio, niño de 11 a 12 años.

[263] Habían escapado con él desde Grecia.

fue también ejecutado Pompeyo Bitínico. El excónsul Léntulo[264], a su vez, fue asesinado en Pelusio.

De las guerras que el mismo César protagonizó inmediatamente en Alejandría tras la muerte de Tolomeo, rey de la propia ciudad; de la entrega que hizo del reino de Egipto a la reina Cleopatra, y de las acciones que llevó a cabo en el Ponto y Siria contra los enemigos del nombre romano

29 César, tras organizar la situa-
ción en Tesalia, marchó a Ale-
jandría y al serle mostrada y ver
la cabeza y anillo de Pompeyo,
lloró; y, a pesar de haber sido re-
cibido en el palacio real, los tuto-
res del rey evitaban que pudiera
recibir dinero, despojando ade-
más astutamente los templos para
dar la impresión de que las arcas
reales estaban vacías e incitar
además al pueblo al odio contra
30 César. Por otro lado, Aquilas, ge-
neral del rey, manchado ya una
vez con la sangre de Pompeyo, tramaba también el ase-
sinato de César. Efectivamente, a pesar de que se le
había ordenado que disolviese el ejército de veinte mil
soldados a cuyo frente estaba, no sólo despreció la or-
31 den, sino que lo dispuso para la lucha. En la batalla
que se entabló, se mantuvo casualmente alejada la ar-
mada real, e inmediatamente se ordenó que fuera
quemada. Las llamas, al alcanzar también parte de la
ciudad, destruyeron cuarenta mil libros que estaban
guardados en los edificios casualmente cercanos[265], los
cuales constituían un gran testimonio de los estudios e
inquietudes de los antepasados por cuanto reunían mu-
32 chas e ilustres obras de grandes talentos. En relación
con esto, a pesar de que aun todavía quedan en los tem-
plos, lo cual lo he visto yo mismo, estantes de libros
vacíos, estantes que, según se recuerda en nuestra época,
fueron despojados, con la destrucción de sus libros, por

---

[264] Lucio Léntulo, cónsul del año anterior.

[265] En la biblioteca de Alejandría.

nuestros hombres[266] —lo cual es cierto[267]—, sin embargo, lo más lógico es creer que lo que ha sucedido es que los cristianos han buscado todos los demás libros que imitaban las antiguas inquietudes científicas y no que existió entonces otra biblioteca[268], biblioteca que se cree que existió aparte de los cuarenta mil volúmenes citados y que, por ello, escapó del incendio.

César tomó después la isla donde está Faro. Allí se 33
dirige Aquilas con soldados gabinianos. Se entabló cruel combate: en él cayó una gran cantidad de soldados cesarianos y perdieron también la vida los asesinos de
Pompeyo. César, agobiado por el violento ataque de los 34
enemigos, sube a una lancha; al ir excesivamente cargada y hundirse por el peso de los que siguieron subiendo, César, nadando una distancia de doscientos pasos y manteniendo por encima del agua la mano en que llevaba unos papeles, logró llegar a una nave. Y después, enfrascado en un combate naval, derrotó y capturó con extraordinaria ventura a la armada regia.

Ante las exigencias de los alejandrinos, les devolvió **16**
a su rey no sin advertirle que procurase buscar la amistad romana más que la guerra; sin embargo, en cuanto se vio libre, hizo la guerra; pero inmediatamente fue destruido con todo su ejército. Se dice en efecto que cayeron en esta batalla veinte mil hombres y que fueron

---

[266] Los cristianos.

[267] Esto parece ser una glosa, más que palabras de Orosio. Evidentemente los cristianos hicieron desaparecer de las bibliotecas los libros que hablaran de viejas supersticiones y ritos.

[268] En realidad, sí existió en Alejandría otra biblioteca, la Pergamena, que Antonio regaló a Cleopatra y que tenía, según Plutarco, doscientos mil volúmenes; esta biblioteca había sido formada por los reyes de Pérgamo. Fue destruida por orden del emperador cristiano Teodosio. Orosio trata de apuntar que no existió tal biblioteca y que, por tanto, los cristianos no han destruido indiscriminadamente sus libros; lo que han hecho los cristianos, dice, ha sido, simplemente, purgar los libros no dignos.

hechos prisioneros doce mil juntamente con sesenta
naves de guerra; de los vencedores murieron, según no-
2 ticias, quinientos. El propio rey, adolescente, se subió
en una lancha con la intención de huir; pero, al saltar
otros muchos sobre ella, el rey cayó al agua y se ahogó.
Su cuerpo, arrastrado a la costa, fue reconocido gracias
a la prueba de su coraza de oro; César, enviándola a
Alejandría, empujó a una desesperada rendición a todos
los alejandrinos y entregó el reino de Egipto a Cleo-
patra.

3 Posteriormente, tras una incursión por Siria, venció
a Farnaces en el Ponto.

De su entrada triunfal en Roma, su nombramiento como dictador, su expedición como cónsul a África y después a España contra los dos Pompeyos, hijos de Pompeyo el Grande, y de las muchas muertes que, en una y otra provincia, provocó entre los simpatizantes del partido de Pompeyo, aparte de las numerosas pérdidas de soldados de uno y otro bando

Una vez que volvió a Roma, tras
ser nombrado dictador y cónsul,
pasó a África, entabló combate en
Tapso[269] con Juba y Escipión,
combate en el que cayeron gran
cantidad de hombres. Fueron des-
pojados el campamento de cada
uno de ellos y capturados sesenta
4 elefantes. Catón se suicidó en Úti-
ca; Juba ofreció su cuello a un
verdugo pagándole dinero; Petre-
yo se atravesó con la misma[270] es-
pada; Escipión, que había inten-
tado huir a Hispania pero que
había vuelto a África empujado
por el viento, se degolló a sí mis-
5 mo en la nave; en la misma nave fue matado también

---

[269] En abril del 46; según otros, en agosto.

[270] Debe entenderse la misma que mató a Juba; de ahí que algunas ediciones corrijan la frase anterior y digan que «Juba ofreció su cuello a Petreyo». Petreyo, después, se suicidaría con la misma espada. De hecho, según otra versión de los hechos, Juba y Petreyo se mataron mutuamente yendo al choque; y, según otra, Petreyo mató a Juba en un banquete y luego se suicidó.

Tulio Torcuato. César mandó ejecutar a los nietos de Pompeyo el Grande, a su hija Pompeya y, juntamente con ellos, a Fausto Sila, Afranio y Petreyo el hijo.

Tras regresar después a Roma, entrada en la que 6
celebró cuatro triunfos[271], y una vez que restableció la situación del estado, marchó después a las dos Hispanias para enfrentarse a los Pompeyos, hijos de Pompeyo; llegó a Sagunto diecisiete días después de haber salido de Roma e inmediatamente protagonizó con variada suerte muchos combates contra los dos Pompeyos,
Labieno y Atio Varo. La última batalla tuvo lugar junto 7
al río Munda, donde se combatió con tan gran cantidad de tropas y tuvo lugar tan gran matanza, que incluso César, mientras sus propios veteranos no se recataban en huir, al ver que su ejército era ya derrotado y acorralado, pensaba ya en darse muerte para evitar la vergüenza de ser derrotado, cuando, de pronto, el ejército de los pompeyanos, dándose la vuelta, se dio a la fuga.
Esta batalla tuvo lugar precisamente en el mismo día en 8
que Pompeyo, el padre, había salido de Roma para iniciar la guerra. Esta guerra civil dejó oír su fragor durante cuatro años seguidos a lo largo de todo el mundo. Tito Labieno y Atio Varo perdieron la vida en el campo de batalla. Gneo Pompeyo huyó con cien jine-
tes. Su hermano Sexto Pompeyo, tras reunir rápida- 9
mente un no pequeño número de lusitanos, se enfrentó con Cesonio y, derrotado, perdió la vida mientras huía[272]. La ciudad de Munda fue tomada con dificultades en un asalto de César, perdiendo en el mismo la vida gran cantidad de hombres.

---

[271] Por las victorias de Galia, Egipto, el Ponto y Numidia.

[272] Aquí Orosio se confunde; Sexto Pompeyo no muere en este momento, por cuanto después tendrá una guerra con Augusto en Sicilia (cf. cap. 18).

17 *De la muerte del propio Julio César, y de las muchas y graves guerras civiles que estallaron tras su muerte*

César vuelve a Roma. Y allí, mientras se halla pacíficamente reorganizando la situación del estado sin seguir para ello las costumbres de los antepasados, cayó en la Curia atravesado por veintitrés heridas en una acción dirigida por Bruto y Casio, pero con la complicidad también de la mayoría del
2 senado. En esta conjuración dicen que intervinieron más de sesenta cómplices. Los dos Brutos y Gayo Casio, juntamente con otros conjurados, se retiraron al Capitolio con las armas en la mano. Se discutió durante mucho tiempo si convendría incendiar el Capitolio con los cul-
3 pables del asesinato. El pueblo, estimulado por el dolor, tomando el cadáver lo quemó en el foro con trozos de madera de los estrados y asientos.

4 Roma pudo medir la anchura de su reino por el número de sus desastres, y, cuando se volvió contra sí misma, dio ocasión a cada uno de los pueblos en que dominó de tomarse cumplida venganza. A África, Europa y Asia, y no me refiero a las tres partes del mundo sino a todos los ángulos de esas tres partes, llevó su espectáculo de gladiadores y proporcionó para diversión de sus enemigos, el espectáculo de la vergonzosa venganza
5 entre los propios romanos [273]. Y no fue bastante con que, juntamente con los culpables, desaparecieran los motivos de discordia; nuevas semillas germinan en el mismo campo, semillas que proporcionarán, aparte de mucho trabajo, abundante material a los recopiladores de desgracias: el vencedor de la guerra civil, César, fue

[273] Los prisioneros eran obligados a luchar en la arena en sus propios lugares de origen; se hacía esto muchas veces en los funerales de personajes ilustres. Pues bien, en el funeral de los pueblos derrotados por Roma, ésta, con sus luchas civiles, ha sido la que ha proporcionado el espectáculo a los pueblos vencidos.

asesinado por ciudadanos; a su asesinato, a pesar de ser
uno solo, se ven arrastrados muchos cómplices: y es que 6
se sabía que César, si era injustamente asesinado, podría
contar con muchos vengadores; y la mayor parte de la
nobleza se ve atada a la misma cadena criminal por
temor a que esta tan gran ocasión para cometer críme-
nes fuera a ser, no ya completada con una cruel guerra,
pero sí atenuada con una venganza inmediata. Las le- 7
yendas cuentan [274] que aquella famosa Medea sembró en
una ocasión dientes de serpiente muerta, de los cuales,
cual espiga en consonancia con la semilla, salieron de
la tierra hombres armados e inmediatamente, en un
enfrentamiento, se mataron entre sí. Es cierto que esto 8
es una ficción de la imaginación de los poetas; sin em-
bargo, nuestra Roma, tras el asesinato de César, ¡cuán-
tos tropeles de guerreros hizo nacer de sus cenizas!
¡Cuántas guerras suscitó para que fueran, no leídas
por los estudiantes, sino contempladas por los pueblos,
como, testimonio de su triste fecundidad! Y, por otra 9
parte, el motivo de todas estas desgracias es la soberbia:
en ella está el origen violento de las guerras civiles; por
ella volvieron a brotar después. No es, pues, injusta la
muerte violenta de aquellos que la persiguen sin razón,
con tal de que el deseo de imitar la ambición de éstos
termine y sea castigado por ellos y en ellos, y eso hasta
que, quienes antes odiaban el poder colegiado, aprendan
a soportar el poder de uno solo y hasta que, reunido el
mando de todo el imperio en una sola persona, todos los
hombres lleven un tipo de vida muy distinto en el que se
afanen por agradar humildemente y no por ofender inso-
lentemente [275]. Pero para alcanzar esta doctrina tan sa- 10

---

[274] Ovid., *Metam.* VII 121-130.

[275] Aquí, dice Corsini (*Introduzione alle «Storie» di Orosio*, Turín, 1968, pág. 68), el concepto agustiniano de la historia de Roma caracterizada esencialmente por la soberbia recibe una ines-

ludable de la humildad hace falta un maestro. Y por ello, restablecida convenientemente la situación por César Augusto, nació Nuestro Señor Cristo, el cual, a pesar de estar en la conformación de Dios, tomó humildemente la forma de siervo para institucionalizar por fin la virtud de la humildad en un momento en que ya por todo el mundo el castigo a la soberbia servía de ejemplo a todos.

De los comienzos del gran y feliz reinado de Octaviano César, a partir del cual todos los emperadores se llamaron Augustos; de las guerras civiles que, bajo su mandato y protagonizadas por él, tuvieron lugar para perdición de muchos senadores; de la muerte de Bruto y Casio, y del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en la misma época de Augusto

18 En el año 710 de la fundación de la ciudad, tras el asesinato de Julio César, Octaviano, que había recibido en el testamento de su tío Julio César su herencia y su nombre, el mismo que después cuando se hizo dueño de la situación se llamó Augusto, entregó todo su genio a las guerras civiles, desde el momento mismo en que llegó a Roma siendo todavía adolescente.
2 En efecto (para explicar brevemente el amontonamiento de desgracias), llevó a cabo cinco guerras civiles: la mutinense, la filipense, la perusina, la siciliana y la actíaca. De las cuales, dos, la primera y la última, fueron contra Marco Antonio; la segunda contra Bruto y Casio; la tercera contra Lucio Antonio; y la cuarta contra Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo.

3 Antonio, al ser declarado enemigo público por el senado, había asediado a Décimo Bruto en Mútina[276]. Para librar a Bruto y reducir a Antonio fueron enviados

---

perada explicación: la *superbia* de los romanos se manifiesta en el rechazo del senado a someterse a la autoridad imperial y ha tenido su punto culminante en el asesinato de César.

[276] Módena. Abril del 43 a. C.

los cónsules Hirtio y Pansa y, con ellos, también César.
Pansa, que fue el primero que llegó, tras ser objeto de 4
una emboscada y recibir, en medio de los estragos de los
suyos, una grave herida de dardo, murió a los pocos días
como consecuencia de esta herida. Hirtio, que acudió
en ayuda de su colega, destrozó muchas tropas de An-
tonio produciéndole enorme daño. Hasta ahora César
se había quedado como guarnición en el campamento.
En un segundo combate con Antonio se produjeron enor- 5
mes pérdidas de uno y otro lado. En esta ocasión murió
allí mismo el cónsul Hirtio, se dio a la fuga, vencido,
Antonio y resultó vencedor César, ante el cual suplicó
arrepentido Décimo Bruto, confeso de haber conjurado
en el asesinato de Julio César.

Dolabela asesinó en Esmirna a Trebonio, uno de los 6
asesinos de César. A Dolabela, a su vez, el senado le
declara enemigo público.

Los dos ejércitos de los cónsules desaparecidos que-
dan bajo el mando de César. A continuación Décimo 7
Bruto es cogido y ejecutado en la Galia por los sécuanos.
Basilo, por su parte, que era también uno de los asesi-
nos, fue eliminado por sus propios esclavos. Gracias a 8
los esfuerzos de Lépido, César se congració con Antonio
y, como prueba de la reconciliación, obtuvo en matri-
monio a la hija de éste. Posteriormente, cuando se acer- 9
caban ambos a la ciudad y corría el rumor de una inmi-
nente proscripción, Gayo Toranio, personaje de rango
pretorio, que no temía nada semejante, fue asesinado
en su propia casa en un asalto de soldados; otros mu-
chos fueron también cruelmente ejecutados. Pues bien, 10
para que los asesinatos no se extendieran sin límites por
todas partes y desenfrenadamente, se expusieron en una
tabla los nombres de ciento treinta y dos senadores con
la orden y la firma primero de Lépido, después de Anto-
nio, y, por último, de César. En esta lista Antonio incluyó 11

a su enemigo Tulio Cicerón, a Lucio César, su tío materno, a pesar de que todavía estaba viva su madre —lo cual se sumó para que el crimen fuese más cruel—; en ella Lépido incluyó entre el número de proscritos a su
12 hermano Paulo. Se sumaron después al número de proscritos treinta caballeros romanos. Durante largo tiempo tuvieron lugar muchos y variados asesinatos, y las casas de los proscritos, despojadas de todo, fueron arrasadas.

13 Por otro lado, Dolabela protagonizó en Siria muchos enfrentamientos con Casio; derrotado por éste, se suicidó. Bruto y Casio, tras reunir un gran ejército, se reunieron en Atenas y devastaron toda Grecia. A los rodios, asaltándolos por tierra y por mar, Casio les obli-
14 gó a rendirse; y no les dejó nada más que la vida. Pues bien, César y Antonio, persiguiéndolos hasta Macedonia con enormes dispositivos bélicos, los arrastraron a la muerte. Se sabe, sin embargo, que este combate terminó no tanto por valor del lado de Antonio, como por for-
15 tuna del lado de César. César, en efecto, que estaba entonces enfermo, a pesar de que había decidido quedarse en el campamento para tomar un descanso, aquel día, por consejo y súplicas de su médico, quien decía que en sueños había recibido la advertencia de que sacase aquel día a César del campamento por el bien de su salud, salió con dificultades al campo en medio de las tropas; e inmediatamente después, su campamento cayó en manos del enemigo. Pero los soldados de César tomaron a su vez el campamento de Casio.
16 Desesperados por ello Bruto y Casio, se dieron prematura muerte antes de que terminara el combate [277]. Casio en efecto ofreció su cabeza y Bruto su costado a los verdugos que se buscaron.

17 En Roma, por otra parte, Fulvia, la mujer de Antonio y suegra de César, ejercía el mando como mujer que

[277] Batalla de Filipos (42 a. C.).

era. Y no se sabe si en el cambio del régimen consular por el régimen imperial ella debe ser considerada como la última del régimen que desaparecía o la primera del que comenzaba[278]; lo que sí es cierto es que era altiva incluso con aquellos que la animaban a que lo fuese.
A la vuelta de César, en efecto, salió a su encuentro a 18
Brindis con ultrajes, satélites e insidias. Rechazada por él, se dirigió a Grecia junto a Antonio.

De la rebelión de Sexto Pompeyo contra el Estado y del cruentísimo combate naval que llevó a cabo contra él César; de la gran victoria que el ejército romano, mandado por Ventidio, consiguió sobre persas y partos; de la batalla entre Lépido y Augusto, y de la derrota de Lépido, quien, con súplicas, consiguió el perdón y la vida de César

Sexto Pompeyo, enterado de 19
que había sido incluido en el número de proscritos, se dedica a la piratería y arrasa con matanzas y robos toda la costa italiana. Al apoderarse de Sicilia y cortar el abastecimiento, redujo a Roma
a una situación de hambre. Por 20
último firmaron con él la paz los triunviros, por no decir los tiranos: es decir, Lépido, César y Antonio. Pero inmediatamente después, al reunir desertores en contra de lo pactado, Pompeyo volvió a ser declarado enemigo.
Mena, liberto de Pompeyo, se pasó a César con una 21
armada de sesenta naves y, por mandato de César, capitaneó esta armada. Y él mismo, en compañía de Estatilio Tauro, entabló en seguida un combate naval con el
jefe pompeyano Menécrates. Después, el propio César 22
protagonizó un cruentísimo combate naval contra esos mismos pompeyanos. Pero su armada vencedora la perdió inmediatamente casi en su totalidad en un naufragio

[278] Aparentemente pretendía la restauración de la República y la defensa de todos los oprimidos. En sustancia, ella y Lucio Antonio, hermano de Marco, actuaban ya como agentes de Antonio, quien se había quedado ya en Oriente junto a Cleopatra.

23 junto a Esquilaceo[279]. Ventidio derrotó en tres importantes combates a persas y partos que habían irrumpido en Siria y mató en el propio campo de batalla al rey de éstos, Pácoro, precisamente en el mismo día en que Craso había perdido la vida a manos de los partos. Antonio, tras asaltar no sin dificultades una fortaleza, firmó la paz con Antíoco para aparentar que él solo
24 había llevado a cabo tan gran acción. Puso al frente de Siria a Ventidio y le ordenó que hiciese la guerra a Antígono, que entonces casualmente había derrotado a los judíos, había despojado su templo en la toma de Jerusalén y había entregado el reino a Herodes; tras derrotarle le obligó a capitular.

25 El liberto Mena volvió junto a Pompeyo con seis naves y, recibido con benevolencia por éste, incendió la armada de César, aunque César había perdido recientemente otra armada en un segundo naufragio. Y este mismo Mena, acosado después por Agripa en un combate naval, se pasó con seis trirremes al lado de César. Pero César, a este hombre que ya desertaba por tercera vez,
26 le privó de todo, perdonándole sólo la vida. Posteriormente, Agripa entabló un combate naval entre Milas y Lípara[280] contra Démocas y Pompeyo; venció Agripa y hundió o capturó en aquella ocasión treinta naves, destrozando las demás. Pompeyo se refugia en Mesina.
27 Entretanto César había pasado a Tauromenio[281]; Pompeyo le puso en una crítica situación en inesperado ataque; desde allí, tras hundirse muchas de sus naves y perder una gran cantidad de soldados, César huyó a
28 Italia; y, sin mayor dilación, volvió de nuevo a Sicilia; allí se encontró a Lépido que venía de África y que, con terror, amenazas y soberbia, pedía el mando para sí.

---

[279] Promontorio de Calabria.

[280] En la costa septentrional de Sicilia.

[281] Ciudad marítima de Sicilia oriental; hoy Taormina.

Pocos días después Agripa, por mandato de César, que 29
se quedó como espectador en el litoral con el ejército en
orden de batalla, entró en colisión con Pompeyo y le
derrotó en cruel combate naval. Hizo desaparecer en
efecto ciento sesenta y cuatro naves entre hundidas y
capturadas. Pompeyo, escapando con dificultad, huyó
con diecisiete naves. Lépido, engreído con descarada 30
arrogancia, producto del hecho de tener veinte legiones,
tras haber arrasado Mesina, ciudad en la que permitió
todo a sus soldados, se burló una y otra vez del propio
César cuando éste se acercaba a él, y ordenó incluso que
le recibieran con dardos [282]. César, con la capa liada alre- 31
dedor del brazo izquierdo, rechazó los proyectiles; y
después, volviendo junto a los suyos a caballo lanzado,
retornó contra Lépido con el ejército ya en orden de
batalla, obligando a muchas de las legiones de Lépido,
sin causarles bajas, a pasar a su lado. Por fin Lépido, 32
comprendiendo a dónde le llevaba su vanidad, se quitó
el manto de general y se puso una capa corta, presen-
tándose suplicante ante César con lo que consiguió el
perdón para su vida y sus bienes, aunque fue desterrado
para siempre.

De la rebelión de esclavos reprimida por la autoridad de César, y de cómo en esta época manó aceite de la tierra

Tauro, prefecto de César, some-
tió a casi toda Siciha atacándola
y aterrorizándola con las armas.
Cuarenta y cuatro legiones había 33
en aquel momento bajo el mando
único de César; sus soldados, ex-
cesivamente feroces precisamente por ser muchos, pro-
vocaron algunos altercados en su intento de conseguir
tierras. Pero César, con gran fortaleza de ánimo, licenció

[282] En realidad, lo que parece que pretendía Lépido era quedarse con el mando de Sicilia como pago a la ayuda que había prestado a Octaviano en su lucha con Pompeyo. Orosio procura quitar todas las culpas de esta lucha a Octaviano.

a veinte mil soldados, devolvió treinta mil esclavos a sus dueños, y a otros seis mil, cuyos dueños habían desapa-
34 recido, los crucificó. El senado decretó, en su entrada triunfal en Roma, que ostentase para siempre el poder tribunicio.

En estos días manó de la tierra una fuente de aceite en una posada al otro lado del Tíber y corrió durante todo el día con gran abundancia.

19

De los desastrosos combates que, bajo el mando de Antonio, protagonizó el ejército del Estado en Asia; del asesinato, a manos del mismo Antonio, de Pompeyo, a quien venció y capturó mientras huía de una guerra anterior, y de las muchas victorias que consiguió César en el Ilírico y Panonia

Antonio, por su parte, agobiado por todas partes con todo tipo de desgracias, después de haber pasado el Arajes[283], a duras penas pudo regresar a Antioquía con unos pocos. Y es que, tras haber tenido que huir a causa de la enorme cantidad de jinetes y lanceros enemigos, siempre derrotado de todos los combates que entabló, fue sobre todo ahora cuando, incapacitado por la inseguridad y desconocimiento de los lugares de aquella región, se vio obligado, a causa del hambre acuciante, a comer alimentos nefandos. Muchos
2 de sus soldados se entregaron al enemigo. Después pasó a Grecia y a Pompeyo, que, tras ser derrotado por César, preparaba de nuevo un ejército y una guerra, le ordenó que viniese con unos pocos a su lado. Pompeyo, que intentó huir, fue derrotado en frecuentes combates terrestres y navales y hecho prisionero por los generales de Antonio, Titio y Furnio; y poco después fue ejecutado.
3 César derrotó y sometió con las armas el Ilírico, Panonia y parte de Italia.

---

[283] Río de Armenia en la frontera con Media; hoy Aras.

De la derrota y captura por Antonio de Artabanes, rey de Armenia, juntamente con sus riquezas; de cómo Antonio, animado de nuevo, entró en colisión por tierra y por mar con César, y de cómo, finalmente, terminó su vida con sus pasiones

Antonio, mediante la traición y
el engaño, hizo prisionero al rey
de Armenia Artabanes[284]; y, atándole con una cadena de plata, le
obligó a confesar el lugar donde
estaban los tesoros reales, y, asaltando la fortaleza en la que había
manifestado aquél que estaban
escondidos, robó gran cantidad de
oro y plata. Recuperado con este 4
dinero, ordenó que se declarara
la guerra a César y que se anunciara su repudio a su esposa Octavia, hermana de César,
y dispuso también que viniese junto a él, desde Alejandría, Cleopatra. Él mismo, marchando a Accio, donde 5
había colocado su armada, al encontrar casi a la tercera
parte de los remeros muertos por el hambre, sin inmutarse, dijo: «Al menos los remos que se salven; porque
no faltarán remeros mientras Grecia tenga hombres.»
César marchó desde Brindis al Epiro con doscientas 6
treinta naves con espolones. Agripa, por su parte, que
había sido enviado previamente por César, capturó muchas naves de carga, llenas de trigo y armas, que venían
de Egipto, Siria y Asia para abastecer a Antonio, y, tras
recorrer el golfo del Peloponeso[285], tomó al asalto la
ciudad de Motona, que estaba defendida por una fortísima guarnición de Antonio. Posteriormente se apodera 7
de Corcira; aniquiló a los fugitivos persiguiéndoles por
el mar, y, tras protagonizar muchas crueles acciones, se
unió a César. Antonio, acuciado por la escasez y el

---

[284] Artavasdes I, que, invitado por Antonio a su campamento, fue sitiado (34 a. C.). Le culpaba Antonio de su fracaso en la expedición contra los partos, a la que alude Orosio a comienzos de este capítulo.

[285] El golfo de Corinto.

hambre de sus soldados, decidió entablar cuanto antes
el combate y, ordenando sus tropas, se dirigió de re-
pente contra el campamento de César, siendo derrotado.
8 Dos días después de este choque Antonio traslada su
campamento a Accio, disponiéndose a combatir por mar.

La armada de César constaba de doscientas treinta
naves con espolones y treinta sin ellos, todas ellas trirre-
mes semejantes en velocidad a las de Liburnia; toda
esta armada transportaba ocho legiones, sin contar las
9 cinco cohortes pretorianas. La armada de Antonio cons-
taba de ciento setenta naves, armada que superaba en
altura de sus naves lo que cedía en número de las mis-
mas, ya que levantaban diez pies de altura sobre el nivel
del mar.

10 Ésta fue la famosa e importante batalla de Accio.
Desde la hora quinta hasta la hora séptima[286] se produ-
jeron crueles pérdidas de uno y otro lado sin que la
esperanza de victoria se inclinase a ninguno de los dos;
el resto del día y la noche siguiente se inclinaron del
11 lado de César. La reina Cleopatra fue la primera que se
dio a la fuga con sesenta naves rapidísimas. También
Antonio, quitando el distintivo de la nave capitana,
siguió la huida de su esposa. Al empezar a rayar el día,
12 César consumó la victoria. Se dice que, del lado de los
vencidos, cayeron doce mil; fueron heridos seis mil, de
13 los cuales murieron mil mientras se les curaba. Antonio
y Cleopatra decidieron enviar hacia el mar Rojo a sus
hijos comunes con parte del tesoro real; ellos mismos,
tras colocar guarniciones en los dos promontorios ex-
tremos de Egipto, Pelusio[287] y Paretonio[288] prepararon
la armada y el ejército para reiniciar la guerra.

14 César, recibiendo la sexta aclamación imperial y

[286] Desde el final de la mañana hasta mediada la tarde.
[287] Hoy Tineh.
[288] Puerto de mar entre Egipto y las Sirtes; hoy Marsa Labéit.

nombrado cónsul por cuarta vez juntamente con Marco
Licinio Craso, llegó a Brindis; allí organizó la defensa
del orbe de las tierras distribuyendo las legiones; mar-
chó después a Siria y luego a Pelusio, donde fue recibido
de buen grado por la guarnición que había colocado allí
Antonio. Entretanto, Cornelio Galo, enviado previa- 15
mente por César, sometió a su mando cuatro legiones
que Antonio había puesto en Cirene como guarnición;
y después, derrotando a Antonio, se apoderó de Pare-
tonio, la primera ciudad de Egipto en la frontera con
Libia, e inmediatamente después volvió a vencer al mis-
mo Antonio en Faro. Antonio entabló un combate ecues- 16
tre contra César; vergonzosamente derrotado también
en él, se dio a la fuga. El día uno de agosto, al rayar el
alba, mientras Antonio bajaba al puerto para disponer
en orden de combate la armada, todas las naves se
pasaron de pronto a César; despojado ya de su única
defensa, se refugió atemorizado en el palacio real con
unos pocos. Posteriormente, cuando ya llegaba César y 17
la ciudad estaba aterrorizada, el propio Antonio se atra-
vesó con la espada y, moribundo, fue llevado junto a
Cleopatra a un sepulcro, en el cual ella, sabedora de que
iba a morir, se había escondido. Cleopatra, al darse 18
cuenta de que a ella se le conservaba la vida para lle-
varla en triunfo, buscó voluntariamente la muerte y fue
encontrada moribunda mordida, según se cree, en el
brazo izquierdo por una serpiente, siendo vano el intento
de César de hacer traer a unos «psilos»[289], los cuales
suelen sacar y chupar, con absorciones sobre las heridas
de las personas, el veneno de las serpientes. César, como 19
vencedor, se apoderó de Alejandría, ciudad con mucho
la más rica y grande de todas. En efecto, Roma se enri-
queció tanto con los tesoros de esta ciudad que, a causa

[289] Hombres de Libia, encantadores de serpientes, cuyas heridas sabían curar.

de la abundancia de dinero, las tierras y demás cosas de consumo adquirieron el doble precio que hasta entonces habían tenido.

20 Fueron ejecutados por mandato de César el hijo mayor de Antonio[290], Publio Canidio, hombre que había sido siempre muy hostil a César, pero también infiel a Antonio, Casio Palmense, la última víctima que pagó por el asesinato del padre de César[291], y Quinto Ovinio, condenado sobre todo por esto: porque no le había dado reparo en estar vergonzosamente al frente del taller de hilar lana y tela de la reina, a pesar de ser un senador del pueblo romano.

21 César marchó a Siria con tropas de infantería y después se dirigió a Asia a los campamentos de invierno y, por último, a través de Grecia, llegó a Brindis.

20 *De los triunfos celebrados en honor de la vuelta victoriosa de Augusto desde Oriente, triunfos que celebró por triplicado; de cómo el primer día de este su triunfo, en que recibió los honores y nombre de Augusto, es el día que después sería el de la Epifanía de Cristo, y de cómo es éste el primero que ostenta mando monárquico de todo el Imperio*

En el año 725 de la fundación de la ciudad, siendo cónsules el propio emperador César Augusto por quinta vez y Lucio Apuleyo[292], en su vuelta triunfal desde Oriente, César entró en la ciudad el día seis de enero celebrando un triple triunfo; y entonces, por primera vez, él mismo cerró las puertas del templo de Jano una vez desaparecidas y terminadas las gue-
2 rras civiles. Este fue el primer día en que fue aclamado como «Augusto»[293]; este importante título, que nadie antes había ostentado e inaccesible hasta ahora para los líderes, mani-

[290] Antilo. También mandó matar a Cesarión, hijo de César y Cleopatra.

[291] Julio César.

[292] 29 a. C.

[293] El título de «Augusto» se le concedió, por parte del Se-

fiesta que el dominio absoluto sobre el universo mundo había sido asumido legítimamente, y, desde ese mismo día, el dominio del estado y del poder empezó a estar y permaneció en manos de una sola persona: a esto los griegos lo llaman monarquía.

Ninguno, por otra parte, de los creyentes ni tampoco 3
de los que niegan nuestra fe desconocen que ese fue el mismo día, o sea el seis de enero, en que nosotros celebramos la Epifanía, es decir la aparición y manifestación del misterio del Señor. De este misterio de 4
nuestro fidelísimo culto ni los planes ni las circunstancias exigen que hablemos con más extensión ahora, para no dar la impresión de que lo hemos reservado para despertar el interés de los investigadores o para presionar a los que no se preocupan por estas cosas. Era sin embargo apropiado recordar justamente esto precisamente para que se vea que el imperio de César había sido preparado en todo en honor de la futura venida de Cristo.

---

nado, en el 27. Lo que se le concedió en su entrada en Roma en el año 29 fue el título de «emperador».

Del círculo que, a manera de arco iris, rodeó en aquellos días la esfera solar; de la represión, por obra del mismo Augusto, de guerras de esclavos en Sicilia, siendo devueltos muchos miles de jóvenes esclavos a sus dueños; de la abundantísima fuente de aceite que brotó durante todo un día en Roma en una posada, lo cual fue, sin duda, el misterioso símbolo de la encarnación del Señor

5 Efectivamente, cuando en su primer regreso desde Apolonia, una vez muerto su tío Gayo César, entraba en Roma, alrededor de la hora tercia, en un día límpido, claro y sereno, un círculo rodeó la esfera del sol a especie de arco celeste; de esta forma parecía demostrarse que el único y más poderoso en este mundo y el realmente más ilustre en el orbe era él, en cuya época habría de venir aquel que, él solo, ha creado y gobierna al propio sol y al mundo entero.

6 Posteriormente, en su segunda entrada, recuperadas en Sicilia las
legiones de Pompeyo y Lépido, tras haber restituido
treinta mil siervos a sus dueños, haber distribuido, él
solo, con órdenes suyas, cuarenta y cuatro legiones para
protección del orbe de las tierras, y haber decretado,
entrando en triunfo en Roma, que fueran perdonadas
todas las antiguas deudas del pueblo romano, mandando
romper incluso los documentos escritos, en esos mismos
días una abundantísima fuente de aceite, como más
arriba indiqué[294], fluyó durante todo el día en una
posada. Con esta señal, ¿qué otra cosa se evidenciaba
sino que en los días de César, que reinaba en todo el
orbe, se declaraba el futuro nacimiento de Cristo? «Cris-
to», en efecto, significa «el ungido» en la lengua del
7 pueblo en el cual y del cual nació. De esta forma, al
manar una fuente de aceite durante todo un día en
Roma en la época en que a César se le concedió por
decreto el poder tribunicio para siempre, se puso de

[294] Cap. 18, 34.

manifiesto con estas señales en el cielo y estos prodigios en la tierra, evidentísimos incluso para aquellos que no escuchaban las voces de los profetas, que durante el principado de César y durante el Imperio romano, a lo largo de un día entero, es decir durante todo el tiempo que durase el Imperio romano, desde una posada, es decir desde la hospitalaria y generosa Iglesia, Cristo y a partir de él los cristianos, es decir «el Ungido» y «los ungidos» gracias a él, habrían de progresar abundante e incesantemente, que iban a restituir, por medio de César, a todos los siervos, a aquellos no obstante que reconociesen a su señor, mientras que a los demás que se encontrasen sin dueño los iban a entregar a la muerte y al suplicio, y que se iban a perdonar en época de César las deudas de los pecadores en esta ciudad en que había manado espontáneamente aceite.

En su tercera entrada a su vez, cuando, cónsul por 8
quinta vez, llegó en triunfo a Roma, precisamente en el día, que ya más arriba señalamos, en que cerró él mismo, por primera vez tras doscientos años, las puertas del templo de Jano y tomó aquel ilustre título de «Augusto», ¿qué otra cosa puede ser creída y aceptada más fiel y verazmente, al concurrir tan manifiestamente la paz, el título y el día, sino que éste, que trajo los signos de la paz y que adoptó el título del poderío en la época en que poco después se iba a manifestar Aquél al mundo, había sido predestinado, en virtud sin duda de un orden secreto de los hechos, para servir de preparación para Cristo?

Lo que sucedió, por otra parte, para aprobación de 9
la fe que expresamos, en su cuarta entrada, cuando, tras terminar la guerra cantábrica y apaciguar a todos los pueblos, volvió a venir César a Roma, lo diremos mejor en el orden en que sucedieron los hechos.

21 *De las victorias que el mismo Augusto consiguió de forma loable sobre cántabros, ástures y otros durísimos pueblos de Hispania*

En el año 726 de la fundación de la ciudad, siendo cónsules el emperador Augusto César por sexta vez y Marco Agripa por segunda [295], César, dándose cuenta de que lo hecho en Hispania durante doscientos años no serviría de nada, si permitía seguir usando de su independencia a los cántabros y ástures, poderosísimos pueblos de Hispania, abrió las puertas del templo de Jano y marchó
2 él mismo a las Hispanias con el ejército. Los cántabros y ástures constituyen una parte de la provincia de Galicia, en la zona por donde se extiende al norte, no lejos del segundo océano, la prolongación de la cordillera
3 Pirenaica. Éstos no sólo estaban dispuestos a defender su propia libertad, sino que se atrevían también a arrebatar la de los pueblos vecinos, asolando con frecuentes incursiones los territorios de vacceos, turmogos y autrigones.

Pues bien, César colocó su campamento en Segísama [296], rodeando casi toda Cantabria con tres cuerpos
4 de ejército. Tras fatigarse largo tiempo en vano y ser puesto su ejército frecuentemente en peligro, ordena finalmente que, sin que se den cuenta los enemigos, sea traída la armada desde el golfo de Aquitania a través
5 del océano y que desembarquen las tropas. Entonces por fin los cántabros, derrotados bajo las murallas de Ática en un duro combate, se refugiaron en el monte Vinio [297], monte enormemente protegido por la natura-

---

[295] 28 a. C.

[296] Hoy Sasamón, en la provincia de Burgos.

[297] El nombre de la ciudad varía según los manuscritos: *Belgicae, Vellicae, Bergidae.* En cuanto a la ubicación del *mons Vindius,* lo mismo que sobre la identificación de la ciudad, se ha discutido mucho. Reciente bibliografía y estado de la cuestión

leza; allí fueron casi totalmente aniquilados por el hambre a que se les sometió con el asedio. Posteriormente fue por fin tomada y destruida la fortaleza de Racilio[298], que resistió con gran fuerza durante largo tiempo.

Por otro lado, los lugartenientes Antistio y Firmio 6
sometieron en singulares y duros combates las partes más alejadas de Galicia, las cuales, sembradas de montes y bosques, terminan en el océano. Asediaron efectiva- 7
mente, mediante la construcción a su alrededor de una fosa de quince millas, el monte Medulio, que se levantaba sobre el río Miño, y en el que se había fortificado una gran multitud de personas. El resultado final fue 8
que, cuando esta raza de gentes, cruel y feroz por naturaleza, comprendió que ellos eran insuficientes para aguantar el asedio e incapaces de aceptar un combate, se suicidaron por temor a la esclavitud. Se mataron en efecto casi todos a porfía, con fuego, hierro y veneno.

Los ástures, por su parte, tras colocar su campa- 9
mento junto al río Astura, hubieran derrotado con su buena estrategia y sus fuerzas a los romanos, si no hubiesen sido traicionados y sorprendidos de antemano. Habían planeado que tres legados suyos, distribuidos con sus respectivos ejércitos en los tres campamentos romanos, atacarían, también en tres columnas, de improviso. Pero fueron descubiertos por una traición de 10
los suyos. Después ya, Carisio, que los recibió puesto en armas, los derrotó, aunque no sin grandes pérdidas también por parte romana. Una parte de ellos, que escapó de la batalla, se refugió en Lancia[299]; y cuando los

---

se puede ver en M. Pastor Muñoz, «En torno a la ubicación del *mons Vindius*», *Durius* 5 (1977), 147-155.

[298] Otros escriben *Aracillum* y *Aracelium*. Ciudad de los cántabros.

[299] Ciudad de la Hispania Tarraconense, hoy Castro, capital de una tribu de los ástures.

soldados romanos se disponían ya a incendiar la ciudad rodeada, su jefe Carisio consiguió de ellos la suspensión del incendio y reclamó a los bárbaros una rendición espontánea. Aspiraba, en efecto, con todo interés a que la integridad y conservación de la ciudad quedasen como testigos de su victoria.

11 De la victoria cantábrica César reportó la honra de poder ordenar también entonces que se cerraran las puertas de la guerra. De esta forma, gracias a César, el templo de Jano se cerró entonces por segunda vez, y por cuarta vez desde la fundación de la ciudad.

De los levantamientos de distintos pueblos en Dalmacia, Panonia, Tracia, África, Germania, Galia y otras provincias, levantamientos reprimidos con extraordinario éxito por César a través de muchos y distintos generales, y de la finalización tras cinco años, llevada a cabo en el ínterin por el propio César, de la guerra cantábrica, cuya responsabilidad había asumido él

12 Tras ello, Claudio Druso[300], hijastro de César, al corresponderle en suerte el mando sobre la Galia y Retia, sometió con las armas a importantes y poderosos pueblos
13 de Germania. En aquella época,
en efecto, todos aquellos pueblos, como si corriesen apresuradamente en busca de un día fijado para la firma de la paz, estaban agitados en bandadas, ya para emprender la guerra, ya para discutir un pacto, dispuestos tanto a aceptar las condiciones de la paz, si eran vencidos, como a hacer uso de una tranquila libertad, si
14 vencían. Nóricos, ilirios, panonios,
dálmatas, mesios, tracios y dacios sármatas, juntamente con otros muchos y grandes pueblos de Germania, fueron, por medio de distintos generales, o bien derrotados o bien sujetados o bien aislados con la ayuda incluso

[300] Druso Claudio Nerón hermano de Tiberio, el futuro emperador. Hizo campañas en Germania entre el 19 y 9 a. C.

que suponía el obstáculo de dos grandes ríos, el Rin
y el Danubio. Druso sometió en un primer momento en 15
Germania a los usipetes y posteriormente a los tenc-
teros y los catos. A los marcomanos los hizo sucumbir
hasta casi la aniquilación. Posteriormente derrotó en 16
una sola batalla, que fue también difícil para los suyos,
a queruscos, suevos y sigambros, pueblos poderosísimos
y a los cuales su natural constitución les daba fuerzas, y
la práctica la habilidad en el uso de esas fuerzas.
Su valor y fiereza puede deducirse del hecho de que 17
incluso sus mujeres, si alguna vez se quedaban ence-
rradas en sus carros a causa de una imprevista llegada
de los romanos, al faltarles los dardos o cualquier otra
cosa que la locura pueda hacer usar como tal, arroja-
ban al rostro de sus enemigos a sus hijos pequeños
después de haberlos estrellado en el suelo, convirtién-
dose así en dos veces parricidas en cada una de las
muertes de sus hijos[301].

También en esta época Coso, general de César, arrin- 18
conó en un pequeño territorio en África a los musolanos
y gétulos, que hasta ahora vagaban a sus anchas y les
obligó, con el miedo, a mantenerse alejados de las fron-
teras romanas.

Entretanto unos legados de los indos y de los escitas, 19
tras atravesar todo el orbe, encontraron por fin a César,
que se hallaba en Tarragona, ciudad de la Hispania
Citerior —ya no podían buscar más de lo que lo hicie-
ron—, y consiguieron que César obtuviera la misma
gloria que Alejandro Magno: de la misma forma que 20
en el Oriente Medio, en la ciudad de Babilonia, le lle-
garon a éste legados de los hispanos y de los galos con
vistas a conseguir la paz, así también ante aquél, supli-
caron, en Hispania, en el extremo de Occidente, el

[301] Una, por matarlos y otra, por arrojarlos al enemigo.

oriental indo y el norteño escita, trayendo regalos de sus pueblos.

21 Tras haber durado la guerra cantábrica cinco años y tras haberse inclinado y reconstruido Hispania, con cierto respiro en la fatiga, hacia una paz duradera, César volvió a Roma.

22 En esta misma época llevó a cabo también muchas otras guerras, tanto personalmente como por medio de sus generales y lugartenientes. Entre otros, en efecto, Pisón fue enviado contra los vindélicos; tras someterlos, volvió como vencedor junto a César que se encontraba
23 en Lugduno. El hijastro de César, Tiberio, aniquiló en cruel matanza a los panonios, que se habían levantado
24 en una nueva sublevación. Y éste mismo acometió a continuación en una operación bélica a los germanos, de los cuales llevó tras sí como vencedor a cuarenta mil
25 prisioneros. En realidad todas estas enormes y terribles operaciones se llevaron a cabo con quince legiones durante tres años, y no hubo casi, tras la guerra Púnica, ninguna otra más grande, según opina Suetonio.

Del desastre sufrido por Quintilio Varo con tres legiones a manos de los germanos; de la sumisión, por obra de Agripa, del Bósforo, y de la alianza que se concedió a los partos, una vez que éstos restituyeron los estandartes arrebatados a Craso, y después de rogar mucho y entregar rehenes

26 Sobre esta misma época Quintilio Varo, juntamente con tres legiones, fue totalmente aniquilado por los germanos que se habían rebelado como consecuencia de su comportamiento soberbio y avaricioso para con sus súbditos.
27 Este desastre público lo llevó tan mal César Augusto que muchas veces, golpeando la cabeza contra la pared por la fuerza del dolor, clamaba: «Quintilio Varo, devuélveme las legiones.»

28 Agripa, por su parte, derrotó a los del Bósforo y, tras

recuperar en el campo de batalla los estandartes romanos que aquéllos en otra época habían robado bajo el mando de Mitrídates, les obligó a capitular.

Los partos, en los que parecía que, sometido y apa- 29
ciguado todo el orbe de las tierras, fijaba ahora ya
su mirada todo el mundo, y sobre los que daba la
impresión de que se volvía contra ellos toda la fuerza
del imperio romano —y es que a los romanos les re-
mordía la vieja obligación moral de vengar la matanza
de Craso—, devolviendo espontáneamente a César los
estandartes que habían sustraído tras asesinar a Craso,
y, entregando rehenes reales, merecieron con leales sú-
plicas una alianza segura para ellos.

De la paz de que gozó inmediatamente todo el orbe de las tierras, gracias a la felicidad de Augusto, y de la prohibición de éste a que se le llamara «señor» en una ocasión en que estaba presidiendo unos juegos

Así pues, en el año 752 de la 22
fundación de la ciudad, César
Augusto, tras juntar bajo una mis-
ma paz a todos los pueblos desde
Oriente a Occidente, desde el
Norte al Sur y alrededor de todo
el Océano, cerró él mismo enton-
ces por tercera vez las puertas
del templo de Jano. Y estas puer- 2
tas, cerradas desde ese momento
en tranquilísima quietud durante casi doce años, se
llenaron incluso de herrumbre, y no se volvieron a abrir
hasta los últimos años de Augusto, empujadas por una
sedición de los atenienses y una agitación de los dacios.
Pues bien, una vez que cerró las puertas de Jano, dispo- 3
niéndose con interés a alimentar y a engrandecer con
la paz el estado que había conseguido con la guerra,
promulgó muchas leyes, por medio de las cuales pre-
tendía que los hombres fuesen disciplinados viviendo
en respetuosa libertad. Rechazó, como hombre, la deno- 4
minación de «Señor». Efectivamente, en una ocasión en

que encontrándose como espectador en unos juegos, se pronunció en la representación de una farsa la frase «Oh Señor justo y bueno», y todos los espectadores, como si eso se hubiese dicho refiriéndose a él, se levantaron con gritos de aprobación, él, por el momento, aquietó con un gesto de las manos y del rostro aquellas alabanzas de las que no se consideraba digno y, al día siguiente, lo denunció en un durísimo decreto, no volviendo a consentir ni siquiera a sus hijos o nietos que le llamasen «Señor» ni en broma ni en serio[302].

Del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y del censo que ese mismo año se hizo por orden de César en todas las provincias

5 En aquella época, pues, concretamente en el año en que César consiguió establecer, por disposición de Dios, una paz estable y auténtica, nace Cristo; esa paz tuvo por objeto favorecer la venida de Cristo, en cuyo nacimiento los ángeles hicieron oír a los hombres su canto de júbilo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.» Y aquél, en el cual había confluido el mando supremo de todas las cosas, no consintió, es más no tuvo la osadía de dejar que le llamaran «Señor de los hombres» en la misma época en que nació entre los hombres el verdadero Señor de
6 todo el género humano. Y también en ese mismo año en que el propio Dios se dignó mostrarse y ser como hombre, el mismo César, a quien Dios había predestinado para estos tan grandes misterios, ordenó entonces

[302] Orosio interpreta el hecho como un rechazo de Augusto a un título que sólo Cristo tendría: «Señor»; Augusto, como hombre que era, no lo aceptaba. Quizá en el fondo hubiese otras razones: la connotación peyorativa de *dominus* en un contexto esclavista podría ser una de ellas. Lo que es evidente es que Augusto no sabía que ese título estaba reservado en el cristianismo para Cristo.

por primera vez que se hiciera un censo de todas y cada una de las provincias y que fueran censadas todas las personas. En esta época, pues, nació Cristo e inmediatamente después de nacer fue inscrito en el censo
romano. Ésta es la primera y más famosa declaración 7
que selló, con la realización de esta inscripción, a César como señor universal y a los romanos como dueños del mundo individual y colectivamente considerados; con esta inscripción, aquel que había creado a todos los hombres, quiere darse a conocer como hombre y hacerse contar entre los hombres. Tal privilegio, desde la creación del mundo y desde el origen del hombre, no había sido concedido en tal medida ni al imperio babilonio ni al macedónico, por no citar otros más
pequeños. Y no cabe duda de que todos los que tengan 8
inteligencia, fe y capacidad de discernimiento están en condiciones de ver claramente que ha sido nuestro Señor Jesucristo el que, tras hacer crecer por su voluntad esta ciudad y defenderla, la ha llevado al culmen de su poderío, por cuanto desde el momento en que llegó a este mundo quiso, por encima de todo, ser ciudadano de ella, ya que en verdad que debe ser llamado ciudadano romano, en virtud de su inscripción en el censo romano.

Y dado que hemos llegado al momento en que el 9
Señor Cristo iluminó este mundo con su llegada y consiguió para César un imperio en paz, yo puedo ya poner
fin también a este libro sexto con esta finalidad: para 10
abarcar en el libro séptimo, si es que lo puedo hacer con la ayuda de Dios, la época cristiana que germina y crece cada vez más entre las manos de sus propios detractores y que, a pesar de estar destinada a servir de provecho a estos mismos a los que nos vemos obli-
gados a contestar, es atacada con sus invectivas. Y tam- 11
bién para hablar ahora, yo que no he callado desde el

primer momento que los hombres pecan y son castigados precisamente por sus pecados, de las persecuciones cristianas que han ocurrido y de los castigos que han seguido a esas persecuciones, sin contar el hecho de que todos los hombres, como género, están inclinados hacia el pecado y por ello, como individuos, son arrebatados hacia él.

LIBRO VII

Desde el nacimiento de Cristo hasta los días de Orosio.

Ha sido el verdadero Dios, y no los dioses paganos, el que ha creado y favorecido el poderío del Imperio romano. Comparación entre el Imperio romano y el de Babilonia (1-2).

Nacimiento de Cristo, matanza de los inocentes en Belén y la paz de que gozó Roma hasta la muerte de Augusto (3).

Tiberio: el cambio en su forma de actuar, la motivación del mismo, el anuncio de la resurrección de Cristo y la caída del graderío de un teatro de Fidenas (4).

Calígula: sus crueles acciones; desgracias ocurridas al pueblo judío como castigo por su pecado (5). Claudio: venida de S. Pedro a Roma; intento de restauración de la República; campaña en Britania (6). Nerón: sus crímenes, martirio de S. Pedro y S. Pablo; desastres romanos en el exterior (7). Otón, Galba y Vitelio (8).

Vespasiano: caída de Jerusalén a manos de Tito; anexión de varias provincias al Imperio. Tito: su breve reinado (9). Domiciano: segunda persecución de los cristianos; desastre ante germanos y dacios (10).

Nerva: su breve reinado (11). Trajano: victorias más allá del Rin y del Danubio y en Asia; al final de su reinado persigue a los cristianos y tiene lugar un terremoto (12). Adriano: represión de los judíos y otras acciones (13).

Antonino Pío: su prudente reinado, su buen comportamiento con los cristianos y la llegada a Roma de los herejes Valentín y Cerdón (14). Antonino Vero: victoria sobre los persas y otros pueblos; persecución de los cristianos y consiguiente peste; feliz resultado en un enfrentamiento con los cuados gracias a la inter-

vención de los soldados cristianos (15). Cómodo: victoria frente a los germanos y posterior depravación del emperador: incendios en la ciudad. Helvio Pértinax y Juliano (16). Severo Pértinax: victorias frente a partos y árabes; persecución de los cristianos y consiguiente castigo en forma de guerras civiles (17). Caracalla, Macrino, Marco Aurelio Antonio (Heliogábalo) y Aurelio Alejandro (18). Maximino y Gordiano (19). Filipo, primer emperador cristiano: justificación de ello (20). Decio: persecución a los cristianos. Galo Hostiliano (21). Valeriano y Galieno: aparición de usurpadores, sublevación de pueblos del Imperio, persecución contra los cristianos y triste final de ambos (22). Claudio, Quintilio y Aureliano (23). Tácito y Floriano; Caro (24).

Diocleciano y Maximiano: campañas con distinto resultado, cruel persecución a los cristianos; su abdicación en favor de Galerio y Constancio (25).

Largo excurso para, en primer lugar, plantear ciertas objeciones de los enemigos del cristianismo y, en segundo lugar, hacer una comparación entre las plagas de Egipto y los castigos que han sucedido a cada una de las persecuciones contra los cristianos (26-27).

Constantino: paz para los cristianos: victoria sobre los usurpadores y sobre los godos (28). Constancio y Constante: aparición del arrianismo favorecido por Constancio (29). Juliano el Apóstata: su muerte es un castigo de Dios (30). Joviano (31). Valentiniano; Valente y Graciano: su comportamiento con los bárbaros (32-33). Tras la muerte de Valente, Graciano asocia al trono a Teodosio; muerte de Graciano (34). Teodosio asocia a Valentiniano, hermano de Graciano; muerte de Valentiniano; sublevación de Eugenio contra Teodosio; muerte de Teodosio (35). Arcadio y Honorio: sublevación de Gildón (36). Estilicón y Rufino y sus relaciones con los bárbaros (37-38).

Saqueo de Roma por Alarico (39). Alanos, suevos y vándalos invaden el Imperio (40-41). Éxitos de Honorio por medio de su general Constancio (42-43).

Pienso que se han aducido suficientes pruebas para, 1
sin necesidad de ningún tipo de revelación, la cual es patrimonio de unos pocos fieles[303], poder probar de una forma natural que el único y verdadero Dios es el anunciado por la fe cristiana, y que ese Dios creó el mundo y las criaturas del mismo cuando él quiso; y que organizó ese mundo a través de muchos y distintos actos, a pesar de que no era reconocido en ninguno de esos actos; y que lo consolidó en una sola persona[304], cuando se manifestó por medio de una sola acción[305]; y que su poderío y su paciencia se manifiestan al mismo tiempo
en múltiples pruebas. En relación con ello yo acepto en 2
cierta medida que mentes estrechas y torpes no entiendan que se pueda conjugar una paciencia tan grande con un poder tan amplio. En efecto, si tenía poder, dicen, para crear el mundo, para construir la paz del

---

[303] En los primeros tiempos de la Iglesia, el conocimiento de algunos misterios cristianos no era participado a los paganos hasta que no tenían una elemental instrucción en la fe.

[304] *Ad unum*, dice Orosio. Posiblemente se refiere, como hemos interpretado, a la consolidación de la situación del orbe de las tierras en la persona de Augusto, como preparación a la venida de Cristo. De ello acaba de hablar al final del libro anterior.

[305] *Per unum:* se puede interpretar «por medio de una sola acción», que sería la encarnación, o «por medio de su único hijo», Cristo.

mundo, para introducir en el mundo el culto y el conocimiento de su existencia, ¿qué falta hacía tan grande o, como ellos piensan, tan perniciosa paciencia, que convirtió en definitiva en errores, desastres y esfuerzos humanos lo que desde el principio hubiera podido comenzar con mejor pie gracias a los valores de este Dios
3 que predicas? A éstos yo podría, en verdad, responderles que, desde el primer momento, el hombre fue creado y educado para esto: para, como fruto de su obediencia, viviendo bajo las leyes de Dios con paz y sin trabajo, merecer la eternidad; pero que, abusando de la bondad del creador que le concedió la libertad, ha cambiado la posibilidad de elección en una rebelión obstinada y que, a raíz de ese desprecio a Dios, se ha olvidado inmediata-
4 mente de él; y que era oportuno entonces que Dios diese pruebas de esa paciencia, y oportuno por dos motivos: primero, para no arruinar definitivamente, vengando el desprecio del que había sido objeto, a aquel hacia el que, sin embargo, quería mostrarse misericordioso, y a aquel al cual quería someter a tribulaciones, mientras lo quisiese permitir él, que, aunque despreciado, era poderoso; en segundo lugar era lógico que Dios, aunque el hombre lo ignorase, continuara ejercitando con justicia su gobierno sobre los hombres, desde el momento en que ello lo hacía para proporcionarle, en el momento en que se arrepintiese, la posibilidad de obtener la gracia originaria.

5 Pero dado que estos argumentos, aunque son veraces y contundentes, necesitan sin embargo caer en oídos de personas fieles y obedientes [306], y que mi discusión ahora va con incrédulos —no sé si después serán creyentes—,

---

[306] La verdad revelada sólo es aceptada por los cristianos; por ello, necesita recurrir a otros argumentos que no tengan que ver con la revelación.

indicaré más bien aquellos argumentos que, aunque no quieran aceptar, tampoco pueden denegar.

Pues bien, en lo que se alcanza con el conocimiento 6
de la inteligencia humana, tanto ellos como nosotros vivimos respetando una religión y aceptando y adorando a un poder superior; lo único que nos separa es la creencia concreta; nosotros, en efecto, confesamos que todas las cosas tienen como origen un solo Dios y se mantienen gracias a ese único Dios; ellos piensan que hay tantos dioses como cosas hay en el mundo. Y dicen: si se debe 7
al poderío de ese Dios que predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de ese mismo Dios fue un obstáculo para que no lo fuera antes? A éstos se les puede responder con las mismas palabras: «Si se debe al poderío de los dioses que vosotros predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de esos dioses fue un obstáculo para que no lo fuera antes?»; o ¿es que esos dioses no existían antes?; o ¿era 8
Roma la que todavía no existía?; o ¿es que esos dioses todavía no eran adorados?; o ¿es que Roma no les parecía todavía idónea para coger el mando? Si es que todavía no existían esos dioses, sobra ya toda discusión; pues, ¿para qué voy a discutir sobre la indolencia de unos seres desde el momento en que ni siquiera conozco su propia naturaleza? Pero si existían ya esos dioses, fueron, o bien su poder, como ellos mismos argumentan, o bien su paciente espera los que tuvieron la culpa[307]: si su paciente espera, porque existió, si su poder, por no ser éste ninguno. Pero si lo que hay que 9
creer es que existían ya esos dioses, los cuales tenían poderes para encumbrar a un pueblo, pero que los que

[307] De que Roma no fuese grande antes.

no existían todavía eran los romanos para poderlos real-
mente encumbrar, eso no me vale porque yo lo que
busco es un poder que pueda crear cosas, no una técnica
que perfeccione las ya existentes; y es que la cuestión
está planteada en torno a unos dioses a los que ellos
llaman grandes, y no en torno a unos malos artesanos,
a los que se les acaba el arte en cuanto les falta la ma-
10 teria. Pues, si en esos dioses había presciencia y volun-
tad, es más, dado que la presciencia es algo connatural
a ellos, por cuanto en los todopoderosos, al menos en lo
que a sus acciones se refiere, la presciencia es lo mismo
que la voluntad, es evidente que en lo que se refiere a
cualquier cosa, cuyo conocimiento concibieran de ante-
mano y a la cual se adhiriese su voluntad, lo oportuno
sería, no esperar a que sucediera, sino crearla ya mismo;
máxime cuando dicen que su famoso Júpiter solía trans-
formar, para divertirse, montones de hormigas en gru-
pos de personas.

11 Por lo demás, pienso que ya no hace falta decir nada
sobre el respaldo que les daban sus ceremonias sagra-
das, por cuanto en medio de sus continuos ritos sagra-
dos no hubo nunca final ni tregua en los incesantes
estragos, hasta que apareció la luz salvadora del mundo:
Cristo, para cuya venida había sido preparada la paz del
mundo romano, lo cual, aunque pienso que ya lo he
demostrado suficientemente, intentaré sin embargo com-
pletarlo más con unas pocas ideas.

De cómo el comienzo de la ciudad y poderío romanos coincidieron con la caída de Babilonia; de cómo los imperios más importantes, concretamente el de Macedonia y el de África, duraron casi el mismo período de tiempo; y de cómo en el año setecientos de la fundación de Roma se produjo, sin saber de dónde, un incendio que la arrasó más duramente que los demás

Al comienzo del libro segun- **2**
do[308], al tratar, de acuerdo con
la marcha de la obra, los tiempos
de la fundación de Roma, señalé
muchas analogías que se verifica-
ban entre Babilonia, la ciudad de
los asirios, que en otro tiempo
fue dueña de los pueblos, y Roma
que igualmente es hoy dueña de
los pueblos. Dije entonces que 2
aquél había sido el primero y
éste el último de los imperios;
que aquél iba poco a poco vinien-
do a menos y que éste iba poco a
poco afianzándose; que aquél ha-
bía perdido su último soberano
en el mismo momento en que na-
cía el primero para éste; que Babilonia llegaba entonces,
por así decirlo, a la muerte, con la invasión de Ciro,
cuando Roma, levantando confiadamente la cabeza tras
la expulsión de los reyes, comenzaba a regirse con leyes
libres; es sobre todo la misma época en que, mientras 3
Roma reivindicaba su libertad, el pueblo de los judíos,
que había sido esclavo bajo los reyes de Babilonia, vol-
vió a la ciudad santa de Jerusalén tras reconquistar su
libertad y restauró el templo del Señor, tal como había
sido anunciado por los profetas.

Dije también entonces que, entre el imperio babi- 4
lonio, que se situaba en oriente, y el romano, que sur-
giendo en occidente recogía la herencia del de oriente,
aparecían los imperios macedónico y africano: éstos
desempeñaron, por así decir, las funciones de tutor y
administrador, en un espacio más corto de tiempo, por
el sur y por el norte. Nadie, que yo sepa, ha dudado 5

---

308 II 1-3.

nunca de que los imperios babilonio y romano reciben con razón el nombre de imperios de oriente y de occidente. En cuanto al hecho de que el imperio macedónico se extendió por el norte lo prueban tanto su propia posición geográfica como los altares de Alejandro Magno[309] que se encuentran todavía en la base de los montes
6 Rifeos; y en cuanto al hecho de que Cartago dominó sobre toda África y extendió los dominios de su imperio no sólo a Sicilia, Cerdeña y demás islas de alrededor, sino también a Hispania, está testimoniado en la historia y en los monumentos de las ciudades.

7 Se dice incluso también ahora que, hasta la devastación de Babilonia por los medos y el saqueo de Roma por los godos, pasó casi idéntico número de años desde sus respectivas fundaciones[310].

8 Yo, por mi parte, voy a añadir ahora lo siguiente, para que quede aún más claro que Dios es el único árbi-
9 tro de todos los tiempos, los imperios y los lugares: el imperio cartaginés, desde su fundación hasta su destrucción, se mantuvo poco más de setecientos años; e igualmente el imperio macedónico, desde Carano[311] hasta Perses, se mantuvo algo menos de setecientos; uno y otro sin embargo, tienen como límite ese número compuesto de siete, número por el que se rigen todas las
10 cosas. También la propia Roma, si bien es verdad que llegó a la plenitud de su poderío en el momento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, sin embargo, cuando cumplió precisamente ese número de años, se tambaleó
11 un poco; en efecto, en el año setecientos de su fundación

---

[309] En Cilicia.

[310] Éste sería uno de los argumentos de los catastrofistas en favor de la idea de que el Imperio romano termina ya.

[311] Según la leyenda, fundó la dinastía argiva en Macedonia a mediados del s. VIII a. C. Perses, a su vez, fue el último rey de Macedonia, hijo de Filipo V. Mantuvo continuas luchas con los romanos (171-168) y murió cautivo en Italia.

un incendio, que no se sabe de dónde salió, arrasó catorce barrios de la misma, y nunca antes, como dice Livio, había sido asolada por un incendio mayor[312]; tan grande fue el incendio, que unos años después, César Augusto, para recuperar lo que entonces se había quemado, tuvo que gastar gran cantidad de dinero del erario público. Yo podría también mostrar cómo Babilonia 12
duró el doble número de años, ya que fue tomada finalmente por el rey Ciro cuando tenía mil cuatrocientos años y un poco más; pero me veo obligado a mirar a la situación presente.

Del nacimiento de Abraham en el año cuadragésimo tercero del reinado de Nino, rey de Babilonia. De la semilla de Abraham se dignó nacer de una virgen Nuestro Señor Jesucristo en el mismo año del reinado de César Augusto

Yo de buen grado añado esto: 13
que durante el reinado de Nino, el primer rey de todos —aunque confusamente se nos transmite que el primer rey fue su padre Belo— concretamente en el cuadragésimo tercer año del reinado de ese Nino, nació el santo padre Abraham, al cual se le hicieron promesas de Redención y de cuya semilla se le anunció que nacería
Cristo; y que después, en nuestros tiempos, durante el 14
reinado de este Augusto César, que es el primero de todos los emperadores —aunque también su padre César se nos presenta más bien como marcador del imperio que como emperador—, concretamente casi en el cuadragésimo segundo año del imperio de este César, nació Cristo, cuya presencia había sido prometida a Abraham
durante el reinado de Nino, el primer rey. Nació, por 15
otra parte, el veinticinco de diciembre, cuando ya apun-

[312] Cf. VI 14. El carácter sagrado del número siete ha hecho pensar a algunos autores que Orosio ha distribuido arbitrariamente la materia de su obra, con la única obsesión de agruparla en siete libros.

tan los brotes de todo lo que va a crecer al año siguiente; de esta forma sucedió que, al haber nacido Abraham en el año cuadragésimo tercero, convenía que el nacimiento de Cristo tuviera lugar a finales del cuadragésimo segundo, para que de esta forma no fuera él el que nacía dentro del año cuadragésimo tercero, sino el año
16 cuadragésimo tercero el que nacía ya en Cristo. En cuanto a la cantidad, novedad y rareza de los bienes de que abundantemente gozó este año, pienso que está suficientemente claro, incluso aunque yo no lo diga: en todo el orbe de las tierras hubo paz, ya que no es que cesaran todas las guerras, sino que fueron prohibidas; las puertas del templo de Jano, de dos caras, fueron cerradas por cuanto fueron extirpadas, y no sólo reprimidas, las raíces de las guerras; tuvo lugar el primer censo, censo que fue el más importante de todos por cuanto en él juraron en el nombre de un único César todas las personas de los pueblos más importantes y se convirtieron, gracias a la comunidad del censo, en pertenecientes a la misma comunidad.

Del año en que, a partir de la fundación de la ciudad, el nacimiento como hombre de nuestro Señor y Salvador iluminó a todo el mundo, y de la muerte de los recién nacidos, ordenada por Herodes en Belén

3 Pues bien, en el año 752 de la fundación de la ciudad, nació Cristo, que trajo al mundo la fe que salva[313] y que es en verdad la piedra colocada en medio del mundo[314], piedra que llevará a la ruina a los que choquen con ella y salvará a los que crean en ella; y que es verdaderamente el fuego ardiente que ilumina a quien le
2 sigue, pero quema a quien intenta tocarlo; él es el

[313] Corsini (*Introduzione alle «Storie»*..., pág. 107) señala que Cristo, para Orosio, viene a dar sentido preciso a toda la serie de intervenciones anteriores de Dios en el mundo y a constituir una medida de valor infalible para todos los sucesos siguientes.

[314] Cf. PABLO, *Epístola a los corintios* I 10, 4.

propio Cristo, la cabeza[315] de los cristianos, el salvador de los buenos, el vengador de los malos, el juez de todos, el que, marcando de palabra y de obra la forma de actuar a los que le iban a seguir, para mostrarles aún con más evidencia que convenía ser sufridos en las persecuciones que iban a padecer a cambio de la vida eterna, empezó ya con sus sufrimientos en el momento mismo en que, nacido del vientre de una virgen, llegó a este mundo. En efecto, en cuanto el rey de Judea Herodes se enteró de que había nacido, decidió darle muerte y ejecutó de hecho a muchos niños mientras perseguía sólo a uno.

Por todo ello, es justo el castigo que se impone a los 3
malvados que corren caminos de pecado. Por ello, se debe a la gracia de los creyentes todo lo que de paz hay en el mundo, y al castigo de los blasfemos lo que de malvado lo inquieta; y, entretanto los fieles cristianos se encuentran en absoluta seguridad, ya que a ellos se les reserva como algo seguro el descanso de la vida eterna y también, como algo ventajoso, el tiempo que pasan en esta vida. Ello lo demostraré mejor con los propios hechos, al narrarlos por orden.

Una vez que el Redentor del mundo, el Señor Jesu- 4
cristo, vino a la tierra y fue inscrito como ciudadano romano en el censo de César, mientras las puertas de la guerra, como ya dije, se mantienen cerradas en feliz y tranquilo goce de la paz durante doce años, César Augusto envía a su nieto Gayo para organizar las provincias
de Egipto y Siria. Éste, pasando de Egipto a territorio 5
de Palestina, despreció la adoración a Dios, según el testimonio de Suetonio Tranquilo[316], en el sagrado y

[315] Orosio utiliza *caput*, que puede tener ya aquí el significado metafórico de «guía», «jefe», aunque tampoco se puede excluir el significado *praegnans* de «cabeza del cuerpo místico de la Iglesia», que tiene ya en Pablo.

[316] *Augusto* 24.

famoso templo de Dios en Jerusalén. Al enterarse Augusto de esto por boca del mismo Gayo, le alabó diciéndole, en erróneo juicio, que había actuado con inteligencia.

De la grave escasez que se apoderó de Roma siendo ya viejo Augusto; de la extensión de la paz por casi todo el mundo hasta la muerte del propio Augusto, aunque a finales de su vida aparecieron guerras en algunos sitios, y de lo que predijo Nuestro Señor a sus discípulos al juzgar sobre estas guerras

6 La consecuencia[317] fue que en el año cuadragésimo octavo del imperio de César se apoderó de Roma una escasez tan cruel que César mandó echar de la ciudad a todos los componentes de las escuelas de gladiadores, a todos los extranjeros, y enormes cantidades de esclavos, exceptuando a los médicos y preceptores[318]. De esta forma, la calidad del castigo, consecuencia del pecado del príncipe contra la santidad de Dios y consistente en la situación de escasez que afectó al pueblo, puso en evidencia la mons-
7 truosidad de la ofensa. Posteriormente, en palabras de Cornelio Tácito, «siendo ya viejo Augusto se abrieron las puertas del templo de Jano, las cuales, abiertas cuando se atacó, con el éxito de siempre, aunque a veces

[317] Todo el libro VII va a estar lleno de graves castigos que se abaten sobre los emperadores como consecuencia de sus persecuciones a los cristianos. A veces Orosio llega a aplicaciones que rozan lo grotesco. El motivo del castigo del tirano es ya muy antiguo en la literatura griega. Entre los cristianos, tal motivo había tenido su desarrollo, ya antes de Orosio, en el *De mortibus persecutorum* atribuido a Lactancio, aunque no se puede afirmar que hubiese una dependencia de Orosio con relación a Lactancio: algunas especiales narraciones del *De mortibus* —precisamente las más fantasiosas, que irían muy bien con el gusto de Orosio— faltan en las *Historiae* de nuestro autor o aparecen de otra forma. No encontramos, por ejemplo, en Orosio alusión a la desconocida sepultura de Nerón (*De mort.* 2, 7, *CSEL*, 27, pág. 175, 7 y sigs.), al final de Decio, asesinado y abandonado como pasto de las fieras (*Ibid.* 4, 3, págs. 178, 6 y sigs.), etc.

[318] Eran profesiones propias de esclavos.

con derrotas, a nuevos pueblos de los últimos lugares de las tierras, se mantuvieron así hasta el reinado de Vespasiano»[319]. Hasta aquí las palabras de Cornelio.
Pero hay más: una vez que fue tomada y destruida, 8
como habían anunciado los profetas, la ciudad de Jerusalén, y derrotados los judíos, Tito, que había sido el destinado por los designios de Dios para vengar la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, a su vuelta victoriosa y triunfante, cerró juntamente con su padre Vespasiano
las puertas del templo de Jano. Así pues, aunque el tem- 9
plo de Jano fue abierto en los últimos años de César, sin embargo en muchas ocasiones a partir de ahora se mantuvieron en silencio los estrépitos de las guerras, si bien el ejército se encontraba dispuesto a intervenir.
De ahí que incluso nuestro Señor, el propio Jesucristo, 10
en los Evangelios, al encontrarse en su época todo el mundo sumido en extraordinaria tranquilidad, al estar todos los pueblos cubiertos por una sola situación de paz y preguntarle sus discípulos por el final de los tiem-
pos venideros, dijera entre otras cosas: «Oiréis hablar 11
de guerras y de rumores de guerra. Procurad no turbaros; pues es necesario que esto suceda, aunque ello no es todavía el final. Se levantará, en efecto, un pueblo contra otro pueblo, un reino contra otro reino, y habrá pestes y hambre y terremotos en distintos lugares. Todo esto, sin embargo, no es sino el inicio de las penalidades. Entonces os causarán tribulaciones y os matarán, y seréis
odiados en todas las gentes por mi nombre»[320]. La divina 12
providencia, al enseñarnos esto, dio firmeza a los creyentes con estas advertencias y confundió a los incrédulos con estas predicciones.

[319] Sacado de uno de los libros perdidos de las *Historias* de Tácito. Sobre ello vuelve a hablar Orosio en VII 19, 4.

[320] MATEO, 24, 6-9.

4

Del comienzo del reinado de Tiberio César y de sus últimos crueles años; del rechazo por parte del Senado de la noticia de la resurrección de Cristo; y del derrumbamiento en esta misma época del graderío del teatro de Fidenas, muriendo gran parte de los espectadores

En el año 767 de la fundación
de la ciudad, tras la muerte de
Augusto César[321], subió al trono
Tiberio César y se mantuvo en él
2 veintitrés años[322]. Éste, personal-
mente, no llevó a cabo ninguna
guerra; pero tampoco realizó nin-
guna de importancia por medio
de lugartenientes; lo único que
pasó es que en algunos lugares
fueron inmediatamente reprimi-
dos los levantamientos de los pue-
blos[323], al ser descubiertos de
3 antemano. Es cierto que en el cuarto año de su reinado,
Germánico, hijo de Druso y padre de Calígula, celebró
un triunfo por una victoria sobre los germanos; contra
4 éstos había sido enviado por Augusto ya anciano. Tiberio,
por su parte, durante la mayor parte de su reinado, diri-
gió personalmente el estado con enorme y serena me-
sura, hasta el punto de que a algunos gobernadores, que
le habían aconsejado que aumentase los impuestos a las
provincias, les escribió contestándoles que «es propio
de un buen pastor esquilar a su ganado, no desollarlo»[324].
5 Por otro lado, una vez que nuestro Señor Jesucristo
sufrió la pasión y resucitó de los muertos y envió a sus
discípulos a predicar, Pilato, gobernador de la provincia
de Palestina, dio cuentas al emperador Tiberio y al
senado de la pasión y resurrección de Cristo y de los
subsiguientes milagros que o bien habían sido realizados
públicamente por él mismo o bien eran hechos ahora

---

[321] 19 de agosto del 14, en Nola.
[322] Del 14 al 37.
[323] Las legiones de Panonia y del Rin; estas últimas exigían que asumiese el Imperio Germánico.
[324] SUETONIO, *Tiberio* 32.

por sus discípulos en nombre de él, y dio cuenta también del hecho de que, al crecer cada vez más la fe de muchas gentes, se le consideraba como Dios. Tiberio, 6
basándose en el gran apoyo popular que recibía Cristo, propuso al senado que fuera considerado Dios. El senado, indignado por el hecho de que no se le hubiese propuesto antes, según era costumbre, que decidiera sobre la aceptación o no de la nueva religión, rechazó la aceptación de Cristo como ser sagrado y ordenó en un edicto, sobre todo porque se oponía obstinadamente a la aceptación de la religión el prefecto de Tiberio, Sejano, que fueran expulsados de Roma los cristianos.
Tiberio, sin embargo, amenazó en un edicto con la muer- 7
te a los que acusasen a los cristianos. De esta forma, aquella loable mesura de Tiberio César fue poco a poco cambiando en odio[325] contra el senado que continuamente se le oponía. Y es que para él, como rey, se convertía en pasión cualquier cosa que nacía de su voluntad, y de un rey moderado se convirtió en una cruel bestia.
Proscribió, en efecto, e hizo ejecutar a muchos sena- 8
dores; había elegido como consejeros suyos a veinte patricios: de ellos, apenas dos se salvaron; a los demás los hizo matar con distintas excusas; a su prefecto Sejano, que tramaba un levantamiento, le hizo asesinar;
a sus hijos Druso y Germánico, de los cuales Druso era 9
hijo auténtico suyo y Germánico adoptivo[326], los hizo desaparecer con manifiestas señales de haberlos envenenado. A los hijos de su hijo Germánico los ejecutó.

---

[325] Muy curiosa la causa que aduce Orosio como determinante del cambio de carácter y de forma de actuar de Tiberio. Evidentemente, no coincide con las causas aducidas por la historiografía antigua (Tácito y Suetonio). Sí coincide, sin embargo, con TERTULIANO (*Apol.* 5, 2).

[326] Germánico era sobrino: hijo de su hermano Druso.

10 Horroriza y avergüenza contar una por una sus acciones;
se entregó a tales rabiosos excesos de pasión y crueldad
que, los que habían despreciado ser salvados por Cristo
rey, eran castigados por el rey César.

11 En el año duodécimo de su reinado ocurrió por otra
parte un nuevo e increíble desastre en la ciudad de
Fidenas [327]: el graderío del anfiteatro se vino abajo mientras
el pueblo estaba en un espectáculo de gladiadores
y arrastró a la muerte a más de veinte mil personas.

12 Justo ejemplo ciertamente para la posteridad el de este
castigo, al haberse reunido, en el momento en que Dios,
para la salvación de los hombres, había querido hacerse
hombre, unos hombres ávidos de sangre para contemplar
la muerte de otros hombres.

De la pasión y resurrección del Señor; del año del reinado de Tiberio César en que sucedió; de los desastres que persiguieron inmediatamente a Judea, y del gravísimo terremoto que, como consecuencia de la pasión de Cristo, asoló muchas ciudades de Asia

13 Posteriormente, en el año décimo
séptimo del reinado del mismo
Tiberio, cuando nuestro Señor
Jesucristo se entregó a la pasión,
voluntariamente en verdad, pero
impíamente prendido y crucificado
por los judíos, las rocas se
rajaron en los montes produciéndose
un fuerte terremoto a lo largo
de todo el mundo; y muchas
zonas de las grandes ciudades cayeron
en una sacudida desacostumbrada.
14 Ese mismo día, hacia
la hora sexta, el sol se oscureció totalmente y cayó de
pronto la noche sobre la tierra, y, como dijo el poeta,

los siglos impíos temieron que la noche fuera eterna [328].

15 Hasta tal punto está claro que no fueron ni la luna ni
las nubes las que se colocaron delante de la luz solar,

[327] Antigua ciudad del Lacio, a cinco millas de Roma.
[328] VIRG., *Geórgicas* I 468.

que, se dice, la luna, que se encontraba entonces en el decimocuarto día después del novilunio, estaba muy lejos de la presencia del sol, ya que tenía en medio toda la extensión del cielo; y se dice también que a lo largo de todo el cielo brillaron entonces las estrellas en pleno día o, mejor, en aquella horrible noche. Y esto lo atestiguan no sólo la credibilidad de los santos evangelios,
sino también algunos libros griegos. A partir de ahora, 16
tras la pasión del Señor, al que los judíos persiguieron en la medida de sus posibilidades, esos mismos judíos conocen incesantes desastres hasta que desaparezcan
reducidos a la nada y en diáspora. Y es que Tiberio, 17
con el pretexto de un servicio militar, alejó a la juventud de los judíos a regiones de clima difícil; a los demás de este pueblo y a los que seguían prácticas semejantes[329] los echó de la ciudad, a excepción de los que habían renunciado a sus ritos, condenándolos así a una
eterna servidumbre. Con todo, les donó las ciudades de 18
Asia que habían sido destruidas por aquel famoso terremoto, librándoles de tributos y dándoles incluso generosamente algo[330].

Tiberio murió con sospechosos síntomas de envenenamiento.

---

[329] TÁCITO habla también de los que practicaban ritos egipcios (*Anales* II 85).

[330] Esta generosidad de Tiberio está atestiguada incluso epigráficamente. No es cierto, sin embargo, dice Havercamp, que el terremoto al que alude tuviera lugar el día de la muerte de Cristo.

5

De la crueldad e infames estupros del César Gayo Calígula; de los venenos que se encontraron en su casa por su sucesor, y de los sufrimientos que conocieron los judíos en un duro levantamiento en Alejandría, en el cambio de ritos en el templo de Jerusalén, y en la muerte del gobernador Pilato

En el año 790 de la fundación de la ciudad comenzó a reinar, como tercer sucesor de Augusto, Gayo Calígula; y se mantuvo en el trono cuatro años no enteros[331]; hombre el más malvado de todos los que habían vivido antes que él y que daba la impresión de que había sido enviado como digno castigo a la blasfemia de los romanos y a la obstinada persecu-
2 ción de los judíos. De él se dice,
por señalar brevemente la magnitud de su crueldad, que pronunció la frase: «Ojalá que el pueblo romano tuviese una sola cerviz»[332]. Muchas veces se quejó incluso de la situación de su época, porque ésta no era marcada por ningún desastre público.

3 ¡Oh bienaventurados renuevos de los tiempos cristianos! ¡Qué gran poder habéis ejercido en las cosas humanas, hasta el punto de que la crueldad humana ha podido desear desastres, pero no encontrarlos! He aquí que la hambrienta fiereza se queja de la tranquilidad general: *La impía locura, sentada en el interior sobre las crueles armas y con cien cadenas de bronce atadas tras las espaldas brama horriblemente con boca san-*
4 *grienta*[333]. Antes, esclavos rebeldes y gladiadores fugitivos aterrorizaron Roma, voltearon Italia, arrasaron Sicilia, hasta convertirse en temibles ya entonces para casi todo el género humano a lo largo de todo el mundo. Ahora, sin embargo, en la época de la salvación, es decir

---

331 37-41.

332 SUETONIO, *Calígula* 30.

333 VIRG., *Eneida* I 294-296.

en la época cristiana, la tranquilidad no puede ser arrancada ni siquiera por la hostilidad del César.

Éste, marchando con enorme e increíble aparato bé- 5
lico al encuentro de un enemigo que se encontraba con sus armas inactivas, tras recorrer Germania y Galia, se detuvo a orillas del océano dando ya casi vista a Britania. Y una vez que capituló ante él el hijo del rey de los britanos, Minocinobelino, el cual, expulsado del lado de su padre, vagaba en compañía de unos pocos, volvió a Roma al faltarle motivos de guerra[334].

Por otro lado, en esta misma época los judíos, que 6
ya entonces sufrían merecidos desastres como consecuencia de la pasión de Cristo, tras ser ejecutados algunos de ellos y expulsados todos de Alejandría por haber provocado una sedición en esta ciudad, habían enviado como legado al César, para exponer sus quejas, a un tal Filón, hombre en verdad erudito entre los primeros.
Pero Calígula, hostil con todo el mundo, pero sobre todo 7
con los judíos, despreció la mediación de Filón, y ordenó que todos los templos judíos y sobre todo aquel antiguo templo de Jerusalén fueran profanados con sacrificios propios de los gentiles y fueran llenados de estatuas e imágenes; ordenó incluso que fuera él mismo adorado
allí como Dios. El gobernador Pilato por su parte, que 8
era el que había pronunciado la sentencia de muerte contra Cristo, después de haber sufrido y provocado muchas revueltas en Jerusalén, se vio tan angustiado por las acucientes presiones de Gayo que, atravesándose con su propia espada, encontró en una rápida muerte la abreviación de todas sus maldades.

Gayo Calígula sumó a sus desenfrenos este otro cri- 9
men: a sus propias hermanas primero las manchó co-

[334] Fue una expedición sin ningún fin práctico (40 d. C.).

metiendo estupro con ellas y posteriormente las des-
terró. Y ordenó después que fueran ejecutados al mismo
tiempo todos los desterrados. Él mismo fue por fin ase-
10 sinado por su propia guardia. Entre sus papeles secretos
se encontraron dos documentos, uno de los cuales lle-
vaba el título de «El puñal» y otro el de «La espada»[335]:
ambos contenían nombres y anotaciones sobre hombres
famosos tanto del orden senatorial como ecuestre, a los
que había condenado ya a muerte. Se encontró también
un enorme cofre con los más variados venenos, los cua-
les, tras ser arrojados al mar por orden de Claudio
César, se dice que infestaron los mares causando gran-
des pérdidas entre los peces que, muertos, fueron echa-
dos por las olas a lo largo de todo el litoral cercano.

11 Una gran prueba de que Dios se compadeció, por intermedio de la gracia, del pueblo que en parte iba a creer pronto en él, y, por moderación de su ira, del pueblo que entonces se mantenía obstinadamente infiel, se puede colegir del hecho de que la multitud de hombres que escapó de una muerte ya inminente se pudiera deducir de la multitud de peces muertos y del hecho de que para todos quedara bien claro lo que hubiera podido suponer para la ciudad tan gran cantidad de veneno que, administrada con habilidad, hubiera sido mucho mayor, ya que, arrojada sin esa astucia, corrompió incluso los mares.

[335] SUETONIO, *Calígula* 49.

De su sucesor Tiberio Claudio, a comienzos de cuyo reinado, Pedro, el bienaventurado apóstol, iluminó a la ciudad con su venida; de la discusión, en su época, por parte del Senado sobre la abolición del régimen imperial, pretensión que fue evitada por él; de la guerra civil que intentaron contra él, sin conseguirlo, Camilo y Escriboniano; de sus victorias en Britania; de la adición de las islas Orcades al Imperio, y de las sediciones producidas en la ciudad a causa de la escasez

En el año 795 de la fundación 6
de la ciudad subió al trono, en
cuarto lugar tras Augusto, Tiberio
Claudio y se mantuvo en él du-
rante catorce años[336]. A comienzos 2
de su reinado[337] vino a Roma Pe-
dro, Apóstol de nuestro Señor Je-
sucristo y enseñó con palabras
dignas de crédito y corroboró con
evidentes milagros la fe salvadora
a todos los que en él creyeron.
A partir de ahora empezó a haber
cristianos en Roma. Roma tuvo 3
ocasión de conocer el premio me-
recido por esta su fe. Efectiva-
mente, a pesar de que, tras el
asesinato de Calígula, el senado y
los cónsules discutieron largamen-
te sobre la abolición del imperio,
la restauración de la antigua re-
pública y la erradicación total de
toda la familia de los Césares, sin embargo Claudio, en 4
cuanto se afianzó en el trono, haciendo gala de una cle-
mencia extraordinaria y hasta entonces desconocida en
Roma, clemencia que impidió que la venganza contra
tan gran multitud de nobles llegara a extremos crueles,
cosa que sucedería si dejaba sólo que empezase a apare-
cer esa venganza, se olvidó totalmente de aquellos dos
días en que infelizmente la nobleza había discutido y
decidido en torno a la situación del estado; y perdonó
y olvidó para siempre todas las acciones y palabras he-
chas y pronunciadas con ocasión de ello. De esta forma, 5
aquella noble y famosa amnistía practicada por los ate-

[336] 41-54.

[337] En el año segundo, según la tradición cristiana.

nienses, amnistía que también en Roma había intentado aplicar el Senado, por consejo de Cicerón, tras la muerte de César, pero que no se llevó a cabo porque lo impidieron Antonio y Octaviano que pedían venganza por el asesinato de César, esa amnistía la restauró Claudio, con espontánea clemencia, sin que nadie se lo pidiera, a pesar de que ahora se veía empujado por un motivo mucho más cruel a vengarse con la muerte de los conjurados.

6 Tuvo lugar también en esta época un milagro como prueba de que la gracia de Dios estaba presente: y es que Furio Camilo Escriboniano, gobernador de Dalmacia, obligó a muchas y poderosas legiones a que le juraran obediencia a él, en lugar de al César, con la inten-
7 ción de provocar una guerra civil; pues bien, fijado el día en que había de producirse una concentración de soldados de todas partes junto al nuevo emperador, no pudieron poner a punto las insignias de las legiones ni levantar o mover de ninguna forma los estandartes. El ejército, conmovido y arrepentido por la prueba tan grande e inusitada de este milagro, destituyendo a Escriboniano le ejecutó inmediatamente a los cinco días y se mantuvo fiel al juramento militar anterior.

8 Es suficientemente conocido que para la ciudad de Roma no hubo nunca nada más vergonzoso y pernicioso que las guerras civiles. Pues bien, que nadie niegue que esta incipiente usurpación de Escriboniano y la consiguiente guerra civil fueron reprimidas por Dios gracias a la venida del Apóstol Pedro y a los tiernos, y todavía pocos, retoños cristianos que empezaban a profesar la santa fe. Sólo lo puede negar quien pruebe la existencia de algo semejante ocurrido en una represión de las guerras civiles en tiempos pasados.

9 Claudio, en el año cuarto de su reinado, llevado por el deseo de aparecer como un príncipe útil al estado,

buscó por todas partes y de todas partes la guerra y la
victoria. Por ello hizo una expedición a Britania, que
parecía dispuesta a sublevarse por no haber sido devuel-
tos unos prófugos; pasó, pues, a la isla, en la cual nadie,
antes de Julio César ni después de él, se atrevió nunca
a desembarcar; y en ella —en palabras de Suetonio 10
Tranquilo— «en muy pocos días hizo capitular a la ma-
yor parte de la isla sin un solo choque y sin una gota
de sangre»[338]. Anexionó además al imperio romano las
islas Orcades, situadas en el océano más allá de Brita-
nia. Y a los seis meses de haber salido, regresó a Roma.

Que compare ahora, aquel que le apetezca, con rela- 11
ción a esta sola isla, una época y otra, una guerra y otra,
un César y otro —y no digo nada del resultado final,
que en este caso fue una feliz victoria y en aquél un
duro desastre— y después de hacer la comparación, que
acabe Roma de comprender que ella, en época anterior,
conoció en sus acciones una parte de felicidad gracias a
la oculta providencia de aquél con cuyo conocimiento,
ya ahora aceptado, goza de una absoluta felicidad, en la
medida, sin embargo, en que ésta no es corrompida por
las manchas de las blasfemias.

En el mismo año de su reinado Siria se vio afectada 12
por una gravísima escasez que ya habían anunciado los
profetas. Pero los cristianos de Jerusalén, que sufrieron
esta misma escasez, fueron ampliamente socorridos por
Helena, reina de los Adiabenos, una conversa a la fe cris-
tiana, que hizo traer trigo de Egipto.

En el año quinto de su reinado apareció de repente, 13
desde las profundidades del mar, entre Tera y Terasia[339],
una isla de una extensión de treinta estadios.

---

[338] SUETONIO, *Claudio* 7.

[339] Islas cercanas a Creta. El suceso ocurrió en el 46 y es mencionado por varios autores.

14 En el año séptimo, siendo procurador de Judea Cumano, se produjo en Jerusalén, en los días de los ácimos[340], una revuelta tan grande que, al amontonarse el pueblo a la salida de las puertas, se dice que entre muertos y asfixiados por el amontonamiento hubo treinta mil judíos.

15 En el año noveno de su reinado cuenta Josefo que Claudio expulsó de Roma a los judíos. Pero a mí lo que más me trastorna es lo que dice Suetonio: «Claudio expulsó de Roma a los judíos que, por culpa de Cristo,
16 estaban continuamente provocando revueltas»[341]. Con relación a lo cual no se sabe si lo que quiso decir es que ordenó reprimir y castigar a los judíos que se levantaban contra Cristo, o bien que quiso expulsar también a los cristianos como si fueran hombres de una religión semejante.

17 A pesar de las acciones de Claudio, al año siguiente hubo en Roma una escasez tan grande que, sorprendido el emperador por el pueblo en mitad del foro y agredido vergonzosamente con gritos y trozos de pan, a duras penas eludió el furor de la excitada plebe escondiéndose en el Palacio[342] a través de una puerta falsa.

18 Pasado, por otra parte, un poco de tiempo, hizo matar por motivos mínimos a treinta y cinco senadores y trescientos caballeros romanos. Él mismo, a su vez, murió con manifiestas señales de haber sido envenenado.

---

[340] En la Pascua.

[341] Suetonio, *Claudio* 25.

[342] A partir de Augusto, está en el monte Palatino.

De cómo su sucesor Nerón, manchado con infandos crímenes y con todas las maldades y convertido en el primer enemigo del nombre de Cristo, mató a los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo; de los sucesos adversos para el Estado que ocurrieron en su época en distintas provincias, y de su muerte, digna de sus méritos

En el año 808 de la fundación 7
de la ciudad subió al trono, en quinto lugar después de Augusto, Nerón César y se mantuvo en el mismo catorce años no completos[343]. Continuador y superador incluso de su tío Gayo Calígula en todo tipo de vicios y crímenes, ejercitó la petulancia, la pasión, el lujo, la avaricia y la crueldad con todo tipo de acciones malvadas. Efectivamente, llevado por la petulancia, recorrió casi todos los teatros de Italia y de Grecia y, poniéndose incluso distintos vestidos que no iban con su posición, se autoconvenció muchas veces de que lo había hecho mejor que los tocadores de trompetas, los citaristas, los actores de tragedias y los aurigas.

En cuanto a las pasiones, las tuvo tan grandes que 2
se dice que no respetó ni a su madre, ni a su hermana ni a ninguna mujer de la familia; incluso se casó con un hombre y él mismo fue aceptado como esposa por un hombre.

En lo que al lujo se refiere fue tan desenfrenado 3
que pescaba con redes de oro de las que se tiraba con cuerdas de púrpura y tomaba baños fríos y calientes de perfumes. Incluso se dice que nunca hizo un viaje
con menos de mil carrozas de paseo. El colmo fue que, 4
por darse el placer de verlo, provocó el incendio de la ciudad de Roma[344]. La ciudad, que ardió durante seis días y siete noches, tuvo miedo ante la presencia del

[343] 54-68.

[344] Verano del 64.

5 tirano. Los almacenes construidos con sillares cuadrados y aquellas magníficas manzanas de casas de los antepasados, en las que la llama, pasando de largo, no podía entrar, fueron derrumbadas e incendiadas con aquellas grandes máquinas usadas en otro tiempo para guerras en el exterior, mientras que la desgraciada plebe se vio empujada a buscar guarida en los monu-
6 mentos y tumbas. Todo ello lo miraba él desde aquella altísima torre de Mecenas[345] y, alegre, según decía él mismo, por la belleza de las llamas, recitaba la *Ilíada* vestido con indumentaria de actor trágico.

7 En lo que a su codicia se refiere fue ésta tan avasalladora que, tras el incendio de la ciudad, de la que Augusto se jactaba de haberla convertido en ciudad de mármol de ciudad de ladrillo que era, a nadie se le permitió acercarse a los restos de sus bienes; todo lo que de alguna forma había escapado de las llamas, se
8 lo quedó él. Ordenó que todos los años el senado le asignara para sus gastos diez millones de sestercios. Privó de sus bienes a muchos senadores sin ningún motivo aparente. En un solo día barrió totalmente con toda la fortuna de todos los comerciantes, sometiéndoles incluso a tormentos.

9 Y en lo que a crueldad se refiere, era tan rabiosamente fiero, que hizo ejecutar a una gran parte de los senadores y suprimió casi totalmente la clase de los caballeros. Pero es que ni siquiera se abstuvo de parricidios: mató, sin escrúpulos, a su madre, a su hermano, a su hermana, a su esposa y a todos los demás parientes y allegados.

10 Aumentó aún más este conjunto de crímenes su osado desprecio hacia Dios. Fue, en efecto, el primero

[345] Mecenas tuvo una extensa propiedad en el Esquilino, que incluía una magnífica casa, jardines y una torre.

que, en Roma, sometió a los cristianos al martirio y a la muerte y ordenó que se les persiguiese y atormentase igualmente por todas las provincias; y, en su intento de extirpar el propio nombre cristiano, ejecutó a los bienaventurados apóstoles de Cristo, Pedro y Pablo: a uno en la cruz, y al otro con la espada.

Inmediatamente agobiaron a la desgraciada ciudad 11
montones de desastres que surgían por todas partes. Efectivamente, en el otoño siguiente se apoderó de Roma una peste tan cruel que en el cómputo de la Muerte se contabilizaron treinta mil funerales. Inmediatamente después tuvo lugar un desastre en Britania, donde dos importantes ciudades[346] fueron saqueadas con la consiguiente e importante ruina y matanza de ciudadanos y aliados romanos. En Oriente, por otro 12
lado, perdidas ya las grandes provincias de Armenia, las legiones romanas fueron obligadas por los partos a pasar bajo el yugo y sólo con dificultades se pudo mantener Siria. En Asia fueron arrasadas por un terremoto tres ciudades: Laodicea, Hierápolis y Colosas.

En cuanto a Nerón, tan pronto como se enteró de 13
que en Hispania el ejército había nombrado emperador a Galba, cayó en un desánimo y desesperación total. Y dado que tramaba increíbles crímenes para perturbar o, mejor, para minar totalmente los cimientos del estado, fue declarado por el senado enemigo público y, dándose vergonzosamente a la huida, se suicidó a cuatro millas de Roma. Y con él se acabó toda la familia de los Césares[347].

---

[346] *Camulodunum* y *Verulanium,* ciudades ocupadas y masacradas por las tribus rebeldes.

[347] La familia Julio-Claudia.

Del corto y triste reinado, no mayor de un año, de sus sucesores, los usurpadores Galba, Otón y Vitelio; y de la cruel actuación de Vitelio, a finales ya de su vida, para con algunos senadores y ciudadanos en el Capitolio

8 En el año 824 de la fundación de la ciudad, Galba usurpó el trono en Hispania; y en cuanto se enteró de la muerte de Nerón, marchó a Roma[348]. Y, teniendo a todos descontentos por su avaricia, su crueldad y su estupidez, adoptó como hijo y corregente suyo a Pisón, joven noble y hábil. Juntamente con éste, fue asesinado por Otón al séptimo mes de su reinado.

2 Roma paga así, con las muertes de sus emperadores y con las guerras civiles que por ello se provocan, las injurias que recientemente había infligido a la religión cristiana; y aquellos estandartes de las legiones que, frenadas por Dios a la llegada del apóstol Pedro a Roma, no habían podido ser arrastrados a la guerra civil que tramaba Escriboniano[349], ahora, con la ejecución de Pedro en Roma y con los distintos martirios a que eran sometidos los cristianos, se desataron por todo el mun-
3 do. Efectivamente, desde Hispania se había sublevado en primer lugar Galba; y, una vez desaparecido éste, se apoderan al mismo tiempo del mando y del ejército Otón, en Roma, Vitelio en Germania y Vespasiano en Siria.

4 Que ahora, en contra incluso de su voluntad, comprueben el poder y al mismo tiempo la clemencia de Dios, los que critican a los tiempos cristianos; que comprueben cómo son rápidamente provocados y apagados los incendios de enormes conflictos bélicos: mientras que antes, por las más pequeñas excusas, se producían enormes y largos desastres, ahora los más grandes fra-

[348] Desde junio del 68 a enero del 69.
[349] Cf. cap. 6.

gores de intensas desgracias resuenan por todas partes, pero son adormecidos con el más pequeño esfuerzo. Y es que la Iglesia, aunque perseguida, tenía ya un sitio 5
en Roma, y esa Iglesia suplicaba incluso a favor de sus enemigos y perseguidores ante el Juez de todas las cosas, Cristo.

Pues bien, Otón, una vez que, asesinados Galba y 6
Pisón en Roma, se apoderó del trono en medio de tumultos y asesinatos y se enteró a continuación de que en la Galia Vitelio había sido nombrado emperador por las legiones germánicas, emprendió una guerra civil; y tras haber vencido en un primer momento en tres insignificantes choques contra los generales vitelianos, uno en los Alpes, otro cerca de Placentia y el tercero cerca del lugar que llaman Castores[350] y conocer a pesar de todo en el cuarto combate, en Bedriaco, la derrota de los suyos[351], se suicidó al tercer mes de haber subido al trono[352].

Vitelio marchó a Roma como vencedor, y allí, tras 7
llevar a cabo acciones crueles y perversas y cargar, como consecuencia de su increíble glotonería, con vergonzosas acciones[353] una vida que debía ser la de un hombre, intentó en un primer momento, cuando se enteró de los movimientos de Vespasiano, abandonar el trono. Después, animado por algunos, acorraló en el Capitolio a Sabino, hermano de Vespasiano[354], que por entonces no

---

[350] Lugar próximo a Cremona.

[351] *Bedriacum*, también *Bebriacum* o *Betriacum*, pueblo de la Galia Cisalpina, entre Verona y Cremona, hoy *Cividale*.

[352] De enero del 69 a abril del mismo año.

[353] SUETONIO, *Vitelio* 3, habla de esta glotonería y de alguna de estas acciones: comía 4 veces al día; vomitaba para volver a comer; se invitaba a sí mismo a casa de varias personas, etc.

[354] Era el comandante de las cohortes urbanas de Roma, al que Vitelio había perdonado la vida y mantenido en sus funciones, a pesar de la lucha con Vespasiano.

tramaba ninguna mala acción, y a todos los demás partidarios de Flavio[355]. E incendiando el templo, al mezclarse juntos llamas y cascotes, proporcionó a todos, a
8 un mismo tiempo, muerte y sepultura. Posteriormente, privado de su ejército, que se pasó a la causa de Vespasiano; vergonzosamente sacado de una celda cercana al palacio en la que, asustado ante la aproximación de los ya enemigos, se había escondido; conducido al foro mientras todos, sin excepción, le arrojaban estiércol a la cara cuando era llevado desnudo por la vía Sacra; desgarrado cerca de las escaleras Gemonias[356] por los innumerables pinchazos de golpes no muy fuertes, y sacado de allí con un garfio y arrojado por fin al Tíber a los ocho meses de haber subido al trono[357], se vio privado incluso de la sepultura común a todos los hom-
9 bres. Por lo demás, los soldados de Vespasiano se ensañaron durante muchos días, con indiscriminados asesinatos de muchos y distintos tipos, contra el senado y el pueblo romano.

9

Del sitio y destrucción de Jerusalén durante el imperio de Vespasiano, legítimo sucesor, a manos de su hijo Tito, y de la adición de muchas y grandes provincias durante su mandato

En el año 825 de la fundación de la ciudad, una vez disipada aquella tempestad de tiranos, ciertamente breve, pero turbulenta, volvió la pacífica calma bajo Ves-
2 pasiano[358]. Efectivamente, retrotrayéndome un poco en el tiempo, los judíos, alejados totalmente de la gracia de Dios tras la pasión de Cristo, seducidos, a pesar de que estaban rodeados por todas partes de todo tipo de males, por ciertas creencias

---

[355] Vespasiano.

[356] Escaleras en la pendiente del monte Capitolino, donde se arrastraban y exponían los cuerpos de los ajusticiados.

[357] De abril del 69 a diciembre del mismo año.

[358] 69-79.

conocidas en el monte Carmelo[359] que predecían que
jefes nacidos de Judea habrían de ser los dueños del
mundo, y aplicándose esta predicción a ellos mismos,
se rebelaron con enorme vehemencia. Y, tras asesinar a
la guarnición romana, pusieron en fuga al legado con-
sular de Siria, que acudía en ayuda de la guarnición,
apoderándose de un águila y destrozando sus tropas.
Contra ellos Nerón envió a Vespasiano, quien nombró 3
entre sus lugartenientes a su hijo mayor Tito; y es que
llevó consigo a Siria muchas y poderosas legiones. Pues
bien, tras haber asediado, una vez tomadas muchas de
sus fortalezas, a los judíos en Jerusalén, donde se habían
congregado a causa sobre todo de sus fiestas[360], al ente-
rarse de la muerte de Nerón, se hizo cargo del imperio,
aconsejado por muchos gobernadores y generales y so-
bre todo por las palabras de Josefo, jefe de los judíos,
quien, capturado, no había dejado de asegurar, mientras
le cargaban de cadenas —según cuenta Suetonio[361]—
que muy pronto le libertaría el mismo Vespasiano, pero
hecho ya emperador; y, dejando en el campamento a
su hijo Tito al frente del sitio de Jerusalén, marchó a
Roma a través de Alejandría. Pero enterado del asesi-
nato de Vitelio se detuvo un poco en Alejandría. Tito, 4
por su parte, tras un duro y largo asedio contra los
judíos, sirviéndose de todo tipo de armas e instrumentos
bélicos, rompió por fin los muros de la ciudad no sin
grandes pérdidas por parte de los suyos. Y para tomar
al asalto la fortaleza interior del templo, defendida por
una multitud de sacerdotes y nobles que en ella se habían
encerrado, necesitó mayor violencia y tiempo. Pero des- 5

[359] Cf. TACITO, *Historias* II 78, donde señala que es el lugar de un oráculo. Es una montaña conocida en la historia judía como lugar de oración.

[360] Era la Pascua.

[361] *Vespasiano* 5.

pués que, una vez sometido, contempló admirado este templo en su arte y su antigüedad, dudó durante largo tiempo si lo incendiaría para acicate de los enemigos o lo reservaría como testimonio de su victoria. Pero la verdad es que, como la Iglesia de Dios germinaba ya por todo el mundo, este templo, a juicio de Dios, tenía que ser ya destruido como algo sin fuerza, sin sentido y sin
6 ninguna validez práctica. Y así fue: Tito, aclamado como general triunfante por su ejército, incendió y arrasó el templo de Jerusalén, el cual, desde el día de su primera construcción hasta el día de su última destrucción, había estado en pie mil ciento dos años. Arrasó todos
7 los muros de la ciudad. Cornelio y Suetonio[362] cuentan que en esta guerra murieron seiscientos mil judíos; Josefo, por su parte, que era judío, y que tuvo en esta guerra un papel importante y había merecido el perdón y la gracia de Vespasiano a cambio de haberle profetizado su subida al trono, escribe que murieron entonces, entre heridos y hambrientos, un millón cien mil judíos, y que los demás judíos, exiliados en distintas condiciones, se dispersaron por todo el mundo: el número de éstos se dice que fue de alrededor de novecien-
8 tos mil. Vespasiano y Tito entraron como «emperadores» en Roma celebrando magníficamente su triunfo sobre los judíos. El espectáculo fue algo hermoso y no visto por nadie en ninguno de los trescientos veinte triunfos que se habían celebrado desde la fundación de la ciudad hasta ese momento: que un padre y un hijo, montados en un solo carro triunfal, celebrasen una gloriosa victoria sobre aquellos que habían ofendido al
9 Padre y al Hijo[363]. Ellos, terminadas todas las guerras

[362] TÁCITO, *Historias* V 13. Suetonio no dice nada de ello.
[363] A Dios Padre y a Cristo Hijo.

tanto en el interior como en el exterior, en seguida pro-
clamaron públicamente la paz de todo el mundo y deci-
dieron ellos mismo, por sexta vez tras la fundación de
Roma, encerrar a Jano Gémino[364] echando el cerrojo a
sus puertas. Con razón, pues, la venganza por la pasión
del Señor fue pagada con los mismos éxitos que fueron
atribuidos igualmente a su natividad. A continuación el 10
Imperio Romano se amplía enormemente sin ningún
levantamiento bélico: efectivamente, Acaya, Licia, Ro-
das, Bizancio, Samos, Tracia, Cilicia[365] y Comagena, con-
vertidas entonces por primera vez en provincias roma-
nas, se sometieron a los jueces y leyes romanos[366].

En el noveno año de su reinado se derrumbaron en 11
un terremoto tres ciudades de Chipre y en Roma apa-
reció una cruel peste. Vespasiano, a su vez, murió en 12
el noveno año de su reinado de un flujo de vientre en
la villa de su propiedad cerca de territorio sabino.

Del tranquilo gobierno de su sucesor e hijo Tito, pero un gobierno que terminó en seguida, y del cruel incendio de la ciudad y del monte Bebio que afectó a los lugares de alrededor

En el año 828 de la fundación 13
de la ciudad, Tito subió al trono
como octavo emperador a partir
de Augusto, si no contamos a Otón
y Vitelio; reinó durante dos
años[367] tras Vespasiano. En su rei-
nado hubo tanta tranquilidad que
se dice que, en la administración
del estado no derramó la sangre
de un solo ciudadano. Y, sin embargo, en un incendio 14
que se produjo entonces en Roma, se quemaron muchos

---

364 Se le representaba a veces con dos caras.

365 Orosio cae aquí en el mismo error que su fuente, Eutropio, quien a su vez lo toma de Suetonio. Turnebo corrige, en Suetonio, *Trachia Cilicia:* es la parte montañosa de Cilicia.

366 Zangemeister piensa, sin embargo, que esta noticia la recoge Orosio de Jerónimo.

367 79-81.

edificios públicos. También entonces, según cuentan, vomitó gran cantidad de fuego la cima del monte Bebio[368] que se abrió y arrasó con torrentes de llama los territorios cercanos juntamente con las ciudades y las personas. Tito murió enfermo en la misma villa que su padre, produciendo gran luto entre todos.

10

De cómo Domiciano, hermano y sucesor de Tito, gobernó el Estado con crueldad e impiedad; de cómo fue el primer imitador de Nerón en una dura persecución a las comunidades cristianas, por lo cual el propio bienaventurado apóstol Juan permaneció desterrado en la isla de Patmos; de su actitud ante el Senado y de los desgraciados y crueles combates que llevó a cabo contra dacios y germanos con grandes pérdidas de soldados por medio del general Fusco, y de su despreciabilísima muerte

En el año 830 de la fundación de la ciudad, Domiciano, hermano de Tito, sucedió a su hermano en el trono, siendo el noveno emperador a partir de Augusto. Éste, durante quince años[369], llegó poco a poco, pasando por distintos grados, a tal extremo de maldad que incluso intentó osadamente derribar la Iglesia de Cristo, asentada ya por todo el mundo, promulgando por todas partes edictos en los que ordenaba cruel persecu-
2 ción. Cayó en tal estado de soberbia que ordenó que se le llamara, se le citara por escrito y se le adorara como señor y como Dios. De entre los más importantes senadores, por envidia y también por afán de coger sus riquezas, a unos los mandó ejecutar sin reparos, y a otros los arrojó al destierro y, estando ya en el destierro, ordenó que fueran eliminados. Llevado por su incontrolado apetito carnal,

---

[368] La edición *Patr. Lat.* escribe Vesubio; SUETONIO, *Tito* 8, también «Vesubio». De hecho el 24 de agosto del 79 se produjo una terrible erupción del Vesubio, sepultando a Herculano, Pompeya y Estalia.

[369] 81-96.

hizo todo lo que se pueda imaginar. Construyó muchos edificios públicos a cambio de arruinar al pueblo romano. Se enfrentó, por medio de sus lugartenientes, 3
a germanos y dacios con igual resultado fatal para el estado. Y es que en la ciudad, él mismo se encargaba de despedazar al senado y al pueblo, y, en el exterior, los enemigos diezmaban continuamente a un ejército mal conducido. A mí me gustaría explicar con exten- 4
sión el número de batallas que, bajo el mando de Fusco[370], tuvieron con Diurpaneo[371], rey de los dacios, y el número de desastres romanos; pero es que Cornelio Tácito, que narró con gran exactitud estos hechos, dijo que tanto Salustio Crispo como otros muchísimos autores habían impuesto como norma el no señalar el número de muertos y que él mismo había aceptado esta norma como algo importante[372]. A pesar de la derrota, Domiciano, arrastrado por una maligna jactancia, celebró un triunfo con la excusa de haber derrotado a los enemigos, aunque en realidad lo que celebró fue un triunfo por haber perdido unas legiones.

Y este mismo, embrutecido por la soberbia, empu- 5
jado por la cual pretendía ser adorado como Dios, ordenó, el segundo después de Nerón, que se llevara a cabo una persecución contra los cristianos[373]. En esta época

---

[370] Cornelio Fusco. Pasó el Danubio y penetró en Dacia (86 u 87), pero perdió la vida en una desastrosa derrota.

[371] Llamado Decébalo por otros autores.

[372] A Orosio sólo le interesan los desastres que siguen a las guerras; de ahí que siempre señale el número de muertos. Aquí no tiene datos.

[373] J. A. Moreau («A propos de la pérsecution de Domitien», *N.ª Clio* 5 [1953], 121-129) señala que la tradición eclesiástica, representada por Melitón, Hegesipo, Tertuliano, Lactancio, Eusebio, Sulpicio Severo y Orosio, según la cual Domiciano persiguió de una forma sistemática a la Iglesia católica, no reposa sobre nada seguro.

fue incluso exiliado a la isla de Patmos el bienaventu-
6 rado apóstol Juan. Se ordenó también que fueran sometidos a crueles interrogatorios y ejecutados con duros tormentos todos los judíos pertenecientes a la raza de David; y ello porque se tenía envidia de los auténticos profetas y se creía que todavía había de venir de la sangre de David el que se apoderaría del reino.

7 Pero inmediatamente después muere Domiciano, cruelmente asesinado por los suyos en palacio. Su cadáver fue llevado en un vulgar ataúd por los sepultureros y deshonrosamente sepultado.

11 *Del corto imperio de Nerva, sucesor del anterior*

En el año 846 de la fundación de la ciudad —aunque Eutropio dice que es el año cincuenta [374]— Petronio, prefecto del pretorio y el eunuco Partenio, el asesino de Domiciano, nombran como décimo emperador tras Augusto a Nerva [375], ya muy anciano. Éste adscribió al mando a Trajano, gracias al cual, con la ayuda de la divina providencia, pudo en
2 verdad velar por el arruinado estado. En su primer edicto hizo volver a todos los exiliados; de ahí que el apóstol Juan, liberado gracias a este perdón general, volviera a Éfeso.

Y pasado un año de su reinado, Nerva murió afectado por una enfermedad.

---

[374] Eutropio, *Breviario de Historia romana* 8, 1.

[375] Marco Cocceyo Nerva. Del 96 al 98.

De las exitosas guerras y victorias del emperador Trajano, si olvidamos la persecución que decretó a finales de su reinado contra la fe cristiana y los gravísimos terremotos y destrucciones de ciudades que hubo por distintos lugares; y de las acciones que se emprendieron contra los judíos en su época

En el año 847 de la fundación 12
de la ciudad tomó las riendas del
Imperio, de manos de Nerva, y en
undécimo lugar después de Augus-
to, Trajano, de familia hispana; y
las conservó durante diecinueve
años[376]. Tomó los distintivos im- 2
periales en la ciudad gala de Agri-
pina[377]. Inmediatamente repone
en su antigua situación a la Ger-
mania transrenana; al otro lado
del Danubio sometió a muchos
pueblos. Convirtió además en pro-
vincias las regiones de más allá
del Eufrates y del Tigris. Se apoderó de Seleucia, Ctesi-
fonte y Babilonia. Cayó, es verdad, el tercero después 3
de Nerón, en el error de perseguir a los cristianos, ya
que ordenó que, dondequiera que se les encontrase,
fueran obligados a hacer sacrificios a los dioses y que,
los que se opusiesen, fueran ejecutados; y, cuando ya
habían sido ejecutados muchos cristianos, advertido por
el informe de Plinio Segundo, quien, juntamente con
otros jueces, había sido nombrado perseguidor, de que
estas gentes, si se exceptuaba su aceptación de Cristo y
sus irreprochables reuniones, no hacían nada en contra
de las leyes romanas y de que, por la confianza que les
daba la inocencia de su confesión, a ninguno de ellos les
parecía la muerte algo duro y temible, suavizó inmedia-
tamente su edicto con rescriptos menos duros. A pesar 4
de ello, la casa áurea[378] de Roma, construida por Nerón
a base de agotar totalmente haciendas privadas y públi-

[376] 98-117.
[377] La *Colonia Agripina;* actual Colonia.
[378] Construida por Nerón sobre las ruinas de su morada.

cas, fue destruida inmediatamente después por un in-
cendio repentino, para que se viera que una persecución,
aunque continuada por otro, es castigada sobre todo en
los monumentos construidos por aquel que inició las
persecuciones, y castigada también en la persona del
5 propio culpable de ella. Cuatro ciudades de Asia, Elea,
Mirina, Pitane y Cime, y dos de Grecia, Opuntíoro y Orí-
toro, fueron arrasadas por un terremoto; en este terre-
moto cayeron también tres ciudades de Galatia; el
Panteón de Roma fue quemado por un rayo; un terre-
6 moto casi destruye toda la ciudad de Antioquía. Poste-
riormente, en un increíble levantamiento, los judíos,
enloquecidos por así decir de rabia, estallaron en re-
vueltas por distintas partes del mundo al mismo tiempo.
Efectivamente, protagonizaron atroces enfrentamientos
a lo largo de toda Libia contra los habitantes de la
misma; esta región, al ser muertos entonces sus habi-
tantes, quedó tan despoblada que, si el emperador Ha-
driano no hubiese fundado después colonias reuniendo
allí colonos de otros lugares, hubiera permanecido total-
mente vacía al haber sido arrancados de raíz sus habi-
7 tantes. Por otra parte, perturbaron con sangrientas
revueltas a todo Egipto, Cirene y Tebaida. En Alejan-
dría, sin embargo, fueron derrotados y aniquilados en
el combate que se entabló. También en Mesopotamia se
reprimió con las armas a los rebeldes. La consecuencia
fue que, mediante ejecuciones que se extendieron por
todos sitios, desaparecieron muchos miles de judíos.
8 También es verdad que destruyeron Salamina, ciudad
de Chipre, matando a todos sus habitantes.

Trajano murió, según cuentan algunos, en Seleucia, ciudad de Isauria, afectado por un flujo de vientre.

De cómo su sucesor Hadriano sometió con éxito al pueblo de los saurómatas, reprimió un levantamiento de los judíos que sublevaron la provincia de Palestina y ordenó que, sin que hubiera por medio crimen, no se condenara a los cristianos y que Jerusalén fuera llamada Elia a partir de su «prenomen»

En el año 867 de la fundación 13
de la ciudad, Hadriano, hijo de una prima de Trajano[379], consiguió el trono en duodécimo lugar tras Augusto; reinó durante veintiún años[380]. Éste, instruido y ver- 2
sado en los libros que trataban de la religión cristiana por medio de Cuadrato[381], discípulo de los apóstoles, de Arístides ateniense[382], hombre de gran fe y sabiduría, y del legado Sereno Granio, ordenó en una carta dirigida a Minucio Fundano, procónsul de Asia, que a nadie se le permitiese condenar a los cristianos sin que hubiera de antemano una acusación o unas pruebas: y a continuación recibe en el Senado el título 3
de padre de la patria sobrepasando la costumbre de los antepasados, y su mujer recibe el de Augusta[383].

Hadriano gobernó el estado con justísimas leyes; guerreó contra los saurómatas y los derrotó. Y a los judíos, que enloquecían por culpa de la inquietud a que les sometían sus propios crímenes y que asolaban a la en otro tiempo su provincia, Palestina, los sometió en el que sería ya el último golpe contra ellos; y de esta forma vengó a los cristianos, a los cuales los judíos, mandados por Coqueba, atormentaban, porque no les

[379] La edición de *Patr. Lat.* escribe *consobrini*, «primo». Havercamp lo justifica, además, con el testimonio de ESPARTIANO, *Adriano* 1: «El padre de Adriano fue Elio Adriano, de sobrenombre Afro, que fue primo del emperador Trajano.»

[380] 117-138.

[381] Autor de una *Apología* presentada a Adriano en el 124.

[382] Otro autor cristiano de apologías del s. II.

[383] Como consecuencia de su buena acción.

5 ayudaban en su lucha contra los romanos; y ordenó que, una vez dejada la ciudad de Jerusalén sólo para los cristianos, no se permitiese la entrada en ella a ningún judío. Restauró incluso él mismo los muros de esta ciudad, dejándolos en un estado inmejorable y ordenó que fuera llamada Elia a partir de su prenomen.

14

De cómo Antonino Pío, extraordinario emperador, gobernó el Estado con bondad y se portó de una forma humana con los cristianos, y de cómo, en su época, los heresiarcas Valentino y Cerdón ensuciaron Roma con dogmas heréticos

En el año 888 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, en decimotercer lugar después de Augusto, Antonino, de sobrenombre Pío; durante veintitrés años[384] no completos gobernó, juntamente con sus hijos Aurelio y Lucio, tan pacífica y honradamente el Estado que con razón recibió el título de Pío y de Padre
2 de la Patria. En su época, sin embargo, vinieron a Roma el heresiarca Valentino[385] y Cerdón[386], maestro de Marción. Pero el filósofo Justino[387] entregó a Antonino el libro que había compuesto en defensa de la fe cristiana y consiguió que éste mirara con buenos ojos a los cristianos.

Antonino murió enfermo a doce millas de Roma.

---

[384] 138-161.

[385] Fundador y líder de un grupo de agnósticos en tiempo de Hadriano.

[386] Gnóstico sirio poco conocido. Su discípulo Marción es más conocido.

[387] Justino el mártir, el más importante de los apologistas griegos del s. II. La referencia que aquí se hace posiblemente sea a la primera de sus apologías, escrita en el 148.

De sus sucesores Antonino Vero y Aurelio Cómodo, que consiguieron con loable éxito una victoria frente a los persas; de las muchas batallas que, frente a muchos pueblos, protagonizó el propio Augusto Antonino, en cuyo reinado, a partir de un determinado momento, una gran peste asoló a toda Italia como consecuencia de una persecución a los cristianos, y de cómo después, mientras luchaba angustiosamente contra los cuados, una lluvia, que siguió a una invocación del nombre de Cristo, socorrió a su ejército que moría de sed en el campamento

En el año 911 de la fundación **15**
de la ciudad subió al trono, en decimocuarto lugar tras Augusto, Marco Antonino Vero[388] teniendo como corregente a su hermano Aurelio Cómodo[389]; y permaneció en el trono durante diecinueve años. Éstos fueron los primeros que gobernaron el Estado en igualdad de condiciones. Lucha- 2
ron después contra los partos con valor y suerte extraordinarios. Al frente de estas operaciones estuvo Annio Antonino Vero. Y es que Vologeso, rey de los partos, asolaba en duras incursiones los territorios de Armenia, Capadocia y Siria. Pero Antonino, en extraor- 3
dinarias acciones protagonizadas con el apoyo de sus hábiles generales, tomó la ciudad asiria de Seleucia, situada junto al río Hidaspes, capturando cuatrocientos mil hombres y celebró su triunfo sobre los partos en compañía de su hermano. Y no mucho después, mientras iba sentado con su hermano en un carruaje, murió abatido por la enfermedad que los griegos llaman apoplejía.

Tras su muerte, quedó solo al frente del Estado 4
Marco Antonino. Pero en los días de la guerra contra los partos tuvieron lugar, por mandato suyo, y por cuarta vez ya tras Nerón, crueles persecuciones contra los

[388] Marco Aurelio Antonino Augusto (161-180), emperador junto con Lucio Vero (161-169) y con Cómodo (177-180).

[389] Conocido como Lucio Vero.

cristianos en Asia y en Galia: muchos santos merecie-
5 ron la corona del martirio. Como consecuencia hubo una
epidemia que se extendió por muchas provincias y una
peste tan grande asoló a toda Italia que por todas partes
las villas, campos y ciudades se convirtieron en ruinas
y en lugares salvajes al quedarse desiertos, sin cultiva-
6 dores y habitantes. Por otro lado, dicen que el ejército
romano y todas las legiones, distribuidos en campamen-
tos de invierno extendidos a lo largo de todo el Imperio,
se agotaron hasta tal punto que, según noticias, la guerra
contra los marcomanos, que estalló inmediatamente des-
pués, no se pudo llevar a cabo sino con un nuevo reclu-
tamiento de soldados que llevó a cabo Marco Antonino
durante tres años ininterrumpidos en Carnuntio[390].
7 Que esta guerra fue dirigida providencialmente por Dios
lo prueba clarísimamente, entre otros argumentos, sobre
todo una carta de este prudente y honrado emperador.
8 Efectivamente, al sublevarse estos pueblos de crueldad
bárbara y de cantidad innumerable, esto es, los marco-
manos, los cuados, los vándalos, los sármatas, los suevos
y casi toda Germania, y al peligrar el ejército, que había
avanzado y había sido rodeado en territorio de los cua-
dos, peligro que se debía más a la sed, ya que faltaba
9 el agua, que al enemigo, se produjo, ante la invocación
del nombre de Dios, invocación que de pronto hicieron
públicamente unos cuantos soldados que se abando-
naron a las preces con extraordinaria fe, se produjo,
digo, una lluvia tan intensa que los romanos se vieron
larga y justamente reconfortados, mientras que los bár-
baros, asustados por la constante caída de rayos, y sobre
todo porque muchos de ellos perdían la vida, se dieron
10 a la fuga. Los romanos, persiguiendo hasta la aniquila-
ción a los fugitivos, lograron, con un inexperto y pe-
queño número de soldados, pero con la poderosa ayuda

[390] Ciudad de Panonia.

de Cristo, una victoria gloriosísima y digna casi de ser antepuesta a todas las glorias de los antepasados. Se dice 11
que todavía ahora conservan muchas personas la carta del emperador Antonino, donde confiesa que la superación de aquella sed y la consecución de la victoria se debió a los soldados cristianos en su invocación al nombre de Cristo.

El mismo Antonino asoció en el trono a su hijo 12
Cómodo[391]; perdonó también en todas las provincias los tributos impuestos en época anterior, ordenó que fueran reunidos y quemados en el foro todos los documentos falsos relativos a asuntos fiscales y moderó con nuevas disposiciones las leyes excesivamente rigurosas.

Finalmente murió mientras estaba en Panonia, de una repentina enfermedad.

De Cómodo, hijo y sucesor del anterior Aurelio, el cual protagonizó una feliz guerra contra los germanos, aunque después, con ánimo malvado, cometió muchas atrocidades y asesinó a muchos senadores. En su época cayó un rayo sobre el Capitolio y el fuego que salió del mismo incendió casualmente la biblioteca de los antepasados, y de otros fuegos que se extendieron por la ciudad

En el año 930 de la fundación 16
de la ciudad Lucio Antonino Cómodo sucedió a su padre en el trono, en decimoquinto lugar tras Augusto, y permaneció en él durante trece años[392]. Guerreó con éxito contra los germanos.
Pero, por lo demás, depravado to- 2
tal y vergonzosamente por el lujo y la obscenidad, se dedicó con mucha frecuencia a combatir en el circo con armas de gladiador y a enfrentarse frecuentemente a las fieras en el anfiteatro; ejecutó incluso a muchos senadores, sobre todo a aquellos que veía sobresalir en nobleza y en talento.
Los pecados del rey los paga la 3

[391] 177-180.
[392] 180-192.

ciudad. En efecto, en el Capitolio cayó un rayo, a causa del cual se produjo un incendio que quemó en rápido movimiento aquella famosa biblioteca construida con el cuidado y el interés de los antepasados, y otros edificios que estaban cerca. Posteriormente, otro incendio que a continuación se produjo en Roma, arrasó el templo de Vesta, el Palacio del César y gran parte de la
4 ciudad. Cómodo, que era incómodo para todos [393], murió estrangulado, según se cuenta, en la casa de Vestiliano; se le considera, incluso todavía cuando estaba vivo, como enemigo del género humano.

De Helvio Pértinax y de su sucesor y asesino, el jurisperito Juliano, los cuales apenas completaron, uno y otro, el espacio de un año en el trono

5 Tras él, el Senado nombró emperador, el decimosexto tras Augusto, al anciano Helvio Pértinax. Éste, a los seis meses de haber subido al trono [394], fue asesinado en su palacio por la criminal intervención del jurisperito
6 Juliano. Juliano, tras asesinar a Pértinax, se apoderó del reino [395], pero, después, a los siete meses de haber comenzado su reinado, fue vencido y ejecutado en una lucha civil por Severo junto al puente Mulvio. De esta forma, los reinados de Pértinax y Juliano duraron juntos un solo año.

[393] El juego de palabras es de Orosio: *Commodus, multis incommodus.*

[394] De enero a marzo del 193. Orosio no parece aquí exacto.

[395] Marzo a junio del 193. Nuevas inexactitudes en los cómputos que siguen.

De cómo, tras asesinar al antedicho Juliano, Severo Pértinax se apoderó del trono y protagonizó muchas guerras en distintos lugares contra partos y árabes; de cómo empero fue también perseguidor de los cristianos y sufrió, igualmente, guerras civiles con gran pérdida de romanos y ocupó parte de Britania no sin muchas muertes de soldados, parte a la que consideró conveniente separar del resto de los pueblos vecinos sin someter

En el año 944 de la fundación 17
de la ciudad, Severo, africano de
la ciudad tripolitana de Leptis,
que quiso llamarse Pértinax a par-
tir del nombre del emperador de
cuya muerte se había tomado
justa venganza, se apoderó, en
decimoséptimo lugar tras Augus-
to del trono que estaba vacío; y
lo conservó durante dieciocho
años[396]. Cruel por naturaleza y 2
curtido además en los muchos y
continuos combates, dirigió el
Estado con mucha dureza, sí, pero
con mucho esfuerzo también. Ven-
ció y ejecutó en Cícico[397] a Pes-
cenio Nigro[398], quien había inten-
tado usurpar el mando del Impe-
rio en Egipto y Siria. Reprimió 3
con las armas a los judíos y samaritas que intentaban
rebelarse. Derrotó a los partos, árabes y adiabenos.
Atormentó a los cristianos en la quinta persecución 4
después de Nerón; y muchos santos merecieron la co-
rona del martirio a lo largo de distintas provincias.
Este sacrílego ataque de Severo contra los cristianos 5
y la Iglesia de Dios mereció el castigo divino, que vino
inmediatamente. Severo, en efecto, es atraído, o mejor,
arrastrado desde Siria a la Galia a una tercera guerra
civil; tercera porque ya había protagonizado una en 6

[396] 193-211.

[397] En la Propóntide.

[398] Pescenio Nigro Justo, cónsul en el 190 y gobernador ahora en Siria, donde fue proclamado emperador por sus legiones. No estuvo presente en la batalla de Cícico, pero fue después capturado y muerto.

Roma contra Juliano[399] y otra en Siria contra Pescenio; la tercera la provocaba Clodio Albino, aliado de Juliano en el asesinato de Pértinax, que se había nombrado a sí mismo César en la Galia[400]. En esta guerra se derramó, por un lado y por otro, gran cantidad de sangre romana. Albino, sin embargo, fue derrotado y muerto
7 en Lugduno. El vencedor, Severo, se ve arrastrado a los territorios de Britania por cuanto casi todos los aliados se habían rebelado. Allí, tras recuperar una parte de la isla en importantes, duros y frecuentes combates, decidió separar esta parte de los demás pueblos no sometidos mediante una empalizada. Para ello construyó, de mar a mar, a lo largo de ciento treinta y dos millas, una fosa y una resistente empalizada, defendida además
8 por numerosas torres. Allí mismo, afectado por una enfermedad, murió en la ciudad de Eboraco. Dejó dos hijos, Basiano y Geta: de ellos, Geta, considerado como enemigo público, murió, y Basiano, apropiándose del trono, se aseguró en él con el sobrenombre de Antonino.

---

[399] Dídimo Juliano, emperador del 193, que obtuvo el trono gracias a los pretorianos.

[400] Abril del 193. Era un africano de noble familia. Tras la muerte de Nigro, mientras era gobernador de Bitinia, fue proclamado enemigo público por Septimio. Como réplica, Albino fue proclamado emperador por su ejército en el 196 y pasó a la Galia con la vana esperanza de apoyarse en las legiones germanas para ir contra Roma. Perdió la vida en una batalla en Lugduno en el 197.

De su sucesor en el trono, su hijo Basiano, de sobrenombre Antonino, el cual, llamado también Caracalla, murió rodeado de enemigos, mientras se ocupaba tristemente en una guerra contra los partos. Y de su sucesor Macrino

En el año 962 de la fundación 18
de la ciudad se apoderó del trono,
en decimooctavo lugar tras Augus-
to, Aurelio Antonino Basiano, co-
nocido también como Caracalla, y
se mantuvo en él durante siete
años no completos[401]. Llevó una 2
vida más cruel que su padre y
más intemperante en placeres que
la de ningún hombre; hasta el
punto de que se casó incluso con
su madrastra Julia. Mientras se ocupaba de una guerra
contra los partos, fue rodeado y matado por los ene-
migos entre Edesa y Carras.
Tras él subió al trono, en decimonono lugar después 3
de Augusto, Ofilo Macrino, que era prefecto del preto-
rio, juntamente con su hijo Diadumeno; pero, nada más
pasar un año, fue ejecutado en Arquelaide en un tumulto
militar[402].

De cómo el sucesor de Macrino, Marco Aurelio Antonino, tras un corto y vergonzoso reinado, murió, juntamente con su madre, en un tumulto militar en Roma

En el año 970 de la fundación 4
de la ciudad subió al trono, en
vigésimo lugar tras Augusto, Mar-
co Aurelio Antonino, conserván-
dolo durante cuatro años[403]. Este 5
emperador, sacerdote del templo
de Heliogábalo, no dejó ningún
otro recuerdo que el considerable-
mente vergonzoso de sus estupros, crímenes y obsce-
nidades de todo tipo. Fue asesinado en Roma, junta-
mente con su madre, al producirse un tumulto militar.

---

[401] 211-217. Coemperador con Severo del 198 al 211; con Geta del 211 al 212.

[402] 217-218. Arquelaide es una ciudad de Capadocia.

[403] 218-222. Más conocido como Heliogábalo. Su nombre real era Basiano y fue nombrado por los pretorianos.

6 *De cómo Aurelio Alejandro, sucesor del anterior, gobernando de forma loable el Estado y siendo, además, hijo de madre cristiana, que había recibido lecciones del presbítero Orígenes, consiguió una gloriosa victoria sobre los persas*

En el año 974 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, por voluntad del Senado y del ejército, Aurelio Alejandro en vigésimo primer lugar después de Augusto; durante trece años gozó de una digna reputación de
7 equidad [404]. Su madre Mamea, cristiana, se preocupó de recibir instrucción del presbítero Orígenes. Y es que inmediatamente después de subir al trono dirigió una expedición contra los persas derrotando en singular batalla a su rey Jerjes;
8 con el asesoramiento de Ulpiano dio pruebas, en favor del Estado, de un gran dominio de sí mismo.

Pero perdió la vida en Mogontiaco durante una revuelta militar.

19 *De Maximino, sucesor del anterior y nombrado por el ejército sin que fuera elegido por el Senado; perseguidor de los católicos, murió a manos de Pupieno en Aquileya*

En el año 987 de la fundación de la ciudad, el ejército, después de haber llevado a feliz término una campaña militar en Germania, nombró emperador, en contra de la voluntad del Senado, a Maximino [405], el vigésimo segundo después de Augusto, éste llevó a cabo, en sexto lugar tras Nerón,
2 una persecución contra los cristianos. Pero inmediatamente después, en concreto en el año tercero de su reinado, su asesinato, llevado a cabo por Pupieno en Aquileya, puso fin a la persecución y a su vida. Este emperador, por odio a la familia cristiana de su antecesor Alejandro y de la madre de éste, Mamea, o quizá sobre todo por odio al presbítero Orígenes, había dirigido la

[404] 222-235. Conocido mejor como Severo Alejandro.
[405] 235-238.

persecución contra los sacerdotes y clérigos, es decir, contra los maestros de la doctrina.

De su sucesor, todavía niño, Gordiano, quien, tras protagonizar muchos y felices combates contra los partos, murió traicionado por los suyos junto al Eufrates

En el año 991 de la fundación 3
de la ciudad fue nombrado emperador Gordiano[406] en vigesimotercer lugar tras Augusto y permaneció en el trono durante seis años. Y es que los usurpadores Pupieno, el asesino de Maximino, y su hermano Balbino[407] fueron inmediatamente eliminados en el
Palacio. Gordiano, todavía niño, abrió las puertas del 4
templo de Jano, según el testimonio de Eutropio[408], con la intención de marchar a una guerra contra los partos; en lo que se refiere a estas puertas, no recuerdo yo que ningún autor haya dicho si, tras Vespasiano y Tito, las cerró alguien; lo que sí está claro, sin embargo, es que Cornelio Tácito señala que fueron abiertas por Ves-
pasiano después del primer año de su reinado. Pues bien, 5
Gordiano, tras llevar a cabo felizmente importantes combates contra los partos, fue traidoramente muerto por sus propios hombres no lejos de Circeso, junto al Eufrates.

---

[406] Gordiano III, 238-244. Fue proclamado emperador por los pretorianos a la edad de 13 años.

[407] De marzo a junio del 238.

[408] *Breviario de Historia Romana* 9, 2.

20 *De cómo Filipo, el sucesor de Gordiano, fue el primer emperador cristiano, y en el tercer año de su reinado se cumplió el milésimo de la fundación de la ciudad; y de su muerte y la de su hijo Filipo, por traición de Decio en un tumulto militar*

En el año 997 de la fundación de la ciudad, Filipo[409], nombrado emperador en vigesimocuarto lugar tras Augusto, asoció al trono a su hijo Filipo y permaneció en
2 él durante siete años. Este fue el primer emperador cristiano y, tras el tercer año de su reinado, se cumplió el año mil de la fundación de Roma. De esta forma, este aniversario, el más majestuoso de todos los pasados, fue celebrado con magníficos juegos
3 por un emperador cristiano. Y no hay duda de que Filipo ofreció los favores y honores de esta tan gran conmemoración a Cristo y a su Iglesia, por cuanto ningún autor transmite que haya habido una procesión al Capitolio ni que se hayan inmolado víctimas según la costumbre.

4 Ambos sin embargo fueron asesinados, aunque en distintos lugares, traicionados por Decio en un motín militar.

21 *Del propio Decio, asesino y sucesor del anterior, el cual, en un corto reinado, persiguió continua y cruelmente a los cristianos, y murió, con su hijo, que era César, a manos de los bárbaros*

En el año 1004 de la fundación de la ciudad, Decio, provocador y moderador de la guerra civil, tras asesinar a los Filipos, se apoderó del trono en vigesimoquinto lugar tras Augusto, y lo conservó duran-
2 te tres años[410]. Inmediatamente después —en lo cual demostró que había matado a los Filipos también por esto— promulgó, el séptimo después de Nerón, crueles edictos para la persecución y muerte de los cristianos; envió así a muchos santos, desde las cru-

[409] 244-249; con su hijo desde el 247 al 249.
[410] 249-251.

ces, a la recepción de la corona de Cristo. Eligió como 3
César a su hijo, con el cual encontró inmediatamente
después la muerte acorralado por los bárbaros.

De su sucesor Hostiliano, quien, tras un brevísimo reinado, murió, juntamente con su hijo, traicionado por Emiliano, y de cómo una peste, originada en época del perseguidor Decio, diezmó casi todas las provincias del Imperio romano

En el año 1007 de la fundación 4
de la ciudad, Galo Hostiliano, vi-
gesimosexto emperador tras Au-
gusto, consiguió el trono, conser-
vándolo apenas dos años en com-
pañía de su hijo Volusiano[411]. 5
Aparece la venganza por la viola-
ción del nombre de Cristo y, a
dondequiera que llegaron los edic-
tos de Decio para la persecución
de las comunidades cristianas, allí
se extiende la peste de increíbles
enfermedades: no hubo casi ninguna provincia roma-
na, ninguna ciudad, ninguna casa, que no fuesen ata-
cadas ni diezmadas por aquella general epidemia. Galo y 6
Volusiano, conocidos sólo por esta desgracia, perdieron
la vida mientras emprenden una guerra civil contra Emi-
liano, que tramaba una revolución.

Emiliano, por su parte, fue asesinado al tercer mes de haber usurpado el trono[412].

[411] 251-253.

[412] Junio a septiembre del 253.

22 *De la turbulenta y desgraciada época de Valeriano y Galieno, los cuales, nombrados emperadores al mismo tiempo, murieron tras haber gobernado sin éxito el Estado mientras surgían usurpadores por todas partes y se levantaban muchos pueblos contra Roma. Uno de ellos, perseguidor de los cristianos, derrotado y vencido por los persas, ensució, durante el resto de su vida, la fama del Imperio romano viviendo en una indigna esclavitud; el otro, tras abandonar el trono, fue asesinado en Milán mientras gastaba sus fuerzas en placeres*

En el año 1010 de la fundación de la ciudad fueron nombrados, en vigesimoséptimo lugar tras Augusto, dos emperadores: Valeriano es proclamado Augusto en Retia por su ejército, mientras que en Roma es nombrado César por el senado Galieno[413]; Galieno permaneció tristemente en el trono durante quince años, cuando el género humano se veía ya un poco aliviado de aquella epidemia desacostumbradamente larga y cruel. Los malos, olvidadizos, provocan su propio castigo; y es que los impíos sienten ciertamente los azotes, cuando son atormentados, pero, obstinados, no saben por
2 quién son flagelados. Por no hablar de persecuciones anteriores, tras producirse la persecución de Decio contra los cristianos, una gran epidemia azotó a todo el Imperio. Los malvados son falsos para consigo mismos, ya que, para su propia perdición, se engañaron con la falsa creencia de que la peste era de común incidencia y de que la muerte provocada por la enfermedad era un
3 fin natural y no un castigo. Como consecuencia, de nuevo y en breve tiempo, provocan con sus impías acciones la ira de Dios para recibir así un castigo del que se ven obligados a acordarse durante algún tiempo. Y es que Valeriano, en cuanto se hizo con el poder, ordenó, en octavo lugar tras Nerón, que los cristianos fueran

[413] Valeriano del 253 al 260; Galieno, con Valeriano, 253-260; solo, hasta el 268.

arrastrados con tormentos a la idolatría y que fueran ejecutados los que se negasen, derramando sangre de santos a todo lo largo del Imperio Romano. Inmediata- 4
mente después, Valeriano, autor de ese cruel edicto, fue capturado por el rey persa Sapor y envejeció, emperador del pueblo romano, en vergonzosa servidumbre entre los persas, ya que fue condenado, mientras vivió, a este continuo castigo: a levantar al rey, inclinándose en tierra, y no con la mano sino con la espalda, siempre que éste se disponía a subir a su caballo. Y Galieno, 5
aterrorizado por tan manifiesto juicio divino y asustado ante el triste ejemplo de su colega, devolvió la paz, en angustiosa reparación, a las comunidades cristianas. Pero la cautividad de un solo impío, aunque sea perpetua y sobremanera abominable, no iguala, si se tienen en cuenta tantos miles de santos atormentados, la medida de la injuria y de la venganza; y la sangre de los justos, que clama a Dios, pide ser vengada en la misma tierra en que ha sido derramada. Y es que no se exigía 6
solamente, en justo juicio, el castigo del autor del edicto, sino que era también de justicia que fueran alcanzados por el mismo castigo de la venganza los ejecutores materiales, los delatores, los acusadores, los espectadores y jueces y finalmente todos los que asentían a tan injusta crueldad aunque sin manifestar su voluntad —y es que Dios conoce todos los secretos—, la mayor parte de los cuales se extendía por todas las provincias.

De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del Imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos. Los germanos, tras atravesar los 7
Alpes, Retia y toda Italia, llegan hasta Rávena; los alamanos, en su expedición a las Galias, pasan también a Italia; Grecia, Macedonia, el Ponto y Asia son destruidas

por una invasión de godos; y en lo que respecta a la Dacia de más allá del Danubio, se pierde para siempre; los cuados y sármatas asolan los territorios de Panonia; los germanos de los territorios más lejanos barren y se apoderan de Hispania; los partos toman Mesopotamia
8 y arrasan Siria; quedan todavía por las distintas provincias, entre las ruinas de las grandes ciudades, pequeños y míseros lugares que conservan señales de sus desgracias y el recuerdo de su nombre; entre ellas, incluso en Hispania recuerdo yo ahora, para consuelo de mi reciente desgracia, a nuestra Tarragona[414].

9 Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre romanos y bárbaros; pero en seguida la ira de Dios se convierte en misericordia y en lo que se refiere a la venganza por él iniciada debe ser considerada total sólo en apariencia, no como autén-
10 tico castigo. Los hechos fueron éstos: fue Genuo, que había asumido la púrpura imperial, el primero que fue asesinado en Mirsa[415]. En la Galia usurpa el trono Póstumo[416], con gran suerte sin duda para el Estado, ya que haciendo uso durante diez años de extraordinario valor y moderación, rechazó el dominio de los enemigos y devolvió a su antiguo Estado las provincias que se habían perdido. Fue, sin embargo, asesinado en una sedi-
11 ción militar. Emiliano fue aniquilado en Mogontiaco cuando tramaba una rebelión. Tras la muerte de Póstumo usurpó allí mismo el mando Mario; pero fue inme-

---

[414] Estas palabras de Orosio no son razón suficiente para considerarle como natural de Tarragona; sí de la Tarraconense.

[415] Ciudad de Panonia, hoy Esgek.

[416] Marco Casiano Latino, de diciembre del 258 a diciembre del 268.

diatamente asesinado. Posteriormente es nombrado emperador Victorino[417] por iniciativa de los galos; y poco después es eliminado. A éste le sucedió Tétrico[418], que 12
entonces desempeñaba en la Galia el cargo de gobernador de Aquitania. Tuvo que soportar muchas sediciones de los soldados.

En Oriente, por otro lado, un tal Odenato, tras reunir un ejército de campesinos, derrotó y rechazó a los persas, defendió Siria, recuperó Mesopotamia; y aquellos campesinos sirios, bajo el mando de su Odenato, llegaron hasta Ctesifonte sin conocer la derrota.

Galieno por su parte, tras haber abandonado los 13
asuntos del Estado y haberse entregado en Milán a los placeres, fue asesinado.

Del sucesor de éstos, Claudio; de cómo derrotó en feliz combate a los godos que desde hacía varios años asolaban el Ilírico y Macedonia. Tras reinar poco tiempo, le sucedió su hermano Quintilo, quien fue asesinado en cuanto fue nombrado

En el año 1025 de la fundación 23
de la ciudad sube al trono, por deseo del Senado, Claudio[419], vigesimooctavo emperador, e inmediatamente, atacando militarmente a los godos que desde hacía ya quince años asolaban el Ilírico y Macedonia, los aniquiló en increíble carnicería. El Senado le concedió por decreto un escudo de oro[420] que fue colocado en la curia y una estatua, también de oro, en el Capitolio. Pero en seguida murió en Sirmio por enfermedad, cuando todavía no había cumplido dos años de reinado.

Tras la muerte de Claudio, el ejército elige como 2

---

[417] 268-270.

[418] 270-273.

[419] Claudio II, 268-270.

[420] Según Trebelio Polión (*Vida de Claudio* 5), él mismo había visto el escudo, en el cual estaba grabada la imagen del rostro del emperador.

emperador a su hermano Quintilo[421], hombre en verdad de una mesura sin par y el único que debe ser colocado delante de su hermano. Fue asesinado al decimoséptimo día de su mandato.

De cómo tras ellos subió al trono Aureliano, quien consiguió una gran victoria sobre los godos y restauró por todos sitios los viejos límites del Estado; rodeó también la ciudad con muros más fuertes, y fue asesinado cuando a finales de su reinado tramaba una persecución

3 En el año 1027 de la fundación de la ciudad consiguió el trono Aureliano, vigesimonono emperador, conservándolo durante cinco años y seis meses[422]; era un hombre sobresaliente en técnica militar.
4 Emprendiendo una campaña hacia el Danubio, derrotó a los godos en importantes combates y estableció el dominio romano en las fronteras antiguas. Girando desde allí hacia Oriente sometió, más por el terror que ella tenía al combate que en un auténtico combate, a Zenobia, la cual, tras la muerte de su marido Odenato, reivindicaba
5 para sí la recuperación de Siria. Derrotó sin ningún esfuerzo a Tétrico, quien no podía de ninguna forma sujetar las sediciones de sus soldados en la Galia, quien escribía incluso *Arráncame, tú invicto, de estos males*[423] y que por ello se convirtió en traidor de su propio ejército.

De esta forma celebró con gran gloria el triunfo como reconquistador del Oriente y del Norte del Imperio.

Rodeó la ciudad de Roma con muros de gran fortaleza.

6 Finalmente, al decretar, en noveno lugar tras Nerón, que se hiciera una persecución contra los cristianos,

---

[421] Dos meses del 270.
[422] Marzo del 270 a agosto del 275.
[423] VIRG., *Eneida* VI 365.

cayó ante él un rayo con gran consternación de los que estaban a su lado y no mucho después fue asesinado en un viaje.

Del brevísimo reinado y del final de los sucesores de éstos, Tácito y Floriano

En el año 1032 de la fundación 24
de la ciudad consiguió el trono Tácito[424], trigésimo emperador, siendo asesinado seis meses después en el Ponto. Su sucesor Floriano, que tuvo igual suerte en el reinado, fue asesinado en Tarso a los tres meses[425].

De cómo su sucesor Probo arrancó las Galias de las manos de los enemigos, protagonizó una guerra civil en Agripina y otra en Oriente y murió, tras ellos, en un tumulto militar en Sirmio

En el año 1033 de la fundación 2
de la ciudad alcanzó el poder Probo, trigesimoprimer emperador, conservándolo durante seis años y cuatro meses[426]. Logró, eliminando por fin en muchos y duros combates a sus enemigos, liberar totalmente las Galias, que desde hacía tiempo estaban ocu-
padas por los bárbaros. Posterior- 3
mente protagonizó dos guerras civiles, derramándose sin duda gran cantidad de sangre: una en Oriente, en la que derrotó y capturó a Saturnino, que había usurpado el poder; y en la otra aniquiló, tras derrotarlos en singulares combates en Agripina, a Próculo y Bonoso. Y él mismo fue ejecutado en un tumulto militar en Sirmio, mientras se escondía en una torre de hierro.

[424] Marco Claudio Tácito: de otoño del 275 a abril del 276.
[425] De abril a julio del 276.
[426] 276-282.

De cómo su sucesor, de nombre Caro y de familia narbonense, murió en territorio parto fulminado por un rayo en el campamento

4 En el año 1039 de la fundación de la ciudad subió al trono Caro Narbonense, trigesimosegundo emperador, y lo conservó durante dos años [427]. Éste, tras haber nombrado a sus hijos Carino y Numeriano colegas suyos en el Imperio, y después de haber tomado en una guerra contra los partos las dos ciudades más famosas de los mismos, Coques y Ctesifonte, murió junto al Tigris abatido por un rayo en el campamento.

Numeriano, que acompañó a su padre en la expedición, fue traidoramente asesinado a su regreso por su suegro Apro.

De cómo, en época de Diocleciano y Maximiano, el Estado romano conoció distintos resultados en sus guerras; éstos fueron crueles perseguidores de los cristianos; como consecuencia de ello, tuvieron que abandonar espontáneamente el Imperio y entregaron el poder, dividido por primera vez en dos partes, a los Augustos Galerio y Constancio

25 En el año 1041 de la fundación de la ciudad el ejército elige emperador, el trigesimotercero, a Diocleciano, que se mantuvo durante veinte años [428]; y en cuanto tuvo en sus manos las riendas del poder, mató personalmente a Apro, asesino de Numeriano. Posteriormente, en una difícil guerra y con no poco esfuerzo, derrotó a Carino, el cual, puesto como César por Caro en Dalmacia, se comportaba de una forma
2 vergonzosa. A continuación, al ver que Amando y Eliano, tras reunir un ejército de campesinos, a los que llamaban Bacaudas, provocaban peligrosos levantamientos en la Galia, nombró César a Maximiano, de sobrenombre Herculio, y le envió a las

---

[427] 282-283.

[428] 284-305.

Galias; éste, que era buen técnico militar, organizó fácilmente aquel grupo inexperto y desordenado de campesinos. Posteriormente, un tal Carausio, hombre 3 sin duda de baja condición social, pero hábil a la hora de pensar y de actuar, que había sido encargado de vigilar las costas del océano asoladas entonces por francos y sajones y que actuaba más en detrimento que en provecho del Estado, ya que no restituía a sus dueños el botín arrancado a los ladrones, sino que se quedaba él con ello, infundió sospechas al permitir incluso, con ladina negligencia, la entrada en su territorio a los ladrones; por ello, Maximiano ordenó que fuera eliminado, y él usurpó la púrpura imperial y ocupó los territorios de Britania.

Sucedió, pues, que, a lo largo de todas las fronteras 4 del Imperio, estallaron los estruendos de repentinos disturbios: Carausio se rebela en las Britanias, Aquileo en Egipto, mientras que los quinquegentianos [429] devastaban África; e incluso Narseo, rey de los persas, agobiaba con guerras el Oriente.

Diocleciano, asustado ante el peligro de la situación, 5 convirtió a Maximiano Herculio de César en Augusto [430] y nombró Césares a Constancio y Maximiano Galerio [431]. Constancio tomó como esposa a Teodora, hijastra de Maximiano Herculio, de la cual tuvo seis hijos que serían hermanos de Constantino [432]. Carausio, tras recla- 6 mar y retener valerosamente durante siete años Britania [433], fue finalmente traicionado y asesinado por su aliado Alecto. Alecto conserva después durante tres años

[429] Es un pueblo de la Cirenaica.

[430] 286.

[431] 293.

[432] Constantino sería hijo de Constancio, pero no de Teodora, sino de una concubina (cf. final de este capítulo).

[433] 286-293.

la isla que había arrebatado a Carausio. Alecto, a su vez, fue derrotado por Asclepiodoto, prefecto del pretorio, el cual, diez años después, recuperó por fin Britania.

7 El César Constancio, por su parte, a duras penas pudo escapar él mismo en una derrota sufrida por su ejército en el primer enfrentamiento con los alamanos en la Galia. En un segundo combate, sin embargo, se obtuvo una victoria bastante favorable: en pocas horas, en efecto, murieron, según dicen, sesenta mil alamanos.

8 El Augusto Maximiano, por otro lado, sometió a los quinquegentianos en África.

Y más tarde, Diocleciano capturó y ejecutó a Aquileo, al que tuvo asediado durante ocho meses en Alejandría. Pero, aprovechándose desmesuradamente de la victoria, sometió a saqueo a Alejandría y profanó a todo Egipto con proscripciones y asesinatos.

9 Después de esto, Galerio Maximiano, quien, tras haberse enfrentado ya en dos combates contra Narseo, entabló un tercero y fue derrotado entre Galinico y Carras, se refugia junto a Diocleciano una vez perdidas sus tropas. Diocleciano le recibe con gran arrogancia, hasta el punto de que se dice que, a lo largo de algunas millas, tuvo que correr, a pesar de vestir púrpura, de-
10 lante del carro de Diocleciano. Pero esta afrenta le sirvió como piedra de toque a partir de la cual giró hacia la valentía; y gracias a esta valentía rechazó los hábitos viciosos del fasto real, y puso a punto la agudeza de su inteligencia. Como consecuencia, reunió después tropas de todas partes a lo largo del Ilírico y de Mesia y, volviendo apresuradamente contra el enemigo, derrotó a Narseo apoyándose en buena estrategia y en considera-
11 bles tropas. Desaparecido el ejército persa y puesto en fuga Narseo, entró en su campamento, hizo prisioneros a sus mujeres, hermanas e hijos, saqueó el inmenso

caudal del tesoro persa, y llevó como cautivos a muchos nobles persas. A su vuelta a Mesopotamia fue recibido con gran honor por Diocleciano.

Posteriormente, estos mismos, al frente del ejército, 12
lograron éxitos militares frente a los carpos y basternas. Vencieron luego a los sármatas, cuya abundante muchedumbre de cautivos la repartieron por las guarniciones de las fronteras del Imperio romano [434].

Entretanto Diocleciano en Oriente y Maximiano Her- 13
culio en Occidente ordenaron, en décimo lugar tras Nerón, asolar las iglesias y destruir y ejecutar a los cristianos; esta persecución fue más larga y cruel que casi todas las llevadas anteriormente a cabo, ya que, durante diez años, se alimentó incesantemente de incendios de iglesias, de proscripciones de inocentes, y de
matanzas de mártires. Hubo después un terremoto en 14
Siria, a causa del cual se derrumbaron en Tiro y Sidón todas las casas una por una y quedaron enterrados muchos miles de hombres. En el segundo año de la persecución Diocleciano exigió a Maximiano, en contra de la voluntad de éste, el abandono simultáneo de la púrpura y del imperio y el pasar la vejez en privada tranquilidad después de que gente más joven les hubiese sustituido en el gobierno. De esta forma abandonaron al mismo tiempo el poder y el culto imperial, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán [435].

Los Augustos Galerio y Constancio fueron los prime- 15
ros que dividieron el Imperio Romano en dos partes: a Galerio Maximiano le correspondió el Ilírico, Asia y Oriente, y a Constancio Italia, África y las Galias. Pero

---

[434] J. HARMATTA («Goten und Hunnen in Pannonien», *Act. ant. Ac. Scient. Hung.* 19 [1971], 293-297) habla de la existencia de colonias de vencidos que servían de refugio contra los bárbaros ya desde el s. II.

[435] Mayo del 305.

Constancio, que era un hombre apacible, se contentó sólo con la Galia [e Hispania] y cedió a Galerio las
16 demás partes. Galerio elige dos Césares: Maximino, a quien puso en Oriente, y Severo[436], al que entregó Italia, quedándose él en el Ilírico. El Augusto Constancio, a su vez, hombre de extraordinaria mansedumbre y dignidad en los asuntos de gobierno, encontró la muerte en Britania. Y dejó nombrado emperador de las Galias a su hijo Constantino, nacido de la concubina Helena.

De la décima persecución que sufrió la Iglesia en época de los antedichos Augustos y de la justa comparación que se hace entre las desgracias que sufrieron los paganos y las diez plagas de Egipto, y ello porque allí estuvo el preludio de las persecuciones de la Iglesia

26 En el año 1061 de la fundación de la ciudad, Constantino, trigesimocuarto emperador, recibió las riendas del Imperio de su padre Constancio, riendas que conservó felizmente durante treinta y un años[437].

2 He aquí que ahora, de pronto, se sale al encuentro mío y se salta sobre mí en una especie de danza: «¡Ea!, me dicen, por fin has caído, después de esperarlo mucho tiempo, en nuestra trampa. Aquí esperábamos que vinieras a parar, aquí te aplastamos una
3 vez que has caído, aquí te tenemos confundido. Hasta ahora te hemos aguantado cuando de una manera en cierta forma ingeniosa y astuta relacionabas los cambios fortuitos de los tiempos con venganzas de los cristianos. Y durante todo ese tiempo, nosotros, asustados ciertamente ante la apariencia de verosimilitud —y es que somos desconocedores de los secretos divi-
4 nos— palidecimos de temor. Pero ahora nuestro Maximiano ha descubierto toda la comedia de tu falsa his-

---

[436] Gayo Valerio Galerio Maximino, de sobrenombre Daia o Daza, y Flavio Valerio Severo.

[437] 306-337.

toria y, cual columna inexpugnable, ha hecho brillar la
antigüedad de nuestra religión. Durante diez años han
sido destruidas vuestras iglesias, como tú mismo con-
fiesas; a lo largo de todo el orbe han sido despedazados
con torturas y agotados por la muerte los cristianos.
Tú mismo eres para nosotros la prueba de que ninguna
otra persecución anterior fue tan cruel y tan larga. Y sin 5
embargo, he aquí que en esta época hay tranquila pros-
peridad y, en medio de ella, está también la inusitada
felicidad de los propios emperadores que han protago-
nizado estas persecuciones: nada de hambre en el inte-
rior, nada de peste, nada de guerras en el exterior salvo
las voluntariamente provocadas, las cuales sólo pueden
ser un ejercicio para las fuerzas, no un peligro; ha suce- 6
dido además algo hasta ahora desconocido para el gé-
nero humano: el condescendiente consorcio y extraordi-
naria concordia de muchos reyes al mismo tiempo, junto
con la existencia de un poder común que, antes nunca,
pero ahora sí mira por el bien común. Y además algo 7
de lo que hasta ahora tampoco hay noticias entre los
mortales: aquellos emperadores, realmente grandes, y
perseguidores, se convirtieron, tras abandonar el poder
y aceptar una vida tranquila, en personas privadas, cosa
que los hombres lo consideran como el bien más feliz
y más grande de una vida justa; y esto lo consiguieron
los autores de la persecución como un premio en un
momento en que la persecución, enconada, se endurecía,
estando todavía en la mitad de lo que iba a ser su dura-
ción, por todo el orbe. O ¿acaso afirmas también que 8
esta felicidad fue un castigo para esa época y pretendes
que nos aterroricemos también por ello?»

A éstos podría humildemente responderles que yo, 9
armado con la enorme preocupación que arranca de mi
amor paternal, lo que pretendo es hacer advertencias
sobre peligros ciertos y no aterrorizar con falsos peli-

gros. Diez persecuciones[438] ha sufrido la Iglesia de Cristo desde Nerón hasta Maximiano; nueve venganzas, como yo las he calificado, o calamidades, como ellos mismos no niegan, siguieron inmediatamente después. Y no quiero discutir ya más si debe considerarse que han sido castigos merecidos o cambios fortuitos; sin embargo, lo que aceptamos ellos y yo es que fueron desastres. En la décima, estos pobres y ciegos enemigos, que no ven que ésta ha sido para ellos tanto más grave cuanto menos comprendida, piensan que Dios ha vacilado. Y es que el impío es flagelado y no se da cuenta. Pero cuando ello quede claro, ellos, aunque de mala gana, tendrán que confesar ante la evidencia de los hechos que las heridas, por las cuales todavía ahora se duelen y se duelen tanto que incluso dan gritos y nos empujan a nosotros, que nos preocupamos por la forma de hacerlos callar, a gritar también, no son sino consecuencia del enorme castigo que mereció la persecución de Maximiano.

27 En el libro I[439] expuse que Pompeyo Trogo y Cornelio Tácito habían mencionado, aunque en verdad que no con detalle —nuestro Moisés, sin embargo, hombre digno de crédito según el testimonio de ellos mismos, lo contó con fidelidad y detalle— que los egipcios y su rey fueron azotados por diez durísimas plagas cuando,

---

[438] Sobre el número de persecuciones, cf. V. GRUMEL, «Du nombre des persécutions paiennes dans les anciennes chroniques», *Rév. des Étud. Augus.* 2 (1956), 56-60. En lo que se refiere al número de persecuciones hay notables diferencias entre los padres occidentales: en un primer momento prevalece la idea de que son seis (Prólogo del cómputo Pascual, 343-353, Lactancio, etc.); con Sulpicio Severo el número asciende a nueve; Próspero de Aquitania y Jerónimo suman una más: la del Anticristo al final de los tiempos. Orosio hace un reajuste y llega hasta diez, más la del Anticristo (cf. cap. 27). Este número se normaliza a partir de Orosio.

[439] I 10.

en su obcecación por impedir la religión del pueblo de Dios, hicieron volver a los trabajos del barro y de la paja a ese pueblo que intentaba y estaba dispuesto a servir a su Dios. Y que después, aplacados por la vio- 2
lencia de los desastres, no sólo le forzaron en su rápida huida sino que incluso le cargaron con sus propios vasos de plata y de oro. Y que luego, olvidados de sus plagas y deseosos de un botín que no les pertenecía, y arrastrados también por el odio a una religión extranjera, murieron absolutamente todos, tragados en último término por el mar Rojo, cuando perseguían ansiosamente a inocentes.

Yo refiero y recuerdo ahora esto, aunque mis enemigos no lo van a aceptar como verdad revelada, pero sí lo tendrán que aceptar como probado por sus resultados, porque estos hechos sucedieron como un avance de lo que nos iba a pasar a nosotros. Uno y otro pueblo 3
son de un solo Dios; única es la causa de uno y otro pueblo. La comunidad de los israelitas estuvo sometida a los egipcios, la iglesia de los cristianos está sometida a los romanos. Los egipcios fueron perseguidores; también los romanos lo son. Allí hubo diez negativas a Moisés; aquí diez edictos contra Cristo. Varias plagas conocieron entonces los egipcios; varias calamidades han conocido ahora los romanos. Intentaré comparar entre 4
sí los propios desastres, en la medida, sin embargo, en que las distintas formas aparentes pueden ser comparadas:

En Egipto el primer castigo consistió en que gran cantidad de sangre manó de los pozos y corrió por los ríos; aquí, en época de Nerón, la primera plaga consistió en que por todas partes había sangre de muertos, sangre ya corrompida en la ciudad por las enfermedades ya derramada en el orbe por las guerras. En Egipto, la 5
segunda plaga se manifestó en forma de ranas que, croando y saltando en los lugares más recónditos, causa-

ron entre los habitantes la falta casi total de alimentos y el exilio; aquí, en época de Domiciano, el segundo castigo mostró igualmente cómo casi todos los ciudadanos romanos se vieron reducidos a la escasez y dispersados por el destierro a causa del malvado y desenfrenado ir y venir de los guardias y soldados que cumplían
6 órdenes del cruel príncipe. En Egipto, el tercer castigo trajo consigo mosquitos, es decir, moscas pequeñísimas y crueles, como las que, apiñadas muchas veces por lugares sucios en montones vibratorios en medio del verano, suelen moverse en un vuelo sonoro e introducirse con crueles mordiscos entre los cabellos de los hombres y las crines de los animales; aquí de nuevo, en época de Trajano, la tercera plaga soliviantó a los judíos, los cuales, a pesar de que hasta este momento habían permanecido, dispersos por todo el mundo, hasta tal punto tranquilos que daba la impresión de que no existían, se levantaron ahora con repentino furor lanzándose cruelmente por todo el orbe contra aquellos mismos en cuya compañía vivían; y ello sin contar los enormes destrozos producidos en muchas ciudades que fueron arrasadas en esta época por frecuentes terre-
7 motos. En Egipto, durante la cuarta plaga, aparecieron tábanos, auténticos pupilos de la podredumbre y productores de gusanos; aquí, en época de Marco Antonino, hubo también una cuarta plaga: una peste, que se extendió por muchas provincias, fue la causante de que toda Italia, juntamente con la ciudad de Roma, y el ejército romano al que, repartido por lugares lejanos y distintos cuarteles de invierno, le hacía falta ya muy poco para fenecer, terminaran por ser pasto de la podredumbre y
8 de los gusanos. En Egipto, el quinto castigo se cumplió con la repentina muerte de animales domésticos y de carga; aquí también, en la quinta venganza divina, en época del perseguidor Severo, fueron diezmadas por las

fortísimas guerras civiles las entrañas y la vida propia del Estado, es decir los pueblos de las provincias y las legiones de soldados. En Egipto, el sexto tormento pro- 9
dujo tumores que hervían y pústulas eruptivas; aquí, en Roma, hubo también un sexto castigo, que tuvo lugar tras la persecución de Maximino, quien había mandado atormentar, prescindiendo del pueblo llano, a los obispos y clérigos sobre todo, es decir a los líderes de las iglesias: este castigo consistió en una creciente ira y envidia que suspiraron con frecuencia no por la muerte del pueblo llano, sino porque fueran perseguidos y muertos los emperadores y poderosos. En Egipto se enumera 10
una séptima plaga: granizo producido por condensación del aire, que produjo la muerte de hombres, animales y cosechas; igualmente aquí hubo una séptima plaga en época de Galo y Volusiano, que habían sucedido al perseguidor Decio tras la muerte de éste: se extendió una peste que corrompió el aire, la cual, a lo largo de todos los territorios del Imperio Romano desde Oriente a Occidente, no sólo produjo la muerte de casi todos los hombres y animales, sino que sobre todo *ensució los lagos e infestó los pastos con sangre corrompida*[440]. En Egipto, 11
el octavo castigo lo protagonizaron langostas que se levantaron por todas partes y que agarraban, trillaban y tapaban todo[441]; igualmente aquí, pueblos soliviantados por todas partes, que barrieron todas las provincias con matanzas e incendios, se levantaron para traer la octava destrucción del mundo romano. En Egipto la novena 12
plaga consistió en duraderas, espesas y casi palpables nieblas; fue una plaga que amenazó más peligro del que en realidad produjo; aquí también hubo una novena

[440] VIRG., *Geórgicas* III 481.

[441] Imposible de traducir la idea de insistencia y pesadez conseguida por Orosio con sólo cambiar un fonema en tres palabras: *tenentes, terentes, tegentes.*

plaga, cuando, ante Aureliano, mientras firmaba el decreto de persecución, cayó a sus pies, en funestos remolinos, un terrible y siniestro rayo que mostró cuál sería el poder de vengador tan grande —si es que éste no se dejaba llevar por su clemencia y paciencia—, en el momento en que se decidiese a hacer cumplir la auténtica venganza; y la verdad es que en los seis meses siguientes perdieron la vida por diversas causas tres emperadores
13 sucesivos: Aureliano, Tácito y Floriano. En Egipto, por fin, hubo una décima plaga, que fue también la última de todas: la muerte de todos los primogénitos; aquí también el décimo, es decir el último castigo, consiste en la caída de todos los ídolos, a los cuales, construidos en época primitiva, ellos apreciaban sobremanera.

14 En Egipto el faraón conoció, probó y temió el poderío de Dios y por ello permitió marchar en libertad al pueblo de Dios; aquí el emperador ha conocido, ha probado y ha aceptado el poder de Dios y, por ello, ha permitido que el pueblo de Dios fuera libre. En el caso de Egipto, el pueblo de Dios nunca después volvió a la esclavitud; aquí, el pueblo de Dios nunca después ha sido arrastrado a la idolatría. En aquella ocasión, las copas lujosas de los egipcios fueron entregadas a los hebreos; aquí, los más importantes templos de los paganos pasaron a ser iglesias de cristianos.

15 Pienso, ciertamente, como dije, que se debe poner en evidencia esto: que, de la misma forma que los egipcios intentaron perseguir a los hebreos, después de haberles dejado marchar tras las diez plagas, siendo ya eternamente destruidos por el mar, así también nosotros, que ahora peregrinamos con toda libertad, tenemos reservada una nueva persecución pagana, que sobrevendrá en cualquier momento, antes de que pasemos, llevando como guía y juez a nuestro Señor Jesucristo,
16 el mar Rojo, es decir el fuego del juicio. Pero hasta

entonces, los que representan el papel de los egipcios, tendrán, por un poco de tiempo, la facultad de endurecerse y perseguir, con el permiso de Dios, a los cristianos; sin embargo, esos mismos enemigos de Cristo, con su jefe el Anticristo[442], caerán en el estanque del fuego eterno, en el cual se cae sin verlo, debido a la tupida niebla que lo cubre, y alcanzarán la eterna perdición ardiendo en medio de suplicios que no acabarán nunca.

Volviendo a los hechos, una vez que murió Cons- 28
tancio en Britania, fue nombrado emperador, como dije, Constantino, el primer emperador cristiano si exceptuamos a Filipo, el cual me parece a mí que fue colocado como emperador cristiano, precisamente en un espacio de muy pocos años, sólo para esto: para que el milenario de la fundación de Roma fuera dedicado a Cristo y no
a los ídolos. A partir de Constantino, sin embargo, hasta 2
nuestros días, siempre han sido nombrados emperadores cristianos, a excepción de Juliano, a quien, según dicen, se le acabó su detestable vida mientras maquinaba acciones impías.

Este es el lento pero seguro castigo de los paganos; 3
por él los cuerdos enloquecen; por él, los no heridos en su cuerpo, son heridos con pinchazos de su conciencia; por él, los que ríen, gimen; por él, los que viven, no viven; por él son atormentados en secreto aquellos a los que nadie persigue; por él han quedado ya muy pocos que no hayan sido castigados alguna vez por algún
vengador. A aquellos perseguidores, sin embargo, que 4

[442] Esta persecución del Anticristo será la última, la 11.ª; a partir de Orosio el número de persecuciones van a ser estas 11. La figura del Anticristo, que aparecerá al final del mundo, se encuentra, aunque de forma diversa, ya desde Pablo (*Segunda carta a los tesalonicenses* 2, 4-12): para unos, será un individuo con poderes satánicos, para otros, será una persona.

intentan no sólo jactarse, sino incluso brincar de júbilo por su impunidad, les señalaré el final que les espera.

De la felicidad y fe de la época del emperador Constantino; de la tranquilidad que concedió a las comunidades católicas; de cómo bajo su reinado perecieron, con distintos pero rápidos finales, sus rivales en el trono; de la victoria, conseguida sobre los godos, y del final de este mismo Augusto

5 Mientras Constantino se ocupa-
ba activamente en las Galias de
los asuntos del Estado, en Roma
los soldados pretorianos nombra-
ron como Augusto a Majencio [443],
hijo de Herculio, que vivía en
Lucania como persona privada.
6 Maximiano Herculio, que de
Augusto se había convertido ya
en persona privada, y que era
todavía un perseguidor de todo el
mundo, aprovechando la oportu-
nidad de la elección de su hijo,
él, que en un primer momento
7 había rechazado el poder, usurpó el trono [444]. El Augusto
Galerio envió a Roma con el ejército, contra Majencio,
8 al César Severo. Mientras Severo asediaba la ciudad,
fue abandonado y traicionado por sus soldados y, en la
9 consiguiente huida, fue muerto en Rávena. Herculio Ma-
ximiano, perseguidor y usurpador después de haber sido
Augusto, intentó despojar a su hijo, asentado ya en el
trono, del vestido y poder real; pero asustado por los
alborotos y tumultos públicos de sus soldados, marchó
a la Galia, para, por medio igualmente de intrigas, qui-
10 tar el poder a su yerno Constantino. Pero sorprendido y
traicionado por su hija y puesto posteriormente en fuga,
fue alcanzado y eliminado en Marsella [445].

11 A continuación Galerio, muerto Severo, nombró em-

---

[443] 307-312. Era hijo del dimitido Maximiano.

[444] Febrero del 307. En realidad, él nunca estuvo de acuerdo con la dimisión protagonizada por él y Diocleciano.

[445] 310.

perador a Licinio[446]. Y tras haber endurecido con edic- 12
tos más crueles la persecución iniciada por Diocleciano y Maximiano y haber vaciado las provincias de todo tipo de personas durante diez años, se le corrompió el pecho por dentro y se le deshicieron las entrañas; y dado que, sobrepasando el horror de cualquiera desgracia humana, echaba incluso gusanos y sus médicos, que no podían aguantar ya más el hedor, morían frecuentemente por
orden suya, un médico, sacando fuerzas de lo desespe- 13
rado de la situación, le increpó diciéndole que su castigo era consecuencia de la ira de Dios y que, por consiguiente, no podía ser curado por médicos; entonces hizo volver a los cristianos de sus destierros enviando edictos por todas partes. Y él mismo, al no poder ya aguantar los dolores, se quitó violentamente la vida.

De esta forma, el Estado cayó entonces bajo el man- 14
do de cuatro nuevos príncipes: Constantino y Majencio, hijos de Augustos[447], y Licinio y Maximino, que no procedían de familias ilustres[448].

Constantino concedió la paz a las comunidades cris- 15
tianas tras diez años de persecuciones. Posteriormente, 16
estalló una guerra civil entre Constantino y Majencio. Majencio, tras haber sido agotado en múltiples combates, fue finalmente derrotado y eliminado junto al puen-
te Mulvio. Maximino, incitador y ejecutor cruel de una 17
persecución contra los cristianos, murió en Tarso, mien-
tras preparaba una guerra civil contra Licinio. Licinio, 18
sacudido por una repentina rabia, mandó expulsar de su palacio a todos los cristianos. A continuación estalla
una guerra entre el propio Licinio y Constantino. Cons- 19
tantino, en un primer momento, derrotó a Licinio,

[446] Le había nombrado en el 308 en sustitución del desaparecido Severo.

[447] De Constancio y de Maximiano.

[448] Nombrados los dos por Galerio.

esposo de su hermana, en Panonia; posteriormente le acosó en Cibalas[449] y, tras apoderarse de toda Grecia, sometió por fin a Licinio, quien, en sus frecuentes levantamientos y escaramuzas por tierra y por mar, había
20 sido siempre rechazado. Y Constantino, recordando el caso de su suegro Herculio Maximiano, temiendo por ello que Licinio tomara de nuevo, para perdición del Estado, la púrpura que ya había depuesto, ordenó ejecu-
21 tarle ya como ciudadano privado; y es que aunque habían desaparecido ya todos los representantes de la cruel persecución, también este hombre, que fue perseguidor en la medida que pudo mostrar su poder, merecía un castigo justo.

22 Los hijos de Constantino, Crispo y Constantino, y el joven Licinio, hijo del Augusto Licinio, y nieto de la hermana de Constantino, fueron nombrados Césares.

23 En esta época, Arrio, un presbítero de la ciudad de Alejandría, apartándose de la verdad de la fe católica, fijó un dogma de funestas consecuencias para muchos.
24 Pero tan pronto como se hizo famoso o fue difamado entre sus generalmente confundidos seguidores y detractores en Alejandría, fue expulsado de la Iglesia por
25 Alejandro, obispo entonces de la misma ciudad. Y dado que éste arrastró incluso a la sedición a las gentes a las que había llevado engañosamente al error, se reunió en Nicea, ciudad de Bitinia, una asamblea de trescientos dieciocho obispos, los cuales expusieron y reconocieron públicamente que el dogma de Arrio había sido encontrado, sin ningún género de dudas, como funesto y deplorable.

26 Pero en medio de estos sucesos, quedan obscurecidas las causas[450] por las cuales el emperador Cons-

[449] En Panonia.

[450] Oscuras para Orosio, ya que aquí no puede aplicar la «causa» que ha aplicado siempre: las desgracias y crueldades

tantino volvió contra sus propios seres queridos la espada destinada a vengar y castigar a los impíos. Mató efectivamente a su hijo Crispo y a Licinio, el hijo de su hermana. Por otra parte, sometió a muchos pueblos en
distintos combates. Fue el primero y el único de los 27
soberanos romanos que fundó una ciudad con su propio nombre [451]. Esta ciudad, la única exenta de ídolos, llegó en muy poco tiempo —por cuanto había sido fundada por el emperador cristiano— a tal extremo de gloria que con razón podía igualarse, ella sola, en hermosura y poderío, a Roma, que había crecido a lo largo de gran cantidad de siglos y gran cantidad de reveses.

Inmediatamente después, Constantino cambió, él el 28
primero, el orden anterior en un nuevo orden justo y sagrado: ordenó en efecto que se cerraran los templos de los paganos sin ejecutar a ninguna persona.

A continuación destruyó, en las propias entrañas del 29
territorio bárbaro, es decir en la región de los sármatas, a los poderosos y numerosos pueblos de los godos.
Eliminó a un tal Calocero, que pretendía una revolución 30
en Chipre. En el treinta aniversario de su reinado eligió como César a Dalmacio [452].

Y mientras preparaba una guerra contra los persas 31
murió en una residencia oficial en Nicomedia, dejando a sus hijos un Estado bien organizado.

---

de los emperadores son consecuencia de su mala actuación con los cristianos; como Constantino ha dado libertad a la Iglesia, sus desgracias no pueden ser un castigo divino.

[451] Constantinopla, a donde trasladó la capital del imperio. Era la antigua ciudad de Bizancio que fue ampliada y reconstruida.

[452] Nieto suyo, a quien dejó la península balcánica.

29 *De sus sucesores, sus hijos Constancio y Constante, con la ayuda de uno de los cuales, Constancio, se extendió el reprobable dogma de la herejía arriana; de cómo el mismo Constancio reprimió los levantamientos de muchos usurpadores, y, mientras volvía de una guerra contra los partos para enfrentarse en una guerra civil a Juliano, murió de una enfermedad en el viaje, y de cómo su hermano Constante, traicionado por el usurpador Magnencio, murió asesinado en la fortaleza de Helena, cercana a Hispania*

En el año 1092 de la fundación de la ciudad, Constancio[453], trigesimoquinto emperador, consiguió el trono en compañía de sus hermanos Constantino y Constante[454], conservándolo durante veinticuatro años. Entre los sucesores de Constantino estuvo también el César Dalmacio, hijo de su hermano; pero fue inmediatamente eliminado por un grupo faccioso de soldados.

2 Entretanto la maligna y continua persecución del diablo contra el Dios verdadero, persecución que, extendiendo las nieblas de la mentira, desde el comienzo del mundo hasta nuestros días aparta del auténtico camino de la fe y de la religión a los inseguros corazones de los hombres, una vez que —al utilizar los emperadores cristianos su poder real para mejores acciones— tuvo que dejar de perseguir a la Iglesia de Cristo con el celo de la idolatría, encontró una nueva forma de atacar, por medio de los mismos emperadores cristianos, a la
3 Iglesia de Cristo. Efectivamente, Arrio, fundador de la nueva herejía, y todos sus otros discípulos encontraron un pronto y fácil acceso a la amistad del emperador Constancio. Se le convence a Constancio de que existen distintos grados en Dios, y este emperador, que había salido del error de la idolatría por la puerta verdadera, vuelve de nuevo al seno de la misma por una

[453] Constancio II, 337-361. En Oriente.
[454] Constantino II, 337-340, Constante, 337-350. En Occidente.

especie de puerta falsa, al buscar distintos dioses en el
único Dios. La consecuencia es que su deshonrado poder 4
se arma de maligno celo y, con la excusa de realizar
acciones santas, se pone en movimiento una violenta
persecución. Se discute la elección de un nuevo nom-
bre: si la Iglesia debe ser llamada arriana más que
católica. Como consecuencia, tiene lugar un horrible 5
terremoto que arrasó muchas ciudades de Oriente.
Constantino, al enfrentarse con incauta soberbia a los
peligros de la guerra que hacía a su hermano Constante,
perdió la vida a manos de los generales de éste [455].
Constante luchó con poco éxito en nueve combates con- 6
tra los persas y Sapor, que había devastado Mesopota-
mia. Por último, obligado por la sublevación e indis-
ciplina de sus soldados a entablar combate por la noche,
perdió la victoria que ya tenía casi conseguida y encima
fue derrotado. Posteriormente, tras haberse entregado a 7
vicios intolerables y conseguir el favor de sus soldados
a cambio de hacer daño a los habitantes de las provin-
cias, murió traicionado por Magnencio en una fortaleza
llamada Helena, en las proximidades de Hispania.
Toma, pues, el poder Magnencio en la ciudad de Augus- 8
toduno, poder que extendió inmediatamente por la Galia,
África e Italia [456]. En el Ilírico, sin embargo, los soldados 9
nombraron como emperador a Vetranión, hombre ya
muy anciano, sencillo y agradable a todo el mundo,
pero que no había aprendido nunca ni siquiera los pri-
meros rudimentos de las letras. Y cuando este viejo 10
emperador intentaba, la mayoría de las veces en contra

[455] 340. Este hecho y la muerte de Constante, que narra a continuación, son anteriores e independientes del triunfo del arrianismo que tiene lugar bajo Constancio y que tiene su máxima expresión en un Concilio en Milán en 356. Lo que pasa es que Orosio une todos estos hechos para presentarlos como castigo divino por el triunfo de la herejía.

[456] 350-353.

de su voluntad, aprender el alfabeto y las sílabas de las palabras, al obligarle a dejar el poder Constancio, quien ardiendo por vengar a su hermano[457] se disponía entonces a hacer la guerra a Magnencio, abandonó al mismo tiempo el palacio y la escuela, rechazando la púrpura juntamente con las letras y contentándose con el descanso propio de un ciudadano privado.

11 En Roma se apoderó después del trono Nepotiano, hijo de la hermana de Constantino[458], apoyándose en un grupo de gladiadores; éste, dado que era un hombre malvado y, consiguientemente, odiado por todos, fue inmediatamente eliminado por los generales de Magnencio.

12 Tiene lugar a continuación aquella terrible batalla que enfrentó en la ciudad de Mursa[459] a Constancio y Magnencio; la enorme pérdida de recursos romanos que tuvo lugar en esta batalla supuso una grave dificultad
13 incluso para después. Magnencio, aunque vencido, logró sin embargo escapar y no mucho después se suicidó en Lugduno. También su hermano Decencio, a quien había puesto como César en las Galias, se quitó la vida ahor-
14 cándose en Senonas. Constancio elige inmediatamente como César a Galo, hijo de un tío paterno[460]; pero, debido a su actuación cruel y tiránica, le mandó ejecutar poco después de nombrarle. Y también a Silvano, ansioso promotor de una revolución en las Galias, procuró
15 inmediatamente acorralarle y ejecutarle. Y, una vez muerto Silvano, envió a las Galias a Juliano, primo hermano suyo y hermano de Galo, a quien había nombrado César; y el César Juliano con energía restauró el orden

[457] Constante.

[458] Nieto de Constantino I.

[459] Panonia.

[460] El tío paterno era Julio Constancio, hermano de Constantino I.

en las Galias que estaban destruidas y asoladas por el enemigo, puso en fuga con un pequeño ejército a una gran muchedumbre de alamanos y sujetó a su vez a los germanos a las orillas del Rin. Animado por estos éxitos 16
usurpó el título de Augusto y, entrando a continuación en Italia y el Ilírico, privó a Constancio, que estaba ocupado en guerras contra los partos, de parte de su territorio. Constancio, enterado de la traición de Juliano, 17
abandona la expedición contra los partos y, mientras regresa para iniciar una guerra civil, muere en el viaje entre Cilicia y Capadocia. De esta forma, este empera- 18
dor, que tras romper la paz y la unidad de la fe católica había despedazado en una guerra, por así decir, civil los miembros de la Iglesia enfrentando a los cristianos contra los cristianos, empleó, cumplió y gastó todo el período de su agitado reinado y todo el tiempo penosísimo de su vida en guerras civiles provocadas incluso por sus allegados y parientes.

De cómo el mismo Juliano, tras conseguir el poder, provoca una persecución de la fe católica en su intento de recuperar el culto a los ídolos; de su expedición contra los partos, en la cual perdió la vida al ser sorprendido sin armas por un enemigo

En el año 1116 de la fundación **30**
de la ciudad, Juliano, que ya era César desde hacía tiempo, pero que se hizo ahora dueño de la situación como trigesimosexto emperador tras Augusto, ostentó él solo el poder durante un año y ocho meses[461]. En sus ataques a 2
la religión cristiana, llevados a cabo más con saña que con violencia, intentó que se negara la fe de Cristo y se volviera al culto de los ídolos, tratando más de provocar esta vuelta con honores que de conseguirla a la fuerza con tormentos. Lo que sí hizo abierta- 3
mente sin embargo fue ordenar en un edicto que ningún cristiano fuese profesor de artes liberales. Pero, a pesar

[461] Noviembre del 361 a junio del 363.

de ello, según sabemos por nuestros mayores, en todas partes casi todos los afectados por los términos de esta orden prefirieron perder su profesión antes que su fe.
4 Juliano, a su vez, en los preparativos de la guerra contra los partos, durante los cuales reunió para su propia perdición —que ya estaba predestinada— fuerzas romanas traídas de todas partes, ofreció a sus dioses la sangre de los cristianos, prometiendo que perseguiría públicamente a las comunidades cristianas si lograba
5 conseguir la victoria. Y, efectivamente, mandó levantar en Jerusalén un anfiteatro, en el que, a su vuelta de los partos, pensaba arrojar entre las bestias, cuya fiereza sería deliberadamente provocada, a los obispos, monjes y todos los santos de este lugar, en tanto que él sería
6 espectador del despedazamiento. Pues bien, tras haber iniciado la expedición en Ctesifonte, fue arrastrado por los engaños de un desertor al desierto; mientras su ejército moría aquejado por la violencia de la sed, por el ardor del sol y también por el esfuerzo que suponía andar sobre la arena, el emperador, mientras angustiado por una situación tan peligrosa erraba sin vigilancia por las amplitudes del desierto, murió asaltado por un jinete enemigo que le encontró y le atravesó con su lanza. De esta forma, Dios misericordioso desbarató las impías decisiones con la muerte del impío.

De su sucesor Joviano, que tomó él inmediatamente el mando en el propio campamento, el cual, a su vuelta al Ilírico, tras un pequeño reinado, murió de una muerte casual

31 En el año 1117 de la fundación de la ciudad, Joviano, nombrado trigesimoséptimo emperador por el ejército en una situación crítica, al ver que, asediado por la dificultad de los lugares y rodeado por enemigos, no tenía posibilidades de alcanzar una oportunidad para huir, firmó con el rey persa Sapor un tratado, si bien poco digno en la opinión

generalizada, sí sin embargo necesario: y es que, para 2
sacar al ejército romano sano y salvo no sólo del ataque
de los enemigos, sino también del peligro del lugar,
cedió a los persas la ciudad de Nísibe y parte de la
Mesopotamia Superior. Después, mientras hace el viaje 3
por Galatia a su vuelta al Ilírico, se acostó en una habitación recién terminada; como consecuencia, a causa del calor de la lumbre y del vapor de las paredes recientemente pintadas de cal, se vio gravemente afectado por asfixia, muriendo al octavo mes de haber empezado a reinar[462].

De Valentiniano, su sucesor y restaurador, desde que tomó el mando, de la religión cristiana; del feliz enfrentamiento que el mismo Valentiniano protagonizó contra los sajones; de los borgoñones, que habían sido colocados en la orilla del Rin por Druso y Tiberio para defensa de la frontera, y de la orden de Valentiniano de acuerdo con la cual fue ejecutado, por envidia, Teodosio, el padre del emperador Teodosio

En el año 1118 de la fundación 32
de la ciudad fue nombrado emperador, por un acuerdo de los soldados tomado en Nicea, Valentiniano, que será el trigesimoctavo; y se mantuvo en el trono once
años[463]. Éste, que era cristiano, 2
cuando en época del Augusto Juliano cumplía con absoluta fidelidad sus obligaciones militares como tribuno de la guardia de corps, le ordenó el sacrílego emperador o bien que inmolase a los ídolos o bien que abandonase la milicia; y él abandonó voluntariamente su profesión porque sabía que el juicio de Dios es duro, pero sus promesas son me-
jores. De este modo, pasado un 3
corto espacio de tiempo tras la muerte de Juliano y una vez muerto Joviano, el que había perdido el tribunado

[462] Junio del 363 a febrero del 364.

[463] 364-375. Compartió el poder durante estos años con Valente y Graciano.

por el nombre de Cristo, fue colocado por Cristo en el lugar de su perseguidor, subiendo de esta forma al trono.
4 Este emperador nombró después como colega suyo en el Imperio a su hermano Valente[464]; eliminó después al usurpador Procopio y a muchos de sus satélites.

5 Un terremoto que afectó a todo el mundo batió también las aguas del mar agitándolas de tal forma que se dice que a lo largo de las tierras marítimas llanas desaparecieron muchas ciudades insulares abatidas y demolidas por las aguas que se derramaban sobre ellas.

6 Valente, bautizado y convencido por el obispo Eudoxio, que era un defensor del dogma arriano, cayó en una violenta herejía; pero durante largo tiempo, mientras se vio reprimido por la autoridad de su hermano todavía vivo, se abstuvo del error de una persecución y no puso
7 su poder en manos de sus deseos. Y es que con relación a su hermano tenía muy en cuenta la violencia que éste podría manifestar a la hora de vengar un ultraje a su fe, cuando, siendo en otro tiempo soldado, dio pruebas de tanta constancia a la hora de retenerla.

8 En el año tercero del reinado de éstos, fue nombrado emperador Graciano[465], hijo de Valentiniano. En ese mismo año, en la zona de Atrebatas, cayó de las nubes lana auténtica mezclada con lluvia.

9 Por otro lado, Atanarico, rey de los godos, en una cruel persecución contra los cristianos que había entre sus gentes, elevó a la gloria del martirio a muchos bárbaros que murieron por su fe. Muchos de ellos, sin embargo, huyeron a territorio romano, no temerosos, como si huyeran hacia enemigos, sino llenos de con-

---

[464] 364-378. Valente quedó en Oriente. Procopio era un pariente de Juliano que se había proclamado emperador en Constantinopla. Su enfrentamiento fue con Valente.

[465] 367-383.

fianza, por cuanto, al confesar al mismo Cristo, lo hacían hacia hermanos.

Valentiniano derrotó en propio territorio franco a los 10
sajones, pueblo que habitaba en las costas del océano y en zonas pantanosas intransitables, terrible por su valor y agilidad y que pensaban hacer, con grandes preparativos, un peligroso ataque a territorio romano. Unos nuevos enemigos, de nombre también nuevo, los 11
borgoñones, los cuales, según dicen, eran más de ochenta mil personas armadas, se asentaron en la orilla del río Rin. Las Galias, en las cuales se asientan estos pueblos 12
en una posesión que es usurpación, son todavía hoy testigos de que, distribuidos por campamentos en la época en que fue sometida en otro tiempo la Germania interior por Druso y Tiberio, los hijos adoptivos de César, han formado hoy un gran pueblo; y son también testigos de que, en estas circunstancias, han tomado incluso su nombre de una de sus ocupaciones, ya que a las sucesivas moradas colocadas a lo largo de la frontera, las llaman generalmente burgos; y son testigos también de que su ejército es enormemente poderoso y cruel. Sin embargo, por la providencia de Dios, todos ellos, con- 13
vertidos recientemente al cristianismo, tras aceptar la fe católica y a nuestros clérigos, a los cuales obedecen, llevan una vida tranquila, sosegada e inofensiva y no, por así decir, en compañía de unos galos a los que han sometido, sino con sus auténticos hermanos los cristianos.

Por otro lado, Valentiniano, en el año undécimo de 14
su reinado murió en la fortaleza de Brigitión[466] asfixiado por un repentino derrame de sangre, que los griegos llaman apoplejía, mientras preparaba la guerra contra los sármatas que se habían extendido por Panonia y la asolaban.

Tras él, conservó el Imperio de Occidente su hijo 15

[466] En Panonia.

Graciano, mientras que el tío paterno de éste, Valente, se quedaba en Oriente; nombró colega suyo en el Imperio a su hermano Valentiniano[467], todavía pequeño.

33 En el año 1128 de la fundación de la ciudad, Valente, trigesimonono emperador, conservó el poder durante cuatro años tras la muerte de Valentiniano, que era el único que hubiese podido hacerle enrojecer de vergüenza por sus impías actuaciones. Inmediatamente, como si se hubiera desenfrenado la audacia de su libertad, promulgó una ley según la cual debían ser obligados a la milicia los monjes, es decir aquellos cristianos que, dejando a un lado las distintas profesiones de las cosas del mundo, se habían dedicado, como única profesión,
2 a la fe. Aquellas extensas zonas abandonadas y amplios desiertos de Egipto, no conocidos hasta ahora por los hombres a causa de la sed y aridez, además de la peligrosa abundancia de serpientes, habían sido ocupadas por una enorme multitud de monjes que habitaban en
3 ellas. A ellas fueron enviados los tribunos y soldados para arrancar a los santos y auténticos soldados de Dios bajo una nueva forma de persecución. Perdieron enton-
4 ces la vida gran número de santos. Que mi propia decisión de no decir más sea suficiente insinuación de qué acciones se llevaron a cabo por las distintas provincias a causa de éstas y otras órdenes semejantes contra las comunidades católicas y los pueblos que profesaban la verdadera fe.

5 Entretanto en África, Firmo, quien, tras soliviantar al pueblo de los mauros, se había nombrado a sí mismo rey, asoló África y Mauritania; entregó como botín a los bárbaros la ciudad mauritana de Cesarea, tras tomarla por traición y llenarla después de matanzas e incendios.
6 Por ello, Valentiniano envió allí al conde Teodosio,

[467] Valentiniano II (375). A los cuatro años de edad (367) ya había sido aclamado por el ejército.

padre del Teodosio que después fue emperador; y éste derrotó en múltiples combates a los pueblos de los mauros, entre los que produjo una desbandada; y al propio Firmo, derrotándole y acosándole, le obligó a
darse muerte. Posteriormente, tras haber dejado con 7
probada prudencia a toda África juntamente con Mauritania en mejor situación que antes tenían, fue condenado a muerte, muerte que estimuló e insinuó la envidia; ante ello, decidió ser bautizado en Cartago para la remisión de sus pecados y después de haber conseguido el sacramento de Cristo que él había buscado, entregó voluntariamente su cuello al verdugo, seguro de conseguir, tras su gloriosa vida en este mundo, una vida también gloriosamente eterna.

De la extraordinariamente gloriosa victoria que, frente a los alamanos, consiguió en la fortaleza de Argentaria el hijo y sucesor de Valentiniano, Graciano, mientras reinaba todavía en Oriente su tío Valente; de cómo Valente, tío de Graciano, tras desterrar a muchos siervos de Dios y sacerdotes y aceptar en el Imperio a los godos, a los cuales había enviado tiempo atrás sacerdotes arrianos, fue derrotado y quemado por ellos con grandes pérdidas para el Estado

Entretanto, el emperador Gra- 8
ciano, todavía joven, al contemplar la multitud, difícil de estimar, de enemigos que se había extendido por territorios romanos, se lanzó contra ellos, confiado en el poder de Cristo, con un número de soldados enormemente inferior, e inmediatamente llevó a cabo con increíble éxito una terrible batalla en Argentaria, ciudad de las Galias. Se dice en efecto que murieron en esta batalla más de treinta mil alamanos con muy pocas pérdidas de parte romana.

Por otro lado, en el año deci- 9
motercero del reinado de Valente, es decir poco tiempo después de que Valente llevara a cabo por todo Oriente persecuciones con-

tra las comunidades cristianas y ejecuciones de santos,
brotaron al mismo tiempo abundantes frutos de la fa-
10 mosa raíz de nuestras desgracias. En efecto, el pueblo
de los hunos, apartado durante mucho tiempo en montes
inaccesibles y excitado ahora por una repentina locura,
se levantó contra los godos y, tras acosarlos por todas
partes, los expulsaron de sus antiguos lugares. Los go-
dos, tras pasar en su huida el Danubio, fueron recibidos
por Valente sin firmar ningún tratado ni entregar si-
quiera —con lo cual se podía haber confiado con más
seguridad en los bárbaros— las armas a los romanos[468].
11 Poco tiempo después, empujados por el hambre y las
injurias que recibieron de la intolerable avaricia del ge-
neral Máximo, se levantaron en armas y, tras derrotar
al ejército de Valente, se esparcieron por Tracia, tur-
12 bándolo todo con matanzas, incendios y robos. Valente,
saliendo de Antioquía, cuando ya se vio arrastrado por
su último destino en la desgraciada batalla, ordenó,
estimulado por un tardío arrepentimiento de su enorme
pecado, que volvieran del exilio los obispos y demás
santos.

13 Así pues, este lamentable combate con los godos
en Tracia[469], que ya entonces estaban muy bien dotados
tanto por haber ejercitado sus fuerzas como por la
abundancia de recursos, lo entabló en el año decimo-
quinto de su reinado. En esta batalla los escuadrones
de la caballería romana, turbados en seguida ante el
primer ataque de los godos, abandonaron la defensa de
14 la infantería. A continuación, las legiones de infantes,

[468] Orosio es consciente del poco tacto político de Valente para con los godos y de la falta de visión de los romanos ante el problema de los bárbaros, que había que tomarse ya en serio.

[469] Frente a Adrianápolis (agosto del 378).

rodeadas por todas partes de la caballería enemiga,
abrumadas en un primer momento por nubes de dardos
y batidas totalmente después, perecieron alcanzadas por
las espadas y picas de sus perseguidores, cuando locas
de miedo se vieron obligadas a esparcirse fuera de los
caminos. El propio emperador, cuando herido por un 15
dardo y dado a la huida se escondía, tras haber llegado
allí con dificultades, en la cabaña de una pequeña granja,
fue alcanzado por los enemigos que le perseguían, y fue
quemado al prender aquéllos fuego a la casa; y, para
que el recuerdo del castigo que recibió y de la ira divina
sirviese todavía más de ejemplo terrible a las genera-
ciones futuras, se vio incluso privado de lo que es común
a todos los hombres, la sepultura.

Dejemos que la terquedad y la bajeza de los gentiles 16
se consuele; pero sólo en esto: que fue durante tiem-
pos cristianos y bajo emperadores cristianos cuando
todas estas desgracias tan grandes, sobrevenidas al mis-
mo tiempo, aplastaron la cabeza ya oprimida del Es-
tado: las provincias fueron abatidas, el ejército aniqui-
lado, y el emperador quemado. En verdad que esto
aumenta mucho nuestro dolor y que es tanto más triste
cuanto más nuevo. Pero ¿por qué sirve esto como con- 17
suelo a los paganos, los cuales pueden ver claramente
que, incluso en estos hechos, el que ha sido castigado
ha sido un perseguidor de las comunidades cristianas?
El Dios único entregó una fe única y difundió por todo
el orbe una Iglesia única: por ella mira, a ella ama, a
ella defiende; y todo el mundo, sea cualquiera que sea
el nombre con el que se encubra, es ajeno a esta Iglesia
si no se asocia a ella, y es su enemigo si la ataca. Que se 18
consuelen los gentiles, en la medida que ellos quieran,
con las desgracias de los judíos y de los herejes, pero
que al menos confiesen que hay un solo Dios y que ese

Dios no es blando con las personas como lo prueba
19 sobre todo la suerte de Valente. Y es que los godos humildemente habían pedido con anterioridad, por medio de legados, que les fueran enviados obispos para aprender de ellos la norma de la fe cristiana. El emperador Valente con funesta maldad les envió maestros de la herejía arriana. Los godos se aferraron a la enseñanza básica de la primera fe que recibieron. Por ello, en justo juicio de Dios, ellos mismos le quemaron vivo, ellos que, una vez muertos, arderán eternamente por su culpa a consecuencia de su error.

De cómo Graciano, tras la muerte de Valente, asoció al trono a Teodosio, el cual descolló intrépido en su enfrentamiento con los escitas, terribles por la fama de sus batallas; recuperó rápidamente la situación del Estado que se encontraba hundido, y, además, convirtió a los godos en un pueblo federado del Imperio

34 En el año 1132 de la fundación de la ciudad tomó el mando del Imperio, tras la muerte de Valente, Graciano, el cuadragésimo tras Augusto; se mantuvo en el trono seis años [470], aunque ya antes había reinado con su tío Valente y con su hermano Valenti-
2 niano. Graciano, al ver que la situación del Estado era ruinosa y casi moribunda, eligió también él, con la misma buena visión con que en otro tiempo Nerva había elegido a un hispano, Trajano, gracias al cual el Estado se recuperó, a un hombre igualmente hispano, Teodosio, y, porque había que restaurar necesariamente el Estado, le vistió la púrpura en Sirmio, y le puso al mismo tiempo al frente de Oriente y
3 Tracia [471]. Lo hizo con una visión más perfecta que Nerva por esto: porque, si bien en todas las virtudes propias de los hombres Teodosio era semejante a Trajano, por

[470] Hasta el 383.
[471] 379.

la fe que había jurado y por la religión que profesaba le aventajaba sin ninguna posibilidad de comparación; y es que aquél fue un perseguidor y éste un propagador de la Iglesia. Por ello, a Trajano no se le concedió ni 4
siquiera un hijo suyo propio, en el cual pudiera alegrarse como sucesor suyo; la gloriosa descendencia de Teodosio, sin embargo, domina al mismo tiempo por Oriente y Occidente, a través de sucesivas generaciones, hasta nuestros días.

Pues bien, Teodosio pensó que el Estado, que estaba 5
en ruinas por la ira de Dios, debía ser restaurado por la misericordia de Dios; y poniendo toda su confianza en la ayuda de Cristo, venció, agrediéndoles sin parar en muchas y singulares batallas, a los pueblos escitas, enormes en número y temidos por todos nuestros antepasados, pueblos dejados a un lado incluso por el famoso Alejandro Magno, según atestiguan Pompeyo y Cornelio, y que ahora, tras la desaparición del ejército romano, estaban equipados con caballos y armas romanas; en una palabra, venció a alanos, hunos y godos. Entró como 6
vencedor en la ciudad de Constantinopla y, para no agotar en continuas guerras a aquel pequeño ejército romano, concluyó un tratado con el rey godo Atanarico[472]. Pero Atanarico murió nada más llegar a Cons- 7
tantinopla. Todos los pueblos godos, tras la muerte de su rey, se entregaron al poderío romano al comprobar la valentía y benignidad de Teodosio.

También en esta misma época los persas, que con la 8
muerte de Juliano y sus frecuentes victorias sobre otros emperadores y sobre todo ahora tras derrotar a Valente, eructaban con una mal digerida jactancia la hartura de victoria que tenían, enviaron voluntariamente legados a

[472] 392. Se permitió nuevamente a los godos fijar residencia en Mesia, en calidad de «aliados».

Constantinopla y pidieron suplicantes la paz a Teodosio; y se firmó entonces un tratado del que todavía hoy goza con absoluta tranquilidad todo el Oriente.

De cómo fue eliminado el emperador Graciano por el usurpador Máximo

9 Entretanto, cuando ya Teodosio en Oriente había liberado por fin a Tracia del yugo enemigo con el sometimiento de los pueblos bárbaros y había nombrado colega suyo en el poder a su hijo Arcadio, Máximo[473], hombre sin duda enérgico y honrado y digno también de ser Augusto si no se hubiese levantado como usurpador en contra de la promesa del juramento que había hecho, pasó a las Galias tras haber sido nombrado emperador
10 en Britania por su ejército, en contra casi de su voluntad; allí eliminó por traición al Augusto Graciano, que asustado por el repentino ataque intentaba pasar a Italia; y al hermano de éste, el Augusto Valentiniano, le expulsó de Italia. Valentiniano fue recibido con amor paternal por Teodosio en su huida a Oriente, siendo después restablecido incluso en el poder.

[473] Magno Clemente Máximo, gobernador de Britania y nombrado emperador por sus soldados en el 383.

De cómo el Augusto Teodosio, en su intento de restaurar en el mando del Imperio de Occidente a Valentiniano, ciertamente joven, hermano de Graciano y expulsado de Italia por Máximo, asedió, capturó y eliminó en Aquileya a este enemigo doblemente temible por su fama y su crueldad, eliminando también a Andragatio, general de Máximo

En el año 1138 de la fundación 35
de la ciudad, tras el asesinato de Graciano a manos de Máximo, consiguió el mando de todo el mundo romano Teodosio, cuadragésimo primer emperador, permaneciendo en él durante once años[474] sin contar los seis años que, en vida de Graciano, había
reinado ya en Oriente. Pues bien, 2
empujado a la guerra civil por causas justas y necesarias, ya que, de los dos hermanos que habían sido Augustos[475], la sangre del asesinado exigía venganza y la desgracia del desterrado reclamaba la reintegración, puso su esperanza en Dios y se lanzó contra el usurpador Máximo, al que superaba sólo en la fe —ya que, si se comparaban los contingentes
bélicos, era con mucho inferior. Por entonces Máximo 3
se había asentado en Aquileya, donde estaba disfrutando de su victoria. Su general Andragatio llevaba todo el peso de la guerra: éste, a pesar de haber fortificado increíblemente, con abundantes tropas y con una estrategia que superaba la propia fortaleza de su numerosas tropas, todas las entradas de los Alpes y de los ríos, abandonó espontáneamente, gracias a los inefables designios de Dios, la propia barrera que él había puesto delante y se dispuso a anticiparse y a salir al encuentro del desprevenido enemigo en una expedición naval.
De esta forma Teodosio, sin que nadie se diera cuenta, 4
por no decir sin que nadie se le opusiera, pasó los Alpes

[474] Hasta el 395.

[475] Graciano y Valentiniano.

que estaban desguarnecidos y, llegando de improviso a
Aquileya, encerró, capturó y ejecutó, sin traiciones y sin
discusiones, a Máximo, aquel gran enemigo, hombre
cruel y que conseguía, por el solo miedo a su nombre,
tributos e impuestos, incluso de las salvajes tribus ger-
5 manas. Valentiniano ocupó el recuperado trono de Italia.
El general Andragatio, enterado de la muerte de Má-
ximo, se arrojó al mar desde la nave y se ahogó. Teodo-
sio consiguió una victoria sin sangre gracias a la ayuda
de Dios.

6 He aquí cómo terminan, cuando no se pueden evitar,
las guerras civiles bajo emperadores cristianos y en
época cristiana. Se llegó sin más a la victoria, se entró
en la ciudad, fue reducido el usurpador. Y esto es poco.
También, por otro lado, fue vencido el ejército ene-
migo y el general del usurpador, más cruel que el propio
usurpador, fue obligado a darse muerte; todas sus gran-
des insidias fueron anuladas y burladas, todos sus enor-
7 mes preparativos fueron reducidos a la nada; y todo
ello sin que nadie, sin embargo, tramara traiciones, sin
que nadie preparase una batalla, sin que nadie por fin,
si es que puede decirse, sacara su espada de la vaina.
Esta terrible guerra acabó en victoria sin sangre y en
el momento de la victoria terminó sólo con la muerte
8 de dos personas. Y, para que nadie piense que esto su-
cedió por casualidad y para que el poder de Dios, que
gobierna y juzga todos estos hechos, arrastre con la
pública propagación de su testimonio hacia la confu-
sión o hacia la aceptación de la fe a las mentes de sus
detractores, hago mención a una cosa desconocida por
9 todos, pero conocida también por todos: desde esta
guerra, en la cual perdió la vida Máximo, hasta nuestros
días, Teodosio y su hijo Honorio se vieron mezclados,
como todos sabemos, en muchas guerras tanto externas

como civiles; y, sin embargo, casi todas esas guerras que han tenido lugar hasta ahora, terminaron en la paz, con el fruto de una victoria sencilla y pura, sin derramarse ninguna o muy poca sangre.

De cómo el propio Valentiniano fue asesinado en Viena por Arbogastes, su ayuda de cámara

Pues bien, Valentiniano el Joven, restablecido en el trono tras la muerte de Máximo y de su hijo Víctor, a quien Máximo había dejado como emperador en la Galia[476], pasó él mismo a la Galia; allí, mientras llevaba una vida en paz al estar la situación política tranquila, fue traidoramente estrangulado en Viena, según dicen, por su ayuda de cámara Arbogastes, y, para que pareciese que se había suicidado, fue colgado de una cuerda. 10

De la usurpación de Eugenio, apoyado en Arbogastes, contra el auténtico emperador Teodosio; del éxito con que el propio Augusto eliminó a uno y otro con la ayuda de Cristo, y de la muerte de este mismo emperador en Milán

Muerto el Augusto Valentiniano, Arbogastes, al nombrar osadamente a un usurpador, Eugenio[477], lo único que hizo fue elegir a una persona para imponerle el título de emperador, ya que era él mismo en realidad el que iba a llevar las riendas del poder, él, un hombre bárbaro, pero sobrado de espíritu, de buen sentido, de fuerza, de audacia y de poder; y reunió de todas partes innumerables e invictas tropas, ya de las guarniciones romanas, ya de las tropas auxiliares bárbaras, sirviéndose unas veces de su poder y otras de sus relaciones. 11

No hace falta ya ampliar con palabras unos hechos conocidos incluso personalmente por muchos, hechos que conocen mejor que yo los que fueron testigos ocu- 12

---

[476] Flavio Víctor (384-388).
[477] 392-394.

lares de ellos. De que fue gracias al poder de Dios y no gracias a la autosuficiencia humana por lo que resultó siempre vencedor Teodosio es buena prueba en dos ocasiones este Arbogastes, el cual, en época anterior, cuando estaba bajo el mando de Teodosio, capturó él mismo, a pesar de estar escaso en fuerzas, a Máximo, que estaba protegido por enormes defensas; y ahora, cuando tras reunir tropas galas y francas se ha levantado contra el mismo Teodosio, ha sucumbido con absoluta facilidad a pesar de apoyarse en un particular culto a sus ídolos.

13 Eugenio y Arbogastes habían colocado a sus ejércitos perfectamente ordenados en el campo de batalla [478]; habían ocupado los estrechos costados de los Alpes y sus inevitables entradas, poniendo astutamente delante insidiosas trampas; y aunque fueran inferiores en número y fuerzas, aparecían sin embargo como vencedores
14 por la posición que tenían de cara a la batalla. Teodosio, por su parte, que había tomado posiciones en la zona alta de los Alpes, privado de alimento y de descanso, sabedor de que había sido abandonado por los suyos, pero desconocedor de que estaba cercado por enemigos, oraba, tendido su cuerpo en la tierra pero fija su mente en el cielo, él solo, al único Señor, Cristo, que
15 lo puede todo. Después, tras haber pasado la noche sin dormir en continuas preces y dejar como testigo poco menos que lagunas de lágrimas, que era el precio que pagaba a la ayuda celestial, cogió él solo con absoluta confianza las armas, sabiendo que no estaba solo. Con la

[478] Frontera entre Italia Septentrional e Iliria (394). Teodosio se decidió a intervenir claramente en Occidente tras la proclamación de Eugenio como emperador de Occidente en el 392. Eugenio empezó a proteger el paganismo determinando la decidida intervención de Teodosio.

señal de la cruz dio la señal de ataque y se lanzó a la lucha como seguro vencedor, a pesar de que nadie le
seguía. Su primera posibilidad de salvación la tuvo en 16
Arbitión, general de los enemigos: éste, al caer el emperador en las trampas colocadas en los alrededores, de las que no se apercibió, respetuosamente conmovido ante la presencia del Augusto, no sólo le libró del peligro sino que incluso le proveyó de una guardia.

Por otro lado ya, cuando los dos ejércitos llegaron a 17
lugares aptos para entablar combate, inmediatamente cayó sobre los rostros de los enemigos el ya conocido inefable y fuerte torbellino de vientos[479]. Volaban por los aires los dardos enviados por los nuestros y, llevados a través del extenso vacío a una distancia superior a la de un lanzamiento humano, no tenían por así decir
permiso para caer sin clavarse en los enemigos. Por el 18
otro lado, los rostros y pechos de los enemigos unas veces eran azotados al chocar fuertemente el continuo torbellino de aire en los escudos; otras eran bloqueados con el tapón producido por la obstinada presión del aire sobre aquéllos; otras quedaban al descubierto al serles arrancados con su violencia y quedar sin nada; y otras eran arrastrados a la fuerza a ponerse de espaldas al darse la vuelta completamente los escudos. Incluso los dardos que ellos mismos lanzaban con violencia, al ser cogidos por la fuerza contraria del viento y vueltos hacia atrás, se clavaban tristemente en
ellos mismos. Aterrorizados con el pavor propio de una 19
conciencia humana miraron por su propia salvación, por cuanto inmediatamente el ejército enemigo se postró ante el vencedor Teodosio dispersándose sólo un pequeño grupo de ellos; Eugenio fue hecho prisionero y ejecutado; Arbogastes se suicidó.

---

[479] «Conocido e inefable» porque ya en otras ocasiones lo ha enviado Dios contra los enemigos de los suyos.

De esta forma, también ahora esta guerra civil terminó con la muerte de dos personas, sin contar los diez mil godos a los que, enviados delante por Teodosio, se dice que aniquiló totalmente Arbogastes: el haber perdido a éstos fue sin duda una ganancia y su derrota una victoria.

20 Yo no me burlo de nuestros detractores. Pero que citen ellos, desde la fundación de la ciudad, una sola batalla que fuera emprendida por una causa tan necesariamente digna[480], que fuera llevada a cabo con un éxito tan propio de Dios, que terminara con una bondad tan indulgente, una batalla en la que el choque no llevara consigo una grave matanza y la victoria una cruenta venganza, y entonces quizá yo les conceda que esto de ahora no parece deberse a la fe del general
21 cristiano. Aunque a mí no me preocupa que aduzcan un testimonio de ese tipo, cuando uno de ellos, gran poeta sin duda, pero obstinado pagano, dio testimonio a Dios y a los hombres con estos versos: *¡Oh tú, excesivamente amado por Dios! El cielo lucha a tu lado, y los vientos conjurados acuden al toque de tus trompetas*[481].

22 Este es el juicio del cielo en los pleitos entre aquellos que esperan humildemente sólo en Dios sin contar siquiera con la ayuda de los hombres y aquellos otros que presumen con arrogancia de sus propias fuerzas y de sus ídolos.

23 Y Teodosio, estando el Estado en orden y tranquilidad, murió mientras se encontraba en Milán.

---

[480] La de defender la Iglesia católica contra el pagano Eugenio.

[481] CLAUDIANO, *Panegírico en el tercer consulado del emperador Honorio* 96-98. Orosio prescinde de un verso de Claudiano (el 97), donde se cita a Eolo.

De los hijos de Teodosio, los emperadores Arcadio y Honorio, en los comienzos de cuyo reinado, siendo todavía niños, tramó una rebelión el gobernador africano Gildón, siendo derrotado, por parte romana, por su hermano Mascezel; y de la muerte del propio Mascezel

En el año 1149 de la fundación 36
de la ciudad comenzaron un común reinado, con la única diferencia de vivir en capitales distintas[482], el Augusto Arcadio, cuyo hijo Teodosio es el que gobierna en estos momentos en Oriente, y su hermano el Augusto Honorio, en el cual se sustenta todavía hoy el Estado; ocupan el cuadragesimosegundo lugar en la lista de emperadores. Vivió Arcadio, tras la muerte de su padre, doce años y, a la hora de morir, entregó todo su poder a su hijo Teodosio, todavía pequeño.

Entretanto el gobernador Gildón, que a comienzos 2
del reinado de éstos se encontraba al frente de África, en cuanto se enteró de la muerte de Teodosio, intentó, según unos, anexionar África a las partes orientales del Imperio empujado por una especie de envidia; según otros, pensando que en aquellos pequeños habían 3
muy pocas esperanzas —sobre todo porque, sin contarlos a ellos, ningún otro niño dejado anteriormente en el poder había llegado con facilidad a mayor y son éstos los únicos casi a los que, separados y abandonados, sacó adelante la tutela de Cristo gracias a la enorme fe de su padre y suya— tuvo la osadía de usurpar el mando de África, separándola de su unión con el Estado romano, y lo hizo más bien por estar de acuerdo con la licenciosa vida de los gentiles que inflado por la ambición de aspiraciones reales. Éste tenía un hermano, 4

[482] En Occidente, Honorio (395-423); en Oriente, Arcadio (395-408).

Mascezel, el cual, detestando las revolucionarias maqui-
naciones de su hermano, marchó a Italia dejando en el
ejército africano a sus dos hijos adolescentes. Gildón,
sospechando de la ausencia de su hermano y de la pre-
sencia de los hijos de éste, hizo matar traidoramente a
5 los dos jóvenes. Contra él, como enemigo ya declarado
al que había que atacar con las armas, fue enviado su
hermano Mascezel, cuyo dolor por la reciente pérdida
de sus hijos era la mejor garantía de que sería el idóneo
para mirar por el Estado romano. Pues bien, Mascezel,
que ya conocía por Teodosio lo que en situaciones deses-
peradas podía conseguir de la clemencia de Dios la
súplica de un hombre a través de la fe en Cristo, se
acercó a la isla Capraria[483] de donde se llevó consigo
algunos siervos de Dios movidos por sus ruegos: pa-
sando con éstos días y noches ininterrumpidos en ora-
ciones, ayunos y cantos de salmos, consiguió merecida-
mente la victoria, sin necesidad de luchar, y la venganza,
6 sin necesidad de derramar sangre. Ardalión es el nom-
bre de un río que corre entre las ciudades de Teveste
y Amedera; allí, con un pequeño ejército, concreta-
mente con cinco mil soldados, según dicen, emplazó el
campamento frente a setenta mil enemigos y, cuando
después de un breve espacio de tiempo intentó salir
de aquel lugar y atravesar los estrechos pasos del valle
7 que tenía delante, al caer la noche le pareció ver en

[483] Se ha discutido mucho sobre la existencia de cenobios en la Hispania del s. IV. Hay una carta de finales del s. IV de Agustín a Eudoxio, abad de monjes en la isla Capraria (*Patr. Lat.* 33, 188-189), a partir de la cual J. Pérez de Urbel (*Los monjes españoles en la Edad Media,* Madrid, 1954, t. I, pág. 100) y J. M. Fernández Catón (*Ascetismo en la Iglesia Española del s. IV,* León, 1962, pág. 88) no dudan en ver realizada en la isla Cabrera una vida cenobítica, bajo la dirección de Eudoxio. Este texto de Orosio sería una razón más a favor de ello.

sueños al bienaventurado Ambrosio, obispo de Milán, que había muerto poco antes, el cual, le hacía una señal con las manos y, tocando tres veces con el báculo en la tierra, le decía: «Aquí, aquí, aquí.» Mascezel, en una sagaz interpretación, entendió que, por los méritos del que le daba el aviso [484], se le anunciaba la confianza en la victoria; que, con sus palabras, se le anunciaba el lugar de la victoria; y, con el número, el día de la victoria.
Se quedó allí y, al tercer día, después de una noche 8
pasada en vela con oraciones e himnos, avanzó hacia el enemigo que le rodeaba inmediatamente después de
haber hecho los sagrados ritos al cielo; y, mientras 9
lanzaba piadosas palabras a los primeros que venían a su encuentro, a un abanderado que insolentemente se resistía y que reclamaba ya mismo el comienzo de la batalla le golpeó con su espada en el brazo y paralizándole con la herida la mano le obligó a inclinar la
bandera hacia el suelo. Al ver esto las restantes cohortes, 10
creyendo que la rendición de las primeras filas era ya un hecho, cambiaron de frente y se entregaron a porfía a Mascezel. Los bárbaros que Gildón había traído en gran número a la batalla, abandonados por la deserción
de los soldados, huyeron a distintos lugares. El propio 11
Gildón tomó una nave con la intención de huir y, después de haber sido arrastrado a alta mar y ser devuelto a continuación a África, murió pocos días después es-
trangulado. Correríamos el peligro, en el relato de tan 12
grandes milagros, de caer, por así decir, en la presunción de mentir desvergonzadamente, si no se adelantara a nuestras palabras el testimonio de aquellos que estuvieron presentes. No hubo manejos ocultos; no hubo corrupción; setenta mil soldados son derrotados casi sin lucha; el vencido huyó a tiempo para que el vence-

[484] De Ambrosio, ya en el cielo.

dor, airado, no tuviera tiempo de cometer más osadías; Gildón es arrastrado a un lugar distinto para que su hermano no tuviera conocimiento de que era asesinado, asesinato que podría ser interpretado como la venganza
13 de Mascezel[485]. Es cierto que Mascezel, insolentemente ensoberbecido por el éxito, tras olvidar la amistad que le había unido a los santos, con cuya compañía en las armas había vencido, tuvo la osadía de profanar incluso a la Iglesia y no dudó en arrancar a algunos de su seno. En seguida le llegó el castigo al sacrílego. Pues mientras aquellos a los cuales él había arrancado del seno de la iglesia para castigarlos siguieron viviendo y gozando, sólo él fue castigado después de algún tiempo y comprobó, solamente en sí mismo, que el juicio de Dios está siempre vigilante para bien y para mal; y es que, cuando él esperó en Dios, fue ayudado, y, cuando le despreció, fue aniquilado.

---

[485] Al morir Gildón sin saberlo su hermano, no se podía pensar que su muerte fuese una venganza de Mascezel.

De la invasión de distintos pueblos, estimulada por los regentes Estilicón y Rufino, contra las dos partes del Imperio; de cómo Radagaiso, rey de los godos, sin que se derramara una sola gota de sangre romana, fue derrotado, con la consiguiente pérdida de su enorme pueblo, más por el hambre y la sed que con las armas, y de cómo Estilicón, general de Honorio, al descubrirse la perfidia de sus crímenes contra el Estado, fue castigado por el propio Augusto juntamente con su hijo Euquerio

Entretanto, una vez que el emperador Teodosio, ya viejo, hubo confiado a sendos poderosos particulares el cuidado de sus hijos y la ordenación de uno y otro Imperio, a saber, a Rufino la de la corte oriental y a Estilicón la del Imperio Occidental, el final de uno y otro puso en evidencia qué es lo que hicieron o qué es lo que intentaron hacer, ya que, mientras uno buscaba el poder real para sí y el otro para su hijo, el primero dejó entrar a las tribus bárbaras y el segundo las ayudó[486], con el fin de que, al perturbarse de repente la situación, el momento crítico del Estado tapase su criminal ambición. 37

Paso por alto las frecuentes derrotas, acorralamientos y conti- 2

[486] Estilicón es un genuino representante de la política de pactos con los bárbaros (cf. S. MAZZARINO, *Stilicone. La crisi imperiale dopo Teodosio*, Roma, 1942). Orosio quizá considere insuficiente esta política y de ahí (cf. CORSINI, *Introduzione alle «Storie»*..., pág. 180, n. 91) su odio a Estilicón, que se manifiesta no sólo aquí, sino también más adelante (38, 1; 40, 3). Es posible que ese odio se deba también a razones personales: Estilicón es de la raza de los vándalos (cf. 38, 1), hecho que hay que poner en relación con la triste experiencia de Orosio en su patria cuando los vándalos entraron en ella (cf. III 20, 6). Sobre la aversión de Orosio a Estilicón, cf. L. ALFONSI, «Noterelle orosiane», *Aevum* 44 (1970), 153-154; L. VÁRADY, «Stilicho proditor arcani imperii», *Act. ant. Acad. Scient. Hung.* 16 (1968), 413-432, para el cual sus métodos teodosianos le acarrearon la antipatía de los cristianos y del grupo conservador del Senado.

nuos rechazos que sufrió el rey Alarico con sus godos [487]. Paso por alto los tristes sucesos acaecidos en Polentia, cuando se encomendó el mando supremo de la guerra a un general bárbaro y pagano, concretamente a Saúl, por cuya maldad fueron profanados los días más solemnes y la sagrada Pascua y se obligó al enemigo, que huía por escrúpulos religiosos, a luchar por la fuerza; y cuando, gracias a que el juicio divino puso inmediatamente de manifiesto qué es lo que puede su favor y qué es lo que exige su venganza, vencimos en la lucha, aunque resultamos en realidad unos vencedores vencidos [488].
3 Paso por alto los frecuentes destrozos de los bárbaros entre sí, cuando dos columnas de godos se destruían unas a otras, cosa que hicieron también después los alanos y los hunos con distintas matanzas.

4 Radagaiso, el más cruel con mucho de todos los enemigos antiguos y presentes, invadió toda Italia en un repentino ataque [489]. Dicen, en efecto, que formaban parte
5 de su pueblo más de doscientos mil godos. Éste, aparte de esta increíble multitud y su indómito valor, era pagano y escita; y, como es costumbre en los pueblos bárbaros de esta raza, había prometido ofrecer a sus
6 dioses toda la sangre de la raza romana. Pues bien, cuando amenazaba ya las murallas romanas, se produjo en la ciudad un gran revuelo de todos los paganos:

---

[487] Bajo la dirección de Alarico, los godos hicieron frecuentes incursiones en la península balcánica (tomaron Atenas, quemaron Corinto, recorrieron el Peloponeso), hasta que se retiraron al Epiro en el 397.

[488] En el 401, Alarico, invitado por Eudoxia, la emperatriz de Oriente, invadió Italia y amenazó Milán. Estilicón reunió todas las tropas disponibles y batió a los godos en Polentia (Liguria) (402).

[489] En efecto, a finales del 405 una invasión de godos, alanos y vándalos, bajo el mando de Radagaiso, penetró en Italia del N.; Estilicón sólo los pudo sujetar en plena Toscana, en Fiésole (406).

decían que el enemigo era enormemente poderoso, ciertamente por su gran número de tropas, pero sobre todo porque era ayudado por sus dioses; que Roma, sin embargo, estaba abandonada y a punto de morir, por cuanto había perdido a sus dioses y sus ritos sagrados.
Por todas partes se oyen grandes quejas, e inmediata- 7
mente se discute la posibilidad de restaurar y celebrar ritos sagrados; hierven por toda la ciudad las blasfemias; el nombre de Cristo es públicamente cargado de insultos, como si se tratase de una peste de los tiempos
actuales. Lo que sucedió, pues, por los inefables desig- 8
nios de Dios, fue que, como en una población heterogénea como la romana los piadosos merecían la gracia y los impíos el castigo, y como convenía por otra parte dejar a los enemigos que castigasen con azotes más duros que de costumbre a una ciudad refractaria y contestaria en la mayoría de sus miembros, pero no que barriesen a todos indiscriminadamente con matanzas sin medida, sucedió, pues, que en esta ocasión dos tribus godas, con sus poderosos reyes, corrían por las provin-
cias romanas: de ellos, uno era cristiano y muy próximo 9
a lo romano y, como mostraron los hechos, moderado por temor a Dios a la hora de dar muerte; otro era pagano[490], bárbaro y un auténtico escita, ya que a la hora de dar muerte gustaba, por su insaciable crueldad, no tanto la gloria o el botín como la propia muerte por sí misma. Y éste era el que, adentrado ya en el seno de Italia, amenazaba desde lugares cercanos a la aterrori-
zada Roma. Así pues, si se hubiese dejado vía libre al 10
espíritu vengador de éste, al cual consideraban temible los romanos, sobre todo porque buscaba el favor de sus dioses con los regalos de sacrificios, hubiera estallado una desmesurada matanza, sin que por ello se hubiese conseguido enmienda alguna; y habría surgido un noví-

[490] Este es Radagaiso; el otro, el arriano Alarico.

simo error peor que el anterior; en efecto, el haber caído en manos de un pagano e idólatra no sólo habría supuesto para los paganos que guardasen una indudable y convencida tendencia a restaurar el culto a sus ídolos, sino que también para los cristianos hubiera supuesto una peligrosa confusión, por cuanto éstos quedarían aterrorizados por este anticipado juicio de Dios y aquéllos
11 envalentonados por este antecedente. Por ello, el justo regidor de la raza humana, Dios, quiso que muriese el enemigo pagano y permitió que prevaleciese el cristiano, para que los romanos paganos y blasfemos fueran confundidos con la pérdida de aquél y fueran castigados con la llegada de éste; máxime cuando la continencia del emperador Honorio, admirable en un rey, y su sacra fe
12 merecían no poca misericordia divina. Para luchar contra Radagaiso, el cruel enemigo, se unen animosamente a Honorio, con la buena disposición de ayudarle, otros enemigos juntamente con sus tropas. Se presentan para ayudar a los romanos Uldín y Saro, generales de los hunos y de los godos; pero no permite Dios que algo que es producto de su poderío pueda ser interpretado como valor de los hombres y mucho menos de los ene-
13 migos. Aterrorizando con su voluntad divina a Radagaiso le empuja hacia los montes fesulanos y —según los que cuentan esto con más moderación— atemorizándolos por todas partes con el miedo, encierra a los doscientos mil hombres de Radagaiso, faltos de consejo y de alimento, en la árida y dura cima del monte; y aquellas hordas, a las que hacía poco les parecía pequeña Italia, son empujadas, con la esperanza de encontrar refugio, a un solo y pequeño pico. ¿Para qué me voy a entre-
14 tener en muchos detalles? El ejército no se colocó en orden de batalla, ni la furia ni el temor produjeron incertidumbre antes del combate, no hubo muertes, no se derramó sangre, y finalmente —lo cual suele ser consi-

derado como una suerte— no hubo daños en el combate
que fueran compensados en el resultado final de la
victoria: mientras los nuestros comían, bebían y juga-
ban, aquellos tan grandes y crueles enemigos se agota-
ron muertos de hambre, de sed y de cansancio. Pero 15
esto para ellos es poco, hasta que saben que ha sido
capturado y subyugado aquél, al que los romanos habían
temido, y hasta que contemplan con desprecio, vencido
sin batalla y atado bajo el yugo y con cadenas, a aquel
su adorador de ídolos, del que aparentemente decían
temer más sus sacrificios que sus armas. Y es que el rey
Radagaiso, dándose él solo a la fuga, abandonó oculta-
mente a los suyos y fue a caer entre los nuestros: éstos
le capturaron, le retuvieron un poco de tiempo y des-
pués le ejecutaron. Y se dice que hicieron cautiva a tan 16
gran multitud de godos que se vendían por todas partes
rebaños de personas por sendas monedas de oro como las
más baratas cabezas de ganado. Pero no permitió Dios
que quedase nada de este pueblo. Efectivamente, todos
aquellos que habían sido comprados murieron inmedia-
tamente después, con lo que sus malvados compradores
tuvieron que gastar por misericordia en las sepulturas lo
que vergonzosamente no habían pagado en su compra.

Así pues, esta ingrata Roma, la cual, de la misma 17
forma que ahora ha conocido la indirecta misericordia
del juicio de Dios, misericordia que éste ha tenido no
para perdonarle su idolatría, sino para reprimirla, así
también ha de conocer pronto su ira, aunque, en aras
del piadoso recuerdo de los santos vivos y muertos, una
ira no total, para ver si por casualidad se arrepiente de
su confusión y, por la experiencia pasada, acepta la fe;
esta Roma, pues, se ve libre ahora por un cierto tiempo
del ataque de Alarico, rey y enemigo, pero cristiano.

Entretanto el general Estilicón, nacido de la raza de **38**
los vándalos, de familia baja, avara, pérfida y falaz, sin

importarle nada el hecho de que su poder estaba por debajo del poder del emperador, intentaba por todos los medios, según transmite la mayoría, cambiar al emperador para colocar en el trono a su hijo Euquerio, quien, ya desde niño y como persona privada, tramaba
2 persecución contra los cristianos. Por ello, cuando Alarico y todo el pueblo godo pedían con humildes súplicas una paz digna y unos lugares para vivir, aunque en secreto favorecía un tratado con ellos, públicamente negaba la posibilidad de guerra y de paz, reservándoles
3 así para desgastar y aterrorizar al Estado. Por otra parte, a otros pueblos, irresistibles por sus tropas y recursos, pueblos que en este momento oprimían las provincias de las Galias y de las Hispanias, concretamente a los alanos, suevos, vándalos y también a los borgoñones que se vieron arrastrados en la misma oleada invasora, incitándolos por propia iniciativa a las armas, los soliviantó; con ello, estos pueblos perdieron al mismo tiempo el miedo que tenían al nombre de Roma.

4 En el ínterin, él mismo decidió agitar las orillas del Rin y atacar las Galias con la miserable esperanza, ante las circunstancias de esta crítica situación, de poder arrancar el poder a su yerno para dárselo a su hijo y de poder reprimir a estos pueblos bárbaros con la misma facilidad con que habían sido soliviantados.

6 Finalmente, cuando el emperador Honorio y el ejército romano descubrieron la intriga de tanta maldad, en un justísimo levantamiento del ejército perdió la vida Estilicón[491], el cual, por vestir a un niño con la púrpura imperial, ofreció la sangre de todo el género
5 humano. Fue ejecutado Euquerio, el cual, para atraerse el favor de los paganos, amenazaba con manchar los

[491] 408 en Rávena.

comienzos de su reinado con la restauración de los templos paganos y la destrucción de las iglesias. Y con Estilicón y Euquerio fueron castigados unos pocos secuaces suyos en tales proyectos.

De esta forma, con muy poco esfuerzo y con el castigo sólo de unos pocos, las comunidades de Cristo, juntamente con su religioso emperador, fueron liberadas y vengadas.

Del saqueo de Roma por el rey godo Alarico y de sus misericordiosas y valientes acciones en este saqueo; y de la caída de un rayo sobre las murallas públicas de la ciudad

Finalmente, tras acumularse 7
tantas blasfemias sin que hubiera ningún arrepentimiento, cae sobre Roma el clamoroso castigo que ya pendía sobre ella desde hacía tiempo.

Se presenta Alarico, asedia, ate- 39
rroriza e invade a la temblorosa Roma[492], aunque había dado de antemano la orden, en primer lugar de que dejasen sin hacer daño y sin molestar a todos aquellos que se hubiesen refugiado en lugares sagrados y sobre todo en las basílicas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y, en segundo lugar, de que, en la medida que pudiesen, se abstuvieran de derramar sangre, entregándose sólo
al botín. Y para que quedase más claro que aquella 2
invasión de la ciudad se debía más a la indignación de Dios que a la fuerza de los enemigos, sucedió incluso que el obispo de la ciudad de Roma, el bienaventurado Inocencio, cual justo Loth sacado de Sodoma, se encontraba en Rávena por la oculta providencia de Dios; de
esta forma no vio la caída del pueblo pecador. En el re- 3
corrido que los bárbaros hicieron por la ciudad, un godo, que era de los poderosos y de religión cristiana, encontró casualmente en una casa de religión a una vir-
gen consagrada a Dios, de edad ya avanzada; y, cuando 4

[492] 410.

él le pidió de una forma educada el oro y la plata, ella, con la seguridad que le daba su fe, respondió que tenía mucho, prometió que se lo mostraría y lo sacó todo a su presencia; y cuando se dio cuenta de que el bárbaro, a la vista de todas aquellas riquezas, quedó atónito por su cantidad, su peso y su hermosura —a pesar de que desconocía incluso la calidad de los vasos—, la virgen de
5 Cristo le dijo: «Éstos son los vasos sagrados del apóstol Pedro; cógelos, si tienes el suficiente valor; si lo haces, tú tendrás que responder; yo, dado que no puedo defen-
6 derlo, no me atrevo a mantenerlo.» El bárbaro, empujado al respeto a la religión ya por temor a Dios, ya por la fe de la virgen, mandó un mensajero a Alarico para informarle de estos hechos; Alarico dio órdenes de que los vasos sagrados fueran llevados tal como estaban a la basílica del apóstol y que, bajo la misma
7 escolta, fuese también la virgen y todos aquellos cristianos que quisieran unirse. La casa, según dicen, estaba bastante lejos de la basílica y había que atravesar toda
8 la ciudad. Por tanto, mientras todos miraban aquel gran espectáculo, los vasos de oro y plata son públicamente trasladados llevando cada persona uno en su cabeza. La piadosa procesión es cortejada en todo su recorrido
9 por una escolta con las espadas desenvainadas; romanos y bárbaros, unidos en un solo coro, cantan públicamente un himno a Dios; el sonido de la trompeta de salvación suena a lo largo y ancho en medio del saqueo de la ciudad, e incita y anima a todos, incluso a los
10 escondidos en lugares ocultos. De todas partes los «vasos» de Cristo[493] se unen a los vasos de Pedro, y también muchos paganos se mezclan con los cristianos en una misma manifestación aunque no con la misma fe; de esta forma, esos paganos logran salvarse momentáneamente para mayor confusión suya. Y cuanto más

---

[493] Los cristianos.

numerosos son los romanos que se juntan para huir,
con tanto más empeño los bordean los bárbaros para
defenderlos. ¡Oh sagrada e indecible discriminación 11
obrada por el juicio divino! ¡Oh santa y saludable esta
riada humana, la cual, salida de una pequeña casa, mien-
tras tiende en su feliz lecho hacia la morada de los
santos, arrastra con piadosa rapacidad al seno de la sal-
vación a las almas errantes y en peligro! ¡Oh trompeta 12
gloriosísima de la milicia cristiana, que, invitando con
su dulcísimo son a todos sin discriminación a la vida,
abandonó a la muerte, sin posibilidad de excusa, a los
que, en su desobediencia, no atrajo a la salvación! Fue 13
un profundo misterio este del transporte de vasos, del
canto de himnos y de la conducción del pueblo; fue algo
así, pienso, como un gran tamiz, por el cual, de toda la
masa del pueblo romano, como si de un gran montón
de trigo se tratase, pasaron por todos los agujeros, sa-
liendo de los escondidos rincones de todo el círculo de
la ciudad, los granos vivos, conducidos ya por la oca-
sión, ya por la verdad; sin embargo, fueron aceptados 14
todos aquellos granos del previsor granero del Señor
que creyeron poder salvar su vida presente, pero los
restantes, como si se tratase de estiércol o paja, juz-
gados ya de antemano por su falta de fe y su desobe-
diencia, quedaron allí para ser exterminados y quema-
dos. ¿Quién podría ponderar suficientemente estos
hechos, por muchas maravillas que dijese? ¿Quién po-
dría proclamarlos con dignas alabanzas?

Al tercer día de haber entrado en la ciudad los bár- 15
baros se marchan espontáneamente, no sin provocar el
incendio de unos cuantos edificios, pero no incendio tan
grande como el que en el año 700 [494] de la fundación de
la ciudad había provocado el azar. Y, si recordamos el 16
fuego provocado para espectáculo de Nerón, que era

---

494 Cf. VI 4.

emperador suyo, de Roma, sin duda alguna no se podrá
igualar con ningún tipo de comparación este fuego que
ha provocado ahora la ira del vencedor con aquel que
17 provocó la lascivia de un príncipe. Ni tampoco debo
recordar ahora en esta relación a los galos, los cuales
se apoderaron rápidamente, en el espacio casi de un
año, de las trilladas cenizas de una Roma incendiada y
18 destruida. Y para que nadie dude de que los enemigos
tuvieron permiso para proporcionar ese correctivo a esta
soberbia, lasciva y blasfema ciudad, los lugares más ilustres de la ciudad que no habían podido ser quemados
por los enemigos, fueron destruidos por rayos en esta
misma época.

40 *De la captura y posterior matrimonio por parte de Ataúlfo, pariente de Alarico, con Placidia; de los numerosos pueblos que se levantaron en las Galias por la perfidia de Estilicón, machacando a los francos, y de cómo, en esta misma época, el usurpador Constantino, de humilde familia, entregando a su hijo un cuerpo de ejército de bárbaros, agredió las Hispanias y provocó en esta provincia gran cantidad de pérdidas de ciudadanos*

Así pues, el saqueo de Roma
por Alarico tuvo lugar en el año
1164 de la fundación de la ciudad;
pero, aunque el recuerdo de esta
acción es reciente, si alguien ve
sin embargo la abundante población del pueblo romano u oye sus
voces, pensará que no ha pasado
nada, como ellos mismos confiesan, si no fuera porque algunas
ruinas que quedan todavía del incendio son casualmente una mues-
2 tra de aquél. En este ataque godo,
Placidia, hija del emperador Teodosio y hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, fue capturada y desposada por Ataúlfo,
pariente de Alarico; unida de esta
forma en influyente matrimonio con el rey bárbaro fue
de mucha utilidad al Estado, dando la impresión de
que Roma, por decisión divina, había entregado a ésta
como rehén en una especie de garantía particular.

Entretanto, las tribus de los alanos, de los suevos, 3
de los vándalos y otras muchas, excitadas, como dije, por Estilicón dos años antes del saqueo de Roma, arrollan a los francos, pasan el Rin, invaden las Galias y, en una incursión sin rodeos, llegan hasta el Pirineo. Detenidos temporalmente por las cimas de esta cordillera se esparcen por las provincias cercanas.

Mientras éstos hacen correrías por las Galias, en 4
Britania es nombrado ilegalmente emperador e inmediatamente asesinado Graciano, habitante de esta misma isla. En su lugar es elegido, sólo por la esperanza que su nombre infundía y no por sus valores, un tal Constantino[495], hombre de rango militar muy bajo; éste, en cuanto tomó el mando, pasó a las Galias. Y en ellas, burlado frecuentemente por los bárbaros con pactos poco seguros, no hizo otra ninguna cosa que daño al Estado.
Envía magistrados[496] a las Hispanias; y aunque las pro- 5
vincias hispanas recibieron a estos magistrados con obediencia, dos jóvenes hermanos, nobles y ricos, Dídimo y Veriniano, tramaron, no usurpar el mando en contra del usurpador, sino defenderse a sí mismos y a su patria contra el usurpador y contra los bárbaros en favor de su auténtico emperador. Esto quedó claro por la propia
sucesión de los hechos. Efectivamente, nadie hace una 6
usurpación sino tras madurarla por sorpresa, llevándola a cabo después en secreto y defendiendo su posición después públicamente; y el éxito de esta acción consiste en que te vean con la diadema y la púrpura ya tomadas, antes de que sepan quién eres. Éstos, sin embargo, reuniendo durante mucho tiempo sólo a jóvenes escla-

---

[495] Flavio Claudio Constantino (407-411). La evacuación que hizo de Britania significó el final de la autoridad imperial en la isla (407).

[496] Orosio escribe *iudices*. En esta época recibe el título de *iudex* todo gobernador de provincia fuese el que fuese su rango.

vos de sus propias fincas y alimentándolos con dinero
de sus casas, se dirigen a los desfiladeros del Pirineo
7 sin ocultar su propósito y sin inquietar a nadie. Contra
ellos Constantino envió a las Hispanias a su hijo Cons-
tante, convertido —¡oh dolor!— de monje en César;
bajo su mando puso a unos cuantos bárbaros, a los
cuales, aceptados en alianza en otro tiempo y llamados
incluso al ejército, se les conocía con el nombre de
«honoriacos». A raíz de estos acontecimientos tiene lugar
8 el primer paso para la ruina de las Hispanias. En efecto,
tras matar a aquellos dos hermanos que pretendían
defender con sus fuerzas privadas la cordillera del Pi-
rineo, estos bárbaros recibieron en primer lugar, como
premio por la victoria, permiso para saquear las llanu-
ras de Palencia, y, en segundo lugar, fueron encargados
de la vigilancia del citado monte y sus desfiladeros,
echando de allí a la fiel y útil guarnición compuesta de
9 campesinos. La consecuencia fue que los «honoriacos»,
empapados ya de botín y halagados por la abundancia,
al concedérseles, para que sus crímenes fueran más
impunes y tuvieran más libertad para los propios crí-
menes, la custodia del Pirineo y abrirse así sus desfi-
laderos, dejaron entrar en las provincias hispanas a
todos los pueblos que andaban por las Galias, y se unie-
10 ron ellos mismos a éstos; y allí, haciendo de vez en cuan-
do importantes y sangrientas correrías, permanecen to-
davía como dueños tras habérsela repartido a suerte,
una vez que hicieron crueles talas de bienes y perso-
nas, de lo cual ellos mismos todavía incluso se arre-
pienten.

41 Ésta sería una buena ocasión para decir muchas co-
sas sobre hechos de este tipo, si no fuera porque en la
mente de todos y cada uno de los hombres habla su
2 secreta conciencia. Han sido invadidas las Hispanias; se
han sufrido matanzas y rapiñas: en verdad que no se

trata de nada nuevo, ya que durante estos dos años en que las armas enemigas han actuado con crueldad, los hispanos han sufrido de manos de los bárbaros lo que sufrieron durante doscientos años de manos de los romanos, y lo que aguantaron incluso, en época del emperador Galieno, durante casi doce años en una invasión de los germanos[497]. Sin embargo, ¿quién que se conozca 3
a sí mismo, sus actos y sus pensamientos y tema a Dios, no confesará que los sufrimientos que recibe son justos e incluso pequeños? Y si no se conoce a sí mismo y no teme a Dios, ¿cómo puede aguantar esos castigos, que sin duda fueron pocos, pero que para él no son justos? A pesar de que esto es así, sin embargo, la clemencia de 4
Dios, con el mismo amor paternal con que él hace ya tiempo lo predijo, procuró que, de acuerdo con su evangelio, en el que incesantemente amonestaba: «cuando os persigan en una ciudad huid a otra», todo aquel que quisiera huir y marcharse de Hispania, pudiese servirse de los propios bárbaros como mercenarios, ayudantes y defensores. Los propios bárbaros se ofrecían entonces 5
voluntariamente para ello; y, a pesar de que podían haberse quedado con todo matando a todos los hispanos, pedían sólo un pequeño tributo como pago por su servicio y como tasa por cada persona que se exportaba. Y, realmente, muchos lo pusieron en práctica. Pero los 6
que, como rebeldes, no creyeron en el evangelio o los que, doblemente rebeldes, no le prestaron oídos, no dieron ocasión a la ira de Dios[498], y, por ello fueron alcan-

---

[497] Cf. VII 22.

[498] La huida de España no es sino una manifestación de la ira de Dios, aunque también una prueba de su misericordia por cuanto, al menos, es una posibilidad de salvarse. ¿Intenta Orosio, con todo esto, justificar su huida a África en el momento de las invasiones?

zados y aplastados justamente por esa ira, que llegó inesperadamente.

7 A pesar de todo eso, inmediatamente después de estos hechos, los bárbaros, despreciando las armas, se dedicaron a la agricultura y respetan a los romanos que quedaron allí poco menos que como aliados y amigos, de forma que ya entre ellos hay algunos ciudadanos romanos que prefieren soportar libertad con pobreza entre los bárbaros que preocupación por tributos entre los romanos.

8 Por más que, si la entrada de los bárbaros en territorio romano hubiese supuesto al menos que por Occidente y Oriente se llenaran totalmente las iglesias de Cristo de hunos, suevos, vándalos, borgoñones y distintos e innumerables pueblos de creyentes, nos debería parecer digna de ser alabada y ensalzada la misericordia de Dios, por cuanto, en ese caso, todos esos pueblos tan numerosos habrían recibido, a cambio, sí, de nuestra ruina, la luz de la verdad, luz que ciertamente no habrían podido encontrar si no hubiese sido en esta ocasión.
9 ¿Qué daño, pues, supone para un cristiano que suspira por la vida eterna el ser arrancado de este mundo en el momento que sea y de la forma que sea? Y ¿qué puede ganar un pagano no creyente en medio de los cristianos, a pesar de que alargue un poco más su vida, si al fin ha de morir en algún momento sin posibilidad de conversión?

10 Y porque los designios de Dios son inefables, designios que no podemos ni conocerlos todos ni explicar los que conocemos, espero haber expresado brevemente que el castigo de Dios juez, venga de la forma que venga, lo sufren con justicia los que le conocen, y lo sufren también con justicia los que no le conocen.

De cómo el emperador Honorio, ayudado por Cristo, y por medio de su general Constancio, reprimió con éxito a los pueblos que dijimos más arriba, y a muchos usurpadores que enloquecieron en Africa y en Galia y por otros lugares

En el año 1165 de la fundación 42
de la ciudad el emperador Honorio, viendo que con la oposición de tantos usurpadores no se podía hacer nada contra los bárbaros, ordena antes de nada destruir a los propios usurpadores. Le es confiado el peso de esta guerra al conde Constancio[499]. Roma se 2
dio cuenta por fin de la enorme utilidad que había encontrado en última instancia en un general romano y del enorme perjuicio que habían supuesto hasta ahora los generales bárbaros bajo cuyo mando habían estado. Y es que el 3
conde Constancio, marchando a la Galia con el ejército, cercó, capturó y ejecutó al emperador Constantino en la ciudad de Arles.

Y a partir de este momento —por hablar lo más bre- 4
vemente posible de la lista de usurpadores— Gerontio, lugarteniente de Constante, el hijo de Constantino, hombre malvado más que honrado, asesinó en Viena al propio Constante, y puso en su lugar a un tal Máximo. El propio Gerontio fue asesinado por sus soldados. Máximo, despojado de la púrpura y destituido por los 5
soldados galos, que, tras haber sido trasladados por él a Africa, fueron llamados de nuevo a Italia, vive ahora desterrado y en la miseria en Hispania, entre los bárbaros.

Posteriormente Jovino[500], personaje de la nobleza 6
gala, usurpó el trono e inmediatamente fue arrojado de él. Su hermano Sebastián lo único que consiguió fue

---

[499] El ilirio Flavio Constancio.

[500] Era un rico galo que se proclamó emperador en el 413.

morir como usurpador, ya que inmediatamente después de ser nombrado, fue asesinado.

7 Y ¿qué voy a decir del infeliz Atalo, para quien, de entre todos los usurpadores, fue un honor el ser asesinado y una ganancia el morir? Alarico, al hacer, deshacer, volver a hacer y volver a deshacer[501] emperador a este Atalo, y todo ello en menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, lo único que hizo fue reírse de Atalo, que representaba el papel de mimo, y contemplar la
8 comedia del Imperio. Y no hay que extrañarse de que este pobre hombre, con esta ostentación, fuera con razón objeto de burla, cuando su cónsul, el gris Tertulo, se atrevió a decir en la curia: «Os hablo, senadores, como cónsul y pontífice; lo primero, lo soy; lo segundo, espero serlo», esperando conseguirlo de aquel que no tenía él mismo esperanza, y siendo sin duda maldito por-
9 que puso su esperanza en un hombre. Atalo fue en efecto llevado por los godos, como un inútil simulacro del Imperio, a Hispania, de donde salió en una nave y sin rumbo fijo, siendo después capturado, entregado al conde Constancio, llevado después al emperador Honorio y, tras cortarle la mano, dejado con vida.

10 Entretanto Heracliano, que había sido enviado a África como conde, llegó a conseguir el consulado por defender con energía esta provincia en contra de los magistrados enviados por Atalo, cuando éste ostentaba
11 aquel simulacro de imperio. Enorgullecido por ello, casó

[501] En latín *facto, infecto, refecto ac defecto*. Prisco Atalo era prefecto de la ciudad; en el 409 Alarico hizo que fuera nombrado emperador por el Senado; poco después le pareció poco utilizable y lo destituyó. Años después (413) fue de nuevo nombrado emperador por los visigodos en oposición a Honorio; de nuevo volvió a ser destituido, y en el 416 aparece en el cortejo triunfal de Honorio.

a su hija con Sabino, su ayuda de cámara, hombre muy astuto y hábil y que merecería ser llamado sabio si hubiese aplicado su inteligencia a aficiones tranquilas. Heracliano actúa en complicidad con éste, mientras sos- 12
pecha la existencia de algún peligro y, tras haber retenido durante algún tiempo y en contra de la ley el abastecimiento de trigo africano[502], se dirigió él mismo a Roma con una armada inmensa, increíble ciertamente en nuestra época. Se dice en efecto que reunió entonces 13
tres mil setecientas naves, cuyo número no tuvieron, según cuentan las historias, ni Jerjes, aquel famoso rey de los persas, ni Alejandro Magno ni ningún otro rey. En cuanto se apartó de la costa en dirección a Roma con 14
su ejército, fue puesto en fuga asustado por la llegada del conde Marino y, dando la vuelta súbitamente a su nave, volvió él solo a Cartago, siendo inmediatamente asesinado a manos de sus soldados. Su yerno Sabino huyó a Constantinopla, de donde fue sacado poco después y condenado al destierro.

A todo este catálogo, como dije, de manifiestos usur- 15
padores y generales rebeldes, el emperador Honorio, por su extraordinaria fe y suerte, mereció derrotarlos[503]; y su conde Constancio, con gran habilidad y rapidez, llevó a cabo las operaciones; y lo consiguieron cierta- 16
mente con justicia porque en esta época, por mandato de Honorio y con la ayuda de Constancio, fue devuelta la paz y la unidad a la Iglesia católica a lo largo de toda África[504], y el cuerpo de Cristo, que somos nosotros,

---

[502] Durante el año 413.

[503] Zangemeister no recoge este infinitivo. Otros manuscritos sí transmiten *deleri* u *occidi*.

[504] En el 411 se reunió en Cartago, por orden del emperador, una conferencia de obispos católicos y donatistas; en esta conferencia se condenó definitivamente el donatismo.

sanó al ser curada su división. La ejecución de esta orden sagrada fue encomendada al tribuno Marcelino, hombre prudente como el que más, hábil e inclinado a
17 todas las buenas aficiones. Éste fue asesinado en Cartago por el conde Marino —no se sabe si llevado éste por los celos o corrompido por dinero—: este conde, llamado inmediatamente de África y convertido en ciudadano privado, fue abandonado al castigo o a la penitencia de su propia conciencia.

De la energía del propio Constancio, que obligó a los godos a pasar de las Galias a las Hispanias, y de la buena disposición hacia el Imperio, y muerte en Barcelona de Ataúlfo, rey de los godos y sucesor de Alarico, el cual se casó con Placidia

43 En el año 1168 de la fundación de la ciudad, el conde Constancio, tomando posiciones en la ciudad gala de Arles y operando con gran habilidad, expulsó a los godos de Narbona y les obligó a marcharse a Hispania, impidiéndoles y cerrándoles especialmente todo comercio marítimo y la importación
2 de productos extranjeros. Al frente del pueblo godo se encontraba entonces Ataúlfo, el cual, tras el saqueo de Roma y la muerte de Alarico, había sucedido a éste en el trono, casándose, como dije, con la cautiva hermana del em-
3 perador, Placidia. Éste, como muchas veces se ha oído y como se ha probado con la muerte que ha tenido, prefirió, como afanoso buscador de la paz que era, luchar fielmente en favor del emperador Honorio y gastar las
4 fuerzas godas en defensa del Estado romano. Yo mismo, en efecto, he oído cómo un hombre de Narbona, que militó con gloria bajo Teodosio, hombre por lo demás religioso, prudente y mesurado, contaba al bienaventurado presbítero Jerónimo en Belén, ciudad de Palestina, que él había sido en Narbona muy amigo de Ataúlfo y que de éste había oído algo que él solía repetir ante

testigos, cuando se encontraba animado, con fuerzas y
de buen humor: que él en un primer momento había 5
deseado ardientemente que todo el Imperio Romano,
borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y
de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua
corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia [505],
y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúl-
fo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los 6
godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en
absoluto ser sometidos a leyes, ni convenía abolir las
leyes del Estado, sin las cuáles un Estado no es Estado,
prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total
y el engrandecimiento del Imperio Romano con la fuer-
za de los godos y ser considerado por la posteridad
como el autor de la restauración de Roma, después de
no haber podido ser su sustituto. Por ello procuraba 7
no hacer la guerra, por ello procuraba buscar ardiente-
mente la paz, siendo influido en todas sus acciones de
buen gobierno por los consejos y razones sobre todo
de su esposa Placidia, mujer ciertamente de agudo in-
genio y suficientemente honrada gracias a su espíritu
religioso. Y mientras insistía con afán en pedir y ofrecer 8
esta paz, fue traidoramente asesinado, según dicen, por
sus propios soldados en Barcelona, ciudad de Hispania.

---

[505] Cf. III, cap. 20, n. 302.

Del nombramiento de Segerico como rey por los godos; de su sucesor Valia, quien firmó inmediatamente un pacto con el emperador Honorio, devolviéndole honorífica y honrosamente a su hermana Placidia; y de cómo los reyes de los alanos y demás pueblos que se asentaron en las Galias se unieron en federación al Estado romano

9 Segerico, quien tras Ataúlfo fue
nombrado rey por los godos, es
igualmente asesinado por los su-
yos, por ser, de acuerdo con los
designios de Dios, un hombre
también inclinado a la paz.
10 Le sucede después en el trono
Valia, elegido por los godos pre-
cisamente para romper la paz,
pero predestinado por Dios para
11 confirmarla. Efectivamente, Valia
—enormemente temeroso de la
justicia de Dios desde que en el
año anterior un gran ejército
godo equipado con armas y naves
y que intentaba pasar a África,
fue lamentablemente aniquilado por una tempestad que
12 le sorprendió a doce millas del golfo gaditano, y también
porque se acordaba del desastre ocurrido en época de
Alarico, cuando los godos que intentaban pasar a Sicilia
fueron tristemente arrebatados y hundidos por las olas
ante los ojos de sus compatriotas— firmó una paz en
buenas condiciones con el emperador Honorio entre-
gando rehenes de alto rango; Placidia, hermana del
emperador, a la que mantenía a su lado honrándola y
13 respetándola, fue devuelta a su hermano; en pro de la
seguridad romana afrontó su propio peligro, hasta el
punto de que se enfrentó a los otros pueblos que se
habían asentado en Hispania, en cuyo enfrentamiento
los peligros de la batalla fueron para él, mientras que
los beneficios de la victoria fueron para los romanos.
14 Pero no sólo los godos, sino también los otros reyes,
de los alanos, vándalos y suevos, hubieran estado dis-
puestos a firmar con nosotros un pacto del mismo tipo,
por cuanto enviaron al emperador Honorio este men-

saje: «Tú mantén la paz con todos nosotros y recibe
rehenes de todos; nosotros luchamos para nuestro per-
juicio, morimos en detrimento nuestro, vencemos para
ti, pero con inmortal beneficio para tu Estado, si pere-
cemos unos y otros.» ¿Quién podría creer estas cosas, 15
si los hechos no lo evidenciaran? Y es que sabemos por
frecuentes y seguras noticias que hoy día hay guerras en
Hispania entre sus pueblos y que se producen matanzas
por uno y otro bando de los bárbaros; dicen también
estas noticias que es sobre todo el rey godo Valia el que
insiste en conseguir la paz.

A consecuencia de ello yo podría aceptar, de una ma- 16
nera u otra, que los tiempos cristianos fueran con razón
criticados, si se demuestra que desde la fundación del
mundo hasta ahora ha tenido lugar alguna vez algo de
tan felices resultados. He señalado, pienso, y he mos- 17
trado, no tanto con palabras como apuntándolo con mi
dedo, cómo han terminado innumerables guerras, cómo
han caído muchos usurpadores, cómo han sido repri-
midos, reducidos, sometidos y aniquilados crueles pue-
blos, y todo ello, derramándose muy poca sangre, sin
ninguna lucha y casi sin muertes. Sólo queda que nues- 18
tros detractores se arrepientan de sus maquinaciones,
enrojezcan de vergüenza ante la verdad y crean, teman,
amen y sigan al único Dios, que lo puede todo y cuyas
acciones, todas, incluso las que ellos consideran malas,
han comprobado que son buenas.

De acuerdo con tu precepto, bienaventurado padre 19
Agustín, he mostrado con la ayuda de Cristo, y con la
mayor brevedad y sencillez con que he podido, las pasio-
nes y castigos de los pecadores, los conflictos del mundo
y los designios de Dios, desde el comienzo del mundo
hasta nuestros días, separando, sin embargo, los tiempos
cristianos, por la mayor presencia gratífica de Cristo

en ellos, de los confusos siglos de incredulidad. De esta forma yo me siento pagado con el único y seguro resultado que debía apetecer: el de la obediencia. De la calidad de la obra, por otra parte, tú, que lo ordenaste, tendrás que juzgar; a ti se debe, si la publicas; por ti ha sido juzgada, si la destruyes.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL